

LEONARDO DA JANDRA
LA ALMADRABA



LEONARDO DA JANDRA

LA ALMADRABA

EDICIÓN CONMEMORATIVA Y DEFINITIVA

TRILOGÍA DE LA COSTA

Volumen

III



México 2021/Editorial Avispero

Primera edición: 2008, Planeta
Edición conmemorativa y definitiva: mayo de 2021,
Editorial Avispero

© Leonardo da Jandra
D.R. © 2021, Editorial Avispero
Portada (*Delfino con agujones*, técnica mixta, 2008) e
ilustración de interiores: Raga de San Gabriel
Edición: Alejandro Beteta
Diseño: Elizabeth Arias

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Editorial Avispero.

Impreso y hecho en México

I

El 15 de enero de 1998, tres meses después del castigo del huracán Paulina, el cuidador se enteró que al fin se iba a declarar el Parque Nacional Huatulco. Cuando se lo dijeron estaba terminando los cabezales de la primera hamaca, sin apuros ni preocupaciones, buscándole el modo más armonioso a la vida. La red había estado tirada casi dos meses, semisepultada bajo la arena que había removido el huracán y esperando a que alguien diera el primer paso. Y el que lo dio fue un gandulón que venía a ver si podía saquear algún nido de tortuga en la playa. Con el machete cortó un buen trozo de la red, y cuando el cuidador descubrió el recorte se puso a trabajar. En un par de noches, con ayuda de su mujer y del hijo menor, logró desenterrar un rectángulo de red de más de diez metros de largo por cinco de ancho, después seleccionó la esquina menos maltratada y empezó a darle forma a la hamaca.

No había dejado ni una sola malla rota o deshilachada. Con el hilo de seda negra, que compró en la tienda Yamaha de La Crucecita, reconstruyó las discontinuidades producidas por mil mordidas y agarres, y al verla ya terminada a nadie se le ocurriría imaginar los miles de vidas marinas que esa red debía, y mucho menos que la última vida que había cobrado fuera la del buzo más depredador de toda la costa oaxaqueña, desde Corralero hasta Chipehua.

Desde antes de empezar ya sabía quien sería el destinatario. Era una deuda moral que había contraído a raíz de una desgracia, y esa hamaca bella y prácticamente indestructible sería un regalo a la medida. Una semana después entró en la recepción y preguntó por don Galileo. La nueva secretaria quiso saber el motivo. Nicéforo le dijo que traía un encargo para él. La hamaca venía adentro de un morral, y la secretaria se fijó en el bulto mientras Nicéforo se fijaba en la secretaria: tenía el pelo negro recogido en una cola y su tez era blanca, sorpresivamente blanca para los labios carnosos y la nariz achatada.

Al levantarse para ir a avisar al jefe, dejó que Nicéforo tomara su tiempo en la contemplación pasmosa de la pilosidad que desbordaba la rotundez de los muslos y de las pantorrillas. No era la primera vez que Nicéforo veía a una mujer peluda; pero conocía de oídas que esas mujeres, que se enorgullecían del piquete de sangre española, tenían también un ardor de natura que era fatal para los hombres.

El dueño de la funeraria salió convencido de que la libertad es un tránsito de lo inferior a lo superior. Más que afán de presumir era un don, la conciencia plenamente asumida de que el carácter era cuestión de diferencia y cultivar la diferencia era una tarea mucho más ardua que destripar cadáveres o pronunciar discursos políticos. Era bajo y con el abdomen algo atamborado. Jamás en su vida había hecho más ejercicio que abrir y cerrar cadáveres. Sin embargo, era riguroso con su dieta de pescado hervido y verduras al vapor salpicadas de aceite de oliva, lo cual, según creía ver en el espejo, era la razón de que tuviera a los cincuenta años esa piel y ese cuerpo que ninguno de sus amigos tenían. Bebía diariamente nueve vodkas con agua de coco, ni uno más ni uno menos, y a veces, si la euforia lo ameritaba, le abría la nariz a un pase de coca. Odiaba por igual la suciedad y la hipocresía, y con la misma impecabilidad bebía que embalsamaba muertos: jamás, en los veintidós años que llevaba bebiendo nueve vodkas al día, había perdido el control o cometido alguna desmesura.

Al tenderle la mano a Nicéforo casi lo mareó con sus fragancias exquisitas. ¿Qué te trae de nuevo por aquí?, dijo mientras lo tomaba por el hombro en actitud señoreadora.

Aquí nomás; vine a traerle un regalito a ver si le gusta, dijo Nicéforo sacando la hamaca del morral.

Ah, la que me habías prometido la otra vez cuando fuimos a levantar a los ahogados.

Sí, es de esa red.

Pues se te agradece... Pero, ¿no serán molestos para la espalda estos nudos?, inquirió pasando la tersa pulpa de sus dedos sobre la trama rotunda.

El cuerpo se acostumbra a todo, alegó Nicéforo complaciente.

El mío no, enseguida protesta por la menor incomodidad.

Pues ahí usted verá; si no le gusta, a alguien más podrá regálarsela.

Claro que me gusta, reviró el otro pensando en quien se pondría feliz con el regalo.

Bueno, pues ya me retiro.

Espera un momento, ¿no quieres tomar un refresco, una cerveza, algo?

No, gracias, tengo que ir a comprar el mandado y regresar de volada.

Oye, ¿y no te interesa trabajar conmigo?

Se lo agradezco, don Galileo, pero ya tengo chamba.

Ya te dije que si vienes a ayudarme te pago el doble de lo que te dan.

Sí, ya me dijo.

¿Y no te hostiga andar de arriba para abajo entre espinas y animales salvajes?

Ya me acostumbré.

Ni modo; pero no eches en saco roto mi oferta, aquí siempre tendrás chamba ayudando a hacer lo mismo que hicimos con tu cuñado y los dos ahogados.

Sí, gracias, y mientras caminaba hacia la salida repasó alguno de los cadáveres pútridos que había visto en su vida y se afirmó aún más en el rechazo.

Saluda mucho a los artistas de mi parte.

Sí. Luego titubeó como si su atención estuviera al mismo tiempo en dos partes: ¿Y qué razón me da de don Cirenio y de doña Cata?, dijo echándole una última reojada a la secretaria.

Ah, parece que les va muy bien; tienen el mejor antro de La Cruccecita. Se llama La Tentación, y está a un lado del depósito de la Corona. ¿Sabes dónde es?

Creo que sí. Bueno, ahí nos miramos, don Galileo. Y mientras salía pensó que tal vez aún no fuera el momento para llevarles una hamaca hecha con un trozo de la red que inevitablemente les recordaría a los ahogados.

Decir que su vida era metódica era quedarse corto. En su rígida rutina la única novedad eran los muertos, y también el refocile de los

domingos con alguna de las putillas que merodeaban al anochecer por el jardín. Se levantaba siempre después de las diez de la mañana y empleaba en su *toilette* poco más de una hora. Se bañaba diariamente con un champú de durazno, que era su fruta favorita, y después de secarse se colocaba una redecilla en el pelo y se afeitaba. Por último, se ponía en la cara una capa sutil de polvos de arroz. Le gustaban las camisas floridas y estridentes, y los pantalones eran todos del mismo color *beige* claro y de la misma hechura. Jamás permitía en su vestimenta una mancha o un defecto y, en el círculo de bebedores consuetudinarios que se reunían en la cantina El Penalty, a nadie se le ocurría decirle Galileo Roviroso, para todos era el Cromo.

Desayunaba ritualmente un huevo pasado por agua con una sola tostada que le preparaba su mujer, una sombra silenciosa y agradecida que sólo vivía para atenderlo. Después del desayuno iba al parque a bolear los zapatos, seguía a la funeraria y de allí a la cantina. Entre las doce y las tres bebía cinco vodkas, después iba a casa y comía su ración de pescado hervido acompañado de verduras al vapor. De cuatro a cinco dormía. Al despertar se volvía a bañar y, tras repetir la rutina mañanera, iba a la funeraria a despedir a la secretaria y supervisar el trabajo de Taurino, el espantajo solitario que era su único ayudante. Era un neto huatulqueño alto y encorvado, con los ojos revirados y la boca grande y dentona como la de un tiburón. Llevaba trabajando con él siete años, y además de manejar la camioneta fúnebre, limpiar y lavar los cadáveres y mover los ataúdes, podía ya encargarse perfectamente de los muertos naturales.

Los cuatro vodkas que completaban su ración diaria se los embuchaba entre las ocho y las diez de la noche, mientras veía la televisión. Luego dormía en el sofá hasta la una y se levantaba e iba al balcón a ver la escasa vida viciosa que a esa hora transitaba por el centro de La Crucecita. Al cabo de una hora se metía en su habitación y veía en la tele el canal pornográfico, con el que se quedaba dormido. Desde hacía más de quince años los ronquidos de la esposa habían sido el pretexto para que cada quien tuviera su habitación y entrara y saliera e hiciera en ella sus caprichos.

Odiaba los guaraches y los pantalones cortos y las camisetas llenas de leyendas y figuras publicitarias que todos llevaban en el pue-

blo. Tenía una predilección incondicional por las botas de media caña de piel de cabritilla, abiertas hasta el tobillo por una cremallera y de distintas tonalidades para no repetir la puesta ningún día de la semana. Y como no soportaba el olor de los calcetines, entalcaba generosamente el interior de las botas y recubría los pies con servilletas de papel, que cambiaba después de cada baño. Ninguno de sus amigos tenía el menor barrunto de sus manías más íntimas. Para ellos el Cromo era una curiosidad tropical que no pretendía ser ejemplar, sino tan sólo lucir su diferencia. Lo único que sabían de él era lo que veían; por eso él se cuidaba, casi a niveles obsesivos, de que sus manías no fuesen conocidas.

Los domingos al mediodía, como estaba cerrada la cantina, se instalaba cerca del balcón con una jarra de agua de coco, la botella de vodka y una cubetita con hielos. Colocaba sobre una mesita en un plato desechable una cabeza de pescado espolvoreada de veneno para moscas y se entretenía viendo la mortandad, mientras la voz trepidante del padre Toño altavoceaba la homilía por todo el jardín. A nadie, ni siquiera a su mujer, le había dicho nunca que la contemplación de la manera tan estúpida cómo morían las moscas era para él mil veces más emocionante que la estupidez futbolera que a esa hora tenía atrapados a sus compañeros de trago. En su delirio tanático, cada una de aquellas moscas, que después de posarse sobre el veneno comenzaban a patear boca arriba, era la imagen fiel de la estupidez humana; y no es que odiara a las moscas ni a los humanos, simplemente le gustaba confirmar que en la manera de morir estaba reflejado el verdadero meollo de la vida. Más que saber de qué murió, lo que él quería saber de cada muerto que le llegaba a la funeraria era cómo murió.

De su corral de amistades sólo dos conocían que, por encima de su afición por las iguanitas (que era como le decía a las putillas nativas), había una figura a la que le profesaba verdadera veneración. Se trataba de la soltera más codiciada de la comunidad, dueña de dos *boutiques*, producto de sendos romances con dos empresarios implicados con el director local de FONATUR John Sinobras en la especulación de terrenos, y que marcaba el compás de la moda femenina en el pueblo. A menudo, en pose playera, ocupaba una parte

estelar en la portada del periódico chismoso de Abdulio Cuadras, y aunque nadie dudaba que aquellos pechotes que casi desbordaban la telita que pretendía cubrirlos tenían el alma de silicón, para el Cromo eran motivo de una contemplación cultural que solía alcanzar una hora en el excusado.

De los dos amigos, el Cromo tenía predilección por Fermín Pedraza, que era el operador turístico de los cruceros que empezaban a llegar a Santa Cruz. Por su posición y relaciones, Fermín tenía estrechos vínculos con la Diva, y no desperdiciaba ocasión para incentivarle al Cromo sus posibilidades de éxito. En el delirio de verla tendida sobre la plancha de mármol, el Cromo dejó escapar una oferta tentativa de un par de miles de dólares; pero el médico pirujano, que era el otro amigo encargado de la sanidad portuaria, le reprochó que no tenía caso pagar lo que podía conseguir gratis. ¿Y cómo?, dijo el Cromo esperanzado. Tú nada más confía en nosotros.

Con las iguanitas tan sólo adelantaba lo que algún día, más pronto que tarde, llevaría al límite con la Diva. No obstante, haberla visto en persona únicamente un par de veces, estaba muy consciente que ni la cara ni las tetas ni las nalgas ni las piernas, nada de ninguna de las iguanitas podía compararse con la Diva. Entre las que solía conducir los domingos por la noche a la funeraria, sólo con una, que decía llamarse Nina, había alcanzado ciertos momentos de plenitud. Era sin duda la más viciosa y aventada de todas y no fingía en absoluto cuando él la tendía desnuda sobre el mármol y comenzaba a masturbarla con una delicadeza tan demorada que parecía instalar el goce en la eternidad. Pero Nina había desaparecido unos meses atrás, y cuando le preguntó a otra putilla sólo obtuvo un no sé circunstancial.

Usaba siempre guantes y condón, y cuando al cabo de varias horas despedía a la iguanita, amarraba la boca del condón con un hilo de seda y lo guardaba con el semen adentro en una pequeña caja fuerte que tenía en la funeraria. Siempre había en la caja fuerte cuatro condones inseminados, y al cumplirse exactamente cuatro domingos, el condón más antiguo era sustituido por el más reciente. Antes de tirarlo a la basura, lo examinaba con detenimiento para cerciorarse de que no había la menor fuga espermática, y es

que su preocupación no estaba centrada en el posible contagio de una enfermedad venérea, sino en que no se le pudiera imputar ninguna paternidad: el sólo hecho de pensar en la posible existencia de una reproducción degradada de sí mismo le producía una beligerancia herodiana.

Entre la fauna de la cantina tenía merecida fama de urraca. Y no es que no quisiera pagar nunca un trago ajeno por enfermizo amor al dinero; lo que sucedía es que en su cabeza de pavo real venía incubándose de tiempo atrás un proyecto que requería una rutina presupuestal inquebrantable. Por eso, todo el dinero que ganaba —exceptuando los gastos de mantenimiento, el trago y el refocile dominical con las iguanitas— iba a la cuenta bancaria que en un par de años más se convertiría en El Paraíso Eterno, un panteón exuberante a la altura del proyecto turístico que la nueva casta política y empresarial pretendía consolidar.

Con la llegada de los cruceros se había abierto una nueva opción multiplicadora de sus ingresos habituales. Hasta hacía poco, la playa de Zipolite había sido la fuente más segura de ingresos por exportación de cadáveres. Por lo menos una vez al mes le llegaba el cuerpo de un ahogado europeo o norteamericano, que no había hecho caso a los que decían que esa playa era de las más peligrosas y traicioneras del mundo. Entre autopsia, limpieza y conservación del cadáver mientras llegaba algún familiar a reclamarlo, la tarifa se multiplicaba hasta alcanzar varios miles de dólares. En las temporadas vacacionales la cantidad de ahogados era mayor, pero casi todos eran chilangos jipiosos cuyos familiares berreaban y ponían el grito en el cielo más por el costo de la preparación y envío del fiambre que por el pariente ahogado. Sin embargo, la competencia ya se había instalado en Pochutla, y ahora los únicos ingresos internacionales que recibía la funeraria El Último Paseo eran por la importación de inmigrantes muertos en el otro lado y por la exportación de algún vejestorio que ya no alcanzaba lugar en los refrigeradores del crucero. El promedio de fallecimientos en cada viaje náutico era de cinco, y aunque en las cámaras frigoríficas del crucero había en realidad espacio de sobra para más cadáveres, por razones de higiene y economía las empresas navieras preferían que los pasajeros que muriesen en tierra

fueran embalsamados y enviados por avión a su lugar de origen. Por supuesto que los gastos —alrededor de siete mil dólares con todo y envío de ataúd— corrían a cargo de los parientes del finado.

Casi todos morían por deficiencias cardíacas, razón suficiente para que el Cromo insistiera una y otra vez con Fermín Pedraza para que abriera *tours* más riesgosos y emocionantes. Y aunque el Cromo insinuaba la posibilidad de mocharse con unos billetes por cada vejete infartado, Fermín renegaba y escupía: Pinche Cromo, ¿sabes cuánto valen ya los seguros que debo pagar para que se inscriban en los paseos esos carcamales?

En contadas ocasiones le hablaban también de algún hotel para que se hiciera cargo de un cadáver. Recordaba los casos de un psiquiatra que se había suicidado en el Club Med durante una convención sobre suicidios, y el de una animadora francesa que se había muerto por un pasón de coca. Sin duda, éste había sido el cadáver más bello de todos los que hasta ahora había visto desnudo sobre la plancha. Era una joven pelirroja de veinte años y había en sus ojos azules tal dulzura y en su piel tal suavidad y en sus senos y pubis tal perfección que no permitió siquiera que Taurino la mancillara con su vista enrevesada. Nunca tardó tanto en preparar un cadáver y nunca gozó tanto como aquella noche que se pasó en vela.

De un hotel también le había llegado el peor caso: una gringa gordísima que trabajaba de *baby siter* en el Sheraton y que se suicidó con una pistola calibre veintidós por problemas sentimentales. Tuvieron que esperar varios días a que el forense llegara de Oaxaca; y cuando al fin llegó trataron de sacar el ataúd y se rompió por el peso del cuerpo. Al caerse el cadáver reventó la hinchazón y todos los que lo cargaban, menos Taurino, echaron para afuera sus entrañas. El mismo Cromo cuando se acercó a la plancha para preparar el cadáver, empezó a sacudirse por el conato de vómito y tuvo que dejar que Taurino hiciera la faena completa.

El recuerdo más estremecedor tal vez sea el del bebé de ocho meses que tuvo que sacarle al cuerpo sin vida de la mamá de veintiún años asesinada de tres balazos en la cabeza por su amante: un agente judicial enloquecido de celos que también mató al comandante que estaba con ella en la casa.

Y el caso más raro era el de uno de los ahogados que habían tenido que ir a levantar a la playa de Cacaluta. Era un tipo fuerte y peludo, que tenía el órgano más impresionante que el Cromo había visto. Llevaba ya un día muerto y aun así de flácido su pene medía veintidós centímetros, lo que hacía suponer que en plena erección pasaba fácilmente de treinta. Ante tal fenómeno había esperado hasta el último momento con la intención de cortárselo y guardarlo en un frasco con formol; pero la mujer que se había hecho cargo de cubrir los costos, estuvo pendiente hasta el momento en que cerró el ataúd y lo subieron a la camioneta para conducirlo al cementerio.



La escena es materia plástica que moldea la mirada. Un contertulio mostrenco que se dice amigo de grandes políticos y empresarios habla sin parar y sin importarle que los demás no celebren sus fantochadas. Con voz tipluda pormenoriza de manera morbosa cómo el Cromo se cogió sobre la plancha de mármol al cadáver de la francesa, y después sigue contando cómo él y otros amigos se encerraron en el restaurante de don Pilo a botanear mariscos sobre el cuerpo desnudo de una puta salvadoreña. El Cromo aborrece a este Gervasio Simpson, que ha hecho su dinero traficando con maderas preciosas de las selvas de Chiapas y Oaxaca; es la representación grotesca de los avecindados próximos al poder, y que han llegado a Huatulco reinventando su pasado de infamia.

Cuando el Cromo pide su cuenta para marcharse, entra el médico pirujano y Fermín Pedraza junto con el notario Páez. Tras los saludos el Cromo paga y dice que tiene que retirarse. Espera, le dice Fermín acompañándolo hasta la puerta, y sin importarle la expresión mohína con que el Cromo reprime la necesidad de decirle que se va por que no soporta al pendejo de Gervasio, le suelta el puyazo: Me acaba de decir la Diva que ni muerta vas a poner tus manos sobre ella. En otras circunstancias preguntaría el cómo y el porqué de esa respuesta tan resentida, pero ahora está al límite y el coraje lo lanza hacia el fuego infernal que a esa hora convierte a La Cruccecita en un rezumar de maldades.

Va perseguido por el enjambre de rencores que le agujonean las sienes sin permitirle pensar con claridad. Entra en la funeraria sin saludar siquiera a la secretaria que está comiendo algo grasoso de una fiamblera de plástico, y se mete hasta el fondo de la bodega, donde sabe que Taurino está a esa hora roncando sobre una hamaca. Lo despierta y le suelta a bocajarro su intención. Pues por haber hay varios, dice el quasimodo aún adormilado. Quiero el mejor, insiste el patrón, y no importa cuánto cobre. Pues dicen que hay dos hermanos que son buenos para quitar y hacer maldades. ¿Dónde? En Samahua. ¿Y cuándo podemos ir? Pues cuando usted diga. Mañana mismo.

Desde que habían llegado a Samahua, los hermanos Santoyo tenían más clientela que el Centro de Salud. Los médicos y los hierberos locales los odiaban por igual, pues no sólo les bajaban la clientela, sino que también remediaban los errores de unos y neutralizaban las maldades de los otros. El programa que tenían en la radio era, junto con el noticiero de Fito Callejas, el de mayor audiencia, y a pesar de las amenazas de los médicos y los llamados a la población para que no se dejaran embaucar por estos charlatanes, su consultorio en Samahua seguía congregando una multitud de desamparados.

Llegaron a las diez de la mañana y, ante la ineptitud de Taurino para convencer a la asistente que programaba el paso de los pacientes, el Cromo decidió presentarse personalmente y dejar con el saludo un billete de cien pesos doblado discretamente. Afuera en el barandal del rellano y en las escaleras había por lo menos diez o doce personas. Pero la untada surtió efecto y lo hicieron pasar tres lugares después de haberse presentado. En el escritorio estaba sentado un solo hombre, de pelo crespo y blanquecino y con una barbita afilada que le daba un aire fáunico. Dueño absoluto de la escena, el hombre perquirió motivos y luego de oír y asentir fijó el precio. Al conocer la cantidad el Cromo respingó: Es mucho. Amigo mío, dijo el personaje, dar importancia a las cosas que no la tienen es un síntoma inequívoco de estupidez; el dinero va y viene y a usted, téngalo por seguro, eso es lo único que no le ha de faltar. Le pago la mitad ahora y la otra mitad cuando vea los resultados, dijo el Cromo. ¡Hombre de poca fe! ¿No sabes que es más fácil

hacer el mal que el bien? Sí, eso todos los sabemos, pero yo quiero que usted me garantice los resultados. Mi fatuo amigo, dijo con desprecio el malandrín, la desconfianza excesiva es la que te tiene perdido. Está bien, dame la mitad que antes de lo que esperas vas a venir a traerme la otra parte.

Es un domingo, nueve días después de la visita a Samahua. El Cromo está sentado cerca del balcón viendo cómo en el campo de batalla los enemigos son presa fácil de la celada. No es normal en esta época que el acoso de los monstruitos alados se convierta en plaga. Pero dos noches atrás cayó una lluvia tan fría como el mar oscuro que llegó del norte, y de los fermentos pútridos que el sol catalizó brotaron miles de viditas negruzcas que se regodean en la descomposición y la muerte. Lleva menos de una hora viendo los aterrizajes suicidas sobre los granulillos anaranjados, y su mujer ya ha tenido que retirar el plato dos veces. Más allá del balcón hay otro tipo de vida que tampoco le merece confianza. En el centro del jardín el padre Toño ha instalado una kermés y es seguro que en cuanto el altavoz cese de transmitir la rutina eclesiástica, comenzarán a trepidar los ritmos más actuales. Y es que el padre Toño, además de su atractivo natural para las señoras de los empresarios turísticos, que lo obligan a programar las confesiones como si fueran sesiones de psicoanálisis, tiene también el mérito de ser un sacerdote de vanguardia, y al consumo de alcohol y otras sustancias profanas le aúna la afición juvenil por el *rap* y el *hip hop*, esa música tribesca que cuando hay kermeses para recabar fondos episcopales convierte al centro de La Crucecita en un gritadero infernal.

Al pensar que esa noche las iguanitas —y él mismo— tendrán que esperar a que terminen de levantar los tinglados, el Cromo alterna la visión del mosquerío agonizante con el trajín de las niñas que corren y gritan mientras instalan las mesas y ponen encima las viandas; y le resulta imposible dejar de pensar en otro tipo de granulitos más eficaces que convirtieran a todo el jardín en un enorme plato lleno de madres y niñas tendidos boca arriba pateando y braceando. Hay sin duda que atribuir a los olores de fritanga que contaminan el aire, mucha de la animadversión que ese domingo en particular tiene al Cromo exasperado. Y justo en el momento en

que decide servirse su cuarto vodka, suena el teléfono y la mujer se apresura a contestar sabiendo que cualquier pretexto puede detonar la atmósfera enrarecida de gas insano. Tira una silla con el impulso y oye afuera un ¡Pendeja!, mientras dice: Sí, licenciado, ahorita se lo paso. El Cromo toma el teléfono inalámbrico sin molestarse en preguntar. Dice: Bueno, y luego, sí, ¿qué pasó?, y se queda frío y enseguida siente cómo una llamita va prendiendo el recorrido de calor, como cuando se embucha un buen trago. ¡No lo puedo creer!, exclama saboreando la sorpresa. ¡Ahora mismo voy para allá!

Cuando al fin despide a Taurino y se queda solo, el Cromo se desprende de su reloj de oro y ve que son las nueve y diez de la noche más prometedora de su vida. Ni siquiera ha tenido tiempo de comer, ni piensa en ello cuando se sirve un vodka de la botella de Smirnoff que Taurino le ha ido a comprar junto con unos botellines de agua de coco y una bolsa de hielos. Mientras observa el cadáver sobre la plancha se empina el contenido del vaso en tres tragos demorados. Se sirve otro, y se fija en la mancha renegrida que tiene en el brazo derecho el cuerpo sin vida. Mira por dónde te lograron enganchar. ¡Y electrocutada! Ah, mujer soberbia, por la misma cantidad que tuve que pagar lo hubiéramos podido hacer amigablemente y compartiendo los dos el espectáculo. Y ahora mírate, todita para mí, y sin tener siquiera que preocuparme por acrecentar tus suspiros y tus espasmos. ¡Salud, reina de las moscas!, y se empinó todo el vaso. Se sirvió otro vodka y empezó a enfundarse los guantes de plástico. Así que ni muerta te iba a tocar, ¿eh?

II

Faltaban aún los peores años para que los linderos de aquella playa se convirtieran en un mapa afrentoso de parcelas en venta. Ahora sólo eran un basural de cacharros y envases de vidrio y plástico, a los pies de un ejército de nopales que custodiaban los desechos como soldados llorando a sus muertos tras la derrota.

Vieron la primera cabaña, un asomo de triunfo entre tanto abandono, y al fondo rocas y pájaros sobre un mar oscuro y viscoso. Casi no había olas a pesar de ser mar abierto, y el bigote del que venía manejando se sumó a la sonrisa al igual que los ojos oscuros y brillantes que se prendieron al hablar: El mejor pescadero de la costa chica.

Más adelante, en las proximidades de dos promontorios blancuecinos, las gaviotas piaban y aleteaban enloquecidas al ras del mar. Y por fin en la mente del acompañante aparecieron unas imágenes muy distintas a las que había visto desde Acapulco hasta Pinotepa y de Pinotepa a Corralero. Vida, vida marina: lo que él necesitaba para seguir soportándose, como otros necesitan ir al fútbol, a la iglesia o recibir aplausos cuando hablan.

Los Morros Cagados, dijo el conductor. Ahí vi el año pasado aquel cardumen de pargos que te dije...

Nunca dijiste cuántos, cortó el acompañante.

Un chingo.

¿Siempre está abierta la barra?, preguntó el otro viendo la mancha lodosa que se abría en semicírculo.

Se abre sola, cuando arrecian las lluvias, dijo el conductor.

Dos, tres cabañas más y llegaron a una plazuela de arena que fungía como zócalo a un lado de la bocabarra.

Ya sé que no te gusta mucho hablar, dijo el que venía manejando al apagar el motor.

Ni oír.

Pues aquí vas a poder combinar las dos, sin que tengas necesidad de comprometerte ni de ofender.

No comprometerse ni ofender: la expresión más acertada para resumir el código de una vida servil, pensó el acompañante al abrir la puerta y toparse de golpe con el calor ascendente del trópico a las diez de la mañana. Varios hombres salieron a la puerta de la cabaña más grande y en las otras dos cabañas aparecieron mujeres y niños de tez bruna y gesto defensivo.

Puede que sea la primera camioneta nueva que ven llegar, dijo el conductor impregnándose de loción con olor a tabaco antes de salir. Ya afuera, reacomodó la camisa por dentro del pantalón y ajustó la hebilla del cinto para que el abdomen no atrajese demasiado las miradas. Caminaba al frente con su sonrisa bigotona y los brazos abiertos, apenas lo suficiente para que el bamboleo del caminar no le diera a su robustez una apariencia matona.

¿Qué pasó, tío Nabor?, le dijo al que encabezaba el grupúsculo y que miraba embelesado la camioneta.

Se ve que van bien las cosas, ¿no, Biólogo?, dijo el hombre acercándose para sacarle con la mano el polvo a la negrura reluciente de la camioneta. Después dio un par de pasos para que su vista pudiera descifrar la verdadera naturaleza de aquella urdimbre negra amontonada en la parte trasera.

Es de la oficina, dijo el Biólogo, viviendo ahora la escena que durante el viaje se había cansado de imaginar. Todo sucedía como él había previsto: en cuanto vieran la novedad sería más fácil hacerles entender el beneficio.

Esta red no es de trasmallo, dijo el que parecía llevar el mando.

Ya les dije la otra vez lo que es, dijo el Biólogo.

Sólo uno, entre los cinco costeros que tenían las miradas clavadas en la red, se atrevió a examinarla. Luego, con aires de suficiencia, dijo: La almabrava.

Al-ma-dra-ba, corrigió el Biólogo, y buscó el reflejo de su sonrisa en la mirada esquiva del acompañante. ¡Déjenla, vénganse para acá! Les invito unas cervezas.

Entró por delante y saludó a la dueña que parecía detenida, más detenida aun que todo lo demás, en una eternidad desgana y fea.

Pidió la cerveza que había venido paladeando desde que bajara de la camioneta, y al primer envite escupió el trago y dejó la botella sobre la mesa para limpiarse la boca con el dorso de la mano. Luego le dijo a la dueña que sacara las cervezas de encima del pescado y las lavara y las pusiera con hielo, también lavado, en una cubeta; y a la muchacha que limpiaba las mesas le ordenó unos limones partidos y sal. Sin dejar de sonreír, fue acomodando a los hombres, que ahora ya eran siete. Sentó al acompañante a su derecha y lo presentó con la pachorra protocolaria que tan buen resultado le daba.

Nada le disgustaba más al acompañante que lo exhibieran en público y le dijeran Ingeniero, pues las dos cosas iban juntas desde que lo expulsaran de la Escuela de Ingeniería Pesquera de Matanchén, Nayarit; y el Biólogo sabía muy bien que no era ingeniero ni le gustaba que así le dijeran. Pero el señor delegado de pesca del estado de Oaxaca tenía un conocimiento preciso de lo que era capaz de producir la palabra ingeniero en las mentes indóciles de esos costños. Así que remachó una y otra vez la palabra para que quedara claro quién daría las órdenes y dirigiría la operación de la almadraba. Como el Ingeniero no habló, el delegado continuó derecho a lo que le interesaba. Les dijo con su voz segura y convencedora que esa red era la más grande, antigua y perdurable de todas las artes de pesca, una chingonería donde los billetes entraban, y miró con intención a tío Nabor, y ya no podían salir. Así que una parte para reponer la inversión, y la otra para repartir entre todos.

¿Quiénes todos?, respingó uno de pelo enrastrado.

Ustedes y el Ingeniero. Deben de ser diez en total.

No veo las lanchas, dijo tío Nabor con suspicacia.

Llegan sin falta la próxima semana, sentenció el Biólogo; y sin dar más opción a la desconfianza natural del costño, añadió con autoridad: No creo que haya problema en que usen las suyas viejas mientras llegan las nuevas.

Hubo un rumoreo de fondo y enseguida dos, tres preguntas disparadas con el mismo recelo con que enfrentaban las promesas mentirosas de los políticos. El Biólogo asumió el error con rapidez y levantó la mano derecha recorriendo con la mirada imperiosa cada

uno de los rostros. Con un tono definitivo les dijo que él ponía las embarcaciones y el equipo, y que también, a su tiempo, se encargaría de darle salida al pescado; ellos únicamente pescarían...

Yo no conozco el modo de trabajar de esa red, cortó con igual firmeza tío Nabor para que no quedara duda de que ese yo era múltiple.

Para eso está aquí el Ingeniero, dijo el Biólogo.

Todos buscaron con la mirada al Ingeniero, que empezó a inflamarse como si el sofocante silencio sólo esperase el estallido del viento. En cuanto el Biólogo le cedió la palabra, el Ingeniero tuvo que asumir el papel que más odiaba: Se conocían desde Grecia y Fenicia; las colocaban en lugares estratégicos para beneficiarse de las corrientes migratorias de los atunes que pasaban de un mar al otro. Había más de cien clases y decenas de miles por todo el mundo; tan solo Japón, el mayor consumidor de pescado per cápita del mundo, tenía cerca de cuatro mil. En México se habían instalado recientemente en Veracruz y Nayarit, y la que aquí traían se llamaba de buche y constaba de varios cuerpos... De pronto alguien soltó un pedorrón que pareció, por sus efectos, la respuesta más adecuada. El Ingeniero calló y el delegado supo que eran necesarias más cervezas para que ya nadie siguiera haciendo preguntas pendejas.



En la reunión que celebraron al día siguiente tras la partida del Biólogo, quedó claro que no se iban a dejar embaucar por el disfraz seductor de las palabras. Tío Nabor insistió en que las cosas y las palabras nunca habían sido lo mismo, y todos coincidieron en que la verdad estaba siempre lejos de lo que se hablaba. Así que decidieron que no habría más autoridad que la Sociedad Cooperativa de Corralero, presidida por Nabor Barros y como secretario Moisés Carrillo. Su gestación había durado un año, el mismo tiempo que llevaba el biólogo marino Erasmo Ortega al frente de la delegación de pesca del estado de Oaxaca.

Bajo las cejas feraces del Ingeniero había una mirada que recibía de todo lo humano con la misma arisquidad de los animales ponzoñosos que han sido objeto de una agresión fallida. Por parte

de tío Nabor el rechazo fue desde el primer momento instintivo, y al no albergar la menor confianza en la competencia del Ingeniero, dejó que el distanciamiento creciera durante los primeros días, en los que el Ingeniero sólo habló lo mínimo.

A la segunda mañana de su llegada, repuesto tras un dormir excesivo, el Ingeniero agarró sus implementos de buceo y salió a la playa. Pasaban de las diez y entre las lanchas que estaban varadas sólo sobresalía un torso joven, rematado en una cabeza greñuda que parecía faenar sobre el cabezal de un motor. Al acercarse a la orilla comprobó de reojo que el joven pescador que no supo pronunciar el nombre de la almadraba estaba limpiando una bujía con la típica parsimonia del costeño. El Ingeniero hizo un gesto a manera de saludo con la mano que cargaba las aletas, y el joven correspondió. Después dejó las aletas en la orilla y se metió al mar con el fusil en una mano y el visor en la otra. Al colocarse el visor sobre la cabeza, percibió cómo la atención del pescador se prendía del fusil que acababa de arrojar al agua, y preguntó de soslayo:

¿Cómo está la pesca?

Bien, dijo el pescador.

¿Hay pargos?

Sí.

¿Y medregales?

También.

¿Y qué tan grandes?

Pues..., el joven volvió a observar el arpón que ahora recogía el Ingeniero y continuó: depende de que tan chingón sea quien dispare.

El Ingeniero sonrió.

Si quiere lo llevo, dijo el pescador.

El Ingeniero se acercó a la lancha y esperó a que el joven terminara de ponerle la tapa al motor.

Se ve que es chingón ese fusil, ¿no?, dijo señalándolo.

Sí, masculló el Ingeniero mientras recogía las aletas de la orilla. ¿Y los demás?, añadió abarcando con un gesto el entorno solitario.

Están en la junta.

Parece que no les gustan las visitas.

Es el viejo, no quiere que nadie le haga sombra.

Hicieron zigzaguar la lancha hasta lograr meterla en el agua. Antes de arrancar el motor, el joven pescador le preguntó a dónde quería ir, y el Ingeniero señaló hacia los Morros Cagados.

Ahí no están los más grandes, dijo el otro.

No importa, nada más quiero ver el fondo y arponear un par de pescados para el refino.

En menos de quince minutos llegaron a los promontorios rocosos donde una nutrida comunidad de pelícanos observaba con recelo su acercamiento. Mientras el Ingeniero se alistaba el joven se dedicó a ahuyentar a los pájaros a gritos y manotazos. El Ingeniero se descolgó por la borda y se alejó a una distancia prudente para que el pescador no viera las heces flotando. Hacía demasiados años que la rutina se le había convertido en hábito y ya no tenía caso preocuparse demasiado por las hablaturías. Después tensó dos ligas del arpón y se sumió confiado. Aunque la visibilidad no era muy buena, la cantidad y la variedad de peces que se abrían a su paso era señal inequívoca de que el lugar era ideal. Vio un grupo de pargos de tamaño más bien chico y escogió el más grande. La flecha cortó el agua como un haz de luz y enseguida el pescado empezó a hundirse con un temblequeo agónico.

Le entregó la captura al pescador, que esperaba intrigado la salida, y volvió a sumirse con la seguridad de que ya era dueño incuestionable de esas profundidades. Ante él pasó una mancha de pámpanos de regular tamaño, pero ni siquiera se molestó en apuntarlos. Recorrió un buen trecho del fondo ripioso y salió a tomar aire. En la expresión del pescador había ahora un deje interrogante. Volvió a sumergirse más afuera y al seguir por unos instantes a una tortuga vio que en el fondo destacaban dos manchas blanquecinas. Fue directamente hacia ellas y comprobó que eran los esqueletos de dos peces vela de buen tamaño. Salió a tomar aire y nadó por la superficie los casi treinta metros que lo separaban del promontorio rocoso. Vio en una ligera turbulencia un pargo boqueando y se clavó con el arpón alistado.

Cuando subió con la segunda captura le preguntó al pescador quién había echado allí los espinazos de los peces vela. El joven se encogió de hombros como si le hubieran preguntado cualquier babosada. Sin embargo, el Ingeniero guardó el hallazgo en su memoria

como un recurso que en cualquier momento podría ser usado para cerrarles el pico a los que lo acusaran por sus excesos: el pez vela, al igual que el dorado, eran pesca deportiva y por lo mismo estaba estrictamente prohibida su captura con fines comerciales.

Una hora más tarde llegaron a la enramada y pusieron sobre una mesa tres pargos de entre cinco y diez kilos. La mesa era de una compañía cervecera: blanca con un escudo rojo al centro, y sobre este fondo los peces rojos brillaban como soles explosivos. En otra mesa estaban tres pescadores bebiendo y vociferando, y al ver los pargos suspendieron de golpe la cháchara y ya no pudieron evitar que sus ojos brincotearan de los peces al arpón que el Ingeniero sostenía con su mano derecha. Doña Antonieta salió de la cocina y luego la siguió la adolescente.

Hágame unos filetes fritos, lo demás es para usted, dijo el Ingeniero.

El tamaño y el fuerte contraste del azul de los ojos con el intenso rojor que transparentaban las escamas constituían motivo más que suficiente de celebración; pero para una mirada inquisitiva que busca siempre lo distinto, aquellos orificios, justo a unos centímetros del ojo, eran por encima de cualquier recelo las cartas de presentación de un buzo consumado.

No obstante, el dueño de la acción no era el Ingeniero, que seguía enconchado en su silencio. Tanto el dedo que ahora hurgaba con afán ostentoso en los agujeros, como la voz que decía dónde e inventaba cómo habían sido capturados los pargos, pertenecían a Moy, el hijo de Moisés Carrillo, el segundo en el mando de la cooperativa. Desde la mesa, sin el menor comentario, los tres hombres veían y oían el relato de Moy y revivían el tironeo agónico de los pargos de dos y tres kilos que ellos habían dejado de arponear hacía ya algunos años en los remolinos y turbulencias de los rompientes donde el pargo vive para matar.

El segundo día de buceo trajo dos pargos, dos jureles toro y un medregal. El tercer día uno solo: un mero que entre el Ingeniero y Moy llevaron al restaurante colgado del único remo que tenía la lancha. La cola del animal barría el suelo de manera soberbia y nadie, ni siquiera tío Nabor que estaba esta vez presente, se atrevió a decir que ya había visto antes un mero más grande.

El padre de Moy le había rentado un cuartito de cuatro por tres metros anexo a la cabaña donde vivían. La tercera tarde al regresar de comer encontró sobre el camastro una máscara diabólica. En cuanto la vio, sacó la mochila de debajo del camastro y buscó el envoltorio donde guardaba la pistola. Pero no, no le habían robado nada. Tan solo la máscara estaba allí para señalar la afrenta. Sin preocuparse por la intención del fetiche, tomó la máscara en sus manos y comprobó que era un trabajo valioso: los cuernos eran de un venado estacudo y las barbas de pelo grisáceo y natural, igual de sugestivas que los ojos, rayados a la mitad como los de una serpiente para transmitir turbación. Seleccionó con la mirada un lugar apropiado encima de la cabecera del camastro y después colgó la máscara con un trozo de cuerda de pescar.

Cuando regresaba del mar, el Ingeniero saludaba a su modo, con una sequedad rotunda. Dejaba las capturas sobre una mesa y se quedaba de pie un instante sin desprenderse del arpón, a esperar el comentario de doña Antonieta o el silencio admirativo de la adolescente que parecía moverse como el reflejo de una nube tímida sobre el agua.

Su manera de comer, semejante a la de un depredador marino, y la pila exagerada de filetes que le ponían enfrente, hartaban desde lejos a las miradas curiosas. El primer día, después del buceo, doña Antonieta le había mandado un plato con dos filetes y un poco de arroz con unas rodajas de jitomate mustio encima. El Ingeniero devoró el pescado y pidió un poco más, pero sin nada, sólo pescado. Le sirvieron dos filetes más, que comió con menos premura, y luego de acabar alargó la vista y vio que los hombres que estaban bebiendo en la enramada no lo observaban, y entonces se levantó con el plato y fue directamente a la cocina. Después salió con paso quedo y con la mirada fija en el plato, intuyendo que los hombres intentaban contar los filetes que necesitaba para sentirse lleno, que era para él la frase inseparable de toda buena comida: Ya me llené. Al siguiente día tomó dos platos de caldo y uno de filetes, y doña Antonieta ya no tuvo más dudas de la cantidad de pescado que el Ingeniero necesitaba para sentirse satisfecho.

El cuarto sólo tenía un camastro y una hamaca que lo atravesaba de esquina a esquina, y allí, leyendo el único libro que poseía,

transcurría el Ingeniero el tiempo que no pasaba en el mar: su verdadera vida. Se despertaba cuando la madre de Moy salía aún con la oscuridad para ir al baño y acicalarse, y luego oía los carraspeos y escupitajos del padre de Moy y bajaba de la hamaca e iba a ver el milagro siempre nuevo de la primera luz sobre el mar mientras orinaba. Después volteaba y gozaba el tímido rompimiento de la luz sobre las sombras de los árboles que bordeaban la laguna y oía el incipiente parloteo de los pájaros y entraba donde doña Antonieta para pedir su taza grande de café con tres panes de dulce. Cuando al fin se disponía a alistar sus aletas, su visor y su arpón, las lanchas de los pescadores ya estaban de regreso con las capturas del día.

Una sola cosa compartían el Ingeniero y el presidente de la cooperativa sin poder evitar que ese algo que los unía los hiciera tan distintos: los dos estaban convencidos de que la mayoría de los que quieren mandar no son más que embaucadores y farsantes. Así que para tío Nabor, que conocía a cabalidad la cháchara mentirosa de los buzos, el tamaño de aquel mero y la puntería del arponazo eran detalles inesperados que lo obligaban a un cambio repentino de criterio. Sin embargo, al contrario de las mujeres y la mayoría de los pescadores, su cambio no fue hacia la admiración, sino hacia la más franca suspicacia. No era gratuito, no podía serlo después de todo lo que había vivido, que la palabra desconfianza fuera su favorita. De la última experiencia dolorosa, una de las más significativas de su vida por el nivel tan bajo en que había caído su esperanza, aprendió que los animales más poderosos aun cuando estén lamiéndose las heridas de muerte en silencio, son capaces de responder con todo si se les hostiga. Y bastó esa pieza, de casi dos metros que sobrepasó las dos mesas que pusieron juntas, para que tío Nabor comprendiera que había algo en el alma del Ingeniero que no podía congeniar con la suya: un fondo de escollos mucho más oscuro y agresivo que el silencio abismal con que se recubría. A él le gustaba hablar un poco más de lo necesario para seguir mandando; y nada lo contrariaba tanto como que no reconociesen sus motivos, o que, como aquel fuereño ensimismado, pretendieran asumir hacia él una actitud ninguneante. Y aun aceptando que el Ingeniero fuese empleado del gobierno, tío Nabor no podía permitir el mal ejemplo

de que alguien quisiera hacer algo en Corralero sin tener antes su consentimiento.

Se ve que le sacó provecho al estudio, dijo acercándose al Ingeniero que seguía de pie y con el arpón en la mano.

El Ingeniero prefirió no entender la alusión y nada más esbozó la mitad de una sonrisa.

Aunque yo sigo creyendo que estas cosas se aprenden más bien en la vagancia, ¿o no?

El Ingeniero siguió con la vista perdida en la sucia revoltura del suelo.

¿Y a cuántos metros dijo usted que lo mató?, insistió tío Nabor tratando de encontrar algún extremo del que jalar la plática.

Fue él quien lo dijo, masculló el Ingeniero en dirección a Moy.

Yo le estoy preguntando a usted.

Supongo que todos conocen esa cueva, dijo elusivo el Ingeniero.

Ah, en la Favorita fue, dijo tío Nabor ensayando otra pose más condescendiente.

Usted no oyó bien porque no quiso, terció Moy con tono altivo. Dije que veinte metros para abajo y lo dejó temblequeando a la entrada de la cueva.

Tío Nabor levantó la mano derecha y pegó el índice a sus labios dejando que sus ojos transmitieran a los del joven la necesaria intensidad del silencio.

¿Y esta cosa es hechiza?, preguntó luego poniendo una mano sobre el arpón.

El Ingeniero apartó su mano y dejó que el hombre lo sujetara. Era un arpón australiano de tres ligas y con el cuerpo de soporte hecho de puro cedro. Para tío Nabor, que había aprendido a distinguir desde niño los arpones hechizos de madera de los profesionales de puro metal, aquella arma no podía ser motivo de tanta vanagloria y, por lo tanto, no quiso creer al Ingeniero cuando dijo que aquel arpón había matado ya chernas de más de ciento cincuenta kilos en Australia.

¿Y éste como cuánto cree usted que pese?, preguntó tío Nabor palmeando al mero.

Más, dijo Moy sin pensar.

No, menos, dijo el Ingeniero.

¿Cuánto es menos?, preguntó tío Nabor.

La mirada del Ingeniero levantó al anciano en vilo. Después dijo: Como el doble de lo que pesa usted.

No creo, yo he matado venados más grandes que no pesaban eso, y mientras hablaba tío Nabor tendió con la imaginación sobre las dos mesas uno de aquellos venados de ocho puntas que apenas podían cargar dos hombres, de aquellos hombres broncos y sufridores de veinte años atrás.

El Ingeniero asintió de nuevo y se dobló para extraer un cuchillo impecable de la funda de hule que tenía sujeta con hebillas en torno a la pantorrilla. Esbozó con el brazo un gesto para que Moy y la adolescente se apartaran y hundió la punta del cuchillo en la nuca del pescado. Se fue con el corte seguro por todo el lomo y después separó la piel para dejar a la vista la jugosa blancura de la carne. Desprendió con igual seguridad y cálculo una gran lonja y enseguida hizo filetes y los fue apilando sobre una esquina de la mesa. Tío Nabor, que seguía la operación en silencio, sentía crecer dentro de la cabeza una sospecha que iba confirmándose más y más conforme el filo del cuchillo separaba la carne de la espina y la carne de la carne con una facilidad peligrosa.

Tampoco creo que eso lo haya aprendido en la escuela, dijo al cabo.

El Ingeniero se vio las manos ensangrentadas y buscó con la mirada la cubeta de plástico en que la adolescente le había traído agua los dos primeros días. Como no la vio, dio unos pasos en dirección a la cocina.

¿Usted cree en el gobierno?, le soltó al paso el presidente de la cooperativa.

El Ingeniero se detuvo un instante y vio que la adolescente salía de la cocina con la cubeta llena de agua y en la otra mano el platón de aluminio para los filetes. Yo sólo creo en el mar, dijo sopesando con la mirada el esfuerzo que suponía para la muchacha cargar la cubeta. Lo demás no me interesa.

La visión de aquella espalda velluda no era para tío Nabor algo novedoso. Años atrás, en un par de ocasiones, había visto la espalda y el pecho peludísimos de un español que venía desde Acapulco con la intención de comprar aletas de tiburón y pieles de tortuga.

Se hacía llamar Andrés Betanzos. Lo asaltaron en la carretera a la altura de San José Estancia Grande y le rompieron la sonrisa rosada y orgullosa con dos balazos al intentar resistirse. Pero la espalda del Ingeniero estaba cubierta de una vellosidad más trigueña y agresiva, una selva capilar que sólo se abría en los extremos para mostrar la imponente redondez de los hombros y la sólida trabazón de los bíceps. Ochenta kilos de fibra y hueso que se embutían de la cintura para abajo en un traje negro de neopreno que le daba al caminar un aspecto gorileSCO. Sin embargo, por la experiencia de sus sesenta y siete años, tío Nabor creía saber muy bien que aquella espalda peluda pertenecía a un animal mucho más peligroso que cualquier otro animal fuerte y peludo, y que la cola que le colgaba, aunque pareciera ser la parte de arriba del traje de buceo, era en realidad la señal inequívoca de un hijo del maligno. Esta imagen, unida a la respuesta que el Ingeniero acababa de darle, fue suficiente para que la desconfianza del anciano tuviera ya otro lugar más decisivo donde centrarse.



Esa mañana el mar no era un tapete de terciopelo. Entraban con fuerza las primeras corrientes frías y con la vida que traían venía también un ímpetu natural que de pronto reventaba sobre las rocas y transformaba la profunda negrura del entorno en un mundo estremecido por millones de burbujas misteriosas. Ahí, en ese ordenamiento de claridades, estaba siempre en potencia el mandato del instinto, y el buen depredador sabía que el máximo acecho era la condición obligada para el éxito. Y en máximo acecho estaban las sardinas y los jureles y los pargos y también los tiburones. Un arranque repentino y una vida se tragaba a otra. Un escenario donde sólo se exhiben las más crueles intenciones, y al filo vertiginoso de la mordida no hay depredador que no pueda a su vez ser devorado.

En los primeros días el Ingeniero fijó en su memoria buceadora todo el entorno de los Morros Cagados. Entre dos y tres horas de buceo, estudiando la fuerza de las corrientes y la cantidad y variedad de los peces que aprovechaban las corrientes como los medios más

cómodos para transportarse. Tenía ya un lugar señalado, al poniente del último morro, donde se podían ver en medio del arrastre de la corriente manchas de jureles y agujones y roncadores y salemas, el desfile multitudinario de una vida pelágica que la boca de la almadraba recibiría como una ofrenda sublime.

El Ingeniero sabía que los griegos ya sabían que ese arte de pesca era un don para los hombres del mar, como la domesticación de los animales y el pastoreo habían sido un don de la naturaleza para los primeros hombres que le rendían culto a los cerros y a las cuevas donde se guarecían ellos y sus animales. La almadraba desde su origen no fue otra cosa que un redil marino, pero mucho más sofisticado y eficaz que cualquier cerca de piedra o de troncos con que los patriarcas de la edad del pastoreo protegían sus rebaños. Durante siglos algunos pueblos inteligentes del Mediterráneo quisieron emular en tierra el funcionamiento de la almadraba, y el resultado, aunque permitió la creación de los corrales múltiples para el ganado, puso en evidencia que no era tanto la red lo que importaba, sino la exacta colocación de la red en medio de las corrientes.

El Ingeniero, no obstante, no podía decir por qué este mar no era igual al Mediterráneo, ni por qué los atunes que él conocía eran distintos a los torpedos de más de seiscientas libras que quedaban atrapados en la trampa que conducía inevitablemente al matadero. Ni el mismo mar, ni los mismos atunes, ni la misma almadraba. El mar que él conocía era otro, y era único a pesar de haberlo visto en tres lugares distintos: Veracruz, Nayarit y Oaxaca. Un mar casi artificial por lo caliente, como una placenta más grande y viva que la materna, y también mucho más peligrosa e insondable.

Moy desaceleró el motor y señaló con la mano libre y dijo que ahí abajo era. El Ingeniero miró por la borda y no se dejó convencer por la respuesta. A veces entre el arriba y el abajo había la misma diferencia que entre lo lleno y lo vacío, y bastaba traspasar una capa térmica para que todo perteneciera a otro orden cualitativo, como si se tratase de dos atmósferas distintas: una plena de vida y la otra irrespirable. Se sentó y alargó la mano hacia el agua sólo para confirmar la temperatura. Después se bajó el traje de buceo y repitió el ritual que el joven pescador había celebrado el segundo día a

carcajadas. En realidad, lo que más impresionó a Moy fue la visión del órgano descomunal del Ingeniero; pero ante el desconcierto que le produjo esa especie de trompa colgada, optó por apuntar hacia las plastas amarillosas que el Ingeniero soltaba. Al ver cómo Moy señalaba con el dedo las cagarrutas que iban flotando al costado de la lancha, el Ingeniero plegó el ceño con ironía y sin tomar la molestia de limpiarse metió su cuerpo peludo y fornido dentro del traje de buceo.

¿Y por qué no caga en tierra?, le preguntó aún risueño Moy.

Lo que el mar da, al mar regresa, gruñó el Ingeniero.

En la escuela esta rutina, junto con otras como lamer el plato cuando la comida era poca y de su gusto, le había acarreado fama de cochino. Y aunque nunca le importó la opinión de los demás, su susceptibilidad era una membrana que él mismo producía para protegerse como ciertos peces en la noche marina. Para él todo acto era un rito de libertad, y ningún otro valor le parecía más importante que sentirse libre.

Escupió sobre el vidrio del visor y luego de enjuagarlo se lo puso. Se calzó las aletas, mucho más grandes y pesadas que las de cualquier buzo que Moy había visto, y alzando el arpón se arrojó al mar y comenzó a aletear con la misma excitación que asumen los grandes depredadores cuando buscan a las víctimas en sus dominios.

Con sus aletas y visor llenos de parches y un gancho langostero en la mano derecha, Moy sentía cómo por encima de la vergüenza crecía la fascinación, y con regusto admirativo seguía las evoluciones consumadas del Ingeniero. No pasaba de diez metros la visibilidad y las puntas más notorias de los montículos submarinos eran unas manchas oscuras que yacían a media agua como señales de un mundo más libre y peligroso que el de la superficie. A poco más de un metro curioseaban las palometas y los jureles, más abajo coleaban las cornudas entre la concurrencia de salemas y corbinas, y más abajo aún se veían las aletas del Ingeniero paseándose acompasadamente por el filo del arrecife. Aunque las cornudas no eran de gran tamaño, suponían para Moy una señal inequívoca de que en cualquier momento podía aparecer una sombra de más de dos metros capaz de ensangrentar toda la escena con un solo mordisco.

Los primeros días había visto cómo el Ingeniero bajaba quince, veinte metros, y después subía lentamente en busca de un pez curioso que ameritara el disparo. La flecha dejaba una línea plateada antes de incrustarse en la cabeza, y el pescado comenzaba a ladearse desconectado de golpe de todo lo demás que allí bullía. Esta vez, sin embargo, la poca visibilidad no permitía que Moy pudiera percibir lo que el Ingeniero percibía; ni siquiera lograba entender por qué el arpón no hacía el menor amago de apuntar hacia los jureles toros y los medregales que seguían con extrañeza las inmersiones del Ingeniero hacia el corazón de la negrura. Pero lo que el Ingeniero veía no tenía una relación inmediata con el arpón; ante aquel fondo rojizo y oscilante los cálculos se multiplicaban y el deseo no podía aceptar que aquella multitud no tuviera límite. Poco importaba el tamaño y la diversidad de vida que encontraba en el tránsito, lo único que su mente registraba estaba en el fondo. Ya había decidido la manera precisa cómo todo ese amontonamiento de vida podría subir a la superficie para transformarse en billetes; lo que ahora quería era confirmar que el rojor tenía un final, y siguió hundiéndose una y otra vez hasta que se convenció de que, aunque lo hubiera, tendría que estar más allá de los sesenta o setenta metros que él había inspeccionado, y eso era lo único que importaba. Buscó a Moy en la superficie y le hizo señas. Luego volvió a clavarse y la próxima vez que el pescador lo vio tironeaba en lo profundo de un mediano pez rojizo. Como el cazador que descubre de pronto a las codornices en gregaria mansedumbre, el Ingeniero dejó ir el disparo sin el habitual rigor y el pescado salió expelido de la mancha y comenzó a girar en un tironeo circense. Entre el extremo de la cuerda y el amarre de la flecha había veinticinco metros de seda recia, así que el Ingeniero comenzó a subir sin dar mayor importancia a aquellas acrobacias de muerte.

Moy, que veía la escena embelesado, fue el primero en percibir cómo la oscuridad se abría y de ella surgía una boca que arrancaba en un relampagueo la mitad del huachinango. La cola desapareció entre los dientes, y el tiburón, mientras hociqueaba entre el cintileo de escamas, reparó en que faltaba la otra mitad. Dio un par de coletadas y fijó al Ingeniero, que tenía la varilla sujeta con una mano y con la otra trataba de zafar la cabeza del pescado. A menos de diez

metros, como si flotase en una profundidad inalcanzable, apenas se podía percibir el cuerpo de cedro del arpón. Pero ninguno de los ojos miraban ahora hacia el arpón: los de Moy, que acababan de ubicar la lancha a una veintena de metros, iban del Ingeniero a la cornuda; los del Ingeniero se alternaban entre la flecha y el tiburón como un mecanismo sentencioso que fuese anunciando con la exactitud del ritmo la inevitabilidad del desenlace; y los del tiburón, que relacionaban gozosamente el reguste de lo comido con aquella cabeza que el Ingeniero trataba de desprender violentamente de la flecha. El disparo, unos centímetros atrás de la branquia, logró atravesar el pescado y la punta de la flecha, con la lengüeta de seguridad abierta, impedía que la cabeza quedara libre de la varilla de acero. Tras fracasar en los dos intentos de cerrar la lengüeta para sacar la flecha, el Ingeniero comprobó la cercanía del tiburón y ya no hizo el menor intento por desenroscar la punta de la flecha. Sujetó el otro extremo de la varilla con las dos manos y se sumergió un par de metros hasta que se topó de frente con aquellos ojos saltones. El tiburón amagó una mordida y al fallar se tomó el tiempo necesario para dar una vuelta e intentarlo de nuevo. El Ingeniero asió la varilla a manera de lanza y dejó que el tiburón mordiera el extremo de la cabeza. En cuanto sintió las sacudidas, el Ingeniero hizo para atrás la varilla y buscó el punto más vulnerable. A pesar del impedimento de lo quedaba de la cabeza, la flecha alcanzó a pinchar la panza del tiburón con la suficiente fuerza disuasiva. La sombra hizo unos requiebres hacia el límite de la visión y después desapareció.

Atento al desenrosque de la punta, el Ingeniero no quiso percibir los gestos que Moy le hacía. Extrajo la cabeza y se la pasó. Moy la trabó con el gancho y desde el fondo del visor hizo una mueca, donde había igual de interrogación que de rechazo. El Ingeniero señaló hacia arriba con la flecha y después se sumergió para recuperar el fusil.

Los siguientes cinco disparos fueron impecables, y los peces estaban ahora tendidos en el compartimento central de la embarcación exhibiendo ese rojor sensual que, después del primer pasmo, jamás se olvida. Cinco cuerpos del mismo tamaño, la misma apariencia y el mismo agujero atrás del ojo, en pleno cerebro.

¿La tiro?, dijo el pescador apuntando con su cabeza a la otra cabeza del pescado.

No, dijo el Ingeniero.

Está comida, ya no sirve.

¿Quién lo dice?

Moy miró al Ingeniero como si no hubiese oído nada.

El Ingeniero levantó la vista de los huachinangos y encaró al joven: ¿Crees que te permitiría eso tío Nabor?

¡Por mí puede irse mucho a la chingada ese pinche viejo!

La sonrisa del Ingeniero fue aún más convincente que su meneo de cabeza. Vamos a hacer un trato, dijo llenando la mirada de un brillor ambarino: Si tío Nabor está de acuerdo en que se chinguen los peces vela y tiren los espinazos aquí, y enfatizó con el dedo hacia abajo, te pago el doble de la gasolina; y si no está de acuerdo, no te pago nada.

A mí lo que tiren y donde lo tiren me vale madres, respingó el pescador.

Pues entonces seguirás siendo toda tu vida un pendejo.

Moy volteó y se aseguró de que la marcha estuviera en neutral. Enseguida jaló la cuerda de arranque y el motor tosió dos veces antes de encender. Ahora lo veía muy bien: este Ingeniero era igual que el Biólogo, que era igual que su padre y también que tío Nabor, igual que todos los mayores que tomaban su juventud como un defecto y le daban las órdenes tajantes para que todo se acomodara a su modo, sin molestarse siquiera en pensar en la posibilidad de que alguien más joven pudiera tener algo que aportar. En la espalda del Ingeniero estaba escrito un desprecio que era igual de hiriente que el “pinche chamaco” con que su padre y tío Nabor y todos los mayores lo sobajaban.

La espalda volteó de pronto y una mano ordenó en el aire el cierre de la marcha

¿Cómo te gusta que te digan los amigos, Moisés o Moy?, dijo el Ingeniero en un tono más tolerante.

Depende de quién lo diga y cómo lo diga, masculló a la defensiva el pescador.

Bueno Moy, pues fíjate que no me caes del todo mal, por eso te voy a decir que lo que hoy vi de ti me pareció pura pendejada: pri-

mero te frunces al ver la cornuda y después quieres tirar la cabeza del huachinango justo encima del cardumen más grande que he visto en mi vida. Es lo mismo que tirar en medio de un mitin la cabeza de cualquier pendejo. Nada más con que dejes un par de escamas, un solo par de escamas en el fondo de la cueva donde chingaste el primer pargo, para que pasen semanas sin que ningún otro se meta ahí a boquear...

Yo no me fruncí, dijo el pescador acelerando, pero la espalda ya estaba de nuevo ante él como una pared viviente guarnecida con miles de ojos acusadores. Apartó la mirada hacia un lado y vio con preocupación cómo las olas rebalsaban con ímpetu creciente sobre la orilla. En ese momento tenía la certeza de que el Ingeniero y él pensaban lo mismo: una certeza que trepaba del pecho a la garganta y ahí se enredaba, como uno de esos bejucos que terminan ahogando la rama en que se sostienen. Vio y sintió al mismo tiempo que lo que venía iba a ser aun peor que la cornuda, pues antes sólo el Ingeniero era testigo y ahora varios hombres observaban la lancha desde la orilla.

La espalda siguió firme y altiva hasta que un repentino acelerón la obligó a doblarse hacia adelante para que las dos manos sujetaran el banquillo. La máquina rugió unos segundos y después se detuvo en la cresta de la ola. Cuando el Ingeniero gritó: ¡Aguas, pendejo!, Moy estaba justo en mitad de la pesadilla. Era un sueño obsesivo: lo venían persiguiendo y se encontraba al borde de un abismo, una zanja o un río y al momento de tener que dar el salto frenaba el impulso y se quedaba pendulando en el filo de la caída. Esta vez dobló bruscamente el timón y aceleró para alejarse del rompiente.

El Ingeniero se volteó y apoyándose con las piernas contra el banquillo pidió calma con las manos.

Ya sé que ahora no te vas a fruncir, le dijo al par de ojos desconfiados que lo miraban tratando de minimizar el miedo. Nada más quiero que quede claro quién es el responsable si se pierde la lancha...

¿Quiere manejarla usted?, respingó el pescador tratando de que su enfado fuese convincente.

No, no quiero. Pero creo que voy a tener que hacerlo.

Nadie dijo nada, y el pescador levantó la vista y notó que en la playa su padre trataba de ordenarle algo con el brazo. Una serie de olas comenzó a reventar con más fuerza y desde la orilla llegó urgente un ¡Péerate! que contribuyó a que en la cabeza de Moy apareciera de golpe la verdadera dimensión del peligro. Cinco olas después el mar mostraba su mejor ocasión, pero el motor seguía crepitando en la misma incertidumbre.

¡Ahora, pon la máquina al tope!, ordenó el Ingeniero.

Pero el pescador ya no tenía ánimo para enfrentar la recia mirada del Ingeniero, y siguió percibiendo la realidad de lado, como la percibía cuando su padre lo regañaba.

¡Ahora, pendejo!, rugió el Ingeniero.

Y entonces, desde la raíz misma de la voluntad negada, le salió la única frase que aún parecía conservar algo de valor: ¿Y por qué chingados no la lleva usted?

El Ingeniero pasó por encima del compartimento y le quitó al joven el timón de la mano. Después, Moy simplemente dejó de existir. Los sucesivos acelerones del motor contribuyeron a que la sangre del Ingeniero ajustara su ritmo al mismo nivel que le exigía al dedo índice de la mano derecha antes de los disparos. Metió la marcha y dirigió la embarcación paralela a la playa hasta la proximidad de la barra. Contó la tercera ola y entonces resonó en su cabeza el estallido de la orden. En un solo instante, como otro disparo más, la máquina rugió a tope y puso a la lancha en pleno ascenso de la ola. Y sobre ella se fue hasta que la ola se dobló y la lancha siguió volando y atravesó la franja de playa entre el mar y la laguna. Ni Moy que iba de espaldas al motor, ni los que se acercaban por la playa impresionados por la velocidad de la lancha, alcanzaron a ver cómo el Ingeniero apartaba el seguro y levantaba la pata del motor. Así que tanto Moy, que yacía ahora tirado sobre los pescados, como los hombres que corrían hacia la embarcación, estaban convencidos de que el golpazo que habían oído era de quebrazón.

El Ingeniero bajó de la lancha y la reojó con calma. Con la parte de arriba del traje de buceo colgando sobre la cintura su aspecto parecía aún más simiesco. El padre de Moy y los pescadores veían ahora sin acabar de creerlo la punta de la lancha sembrada en la

laguna, y pasaban la mano sobre la vieja pata del motor en busca de una fisura, algo que explicara al menos la magnitud del estruendo. El ingeniero se acercó a Moy y le tendió la mano para ayudarlo a salir.

¿Estás bien?, le preguntó.

Sí, nomás me di aquí un chingadazo, dijo señalando la nalga izquierda.

El Ingeniero tomó el arpón en una mano y con la otra hizo un gancho que metió por las agallas de la cabeza del huachinango mordido por el tiburón. Pasó ante los hombres con su sonrisa ambarina y después, desde la orilla, arrojó con fuerza la cabeza del pescado hacia la laguna. Sólo ahora, al ver los saltos de las lisas donde cayó la cabeza, reparó el Ingeniero en la belleza y el tamaño de la laguna. Al cabo volteó atraído por una voz de regaño.

Si quiere uno agárrelo, don Moisés, dijo para no tener que oír lo que el padre le reclamaba a su hijo.

Por nadita y me quedo sin lancha, dijo aún crispado el pescador.

Así es la vida, a veces por nada se pierde todo, cortó el Ingeniero.

Se ve que para usted es fácil perder lo que no es propio, dijo el curtido costeño, y asintieron también las otras dos cabezas convencidas de la necesidad del regaño.

Yo lo perdí todo desde antes de nacer, así que ya no puedo perder nada. De todas maneras no regañe a su hijo, yo asumo la responsabilidad.

Cuál responsabilidad, si ni siquiera se ha tomado hasta ahora la molestia de pagar la gasolina.

Esa también es mi responsabilidad y la asumo, dijo el Ingeniero encarando al pescador con el índice.

Nadie dijo palabra. Los cuatro pescadores tenían la atención concentrada en los movimientos que hacía el Ingeniero al meter los dedos índice y anular de la mano vacía por las agallas de uno de los huachinangos que estaba tendido en el compartimento. Enseguida le dijo a Moy: Trae los demás para que de una vez hagamos las cuentas. Empezó a caminar rumbo a la enramada de doña Antonieta y de pronto se detuvo. Buscó al sol y lo fijó el tiempo necesario para provocar un estornudo tronante, luego siguió caminando.

La muchacha se llamaba Dulce y, aunque no era lo que su nombre indicaba, tenía unos ojos muy negros y sufridos que contrastaban con la insinuante redondez de los pómulos y con los labios carnosos y brillantes. Casi no tenía pechos, pero cuando se ceñía una de esas faldas cortas con dibujos y colores tropicales, la mirada del Ingeniero se prendía con todo el deseo en la parte más ceñida de las nalgas e imaginaba con facilidad el gozo que supondría aquella captura.

Los dos se vieron al mismo tiempo: ella rastrillaba con desgana la arena del piso y el Ingeniero dejaba el huachinango sobre la mesa de la esquina. Ella se acercó y bajó la vista para seguir al dedo que escudriñaba el orificio que tenía el pescado en la cabeza. Dijo: Tiene el color más bonito del mar, mientras sentía cómo la mirada solar del Ingeniero le calentaba el cuerpo. Vestía una blusa azul cielo sobre un brasier que sin duda era de la talla más chica y una falda blanca, extraña por completo a los estampados estridentes de los tres primeros días. Era la prenda más corta que hasta ahora el Ingeniero le había visto y por los linderos del dobladillo podía verse una profusión capilar aún más insinuante que la que cubría la negrura bruñida de los brazos y las piernas.

Hay otro color más bonito, dijo el Ingeniero buscándole con intención la mirada.

¿Cuál?, preguntó ella sin levantar los ojos del dedo que jugueteaba en el orificio.

Hay un caracol que tiene un color más rosado y más vivo.

¿Por fuera?, inquirió ella ingenuamente.

No, por dentro, y al decirlo vio cómo el rostro de la muchacha enrojecía. Es como un dardo que se dispara cuando agarras el caracol vivo con la mano.

Me está diciendo mentiras, dijo la muchacha insinuando con una sonrisa que aquel juego no le disgustaba.

No, es la pura verdad, y si quieres un día te llevo para que lo veas. Es un dardito de un rojo más intenso que éste, y señaló al huachinango, y cuando está todo de fuera lanza un chisguete espeso y blanco...

Ay, cómo será usted, protestó la muchacha sacando con rapidez el dedo del orificio.

Oh, qué mal pensada eres, dijo el Ingeniero sabiéndose ganador. Si pudiera te lo traería muerto, pero no serviría de nada porque muerto no saca el dardo. Tienes que venir conmigo para que lo veas bajo el agua. ¿Sabes nadar? La muchacha asintió con la cabeza y vio que los pescadores entraban.

Los hombres eran ahora cinco y los cinco se reían y cuchicheaban de lo mismo. Nadie, en los veinte o veinticinco años desde que habían llegado las lanchas con motor, había visto que una embarcación volara sobre la playa para caer en la laguna. Las cinco lanchas que ahí había pasaban a menudo a la laguna. Cuando el mar se violentaba, los hombres cruzaban unas cuerdas bajo las lanchas y con unos palos las arrastraban hacia la laguna. La franja variaba su ancho de casi cien metros donde estaban las cabañas, a poco más de diez cerca de la boca turbulenta de la barra, y ahí, en la parte más estrecha, era donde los pescadores varaban las lanchas y las empujaban hasta dejarlas a mitad del camino entre el mar y la laguna, cuando el tiempo lo permitía. Y por ahí pasó volando el Ingeniero.

Le dijo a la muchacha que las primeras cervezas las pagaba él, y salió. Los hombres que se apiñaban en torno a una mesa no quisieron darle otro sesgo a la salida de aquella figura enrabada. Lo que importaba era el pretexto, que alguien o algo rompieran de golpe la rutina diaria y los empujara hacia una mesa. Después, con la deriva del alcohol en las venas, todos tenían la misma oportunidad de terminar derrotados.

Cuando el Ingeniero regresó fue directamente a la mesa donde Moy estaba fileteando un huachinango. La dueña del restaurante y la muchacha levantaron los ojos de la mesa hacia el Ingeniero. Moy les había estado contando su propia versión de la hazaña y en la mirada de las mujeres afloraba la misma sonrisa bobalicona. El Ingeniero vestía un pantalón de mezclilla y una camisa de color caquí, y habló con el joven desde la distancia que consideró prudente para evitar cualquier salpicadura. Oyó que lo llamaban y vio que tío Nabor estaba también bebiendo con los otros hombres. Le dijo a Moy que lo esperara en la lancha y se encaminó hacia la mesa de los bebedores.

Siéntese, Ingeniero, dijo tío Nabor ofreciéndole una silla.

Voy de salida, gracias.

El viejo empezó a sentir que sus planes se malograban. ¿Se va?, preguntó dudando.

Nada más a hablar por teléfono.

Pero siéntese tantito, volvió a insistir.

Antes de sentarse, el Ingeniero alargó el brazo por encima de los envases vacíos enracimados en el centro de la mesa y dejó frente al padre de Moy un sobre blanco.

Lo que debo, dijo antes de que le preguntaran.

Entre los hombres, ya prendidos por las cervezas, hubo un gorgoreo festivo.

Sólo tío Nabor, que había apartado la vista para pedir una fría para el Ingeniero, movió en desaprobación la cabeza cuando reparó en los billetes que el pescador extraía del sobre. El Ingeniero esbozó entonces una sonrisa sardónica y descubrió que frente al viejo líder había un refresco de naranja.

Estoy seguro, Ingeniero, que usted sabe mejor que yo que este no es el momento ni el lugar indicado, dijo tío Nabor sin titubeos. Sopesó luego por un instante el silencio y remachó enfático: Los que sabían más que nosotros dejaron escrito que el que va adelante ve más que el que va atrás.

Es su dinero, dijo el Ingeniero. Yo cumplo con dárselo.

Sí, para que se vaya más rápido al caño.

Ese ya no es asunto mío.

Ni mío tampoco; pero los dos sabemos que dinero que llega fácil, se va fácil.

La muchacha trajo la cerveza y el padre de Moy, como si acabase de emerger de un mundo ajeno, hizo revolotear el brazo para ordenar otra ronda más. El Ingeniero levantó entonces la botella y pensó: Jodida susceptibilidad. Tal vez tuviera razón el profesor de tecnología pesquera y todo se debiera a que la sangre india había sido demasiado contaminada por la negra, aquellos primeros negros cimarrones que escaparon de las minas y las haciendas para vivir asaltando y robando ganado, violando y raptando a las adolescentes indígenas que terminaron dando esa semilla que creció y se nutrió por igual de resentimiento y de orgullo. Al momento de darle un trago a la botella vio que en los ojos vibrantes de tío Nabor todo se

invertía. Y la pregunta que le llegó traspasó bruscamente la membrana sutil que recubría su recelo.

Usted tiene sangre de español, ¿verdad, Ingeniero?, y al hacer la pregunta tío Nabor creía estar viendo a un hijo de aquellos comerciantes o ganaderos muy recios y peludos que hablaban por encima de las demás voces y se ponían locos y maldecían cuando alguien les daba un no como respuesta.

No, que yo sepa. ¿Y usted?, reviró el Ingeniero percibiendo ahora en las facciones del viejo líder algo del animal montaraz que domina de manera natural cada uno de sus movimientos.

Yo soy costeño cien por ciento, como lo fueron mis sagrados padres.

El Ingeniero trató de ver también a los ancestros del viejo en ese rostro que parecía guardar en cada uno de sus pliegues una microhistoria hecha de rebeldía y astucia.

Ni siquiera sabemos bien su nombre, siguió diciendo el viejo. Cuando el Biólogo lo presentó dijo un nombre que ninguno de nosotros recuerda...

Marcio, dijo el Ingeniero.

No, dijo otro.

El Ingeniero volvió a levantar la cerveza y decidió que era el último trago, luego dejó la botella aún mediada sobre la mesa y dijo con intención de levantarse: Ese es mi nombre.

No se ofenda, Ingeniero, atajó el viejo.

No me ofendo, respondió ofendido el Ingeniero; nada más tengo que irme.

Aquí quien más quien menos, pero todos tenemos algo que ocultar...

Yo no tengo nada que ocultar ni tampoco nada que demostrar, así que con permiso.

Se levantó y sintió que la funda que llevaba atada en el tobillo derecho le empezaba a apretar más de lo normal. Tenía dos cuchillos: uno para el mar y otro de paseo. Sin embargo, la funda era la misma; y aunque no le importaba exhibirla en la pantorrilla cuando iba a bucear, en tierra, si decidía llevarla, la cubría siempre con un pantalón de mezclilla.

Está bien, Ingeniero, vaya a su mandado; pero tarde o temprano va a venir alguien de Pinotepa o de Acapulco a preguntar por su nombre y sus apellidos.

El Ingeniero apartó la silla con las manos, y al dejarla clavó todo su empuje con ella sospechando que tal vez aquellos tubos arruinados por el óxido pudieran funcionar como un pararrayos para descargar tanta animosidad negativa.

Me llamo Cayo Marcio Ficacci, dijo enfrentando la mirada de tío Nabor, y enseguida añadió abarcando a los demás pescadores: Y espero que ya no se les olvide.

Y su mamá, insistió el viejo. ¿Tampoco es mexicana?

Mi mamá fue una puta jarocho, dijo sin siquiera pensarlo.

III

Siempre que el padre llegaba el mundo cambiaba bruscamente hacia otra dimensión más deleitosa y lúdica. Parecía que el tiempo aumentaba su velocidad y las cosas sucedían más aprisa, fuera de cualquier control y con una intensidad panorámica que se grababa como una película en la parte más festiva de la memoria. Frente a la rumia empantanada del resto de la semana, el día de visita era el único sagrado, el día en que la criatura y su creador se encontraban de nuevo y al reconocerse celebraban sin trabas el acontecimiento.

Ningún instante, ningún regalo podía ser más esperado. Cuando aquellos brazos fornidos y peludos lo levantaban en vilo, el niño sabía que estaba en lo más alto e inalcanzable para cualquier daño, y desde aquella altura poco podía importarle el recelo vidrioso con que su madre veía la escena una sola vez, para después continuar perdida frente al televisor en blanco y negro.

A la misma hora y el mismo día, el mismo ritual y los mismos regalos. Tocaba una sola vez la bocina al estacionarse y después bajaba y abría la puerta de la casa, tras la cual el niño esperaba ansioso para colgarse del cuello y responder con gorgoteos eufóricos a la frase consabida: ¿Cómo está mi general romano? Luego del alboroto, dejaba al niño en el suelo y salía a sacar del auto las dos cajas donde venían los racimos de provolones y el tasajo y los chorizos, y también el pescado y los mariscos que comerían ese día. Los filetes eran casi siempre de robalo y en el marisco había tres preferencias: en primer lugar el camarón, luego la langosta y por último la jaiba.

El padre dejaba las cajas en la cocina y, llevándose al niño colgado del pantalón, llegaba al sillón por atrás para cercar con sus manotas los rotundos pechos de la mujer que apenas apartaba la mirada del televisor para protestar cuando el apriete era excesivo.

De esos días festivos el niño sólo entendía una parte, y esa parte iría creciendo con los años hasta abarcar la totalidad del recuerdo.

Era como un sueño que se repetía cada vez que el padre llegaba, y a fuerza de revivirlo el niño ya sabía que la felicidad que sentía al ir caminando en medio de los más bellos jardines de la mano del padre, era el antes y el después de una oscura e imperturbable laguna a la que tenía que arrojarle sin el menor reparo, como esos ascetas que deciden adentrarse en las cuevas más lúgubres sabiendo que la mejor manera de vencer es la renuncia. Una laguna que lo absorbía por tres o cuatro horas interminables, desde el momento en que el padre apagaba el puro después de comer hasta que, ya noche, salía carraspeando de la habitación, iba al baño y se instalaba frente al televisor para ver la función sabatina de box.

La madre, enfundada en sus batas satinadas, casi no existía ni antes ni después, sólo en esas horas oscuras que pasaba zambullido en la laguna sentía el niño que la madre era real: una realidad odiosa y pintarrajeada que lo separaba de lo único que deseaba en la vida; el antes y el después de la laguna, el antes y el después de que el padre se encerrara con la madre.

El propio padre, antes de recluirse en la habitación, llevaba al niño a su cuarto y le decía: Nos vemos en el box, campeón. Y el niño se arrojaba en silencio a la laguna hasta poco antes de las nueve, hora en que corría a prender la televisión y esperar al padre. Después la madre salía con su tequila en la mano y recorría con desprecio el escenario, sólo para confirmar una vez más que el castigo estaba tanto en lo odiado como en lo querido. En una ocasión, después de regañarla por su falta de cariño hacia el hijo, el hombre había dejado escrito en un papel sobre la mesa: Una mala hija lleva dentro de sí una mala madre, y una mala madre es una mala mujer.

Las dos peleas parecían imágenes actuadas dentro de un sueño, una sola pantalla con otras dos pantallas adentro: en la de vidrio dos hombres se golpeaban hasta sonar una campana; y en la real, el niño se abalanzaba sobre el padre con una furia enloquecida.

El niño ya lo esperaba con los guantes puestos, con los brazos tendidos para que el padre atara los cordones. Después el padre se ataba el suyo en la mano izquierda: un guante de cuero enorme y negro que se erguía frente a los dos guantecillos del niño como una tormenta sobre dos luciérnagas. Pero lo que a la madre le parecía

castigo y penitencia por tanto pecado, al padre le daba una satisfacción desconocida. Iban justo a contrapunto de la televisión: en cuanto los dos púgiles se retiraban hacia sus respectivas esquinas al sonar la campana de descanso, el niño empezaba a golpear al padre con tal violencia que en algunas ocasiones ameritaba una respuesta tajante. Entonces el guante negro se le venía encima con tanta autoridad que todo se apagaba de golpe y la próxima vez que el niño abría los ojos veía la cara brumosa del padre sobre él y las palabras y el fragor de las peleas en la televisión le llegaban con la inconsistencia de un mal sueño. Dos veces el padre le había lastimado la nariz, pero el niño al sentir la sangre que le escurría hasta la boca lejos de ceder enloquecía, y el padre se levantaba del sillón con gran alborozo y le concedía el triunfo por abandono. Sin embargo, el padre no siempre salía de retozar con el mismo ánimo, y a veces, cuando el niño se tiraba con todo para forzar el abandono, el guante negro se le venía encima y todo lo que sentía era un burbujear sin tiempo. En las peleas de rutina el padre nada más le seguía el juego al niño, pero en los campeonatos mundiales le realzaba los mejores golpes y los repetía una y otra vez para que el niño aprendiera primero a esquivarlos y después a darlos; y de entre todos, escogió el directo a la barbilla o a la nariz y convirtió al niño en un noqueador consumado.

Fue la parte más solar de la sombra, el único destello de esperanza en una vida que poco después ya no tendría la luz necesaria para poder distinguir entre la naturaleza del amor y la del odio. Y de todas las imágenes que quedarían de su infancia, una regresaría obsesivamente durante su adolescencia. Era la puerta de un almacén inmenso y viejo, pintado de un gris enfermizo al igual que la puerta, que parecía relinchar su desazón cuando el padre la empujaba para abrirla. La entrada estaba oscura y el brincoteo de los ruidos hacía aún más ominosa la oscuridad.

Acababa de cumplir siete años y el padre le dijo, mientras le ataba los guantes, que el siguiente miércoles en la tarde vendría por él, y el niño quiso corregir: Siguiendo sábado. Pero el padre fue tajante: Dije el próximo miércoles. Y cuando llegó lo levantó en vilo y lo sostuvo el tiempo que duró la frase: Hoy mi general romano va a tener su primera batalla. Luego lo bajó y le puso las manotas como un

casco sobre la cabeza. Hoy tienes que vencer, dijo sacudiéndole la cabeza y soplándole a la cara. Si fallas hoy, fallarás siempre.

Le dijo que sí con la cabeza: un sí rotundo como un disparo. Podría haberle dicho cualquiera de las cosas que pasaban por su cabeza, pero prefirió el silencio y nada más asintió con fuerza y se dejó llevar.

Toma, esta es tu espada, le dijo el padre al bajarse del auto frente al almacén.

Era una réplica del machete que empuñaba el padre, pero más pequeño. El padre mostró cómo había que usarlo, y el niño lo asió con fuerza.

¿Tienes miedo?, dijo la voz del padre entrando en la negrura.

No, respondió el niño.

El padre dijo entonces que iba a abrir otra puerta y que los dos tenían que entrar al mismo tiempo.

¿Listo?

Por un instante al niño le temblequearon las rodillas, pero de pronto lanzó uno de aquellos gritos con que se tiraba a golpear y ya no le importó que el enemigo fuese más grande o más pequeño que él.

Entraron y el padre cerró la puerta. Luego se prendió la luz y el niño vio las ratas que corrían en todas direcciones y vio que de las pilas de costales brincaban más ratas y el brazo que sostenía el machete se desinfló, como se desinflaba el mundo cuando el guante de cuero negro le golpeaba la cara. Entonces imaginó que oía otra vez aquella voz sentenciosa que le decía: Perdiste por knockout, ya no eres campeón. Pero la voz real que ahora oía no salía de la cara risueña y rubicunda que recordaba, sino de un energúmeno que macheteaba y pateaba sin dejar de gritar: ¡Mátalas, mátalas!

Las paredes enrojecieron, los costales y las ratas y los ojos enrojecieron, y con la orden aún vibrando en el cerebro el niño comenzó a soltar golpes, poseído por la ola caliente de rojor que se extendía como una explosión asesina. Algunas ratas subían por las paredes y alcanzaban las vigas que sostenían el techo de lámina, pero eran más las que brincaban y corrían hasta que uno de los dos machetes le arrancaba chillidos agónicos que se confundían con los gritos y los

golpes. Cuando al fin el padre soltó el machete y se recostó sobre los costales lanzó un último grito que se ahogó instantáneamente dentro de su pecho. En el fondo del halo de furor el niño vio el cuerpo recargado contra los costales; pero alguna rata sin patas y otras con la cabeza casi desprendida atrajeron su locura y siguió golpeando y persiguiendo, con la única orden parpadeando en el centro de su cerebro de que no hay que dejar ni una viva, ni una sola rata sacudiéndose, sin dejar de golpear hasta que todo se quedó quieto y los jadeos resonaron como una estampida de bestias que llegan al final de una cañada sin salida y comienzan a aquietarse. Ese olor agrio y mohoso de las ratas descuartizadas ya no podría apartarse de la imagen más ensangrentada de su vida: la sangre escurriendo de su pie macheteado en el que hasta ahora repara, y al mismo tiempo que siente el dolor ve el tajo sangrante que la tira de cuero del huarache no pudo detener por completo, y en torno al pie los animalejos destripados y al final de las manchas de sangre el cuerpo inerme del padre repantigado sobre los costales. A brincos va hacia él sin soltar el machete, como el único sobreviviente de una batalla que descubre de pronto que no tiene con quien compartir el triunfo. Después, antes incluso de tocar el cuerpo caído, ya sabe que se ha quedado solo para siempre.

Fueron los momentos más decisivos de su vida. La madre, esta vez más guapa, vestida toda de negro y sin el menor afeitado en su rostro nacarado, y un hombre también vestido de negro y con unos anteojos redondos y brillantes como los zapatos negros que sirven de refugio a la mirada del niño cuando el hombre, con gesto frío y sobrio, lo señala para darle más certeza a las palabras que le dice a la madre. Esa misma noche la madre salió de la habitación con su bata preferida de satén dorado y con el vaso de tequila en la mano para decirle al niño, que estaba sentado frente al televisor, las únicas palabras que recordaría de ella: Algún día podrás pensar lo que quieras, pero ahora es mejor que no sepas nada. Luego dejó el vaso de tequila en la mesa y acercó con sus manos la cabeza del niño para darle un beso en la frente y otro en los labios.

Más que la tufarada del alcohol, que ya era cotidiana, lo que desarmó por completo al niño fue la intensa lejanía que había en el

fondo de aquellos ojos vidriosos. Después la madre se metió en su habitación y el niño ya no volvió a verla con vida.



Nunca lloró, ninguna muerte, ningún desprecio o golpe pudo sacarle una sola lágrima. La mayoría de los niños que conoció en el orfelinato lloraba a la menor provocación, algunos incluso lloraban en el denso silencio de la noche; pero él jamás lloró, y la única vez que habló fue cuando otro niño le preguntó por qué no lloraba, y él sólo dijo: Nunca lloré, no sé llorar, como si lo que le preguntaban fuese algo que estaba sucediendo en otro mundo.

El mismo hombre, vestido todo de negro de los zapatos al sombrero, lo llevó al orfelinato y lo entregó a otro hombre y a otra realidad que, por poco más de cuatro años, fue perdiéndose en el rincón más oxidado del recuerdo con la misma lentitud con que la herrumbre devora al hierro.

Aislado por completo en las dos muertes, que revivía una y otra vez mientras estaba despierto, y obsesionado por los sueños donde sus padres le acariciaban y querían, el niño fue desde el principio un enigma impenetrable para el personal del orfelinato. Ni el director ni su esposa, una pareja de cincuentones enjutos y achacosos que lo miraban con más miedo que desprecio, ni las tres monjas y el bedel, que se encargaban directamente de disciplinar a los niños, pudieron jamás sacarle una palabra.

El lugar era lo que menos percibía, pues aunque prefería estar afuera en el patio sombreado de bugambilias a tener que permanecer sentado en el aula ante las miradas esquivas de los otros niños, veía siempre para dentro fascinado por aquellas imágenes que le pertenecían sólo a él, en las que ni siquiera permitía la intromisión del hombre de negro que se había llevado los cuerpos sin vida de sus padres. Mas si los recuerdos eran como una repetición obsesiva del rostro cárdeno del padre derrumbado contra los costales de grano y el de la madre resplandeciente dentro del ataúd, los sueños de cariño derivaron pronto hacia una serie de situaciones colindantes con lo inverosímil: un terremoto, una inundación, un

incendio, monstruos que llegaban del cielo o salían del mar para comerse a la gente, pero él siempre sobrevivía...

Antes de regresar a buscarlo, el hombre de negro ya había recibido dos notificaciones. Así que iba preparado, con el mismo fastidio que sentía cuando tenía que cumplimentar una orden de desalojo para alguno de sus clientes. El niño y el modo cómo miraba el niño ya no eran los mismos; había crecido en el pequeño algo maligno que imponía, como si aquellos ojos dorados supieran que cualquier otra mirada jamás vería lo que él veía. El director y el hombre de negro hablaron lo suficiente, y cuando la esposa del director introdujo al niño había en la oficina el silencio frío que el menor relacionaba con la muerte. El hombre de negro extendió la mano y la mano siguió tendida, mientras en su cabeza resonaban como si fuera una orden las últimas palabras que había oído: Esta vez, licenciado, le fracturó la nariz. Todo en el niño era irritable: desde la arrogancia de la mirada bajo las cejas espesas hasta las piernas y los brazos increíblemente peludos para su edad. En cinco años todo había envejecido en aquel cuerpo, y el hombre de negro, con sólo verlo, supo que lo que le acababan de decir no podía ser invento.

Ni durante el viaje de regreso ni en el momento de entregarlo de nuevo le dirigió el hombre de negro la palabra. Sólo algunos intentos de mirada, como destellos de cristales capaces de cortar cualquier esperanza. Pero al abrirse la puerta el rostro del niño se iluminó de golpe. Allí, ocupando por completo la nueva realidad, estaba una mujer extraña, algo tan distinto a lo que él conocía que no pudo evitar el impulso y se adelantó para darle la mano. En ese gesto el hombre de negro vio una señal promisoría; pero su limitada experiencia fuera del despacho no le permitió vislumbrar a tiempo lo que realmente sucedía. Sin embargo, antes aun de que aquella mujer morena y sonriente extendiera la mano para corresponder al saludo, el niño ya había llenado la mirada con las dos manchas exactas que apuntaban directamente a los ojos desde las protuberancias de la camisa.

Era algo imprecisable lo que sentía, como si su cuerpo supiera, sin necesidad de palabras, que lo que subyacía tras aquella camisa amarilla estaba desperdiciándose de manera injustificable. Aunque había visto ya la rotundez de los pechos de su madre, aquellos pun-

tos húmedos justo encima de los pezones fueron para el niño desde el momento en que los descubrió una referencia electrizante.

Casi no oía lo que el hombre y la mujer decían, y lo que oía se perdía sin remedio en el pasmo fantasioso de lo que las dos manchas equidistantes encerraban. Y a fuerza de permanecer con los ojos prendidos en los enormes pechos de la mujer, terminó conjuntando las otras miradas con la suya. La mujer sonrió nerviosa y, al mismo tiempo que descubrió las manchas, notó también que el hombre de negro, a través de sus anteojos, se esforzaba por aclarar lo que veía.

Después del ambiente hostil del orfelinato, donde las monjas hoscas y mohosas y los niños moquientos y gritones parecían conspirar para sacarle a la vida su faceta más oscura, esta nueva familia fue para el niño una redención. Para él todo ahora parecía nuevo. Nuevas las sonrisas y las atenciones y los sentimientos, nuevo el olor de la mujer cuando lo vestía y nueva la sensación de no saber nada y estar a gusto con lo que sucedía. No sabía ni jamás sabría que esa mujer que él espiaba obsesivamente era otra de las que su padre mantenía fuera del legítimo matrimonio, como tampoco sabía que la niña de dos años que sorbía golosamente de aquellos pechos que a él le enloquecían era la última semilla que había dejado su padre antes de morir. Pero aunque hubiera sabido que la otra hija de trece años, réplica exacta de la madre en su plenitud adolescente, era también su media hermana, no habría podido detener el ímpetu salvaje que ya traía en la sangre. Sin embargo, no fue la hija adolescente la que primero sucumbió, sino la madre que ya venía llenando su cabeza con juguetes pecaminosos. Tenía la mujer una papelería contigua a la casa y allí se sentaba con la niña menor en brazos a esperar que la hija mayor y el hijo adoptivo regresaran de la escuela. Estaba muy consciente de que la leche de vaca y las papillas de frutas y cereales que la niña ya comía eran razón suficiente para destetarla. Pero sus pechos seguían hinchándose de leche, y el placer que le producía el chupeteo insaciable de la niña pasaba por un titubeo culpígeno que terminaba rindiéndose ante la pereza deleitosa.

Guiado por su instinto precoz, el niño fue acercando su deseo con los sentimientos disfrazados. Odiaba inevitablemente a la criatura gorda y glotona que tenía el privilegio de gozar lo que él más

deseaba; pero cuando regresaba de la escuela y encontraba a la mujer amamantando, se acercaba a la criatura y le sobaba la cabecita profiriendo los más tiernos gorgoritos mientras sus ojos se prendían del exuberante pezón y le dejaban en la boca el sabor dulcicoso de la leche.

Aunque la mujer intuía lo que el niño tan torpemente se empeñaba en ocultar, no quiso ni reprimir ni precipitar los acontecimientos y dejó que la posibilidad del desenlace se convirtiera en un acicate más para gozar el mandato invencible de lo prohibido. La hija mayor se había ocupado, sin que la madre se lo encargase, del aseo y de las atenciones personales del niño. Los dos compartían la misma habitación con dos camas, y pronto el niño en las mañanas de los domingos y de los días festivos comenzó a pasarse a la otra cama para refocilarse con pellizcos y cosquilleos. Para la hija mayor, que nunca había visto el cuerpo desnudo de un hombre, no había nada preocupante en que un niño de doce años tuviese ya el bello púbico plenamente esbozado y que su miembro viril alcanzara en la erección de las mañanas domingueras el tamaño de un plátano. Entre risas y grititos él le pellizcaba los tímidos pezones y ella no tenía más defensa que apretarle su platanito.

Durante varios meses todo el alboroto dominguero que le llegaba desde la habitación inmediata a la suya, no fue para la mujer más que puro juego de niños. Hasta que un día un acontecimiento secundario puso al descubierto el peligro latente y la mujer se sintió atrapada sin remedio. No era infrecuente que el niño regresara de la escuela con la camisa sucia y en ocasiones manchada de sangre. Esta vez, traía además la cara rasguñada y las rodillas raspadas y sangrantes. Se había enfrentado con dos hermanos de más edad que él en la que hasta ahora había sido su pelea más encarnizada y su primera derrota después de los descontones sufridos frente al guante negro. La mujer al verlo pensó en lo peor. Le preguntó si se había caído en un hoyo o si lo habían atropellado, y el niño dejándose llevar de la mano le dijo que los dos hermanos habían dicho en la escuela que ella tenía las tetas más grandes que una vaca. La mujer meneó resignada la cabeza y lo llevó directamente a la regadera. Enseguida se acuclilló y comenzó a desvestirlo, y antes aun de que le sacara el

calzoncillo supo que aquella protuberancia que le apuntaba directamente a la cara era la última tentación antes de la caída.



La mujer dijo su nombre, y el asistente le pidió que se sentara; pero la mujer no se sentó. Luego el asistente golpeó suavemente con los nudillos en la puerta interior y se introdujo con la misma precaución con que un devoto entra a un santuario. Enseguida salió, hizo una seña con la cabeza y mantuvo la puerta semiabierta para que la mujer pasara.

Sumido en el escritorio en medio de un orden que parecía indicar la función inequívoca para la cual cada cosa había sido creada, el hombre de negro atisbó por encima de los anteojos dorados, sólo para confirmar en el ánimo de la mujer, que la visita no podía tener otro motivo que el que sospechaba.

Dejó que la mujer expusiera sus razones y no habló hasta que ella no tuvo nada más que decir.

Yo no puedo hacer nada para remediar lo ya hecho, dijo cruzando sus manos marfilinas y huesudas sobre el escritorio. Dios sabe muy bien que yo he hecho lo que me fue encomendado. Y en cuanto a usted, y al decirlo la fijó con una mirada condoliente, tampoco puedo condenarla. Era una prueba demasiado alta para su alcance, tal vez demasiado alta para cualquiera que no tenga el discernimiento de espíritu necesario para reconocer el mal desde su origen. Pero usted conoció muy bien cómo era el padre, y también conoce muy bien que su hija es exactamente igual que usted, y que la inclinación a pecar sólo se corrige con inflexibilidad y castigos.

Para mí eran como hermanos, balbuceó la mujer sin atreverse a levantar los ojos de los bordes del escritorio que relucían como un ataúd.

El mal no distingue parentescos. ¿Acaso no sabe usted por qué pecó la madre de todas las mujeres?

La tentaron, dijo la mujer sin avergonzarse de su simpleza.

Sí, la tentaron. Pero no pecó porque la tentaron, sino porque creyó que hacía un bien. La mujer siempre se las ingenia para disfrazar

la maldad de bondad, y cuando el mal ya está hecho, cuando oye la voz superior condenándola para siempre, entonces busca al hombre y lo acusa con la única intención de compartir la condena.

Tan sólo son unos niños, dijo la mujer, y por primera vez se atrevió a enfrentar las ascuas que irradiaban castigo a través de los anteojos.

¿Eso cree usted? ¿En verdad cree que esos cuerpos pecaminosos pertenecen a criaturas inocentes?

Todavía estamos a tiempo para casarlos; ayúdeme usted, licenciado, rogó la mujer.

¿Casarlos, dice? ¿Casar a dos hermanos que han cometido el más abominable de los pecados?

Nada más nosotros lo sabemos, licenciado.

Señora, qué ingenua e ignorante es usted, ¿no ve que tarde o temprano terminarían descubriéndolo? Todo lo que sucede aquí abajo queda registrado por el resto de la eternidad. Así que retírese por favor, que el solo verla es pecado, y cumpla como hija del Señor lo que no supo cumplir como madre.

Al salir del despacho la mujer ya no pensaba en los tres meses de embarazo de su hija. En medio de la tufarada del aire marino, que remontaba al malecón, un espasmo repentino le hizo recordar que hacía ya más de dos meses que a ella tampoco le bajaba la regla.

Fue la penúltima vez que vio al hombre de negro. Como había sucedido en los anteriores encuentros, ninguno de los dos habló. El niño ya no era niño y el hombre de negro se veía ahora más seco y amarfilado: una imagen arrancada de otro tiempo que no encajaba en el mundo sucio y multicolor que el muchacho veía pasar desde la ventanilla del auto. Ni se molestó en decirle es tu última oportunidad; lo entregó al oficial que ya los estaba esperando y salió arrastrando los zapatos relucientes convencido de que esa entrega era final.

Odiaba la escuela, como había odiado antes el orfelinato y odiaría después las ciudades y la gente y el tener que hablar cuando prefería estar callado. Muchas cosas, por tanto, podrían no haberle gustado de la Escuela Naval Militar; pero le costó muy poco tiempo confirmar que la atracción del mar y la disciplina guerreante estaban

por encima de todas las incomodidades que doblegaban el ánimo de los más débiles. Desde el primer día quiso dejar en claro que no tenía nada que compartir con los demás. Y los demás comenzaron a hostigarlo. Un solo golpe en la boca más ofensiva fue suficiente para que en torno a él se hiciera un vacío de temor y rechazo. Cuando sufrió el arresto no quiso alegar excusas, y cumplió la condena convencido de que todo lo que los demás temían tenía que ser para él la verdadera prueba de su valía.

Tres veces a la semana tenían clases de natación, y cuando el instructor ordenó por primera vez que los que no sabían nadar dieran un paso al frente, él fue el primero en adelantarse con decisión hasta el borde de la alberca.

¿Adónde crees que vas?, le dijo el instructor.

Adonde usted diga, dijo sin apartar la mirada de la alberca.

Bien, muy bien, miren nomás qué clase de renacuajo tenemos aquí. Vamos a ver, dijo encarando a los que acababan de dar un paso al frente, ¿quién más está dispuesto a hacer lo que yo le ordene? En la fila hubo un estremecimiento crispante, pero ningún muchacho abrió la boca. Vaya, como era de esperar, un atajo de cobardes que prefiere obedecer más al miedo que a mis órdenes. Pues de una vez deben meter dentro de su piojera que están aquí para obedecer, y el que no quiera por las buenas lo hará por las malas. Aquí sólo hay dos reglas: una, el subordinado tiene que hacer todo, absolutamente todo, lo que el jefe mande; y dos, aquí el jefe soy yo. ¿Estoy siendo claro? El estruendo afirmativo brotó con más fuerza en la fila que no había dado el paso al frente. Enseguida el instructor volvió a dirigirse a la figura solitaria que parecía imperturbable en el borde de la alberca. ¿No pretenderás pasarte de listo al decir que no sabes nadar?

No, señor.

Pues salta, ¡salta y méate de miedo antes de ahogarte!

Y saltó.

Seis meses después, cuando el instructor dijo: ¡Quién quiere ser el primero!, a nadie le extrañó que él diera un paso al frente. Estaban en pleno examen trimestral, pero para él todas las pruebas eran una sola prueba, un reto constante por ir siempre más allá del límite

que separaba el éxito del fracaso, y un pretexto para engrandecerse a costa de lo que los demás temían. Estaban en el extremo más profundo de la alberca, y aun los más cobardes intentaban convencerse de que si habían podido sumergirse diez metros para recoger del fondo la moneda que el instructor había arrojado, también podrían pasar esta otra prueba.

En el borde de la alberca había siete equipos completos de buceo, con dos tanques cada uno.

¿Me lo pongo?, le preguntó al instructor.

No, deposítalo con cuidado en la alberca y deja que se vaya al fondo.

Un murmullo nervioso se desprendió del grupo.

¡Silencio!, gritó el instructor.

Como ya todos sabían lo que les esperaba, eran también conscientes de que un descuido o cualquier asomo de inquietud podrían precipitar el regreso inmediato a la superficie, y con ello la humillación y la condena.

Ponte el visor y las aletas y salta, dijo el instructor.

Pero esta vez no saltó. Acercó el visor a la boca y escupió en los dos cristales, luego se dobló con parsimonia sobre el borde y se puso las aletas y enjuagó el visor en la alberca.

Y no subas antes de una hora, ordenó el instructor.

En vez de saltar le devolvió una sonrisa y se descolgó apoyándose con las manos en el borde de la alberca. Había grabado en su mente la rutina completa que seguía el instructor en sus clases y durante el tiempo que los demás jugaban fútbol o básquetbol, él se metía en la alberca y practicaba con una pasión obsesiva. Y lo aprendió tan bien que a pesar del modo brusco del instructor, terminó convirtiéndose en su alumno preferido. Se ajustó el visor sobre la cara y tras llenar los pulmones de aire se dobló y se zambulló mientras los demás alumnos se acercaban al borde para ver cómo el cuerpo blanquecino se perdía en lo oscuro.

A partir de entonces el adolescente hosco y violento comenzó a cubrirse de pelo también por la cara y la espalda, y su tórax se estiró y engrosó y los brazos le quedaron cortos y musculosos, de manera que la imagen era al mismo tiempo inquietante y atractiva: el tipo

de animal implacable y dominador que, al igual que esas fieras espléndidas que van y vienen sin cesar dentro de sus jaulas, irradia una inexplicable atracción para muchas mujeres. Y este descubrimiento fue para él decisivo.

Se sentía dueño absoluto de su voluntad y aun las órdenes que recibía no eran algo impuesto y humillante, sino un requisito indispensable para que su propia voluntad creciera y se fortaleciera. Una nueva vida que era como su primera vida, la primera vez en que vio con claridad que pasaría el resto de su vida entre el mar y las mujeres.

El mar era el de Veracruz, la isla de en medio y frente a la escuela; las mujeres todas las disponibles. Los días de salida tuvieron finalmente dos opciones: al principio el destino era un burdelucho del puerto conocido por los cadetes más pránganas; después las invitaciones del instructor para ir a arponear le llenaron el anhelo. Las dos primeras veces fueron ellos solos; pero luego el instructor llevó a toda su familia: un hijo de diez años, una hija de ocho y la madre de belleza discreta y apenas treintañereando. Los hijos habían nacido en Veracruz; sin embargo, el instructor y su mujer eran del Bajío, el último lugar de México donde a alguien se le podía ocurrir que la atracción por el mar fuese irresistible. El instructor era de estatura media, y su piel y sus ojos claros habían absorbido tanto sol que la última vez que había estado en Celaya, para visitar a su familia, ni su madre lo había podido reconocer. En la Escuela Naval se decía que era uno de los mejores buzos de México; pero afuera se le conocía sobre todo por ser un verdadero experto en el anclaje y la reparación de las plataformas petroleras marinas. No era infrecuente, por tanto, que Pemex solicitara a la Escuela Naval sus servicios. Y de estas salidas, que colmaban todas sus expectativas de buzo, extraía los ingresos suficientes para vivir mejor que cualquiera de sus colegas de la escuela.



Un domingo, al salir en medio de un grupo de cadetes, un hombre de aspecto precario se acercó y le tendió un sobre sin decir nada. Del

interior extrajo una foto, la última que le había tomado la mujer del instructor mientras él sostenía con los dedos metidos en las agallas un robalo de más de cinco kilos. Lo había arponeado con el mejor fusil del instructor, pero sabía muy bien que la mujer del instructor también sabía que el robalo era lo de menos, que lo único que importaba los dos ya lo habían entendido, antes incluso de que la mujer pensara en la estrategia de la cámara fotográfica para atraparlo. Se apartó del grupo y le dio vuelta a la fotografía para leer el mensaje.

Estaba esperándolo a tres cuadras de la escuela, metida en un auto distinto al del instructor y por primera vez pintada y guapérrima dentro de un impecable vestido turquesa.

Él entró y ella dijo: ¡Hola! Él asintió con la cabeza, más envarado aun que lo que le exigía el uniforme militar, y sin poder apartar sus ojos de aquel rostro empastelado que realzaba cada vez más su atractivo por el efecto del rojor sobre los afeites. Ella le tomó la mano y se la apretó varias veces y enseguida arrancó y se fue en ansioso silencio hacia un motel con nombre de pájaro que había localizado previamente en la salida hacia Xalapa. Los nombres falsos que ella dio al registrarse fueron las únicas palabras que pronunciaron durante el encuentro. Después, lo que la mujer descubrió en medio del rezume de gozos y jadeos quedó fijado como un ritual imperativo que debía repetirse todos los fines de semana en que el instructor se iba a las plataformas petroleras.

Era imposible que en la Escuela Naval no reconocieran el auto y a quien lo manejaba. Algunos cuchicheaban a hurtadillas, babas blandengues que se autoabsorbían ante el temor; y no faltó un bocón que decidió ignorar lo que los demás evadían por razones obvias. Lo tiró de un golpe directo en plena nariz y después lo pateó en el suelo con desprecio hasta que entre varios lograron sujetarlo y calmarlo. El arresto clausuró las salidas por un mes y la mujer del instructor se arriesgó a hacerle llegar un par de notas con una mulata furciosa que auxiliaba en la cocina de la escuela.

El instructor simplemente se negaba a sospechar. Le gustaba la jovialidad de su mujer y aceptaba incluso como algo muy natural que cuando él no estaba, su mujer llegara a recoger a su alumno consentido para invitarlo a comer con los niños. Lo que no podía

siquiera conjeturar es que, después de comer y con el pretexto de llevar de regreso al cadete a la escuela, se fueran por un par de horas a retozar al motel.

En la celebración del primer aniversario de haberse acostado juntos, la mujer del instructor quebrantó el silencio ritual con que envolvían el goce para decirle que estaba pensando en dejarlo todo e irse con él a Estados Unidos, donde tenía una hermana que los podría ayudar. Él mantuvo su silencio, pero el golpe de la noticia le quedó resonando en la cabeza como la amenaza más seria que hasta ahora había recibido.

Al primer plantón, la mujer del instructor le mandó una carta con la misma mulata que trabajaba en la cocina, amenazando con ir ella personalmente a buscarlo a la escuela si él se negaba a verla. Y a él no se le ocurrió otra salida que acercarse al compañero de guardia que le había hablado con el embeleso de un sueño tropical de la Escuela de Ingeniería Pesquera de Mantanchén, en Nayarit, para que le volviera a contar cuál era la manera de llegar allí y qué se requería para ser aceptado.

La siguiente vez que el instructor lo invitó a arponear, él dijo que no podía. ¿Sales con una chava?, preguntó el instructor. Y como él pensó que lo más fácil era asentir, se quedó desarmado cuando el instructor añadió: Pues tráela para que la conozcamos. Estaban en el pasillo, en medio del trajín de los alumnos que se disponían a entrar a una clase. El instructor sonreía con tanta condescendencia que parecía creíble que aún no sospechara nada. Te recojo el domingo temprano, dijo palmeándole la espalda. Y no te preocupes, estoy seguro que a mi mujer le va a gustar que vengas con una chava. El instructor se alejó y él quedó inmóvil y sin pensamientos, como cuando quedaba suspendido a media agua siguiendo la trayectoria mortal de la flecha que disparaba el instructor. Y así lo sorprendió el cabo de guardia entregándole una nota.

Pensó que era de ella, pero venía en un sobre más grande y distinto a los que ella usaba. Adentro había un papel membretado con un nombre que ya conocía y con las instrucciones precisas. El cabo lo llevó con el jefe de guardia y ahí estaba un hombre esperando. No era ni joven ni viejo: un mestizo muy correcto y sin rasgo alguno

destacable, que enseguida se identificó como el asistente del hombre vestido de negro.

El asistente tocó con los nudillos en la puerta y luego abrió y se hizo a un lado para que el joven pasara.

Siéntate, ordenó el licenciado señalando con el brazo el sillón tapizado de cuero negro que estaba enfrente.

El joven dejó escapar un rutinario Sí, señor, y se acomodó en el sillón. Había en las paredes demasiados títulos y reconocimientos y algunas reproducciones de pinturas con puentes y barcasas y otras con la imagen de Cristo y sus apóstoles y otra del licenciado besándole la mano al papa.

Dios sabe que he cumplido mi compromiso lo mejor que he podido, empezó a decir el licenciado. Parece que estás aprendiendo a ser sociable y me alegro por ti, y también me alegro porque eso fue lo que me encargó tu padre. Eso y otras cosas que ahora mismo vamos a finiquitar. ¿Estás a gusto en la escuela?, dijo atrapando de pronto la otra mirada como una araña atrapa una mosca despistada.

El joven intentó sostenerle la mirada hasta que el licenciado cediera, pero en los ojos del anciano había algo muy distinto a la fría altivez que recordaba; un velo de infinita lejanía: la misma opacidad que había visto en los ojos sin vida de su padre derrumbado entre los costales. Sin poder resistirlo volteó la cabeza hacia un lado y se quedó viendo una reproducción que desde el primer momento le produjo una extraña sensación de cercanía, como si ya hubiera visto antes esa escena o si él mismo ya hubiera estado allí en sueños o en otra vida. ¿Dónde está ese lugar?, dijo ensimismado sin pensar que acababan de hacerle una pregunta.

Tu padre me la regaló. Solía decir que su abuelo había sido uno de los modelos para esa pintura.

El licenciado hablaba con un tono muy distinto al que él recordaba. Más lento y fatigado, como si al fin se hubiera resignado a aceptar que había otras maneras de ser distintas a la suya y que tenían el mismo derecho a no ser juzgadas ni condenadas sin ser antes oídas y comprendidas. Y ese modo conciliador, aunado al apagamiento compasivo de los ojos, hizo que el joven mascullara en dirección a la pintura: Preferiría estar allí.

Ese allí ya no existe, dijo con resignación el anciano. Y aunque existiera tú no podrías soportar ese esfuerzo: es la forma de pesca más dura y peligrosa que ha existido.

¿En dónde fue?, insistió el joven con la vista prendida en la red y tratando de imaginar el peso de uno de aquellos pescados que jalaban con ganchos entre varios hombres.

En Sicilia, hace casi cien años... Bien, dijo abriendo una carpeta que estaba encima de la mesa. Aquí está el título de propiedad de la casa donde viviste con tu madre; también se incluye el contrato de arrendamiento con la cantidad mensual que a partir de ahora tu mismo te encargarás de cobrar. Está también una cartilla de ahorros con una módica cantidad que tu padre dejó a mi cuidado y con los intereses que desde entonces se han acumulado. Con la entrega de estos documentos ya no tendremos ninguna necesidad de seguir en contacto, ¿está claro?, y por primera vez el hombre de negro volvió a asumir, aunque ya sin credibilidad, la pose autoritaria de antes.

¿Y por qué no sigue usted llevándome como hasta ahora estos papeles?, le preguntó sin preocuparse en lo más mínimo por ocultar el desánimo que le producía la nueva situación.

Porque yo ya estoy a punto de rendir mis cuentas, las únicas cuentas por las que todos seremos juzgados, y en cuanto lo dijo se levantó trabajosamente y tomó un libro que estaba en una esquina del escritorio. Supongo que en la escuela no te habrán dicho quien fue Plutarco.

No, señor, dijo levantándose al mismo tiempo.

Tu padre me encargó especialmente que cuando llegara este momento te lo diera. En este libro viene la vida del gran soldado al que debes tu nombre; era el héroe predilecto de tu padre, y estoy seguro de que a él también le hubiese gustado que tú fueras un hombre de armas... Pero, en fin, a partir de ahora nadie más que tú podrá decidir qué profesión te conviene.

El licenciado le dio el libro y la carpeta y lo encaminó hacia la puerta.

¿Puedo hacerle una sola pregunta más, licenciado?, dijo el joven deteniéndose.

El anciano asintió con la cabeza.

Me gustaría saber quienes fueron mis padres, a qué se dedicaban, de dónde eran...

Demasiadas preguntas, dijo el licenciado con displicencia.

Pensé que usted tendría al menos la obligación de decírmelo, alegó con evidente tono de reproche y sin esperanza.

Tu padre llegó a Veracruz desde Sicilia con tu abuelo cuando tenía menos de diez años, y se dedicó al comercio. Tu madre fue como tú, creció sin padres y dando tumbos por la vida hasta que..., hizo una pausa y por última vez fijó sus ojos en los del joven, bueno, hasta que la rescató tu padre.

¿Qué hacía antes de conocer a mi padre?

No debería darte esa respuesta. Pero tampoco deseo que si vas por ahí afuera a preguntar alguien te diga una mentira más perversa. Tu madre fue una de las mujeres más hermosas y pecadoras de su tiempo.

IV

A veces llegaba con la cornamenta de un venado, un tepalcate, algún pedernal o cualquier figurilla de barro que llevaba más de mil quinientos años resistiendo la secuencia implacable de sequedad y lluvia en medio de la selva. Y jamás le negaba la ilusión a la mirada que se prendía de los hallazgos que él dejaba sobre el tapasco o sobre la mesa como esperando la primera voluntad curiosera. Regalar las cosas era para él tan natural como para los demás desearlas. Lo único que no regalaba, aunque sí prestaba, era su machete, sus cuerdas de pescar y su atarraya. Antes había tenido un viejo rifle calibre veintidós y una escopeta con anillo de bronce a la mitad del cañón, pero por desventuras de la vida había tenido que venderlos. Así que, en cuanto terminó su propia hamaca, ni siquiera se le ocurrió que la siguiente fuera a quedarse guardada. Había pensado que si alguien la merecía después de don Galileo, o incluso antes que él, era sin duda Fito Callejas por todo lo que había hecho para ayudarlo a salir de la cárcel. Sin embargo, había algo en la figura pública de Fito que le imponía el mismo respeto incómodo que todo lo que tuviera que ver con la ley. ¿Y si Fito le preguntaba quién era el dueño de la red?, ¿y si le daba por querer saber más cosas sobre los ahogados?

Pero fue la patrona, cuando reparó en que a últimas fechas pasaba más tiempo armando hamacas que vigilando el parque recién declarado, la que lo motivó a dar el paso. Era la mujer más porfiada en salvaguardar la naturaleza que él había conocido; un raro ejemplar urbano que a los cuarenta años lucía una belleza exterior que era la justa complementación de su amor apasionado por la vida. Desde hacía veinte años, cuatro antes de que se desatara el frenesí turístico, había llegado del Distrito Federal con su compañero: un hombre excesivamente temperamental que serenaba su natural violento entre la pesca y los libros. Una y otra vez, con la esperanza de atemperar un poco la visión escéptica y antisocial de su compañero

de aventura, la mujer había insistido en la necesidad de tener al menos un hijo; pero la respuesta que obtenía era siempre la misma: Entiéndelo, no podría soportar ver una réplica pueril y chillona de mis defectos, ni verte loca de desesperación cuando tuviéramos que cargar al niño a través de la selva y en plena noche por causa de un piquete de alacrán o la mordedura de una víbora. Y a fuerza de encontrar tanta cerrazón, la mujer empezó a enfocar su necesidad de dar vida en un proyecto largo y sinuoso para hacer realidad el Parque Nacional Huatulco. Aunque estaba convencido de la inutilidad del esfuerzo, el hombre agradeció el cambio de perspectiva. Y a lo largo de los casi diez años que duró la lucha contra burócratas y desarrollistas ecocidas, y a pesar de sus pronósticos, tuvo que reconocer que la fuerza interior de su mujer era de una condición mucho más evolucionada que los bellos cuadros que pintaba. Ahora, después de tantos años de gestación accidentada y adversa, acababa de ver al fin la luz la criatura más bella y llena de vida de todo el Pacífico mexicano: un parque marino y terrestre de más de once mil hectáreas.

Debería obsequiarle una al señor Fito, dijo la Ambientalista cuando a la hora del almuerzo fue a buscar las tortillas que Crisálida estaba sacando del comal.

Nicéforo siguió en silencio remendando los dos últimos agujeros que unos dientes marinos habían hecho antes de convertirse en fiambres enhielados.

Estoy segura que va a quedar muy complacido con el regalo, insistió la mujer, tratando de no ser demasiado obvia al recordarle al cuidador la deuda que tenía con Fito por el asunto de los indocumentados.

¿Y no se la podría llevar usted personalmente?, dijo Nicéforo a la defensiva.

Es usted y no yo el que le va a hacer el regalo.

Sí, pero ya ve usted que a don Fito le gusta mucho preguntar...

Es natural, a eso se dedica. Yo le hago una nota y usted se la entrega con la hamaca y lo saluda de mi parte.

Llegó a la estación de radio una hora antes del noticiario de las dos de la tarde. Un joven le dijo que Fito aún no había llegado y le preguntó para qué lo buscaba. Dijo que para un asunto personal.

Pues espérelo o venga dentro de media hora, concluyó el joven que estaba trajinando sobre un escritorio afuera de la cabina.

La estación de radio se ubicaba en la parte alta de un hotel clasediero que estaba en la entrada de la playa de Chahué. Nicéforo hacía tiempo que no recorría la zona y decidió dar un paseo para comparar las imágenes de su memoria con esas construcciones masivas de aluminio, cemento y vidrio que ahora crecían ufanas en medio de una llanada que antes era refugio feraz de animales salvajes. Allí, en un tiempo tan lejano que le parecía soñado, había encontrado un pie humano macheteado y se había topado en medio de la maraña con una guarida de malvivientes que lo persiguieron hasta más allá del canal con intenciones asesinas. Movido por su indeclinable instinto curioso se metió en un tupido breñal que había a espaldas de una agencia de automóviles y descubrió montones de desechos farmacéuticos. Siguió caminando y percibió un olor infernal, y enseguida oyó gruñidos y tarascadas y vio a una jauría de perros cebándose en un verdadero cementerio de vísceras y patas y pollos muertos. Un apajuelado con piquete de labrador reparó en su presencia y dio los primeros ladridos amenazantes. Sin malgastar un segundo en buscar una piedra o un palo, Nicéforo emprendió la carrera y no paró hasta que salió a una explanada donde estaban trabajando varias cuadrillas de obreros. Redujo el paso y los saludó con la misma desconfianza con que lo seguían con la mirada. Al rato llegó a la calzada, desprendió el morral del hombro y se metió bajo la sombra de un macuil a ver cómo una barcaza dragaba la marina de Chahué.

Cuando regresó a la estación la entrada estaba repleta de gente. Había varias muchachas de minifalda muy pintadas y también un grupo de comuneros, entre los que sobresalía el representante de Bienes Comunales. El morral donde traía la hamaca adquirió de golpe un peso casi insoportable, más doblegante incluso que cuando había tenido que salir corriendo de la maleza perseguido por los perros. Fito Callejas, sin parar de reír y gesticular, entraba y salía de la cabina y daba órdenes para que cada uno de los invitados supiera con precisión cuánto tiempo tenía para su intervención. Con la cautela de un animal aún no domesticado, Nicéforo logró introducirse entre el marasmo y esperó a que en uno de sus desplazamientos

Fito lo viera. Faltaban menos de quince minutos para que empezara el noticiario, y Nicéforo esperó hasta que uno de los comuneros reparó en él y comenzó a chismear con el representante mientras lo escudriñaban con la mirada. Adelantándose a lo que podría venir, Nicéforo reculó hacia la entrada.

Bajó las escaleras y se detuvo un instante en la recepción, mientras pensaba que lo mejor sería esperar a que terminaran las noticias y Fito saliera para abordarlo. En ese momento bajó Fito y pasó corriendo hasta donde tenía estacionado el auto. De regreso, al levantar la cabeza de las hojas que traía en la mano reparó en Nicéforo.

¿Qué pasó?, dijo dándole la mano con efusión.

Aquí nomás, balbuceó Nicéforo.

¿Y cómo va todo?

Bien.

¿Ya no te han molestado por aquello?

No, ya no.

Qué bueno. Ahí me saludas a los señores de mi parte, y le dio la mano para seguir hacia las escaleras.

Aquí le traje una nota que me mandó la señora.

Fito la tomó y se demoró un instante en la lectura.

Y también le traje esto, y sacó la hamaca del morral para dársela.

Justo en estos días había estado pensando qué habría pasado con la red, ¿todavía sigue allí en la orilla de la playa?

Bueno, la gente le ha estado quitando pedazos.

¿Y no es peligrosa así como está enredada?

Pues peligrosa no es, pero sí estorbosa; por eso yo la estoy sacando como puedo. ¿Y qué me dices del buzo peludo que se ahogó, siguen sin aparecer los familiares?

Sólo vinieron los del otro, el que era de Corralero.

Una voz gritó desde arriba urgiendo a Fito porque ya iba a salir al aire.

Bueno, gracias por el chinchorro y a ver que día voy por allá para que me platiques con más calma sobre esos personajes. Porque tú los conocías bien, ¿no?

Pues la mera verdad no mucho.

Y la voz volvió a gritar que en un minuto entraban al aire.



Fito Callejas podía haber sido corrupto y cobarde como la mayoría de los periodistas de provincia. Sin embargo, el sobajamiento y la soberbia de los detentadores del poder no hacían la menor mella en su coraza de humildad, y además de estar blindado contra los chismes y maledicencias provocados por su peculiar manera de dar las noticias, tenía también a su favor un sentido tan desarrollado de la ética que ni los inversionistas más voraces, que aborrecían todo lo que tuviese un deje de nativismo, dejaban de reconocerle su integridad. A excepción de su mirada corvina, nada en él era distinto a la apariencia de cualquier costeño que tenía más proporción de sangre indígena que de española. A pesar de ser bajito y tragonero, no había en su aspecto la menor emanación de flojera ni de la típica indolencia tropical. La mirada y la lengua parecían compartir la misma viveza, y ese regocijo invasor terminaba siempre sobreimponiéndose a la verbosidad ampulosa y a veces disparatada con que carnavalizaba sus razonamientos. En tan sólo cinco años había pasado de la carpintería al periodismo con una facilidad pasmosa. En una ocasión, en el festejo multitudinario de su cumpleaños número cuarenta y cinco, el presidente municipal pretendió lanzarle una pulla sobre sus orígenes periodísticos, pero Fito fue tajante: Si el hombre más sabio que había pasado por este planeta había sido carpintero, él no tenía porqué sentirse avergonzado de ser su discípulo. Y es que Fito había empezado su carrera periodística en un evento similar al que escogió el carpintero de Nazaret para dar a conocer sus poderes divinos: una boda. Llevaba ya Fito dos años en Huatulco frecuentando el local de alcohólicos anónimos. Atrás quedaban sus años de locura etílica con los excesos de violencia y pobreza familiar que le son inherentes. Ahora nada más bebía aguas de sabor —jamás refrescos con gas— y alguien acababa de darle una grabadora Sony portátil en pago a un marco de cedro que le había hecho para un retrato. Como niño con juguete nuevo, anduvo con la grabadora registrando las babosadas que el alcohol destilaba en aquellas mentes mohosas, y no paró hasta que se le acabaron los tres casetes que había comprado. Después

oyó y reoyó las grabaciones y empezó a coleccionar los casetes que grababa en todos los festejos donde era invitado. Hasta que un día conoció en un bautizo al gerente de la radio y grabó sus palabras de padrinazgo. Cuando una hora más tarde, y ya espoleado por los tragos, el gerente oyó lo que Fito había registrado con todo y sus zafios comentarios, le propuso que fuera a verlo a la radio.

El noticiario tenía casi dos años al aire, y ni aun sus peores enemigos dejaban de reconocer la manera tan sorprendente cómo Fito se superaba día a día. El pueblo lo idolatraba y, por encima de todo lo que decían los colegas corruptos y resentidos como Abdulio Cuadras, la palabra de Fito era la única que contaba. No obstante, tenía Fito un defecto que un pueblo con más del noventa por ciento de católicos profesantes no podía pasar por alto: era un protestante convencido e intransigente con cualquier otro credo.

Sus anatemas se dirigían como flechas incendiarias contra todos los abusos de poder, y su pasión y valor para imponer la verdad por encima de cualquier interés mundano terminó granjeándole el fervor de cientos de comuneros y avecindados pobres. Incluso se decía en los cenáculos perversos del poder que su palabra podía fácilmente arrastrar más de mil votos, lo que lo convertía en un líder de opinión potencialmente peligroso. Además era enemigo declarado del PRI, y no dejaba pasar un noticiario sin que sacara al aire alguna llamada o entrevista en directo para exhibir las corruptelas y ruindades del partido en el poder.

Pero enemigos de talla sólo tenía dos: el presidente municipal interino y el párroco local. Con Roberto Barrio el pleito tomó cariz de guerra declarada cuando pasó de ser síndico a presidente municipal. En el pueblo todos lo conocían por su papel teatrero cuando fuera candidato del PRI y el gobernador lo secuestró a media campaña y lo encerró en Oaxaca en un rancho con una meretriz, a la que, según los más enterados, mantenía ahora en la capital junto con la criatura resultado de los acostones. En cuanto Beto, como le decían sus allegados, asumió la presidencia municipal comenzó a administrar los fondos públicos como si hubieran sido heredados: construyó un hotel de quince cuartos, compró varios locales comerciales y se adjudicó un par de puestos en el mercado y varios taxis. Para Fito

fue imperativo sacar al aire los excesos del mequetrefe arrogante, y la primera reacción fue la suspensión de la publicidad municipal durante el noticiario, además de las claras amenazas que le llegaron a través de intermediarios.

Con el padre Toño nunca hubo una relación amigable. Sus vínculos con los narcos, a los que les vendía indulgencias y les bendecía casas y hoteles, su rechazo a la fiesta milenaria de la Cruz del monte, que daba nombre y origen a Huatulco, y la manera cómo se apropiaba del centro de La Crucecita con sus homilías gritonas y sus kermeses profanas, eran motivo de crítica puntual en las reuniones que los hermanos evangélicos celebraban el fin de semana. Y tal vez el desacuerdo hubiera permanecido latente de no ser por el desliz que el padre Toño cometió con una muchacha de catorce años que era hija de Atenógenes Calderilla, uno de los cabecillas más beligerantes de los invasores de terrenos federales.

La noticia asumió la forma de una desaparición. Enseguida se habló de un secuestro con cariz político para chantajear al padre. Después, la foto de la muchacha cubrió las paredes de La Crucecita y algunos comentaron que era posible que siendo tan agraciada de cara y cuerpo se la hubieran llevado para obligarla a putear en algún antro. Cuando la muchacha apareció una semana más tarde, Atenógenes Calderilla habló con Fito y la noticia escandalizó a todo Samahua: Cuéntanos sin miedo, hija, ¿por qué te escapaste con tu amiga y te ocultaste en Paso Ancho?, le preguntó Fito al aire. No, no puedo, balbuceó la muchacha empezando a sollozar. No tengas miedo, que el miedo es el que nos tiene enjaulados. Aquí puedes hablar con la seguridad de que no te va a pasar nada, ¿qué fue lo que te hizo huir como animalito de monte? Es que... Dilo, hija, que sólo Dios puede juzgarte. Estoy embarazada. ¿Y de quién?, ¿quién fue la bestia que se aprovechó de tu inocencia? Fue... Ante el lloriqueo, Fito aprovechó la oportunidad: Seguro que sí, sólo una bestia puede atemorizar así a una criatura tan inocente y desprotegida. Luego podrán decir esas malas madres, que se dejan seducir por el maligno, que aquí calumniamos y ofendemos. Si esas madres vieran a esta criaturita desecha en llanto como yo la tengo aquí, y pensarán que cualquiera de sus hijas podía estar en la misma desesperación, sufrir el mismo ultraje,

luego entonces comprenderían que las palabras bonitas que dice la bestia en su confesionario y todo el encanto perfumado de lujuria que exhala su imagen, no es más que un disfraz que usa el maligno para llevarlas de la mano a la perdición y al pecado. Dime, mijita, dile a todas las madres que tiene embobadas con su falsedad, quién te hizo madre de la criatura que llevas en el vientre sin siquiera tener pechos para amamantarla. Fue... el... padre Toño, dijo apenas murmurando. ¿Quién? El padre Toño. Ahí tienen, señoras y señores, primero lo oyeron aquí, después podrán oírlo en cualquier lado. Y yo les pregunto: ¿Va a quedar esta barbaridad impune?

Llevarle reportajes a sus pesquisas sería incurrir en un doble menoscabo: tanto de lo que él hacía como del género. Sus enemigos lo acusaban de sensacionalista y protagónico, pero él se defendía aduciendo que como la justicia estaba secuestrada por el poder y el dinero, la ciudadanía no tenía otra opción que recurrir a los periodistas como él, cuya palabra era la única arma que podía usar el pueblo.

El dueño de la estación de radio vivía en Ciudad de México y lo único que le importaba era la cantidad creciente de anunciantes que solicitaban el horario estelar del noticiario de Fito. Una y otra vez recibía quejas del diputado local, del presidente municipal, del presidente de la asociación de hoteles y del director regional de FONATUR, exponiéndole, con términos altaneros que llegaban hasta la amenaza del cierre de la estación, la manera tan arbitraria con que Fito se negaba a sacar al aire inauguraciones, visitas políticas y promesas que venían a hacer los funcionarios del gobierno para relanzar, detonar o reposicionar en la órbita del turismo mundial a este paraíso que cada vez adquiría más visos de infernalidad.

Sus mejores momentos eran sin duda en la temporada de lluvias, cuando la amenaza de tormentas o el naufragio de alguna embarcación mantenían a todo Samahua pendiente de su noticiario. En tales circunstancias se permitía intervenciones especiales a lo largo del día para darle seguimiento a los sucesos a través de entrevistas con los funcionarios de protección civil, y recibiendo al aire cualquier llamada que pudiera contribuir a aumentar el *rating*.

Con el huracán Paulina, al que en su docta ignorancia calificaba como organismo ciclónico tropical, había alcanzado la máxima audien-

cia durante los tres días en que estuvo narrando la trayectoria de la desgracia. Sin embargo, donde de verdad ponía de manifiesto sus dotes singulares como comunicador era en los sucesos trágicos que atraían de manera irresistible la natural tanatofilia de los huatulqueños: una madre soltera que para quitarle la piojera a sus tres hijitos les roció la cabeza con polvo de folidol y los mantuvo así durante una semana hasta que los dos más chiquitos murieron y el tercero quedó idiotizado de por vida; un vejete que enloqueció de soledad y que al sospechar que en su ranchería todos querían hacerle brujería, vació en el pocero comunal un bote de veneno para murciélagos y mandó al hospital a diez personas en estado crítico; la italiana rica secuestrada y asesinada a cuchilladas por la sirvienta y su amante... De todos estos relatos de avieso trazo, el del naufragio de una panga con tres tiburoneros había adquirido destellos de insuperable tragicomedia costeña.

Como a cinco millas afuera de Salchi y con la panga mediada de cornudas, el motor se negó a trabajar. Estuvieron media mañana jalando por turnos del arranque y limpiando las bujías y moviendo cables y maldiciendo a la pendeja máquina que ni siquiera quería estornudar. Resignados tiraron todas las capturas menos un cazón de veinte kilos que filetearon y pusieron a asolear. Estaba en plenitud la canícula y la esperanza de los tres pescadores se derretía ante unas nubes algodonasas que parecían despreciar la húmeda obsequiosidad del mar. Al segundo día, con la garganta calcinada por la salitre y la gritazón que le habían dirigido a dos cargueros que pasaron a más de una milla ajenos a tanta desesperación, decidieron subir a bordo un par de tortugas mancuernadas que flotaban cerca de la lancha y bebieron la sangre y comieron una buena cantidad de huevos de la hembra y dejaron al macho aleteando panza arriba en el compartimento delantero como reserva para el hambre y la sed. La corriente los había ido alejando de la franja azulina de la costa y a la tercera mañana aceptaron derrotados que se encontraban a más diez millas de cualquier playa, que era el límite que alcanzaba la visión. Con las dos cobijas que llevaban para protegerse del frío, lograron improvisar una vela que, además de darles un mínimo de sombra necesaria, les sirvió para enderezar la embarcación hacia la costa. Desde el primer día el viento había estado soplando del oeste, pero al atardecer del

séptimo día las rachas del sureste comenzaron a encrestar las olas y vieron aparecer unos nubarrones que siguieron concentrándose hasta que ya de madrugada se abrieron en franco aguacero.

En tierra, y en la cresta máxima de su popularidad, Fito Callejas fastigaba a las autoridades navales desde Salina Cruz hasta Puerto Escondido para que bajo ningún pretexto suspendieran la búsqueda de la embarcación por mar y aire. Pero tanto el helicóptero como el viejo guardacostas se habían fijado caprichosamente una franja de cinco millas para el patrullaje, y al quinto día decidieron dar por perdida a la embarcación y a sus tripulantes. En las entrevistas con los familiares de los desaparecidos y con los pescadores más expertos de la cooperativa, Fito seguía aguijoneando a las autoridades y responsabilizándolas de la posible muerte de los tres pescadores por negarse a seguir la búsqueda. Madres, hermanos, tías, esposas, amigos..., el desfile de lamentos ocupó la mayor parte de los noticieros durante los siete primeros días, hasta que la llegada repentina de la tormenta Elisa enmarcó con un halo luctuoso la expectación.

En el mar la primera lluvia fue recibida como una bendición; pero al cabo de varias horas de precipitación creciente, la lancha comenzó a inundarse y tuvieron que arrojar el trasmallo que hasta ahora les había servido de colchón. Gastaron su última energía turnándose para achicar el agua con un bote viejo de leche Nido, hasta que la reciedad de la lluvia y la fuerza del oleaje hundieron la embarcación al medio-día siguiente, sin que ninguno de los pescadores pudiera barruntar siquiera que la embarcación por efecto del viento y la corriente se encontraba a menos de una milla de San Agustín. Sólo uno sobrevivió, y con todo lo que Fito le hizo contar y la manera cómo aderezó el relato con mensajes de los familiares y amigos del sobreviviente y comentarios de toda índole del público, la radioemisora obtuvo más de cincuenta mil pesos de ganancia neta de los anunciantes que se peleaban el tiempo-aire para su promoción.



Fito se metió a la hamaca como cualquiera de los miles de peces que corrientean sin saberlo hacia el atrape. Anocheció y no quiso que na-

die prendiese la luz e interrumpiera la entrada a ese mundo poblado por millones de partículas vibrátiles que adormecen al contacto. Y ya a merced del vaiveneo de imágenes, resuena en lo más profundo una voz. Desde el momento en que la mujer entra en el sueño, él sabe por qué está allí. Y la oye en el silencio frío previo a la petición, asintiendo mientras fluye el relato de la captura de una manera tan directa que le da a la narración de la aguerrida Ambientalista el matiz de un oráculo justiciero.

Claro que sí, desde luego que sí, dice Fito cuando el recuerdo de la escena se enardece. Y la voz de la Ambientalista se reafirma: Es que no es justo lo que le hicieron, y si no lo dejan libre hoy mismo estoy dispuesta a ir a los medios nacionales para denunciar esta injusticia y dar a conocer toda la corrupción que hay con el tráfico de indocumentados. Yo no digo que no merezca una buena regañada, yo misma lo previne; pero caerle así con tan mala intención y tanta saña se me hace una injusticia. ¿Entonces usted lo previno? Claro, y no una vez... Y ante el silencio culpable Tito sale al quite con garbo: Más sin embargo no tienen por qué llegarle con esa gente y a esa hora, ni tampoco permiso ni razón para golpearlo. Es lo que yo digo, remató ya más calmada la Ambientalista.

Fito se remueve en la hamaca y se deja conducir por la corriente. Ahora el escenario es otro: Nicéforo está sentado en el catre con la nariz hinchada y sanguinolenta, y no hace el menor esfuerzo cuando el borrachito que está con él se aferra a los barrotes y grita: ¡Don Fito, sáqueme de aquí! Fito saluda a la mirada endrina y le pide que se acerque. Con vergüenza Nicéforo se levanta y da un par de pasos desmayados hacia la reja, evitando mirar de frente para no sentirse demasiado visto. En el sueño las preguntas resuenan como una letanía etérica, y cuando al fin Nicéforo habla sin levantar la vista de los lamparones de mugre que injurian el piso de cemento, Fito se deja derivar hacia el convencimiento. En la siguiente escena se ve en el noticiario de ese mismo día, sentado frente a un micrófono que amplifica la injusticia por toda la costa y que incendia el ánimo de los que ven en la autoridad el mayor enemigo: Miren nomás cómo se las gastan estos criminales de la judicial. Ahí esta usted tranquilito en su casa soñando con cualquier cosa para escaparse de

esta triste realidad, cuando unas pisadas lo despiertan y ve frente a usted un grupo de hombres, mujeres y niños de los hermanos países de Centroamérica y una partida de judiciales que le apuntan con un arma a la cara y le preguntan: ¿Dónde los recogiste, cuál de todos es el pollero, dónde tienes escondidos a los demás? Y desde luego que sí, usted quiere negar y exigir respeto y ¡pácatelas! Con un cachazo le rompen la nariz y lo arrastran como si ya fuera un cadáver y lo encarcelan acusándolo de tráfico ilegal de indocumentados. ¡Señores, esto sí que no se vale! Nomás falta que le carguen una bolsita de ese polvo que a ellos tanto les gusta para acusarlo también de narcotraficante. Señor comandante de la judicial, por favor, usted sabe muy bien quienes son los polleros y quienes les rentan las camionetas para transportar a estos hermanos más pobres y necesitados que tienen que pasar por aquí como miles de paisanos pasan por la frontera del norte. ¿Y por qué digo esto? Precisamente porque todos sabemos quién protege a estos traficantes de seres humanos, y por supuesto que no lo hacen de a oquis. Señores autoridades, el pueblo ya se está cansando de sus abusos y corruptelas; luego entonces entiendan de una vez que si siguen con sus atropellos van a encontrar otras respuestas. Por descontado que aquí seguiremos pidiendo justicia y pidiendo la libertad de este hombre inocente que no tiene ni la más mínima culpa de que en la playa donde vive, así como en tantísimas otras playas aledañas, bajen montones y montones de indocumentados... En el sueño resuenan las decenas de llamadas que saturan las dos líneas que tiene la radioemisora. La gente quiere gritar al aire su solidaridad con el detenido y escupir el odio acumulado contra las autoridades. Sigue sonando el teléfono y, aunque Fito dice que contesten, nadie lo hace, y ante la impotencia una oleada de angustia comienza a estremecer la hamaca. Despierta y ve a su mujer con la mano prendida del borde de la hamaca. ¿Qué pasa?, pregunta pastoreando la lengua por la boca ensalitrada. Te hablan de la radio, le dice al tiempo que suelta con displicencia la hamaca.

V

Aparecieron por encima del ruido, escupidas por el fuego del mediodía y a través de una polvareda que se extendió por el entorno hasta los pies de las mujeres y los niños que acababan de salir de las cabañas. Adelante venía la camioneta del Biólogo y atrás otra roja más grande, apenas suficiente para transportar en su parte trasera los cuerpos invertidos de las lanchas. Después de rociarse con su loción de tabaco, el Biólogo bajó y contempló la escena con una soltura triunfal. Su vista, domesticada por el trato burocrático, no percibía matices, por eso buscaba siempre un aleteo de brazos o una voz agradecida que le indicasen hacia donde debía dirigirse.

El polvo amarilloso no impidió que tío Nabor y los otros hombres que venían con él entendieran al primer vistazo de qué se trataba. Al verlos venir, el Biólogo sacudió un par de veces el pantalón en un acto casi inconsciente que parecía querer expresar el tamaño de la molestia.

Qué bueno que se deja ver de nuevo, saludó tío Nabor sin mucha efusión.

Vine a cumplir mi palabra, dijo el Biólogo.

¡Parecen nuevas!, dijo el padre de Moy apuntando con ambición hacia las lanchas.

Pues qué bueno que vino usted a cumplir, porque aquí ya no hay quien cumpla, añadió el presidente de la cooperativa.

Para el Biólogo fue la primera señal de que algo andaba mal. No, no podían ser las cosas tan fáciles y exitosas como se las había pintado el Ingeniero por teléfono tres días atrás. Era claro que el viejo líder tenía bien tendida su red y que nada más esperaba que el Biólogo, insensibilizado en su triunfalismo, quedara enmallado y boqueando. Así que abriendo el espacio con la mano se acercó a su camioneta y palmeó las dos grandes cajas de unicef.

Evinrude de cuarenta y ocho caballos, sin estrenar, dijo pretendiendo empezar de nuevo.

¿Cuánto valen?, preguntó alguien justo cuando el Ingeniero se acercaba.

El Biólogo salió a su encuentro y luego de intercambiar unas palabras le puso la mano en el hombro para llevarlo hacia la playa. En silencio, mientras los otros pescadores subían a la camioneta con intención de abrir las cajas, tío Nabor vio cómo los dos hombres se alejaban en un cuchicheo cómplice y supo que había fallado el primer lance. Les ordenó a los pescadores que bajasen de la camioneta y se los llevó de regreso a la enramada.

Estuvieron sentados en la playa poco menos de una hora, y de regreso los dos venían mirando hacia sus pies y sonreían de una manera tan fingida que ni siquiera se tomaban la molestia de ocultarla o disimularla. Tanto en un bando como en el otro estaban listos los argumentos, y ninguno dudaba de poseer en ese lance las mejores cartas. El número de hombres había crecido, eran ocho los que estaban sentados en torno a dos mesas y Moy oía la plática de pie respaldado contra un horcón. En otra mesa alejada, sentados frente a dos cervezas, el conductor de la camioneta grande y su ayudante comentaban entre dientes lo que veían.

El Biólogo se adelantó y dijo: Así que aquí ya están todos, y jaló una silla para el Ingeniero y otra para él. ¿Y qué cuenta de nuevo, tío Nabor?, añadió poniendo las palmas de las manos sobre la mesa como el jugador experimentado que espera la repartición decisiva de las cartas.

Usted ya sabe, Biólogo, que aquí casi no hay novedades, dijo el presidente de la cooperativa.

Sí, ya veo que todo sigue estando bajo control. ¿Y la pesca? Me han dicho que está arrimando...

Pesca hay, lo que no hay es buen precio.

¿A quién le venden el pescado?

Al mismo de siempre, el Canoso que viene de Acapulco.

Bueno, pues ahora va a haber cambios, y levantó la mano derecha e hizo un círculo en el aire para que doña Antonieta entendiera.

Siempre que el gobierno habla de cambios, a nosotros nos va peor, dijo el líder en un tono de reproche que pretendía multiplicar el sentir de todos los pescadores.

Yo hablo de más pesca y de mejor precio.

Usted habla, pero nosotros somos los que pescamos.

Sí, por supuesto. ¿Y cuál es el problema?

El problema es que no necesitamos que alguien de fuera venga a decirnos cómo, dónde y cuándo...

Ah, ya. O sea que ustedes son tan chingones que ya nadie les puede enseñar nada, y por primera vez la voz melcochosa del Biólogo dejó paso a la seriedad del señor delegado.

No le busque ánimo de ofensa o desprecio a nuestra verdad, Biólogo, nomás le estamos tratando de decir que nuestra manera de trabajar no es nueva, sino que la traemos ya probada de muchos años.

Está bien, cortó el funcionario, ¿qué quieren?

Nada más que nos deje las lanchas y los equipos y ya nosotros le iremos abonando las mensualidades.

El Biólogo se dejó contagiar por la sonrisa del Ingeniero en una pose cómplice que ya habían acordado cuando estaban sentados en la playa. Luego ensombreció de golpe la mirada y la pasó autoritaria sobre los pescadores que observaban impasibles cómo doña Antonieta ponía la ronda de cervezas sobre las dos mesas.

De acuerdo, dijo depositando con fuerza sus manos regordetas sobre la mesa. Las botellas bailaron y el agudo sonido que produjo la lámina atrajo las miradas sobre el aparatoso reloj y la gruesa cadena y el anillo de oro que relumbraban en ambas manos. Y ya sabiéndose dueño de la situación, continuó: Una lancha la van a trabajar ustedes y la otra el Ingeniero, así ya no hay bronca sobre quién manda.

Sí, pero si mal no recuerdo usted dijo que la red esa que está ahí tirada necesita de las dos lanchas para trabajarse, y yo creo que al Ingeniero le gusta más la buceada que andar jalando la red, así que mejor nos dice cómo usarla y nosotros nos haremos responsables de las dos lanchas. ¿O no?, dijo abarcando con la mirada a los demás pescadores, que asintieron al instante.

Ahí debajo de las lanchas vienen dos trasmallos agalleros ya armados y sin estrenar. Un equipo para su lancha y otro para la del Ingeniero. Después ya veremos con más calma y juicio lo de la almadra.

Yo no creo que una sola lancha nos convenga, rezongó con maña el viejo líder.

Mire, tío Nabor, se la voy a poner más fácil, dijo el funcionario ya al límite. Si esta gente se deja mangonear por su labia es asunto de ustedes, pero en cuestiones de pesca aquí y en todo el estado mando yo, y el que no acepte mis condiciones se queda sin nada. Y conste que el que quiera pasarse de listo y pesque sin un permiso firmado por mí, lo meto al bote y le confisco la lancha. Terminando de hablar dio una palmada en la mesa y se levantó resoplando.

Tranquilícese, Biólogo, no vaya a hacerle daño tanto coraje, dijo tío Nabor falseando una sonrisa.

Vamos, le dijo el Biólogo al Ingeniero. Enseguida buscó con la mirada a doña Antonieta y le pidió que preparase unos pescados fritos al mojo de ajo y que le avisara cuando estuvieran.

Espérese tantito señor delegado, que aquí nadie lo está corriendo. Termine de tomar su cerveza para que platiquemos y lleguemos a un acuerdo, continuó dándole cuerda tío Nabor.

Lo que tenía que decir ya lo dije, y el que quiera entender que entienda. Si alguno de ustedes quiere trabajar la lancha que venga ayudar a bajarlas. Y se alejó a paso recio.

¡Oiga, Biólogo!, gritó el viejo líder sabiendo que su voz sería careada bajo la enramada, y ya no use esa chingadera de loción que apesta a cantina de cuarta.

El Ingeniero le hizo un guiño a Moy y el joven pescador se despegó del horcón y salió tras ellos. Al rato, cuando Moy y el Ingeniero estaban apenas abriendo las cajas, los ocho pescadores llegaron con calculada parsimonia.

Dos horas más tarde, la primera lancha abría en el azul marino una cicatriz blanquecina y el Ingeniero miraba hacia los Morros Cagados con la fijeza del asesino que comprueba por última vez el escenario del crimen que habrá de realizar. Pasó a media máquina por donde había buceado esa misma mañana y rodeó por

completo el promontorio rocoso. Después enfiló hacia la playa y aceleró a tope.

El Biólogo, que apenas acababa de comer, compartió la escena con los pescadores que hacían ajustes al motor de la segunda lancha. Nadie dijo nada, pero el Biólogo se fue hacia donde acababa de varar el Ingeniero y le dio unos golpecitos en la espalda.

¿Cómo la ves?, le preguntó embigotando una sonrisa optimista.

El Ingeniero asintió con la cabeza.

Nomás no la pongas al límite todavía porque se friega.

El Ingeniero volvió a asintir. ¿Trajiste pintura y pincel?, dijo como si quisiera reafirmar que nada de lo que le dijeran podría enseñarle algo que él no conociera.

Están detrás del asiento en mi camioneta.

Le pidió las llaves, pero el Biólogo dijo que él ya se iba, que tenía una reunión esa misma noche en Puerto Escondido.

No puedes irte. ¿Por qué?, respingó el Biólogo.

Habla por teléfono y diles que surgió un contratiempo.

¿Cuál?

Ahora te explico. Al atardecer, con el sol a punto de apagarse sobre el agua, la MC-I con el Ingeniero al timón y Moy en la proa se dirigió en derechura hacia los Morros Cagados. Una vez ubicada la posición exacta para el lance, el Ingeniero le detalló a Moy lo que tenía que hacer mientras él estaba abajo. Después soltó lastre, y al subir el cierre del traje de buceo sorprendió a Moy con la vista fija en el empaque.

¿Qué, apoco te gusta que te almidonen las lombrices?, le dijo sin ambages.

No, a mí me gustan las almejas. Entonces qué mierda ves.

Nunca antes vi una chingadera como esa...

Aún te falta mucho por ver, dijo el Ingeniero y se sentó para ponerse las aletas y el visor. Luego se metió en el agua y dejó que el frío y el cuerpo encontraran su acuerdo y se zambulló con la confianza de un gran reptil que decide de pronto desaparecer en lo profundo. Al cabo salió y le dijo a Moy que arrojara el grampín allí mismo y que metiera reversa y fuese soltando el trasmallo lo más despacio que pudiera y justo derecho al medio de la playa.

Volvió a sumirse y fue siguiendo hacia abajo el lento acomodo de los plomos del trasmallo. Al ver la red, la gran mancha rojiza comenzó a desdibujarse como si en algún lugar de la corriente que cruzaba entre los roqueríos viniese empujando una fuerza amenazante. El Ingeniero fue comprobando la eficacia del tendido y vio por último, antes de subir, que los plomos extras que había puesto hacían que el límite inferior del trasmallo apenas tocara el fondo.

Emergió con un resoplar sobrado y se acercó a la lancha para decirle a Moy que tirase el segundo grampín con la boya. Bajó tras la araña de hierro y luego la arrastró un par de metros y tensó la cuerda al límite. Clavó por último las uñas herrumbrosas en el fondo y subió. Le dijo a Moy que esperase un momento, y se fue bordeando las rocas hasta que se hundió por el otro extremo de la cañada submarina y vio que la gran mancha seguía allí vaiveneando a media corriente como ganado manso que goza sin saberlo su última rumia.



En la playa era ya imposible permanecer. El Biólogo había ido dos veces a la camioneta sólo para ver cómo los goterones que escurrían hacían crecer los hoyitos en la arena debajo de la carrocería y, al mismo tiempo que veía el reloj, sopesaba la posibilidad de que todo lo que estaba pasando no fuese más que una locura gratuita. El sudor se desbordaba por los sobacos y la espalda de la camisa produciendo con la loción de tabaco una reacción asfixiante, y el sombrero que se había puesto para enfriar la cabeza le empezaba a escocer como una corona de espinas.

Miró otra vez hacia los Morros Cagados con la esperanza a punto de apagarse y vio la lancha casi en el mismo lugar donde estaba media hora antes. Los otros pescadores ya hacía tiempo que habían llegado con poco menos de cien kilos de pescado de segunda, sobre todo cocineros y salemas, y ahora bebían y se reían mientras veían el ir y venir cada vez más enfadoso del Biólogo.

¡Véngase paracá, Biólogo!, le gritó tío Nabor a la tercera pasada.

El funcionario se acercó aplastado por la desesperación, pero no quiso sentarse en la silla que le apartaban y escogió otra más alejada.

Algo le pasó, dijo apuntando con la cara hacia la playa. Tenía el rostro abotagado y líquido, y en los ojos había un desconcierto aún más lastimoso que el que proyectaba su sudorosa corpulencia.

Agarraron un pescadote, dijo tío Nabor y todos carcajearon la puntada.

No, cortó el funcionario tratando de dejar en claro que aquellas risotadas carecían por completo de inteligencia. Si se hubiese enredado el trasmallo en las salientes cuánto hace que hubieran bajado a destrabarlo. Y por lo que se alcanza a ver tampoco es falla del motor, pues ni lo han tocado.

Trabado está, dijo otra voz. Segurito la corriente echó el paño encima del roquerío, por eso es que están jale y jale.

No creo, dijo el Biólogo tratando de aparentar más certeza de la que realmente tenía. Alguno de ustedes debería ir a ver en la otra lancha, con este calorón pronto se va a derretir el hielo y se va a chingar todo el pescado.

Mire, mientras estén ahí a la vista quietecitos y sin gritar es que no hay problema, dijo tío Nabor. Y como el Biólogo seguía mirando hacia el mar, el viejo líder insistió: Tómese una fría para quitarse el sofoco, y si al ratito no llegan ya iremos a traerlos.

Y entonces el rugido del motor empezó a llegar como un estremecimiento sísmico. El Biólogo se levantó resorteado y fue a buen paso hacia la playa. Ante el zumbido creciente del motor, sólo pensaba que de nada había servido su advertencia para que no lo acelerara al máximo, y como si lo estuviera oyendo el Ingeniero desaceleró de golpe. El Biólogo meneó la cabeza, convencido de que el Ingeniero había entendido; pero enseguida la máquina rugió a tope y el Biólogo vio alarmado que el peso de la lancha era excesivo para hacer lo que el Ingeniero pretendía. Le gritó que parara y le hizo señas desesperadas con los brazos, y el Ingeniero abanicó el aire con el brazo libre como si la actuación tragicómica del Biólogo no le importase más que el vuleo de una mosca frente a su cara.

El Biólogo tuvo que correr hacia un lado para esquivar la trayectoria de la lancha. Sin embargo, por el peso que traía, la embarcación se clavó apenas a un par de metros de la orilla. Moy fue el primero en saltar y en su expresión venía anunciada la magnitud de

su proeza. Antes de que pudiera hablar, el Biólogo vio una explosión de soles que le hizo olvidar al instante todo lo que hasta ahora lo agobiaba.

¡Te los acabaste, Ingeniero!, exclamó llenando los ojos con el rojo sensual que casi rebasaba los compartimentos de la lancha.

Apenas una probada, todavía hay un chingamadril allá abajo. ¿Trajiste el hielo?

Tengo diez barras derritiéndose en la camioneta desde las seis de la mañana.

Pues dile a esos huevones que dejen de chupar y te ayuden a acarrear el pescado mientras yo acomodo la cama de hielo.

¿Cómo cuánto pesarán?, dijo el Biólogo aún embelesado por el color intensísimo de los huachinangos.

Sólo lo vas a saber cuando llegues a Acapulco.

¿Acapulco?

Ni modo que a Pinotepa. Y no lo vendas a un comprador local, sino a los que lo mandan al D. F., que pagan mejor y en efectivo.

Pero ya te dije que tengo esa reunión en Puerto Escondido y no la puedo posponer otro día, y de ahí tengo que regresar a Oaxaca.

Ve a Acapulco y busca un comprador que le guste ganar mucha lana para que venga diario a recoger el pescado. Lo que hagas después no me interesa, y salió a paso rápido sin hacer caso de lo que el Biólogo alegaba.

Por la tarde volvió a sumergirse en el mismo lugar y encontró apenas unos restos de aquella mancha viviente que un día antes llenaba el fondo marino, tiñéndolo todo de un refulgir violáceo. A la mañana siguiente vino un comprador ambicioso y vio que los huachinangos sólo llenaban tres taras de plástico y dijo que esa cantidad ni compensaba la gasolina. El Ingeniero siguió en silencio pensando lo mismo que había venido pensando desde que levantara la red casi vacía. Cuando el comprador volvió a repelar, el Ingeniero le dijo que se largara de una vez y que no volviera hasta que él le mandase avisar.

Pero ese aviso sólo se repitió una vez más. Después el Ingeniero fue al otro extremo de la laguna donde estaba el poblado y preguntó por un comprador. De regreso buscó a Moy y le pidió que lo acompañara. En el fondo de los Morros Cagados no había ahora

ni un sólo huachinango. A media agua podían verse algunos pargos medianos y jureles y muchas sardinas, y el Ingeniero siguió subiendo y bajando, y Moy en la lancha tras de él, sin dudar ni por un instante que tarde o temprano el Ingeniero encontraría lo que buscaba.

Se fue siguiendo el espinazo de rocas que emergía a ras de agua como una costra volcánica, y doscientos metros más al norte descubrió de pronto que bajo la superficie se acercaba una migración de cangrejos. Eran miles de jaibas pequeñas y rojas que entraron en el pensamiento del Ingeniero con el mismo aleteo dichoso que anuncia la llegada de mejores tiempos. Cientos de miles de bocados exquisitos, pensó ante la magnitud de la mancha que ya estaba cubriendo los límites de su visión. Y detrás de esas viditas aleteantes vendrían sin duda otras vidas más grandes y valiosas, que eran las que ahora buscaban los ojos del Ingeniero cuando se extendían hacia lo hondo bajo el pulular incesante de las jaibas.

Y allí estaban, cubriendo casi por completo la entrada entre dos promontorios submarinos y en una mansedumbre ajena por completo a la exquisita tentación que pasaba por arriba. Los promontorios eran en realidad dos islotes coralinos, y al buscar la mejor opción para el tendido del trasmallo descubrió que la mancha de huachinangos era mucho más grande que la del primer día. Ya arriba de la lancha comentó con Moy la arribazón de las jaibas, y el joven pescador le dijo que hacía cinco años que no se veían así de manera tan pareja.

¿Y qué más viene cuando llegan las jaibas?, preguntó el Ingeniero.

De todo, dijo Moy sin saber que el Ingeniero ya lo sabía.

De morro en morro y sin dejar pasar ni un solo día lograron capturar en una semana poco menos de cuatro toneladas de huachinangos. Moy, que en su vida había tenido tanto dinero en sus manos, le encargó al nuevo comprador de Pinotepa una grabadora grandota y un montón de casetes de Rigo Tovar, que sonaba ahora durante la mayor parte del día en la enramada de su padre. El tiempo que el Ingeniero no estaba en el mar se lo pasaba tendido en la hamaca leyendo una y otra vez la vida de Cayo Marcio, y sólo cuando salía para comer se le veía platicar con Dulce, y los dos se reían y compartían

la complicidad del juego cuyo desenlace el Ingeniero ya paladeaba. En las otras mesas los pescadores de la cooperativa mascullaban sus desacuerdos y a veces el efecto de las cervezas les hacía elevar la voz para que el Ingeniero supiera que lo que sentían estaba cada vez más cerca del estallido. El Ingeniero no necesitaba mirar ni oír, todo se lo contaba Moy rematando con un final triunfalista: No se preocupe, Ingeniero, mi jefe no es pendejo.

El domingo, cuando estaban entregando el pescado, le vinieron a avisar que el delegado de pesca había hablado al teléfono del pueblo y que iba a volver a hablar en un par de horas. El Biólogo empezó exponiéndole las quejas de tío Nabor y siguió en desfile lenguaraz reclamándole que el nuevo comprador, además de pagar menos que el que había traído de Acapulco, tenía fama de ratero y embaucador, así que no hiciera ningún compromiso serio con ese tipejo hasta que él llegara la próxima semana con alguien de confianza para hacerse cargo de la venta... El Ingeniero oyó sin decir palabra, y cuando ya los reproches dejaron paso a los por favores, dejó caer en el teléfono la cifra neta de las ganancias y colgó como si ya no estuviera nadie del otro lado. Pagó unos pesos por recibir la llamada y el teléfono volvió a sonar y la joven gorda, que tenía la cara enmapada por una mancha carnosa que descendía desde la mitad de la frente hasta la boca, dijo que le querían hablar; pero él le dijo que ya no estaba, y así lo repitió la muy tarada: Que dice que ya no está.

En la enramada había un hombre y una mujer, estaban juntos y tomados de la mano y frente a ellos tenían una Coca Cola y una cerveza. El Ingeniero reojó a la pareja —él con lentes oscuros y sudando su gordura a través de una guayabera albeada, y ella mucho más joven y más humilde y atribulada— y se fue a sentar a su mesa de costumbre. Enseguida llegó Dulce y le sonrió, pero el Ingeniero tenía el mismo semblante adusto que había asumido después de la llamada. La muchacha revoloteó en torno a la mesa pasando un trapo sobre la superficie oxidada, aunque el Ingeniero percibió en seguida que la intención era poner en evidencia que ese día llevaba sus mejores prendas: arriba una camiseta azul claro tan ceñida que sólo los pezones alcanzaban a sobresalir, y abajo un pantalón blanco tan corto de tiro que permitía el asomo de una pelusi-

lla negra por abajo del perfecto ombligo. Antes de que el Ingeniero preguntara, la muchacha dijo que los pescadores tenían junta en el local de la cooperativa y luego, con una soltura que el Ingeniero no sospechaba, le soltó con la más intencionada sonrisa: ¿Y cuándo me lleva a bucear?

Salieron una hora después, con seis cervezas dentro de una cubeta con hielo y una buena provisión de filetes de huachinango fritos al mojo de ajo, además de salsa costeña dentro de un vaso de plástico y tortillas cubiertas con una servilleta. Ni él ni ella se habían cambiado de ropa; ella lo había sugerido, pero el Ingeniero, avivado el galope por un espueleo rijoso, no permitió ningún desvío del plan que su mente anticipaba. Puso el motor al máximo y enfiló hacia el extremo opuesto a la bocabarra, donde sabía que sólo las gaviotas podrían ver y oír lo que él ya iba viendo y oyendo en su imaginación calenturienta. En cuanto las cabañas se perdieron de vista, buscó un peñasco a poca profundidad y fondeó la lancha. Ella tenía ahora una sonrisa más forzada y seguía aferrada con ambas manos al banquillo como si temiera que algún movimiento impropio dejara al descubierto su inexperiencia. Pero la inexperiencia se convirtió en desamparo cuando vio cómo el Ingeniero se quedaba únicamente con la diminuta trusa que apenas podía contener el empuje exagerado de aquella animalidad crecida. Sabiendo ya por experiencia lo que esa visión suponía para las mujeres, el Ingeniero saltó por la borda con intención de enfriar el ímpetu. Después le dijo que le pasara el visor y las aletas y que se quitara el pantalón y la camiseta para meterse en el agua. El Ingeniero acomodó sus implementos de buceo y se sumió para darle tiempo a la muchacha a superar su azoro. Nadó un rato reconociendo el fondo y cuando regresó a la lancha la muchacha seguía vestida e inmóvil en el pasmo.

Quítate la ropa y vente, le dijo enrostrando una sonrisa confiable.

Es que no tengo traje de baño, objetó ella sabiendo de antemano que era una excusa fallida.

Quédate como yo, con los puros chones, la animó el Ingeniero.

La muchacha todavía dudó un instante, pero en cuanto el Ingeniero se sumió ella se desprendió del pantalón y la camisa y se quedó con unos diminutos calzones blancos ribeteados con un encaje

cursilero. El Ingeniero volvió a acercarse y le dijo que saltara. Ella dijo que no sabía nadar muy bien, pero lo cierto es que no tenía ni la menor noción de lo que había que hacer para mantenerse a flote. El Ingeniero le dio la mano y ella se descolgó de la lancha. En seguida se agarró al cuello del Ingeniero y él la tranquilizó para que no apretase con tantas ganas. Después le puso el visor y le dijo que lo tomara de los hombros y se dejase ir mientras veía lo que había abajo. Al rato regresaron y se agarraron a la cuerda de la lancha, y al quitarle el visor el Ingeniero vio que la muchacha traía la fascinación en las pupilas. Desprendió las aletas y las depositó junto con el visor sobre la cubierta y allí mismo, sujetándose con una mano de la borda, rodeó a la muchacha con el otro brazo y comenzó a besarla y a apretarla contra él para que sintiera aquello que crecía como una enormidad voraz entre sus cuerpos. Sin dejar de besarla se sacó el calzoncillo y lo tiró adentro de la lancha. Después hizo lo propio con el calzón de ella y le puso el vergajón entre los muslos. Ella dijo: ¡Es grandísimo!, mitad riéndose mitad asustada, y él decidió entonces que tenían que subir para no lastimarla. La subió primero impulsándola por las nalgas, y luego trepó él. Ya arriba, la muchacha miraba con la boca entreabierta y los ojos espantados cómo el órgano descomunal del Ingeniero subía y bajaba como si estuviera boqueando por un manjar o pidiera el acceso a una realidad más potenciada. La muchacha cedió de nuevo al espanto y exclamó: ¡Virgen Santísima, qué grande! El Ingeniero se acercó y le dijo que tomara el miembro entre sus manos para que sintiera cuanto la deseaba. Ella alargó una mano y luego la otra, con el mismo temor con que se toca el plumaje de un ave fascinante, y luego que vio sus manitas prendidas en esa trompa palpitante, dijo como si ya sintiera el rigor en sus entrañas: No voy a poder, me va a matar. Pero el Ingeniero no quiso dejar que la fascinación fuese vencida por el pánico y la sentó frente a él en el banquillo y le abrió las piernas para que la deliciosa cortinilla de pelo negro y brillante se apartase de manera natural para mostrar al rojo vivo la fruta anhelada.

Primero probó con la punta de la lengua el espeso fluir del gozo y siguió luego el juego deleitoso hasta que al cabo la muchacha co-

menzó a dejar escapar unos sollozos anhelantes. Después le metió un dedo y comprobó que estaba más cerrado de lo que había imaginado, y metió otro dedo y comenzó a profundizarla y ensancharla mientras ella le agarraba con fuerza el miembro y lo apretaba más y más cuanto más los dedos del Ingeniero la penetraban. Cuando en medio de los chilliditos y espasmos la volteó, ella obedeció ansiosa sin siquiera sospechar que tanto dolor y tanto placer pudieran ir juntos durante tanto tiempo.



Estaba en la hamaca leyendo por enésima vez su pasaje preferido. Había algo en la manera en que había claudicado Cayo Marcio que no alcanzaba a entender, o más bien que se negaba a entender: simplemente no podía aceptar que un hombre tan excepcional sucumbiera de manera tan fácil al lloriqueo de su madre y de su esposa. Todo el recuerdo de su propia madre y de las mujeres que había conocido estaba sintetizado en esa escena despreciable donde el héroe invicto de tantas batallas se deja atrapar por los más engañosos principios: patria, madre, esposa y amigos. Eso es lo que pensaba el Ingeniero, poseído siempre por el mismo coraje cuando llegaba al desenlace infame en que el héroe es linchado por la turba y ni la patria ni la madre ni la esposa ni los amigos hacen nada para impedirlo.

Ingeniero, dijo Moy desde la puerta.

¿Qué pasa?, gruñó con el odio aún removiéndole las vísceras.

Aquí le traigo un amigo, dijo pasando con uno de los pescadores de la cooperativa.

El aludido se adelantó y le tendió la mano al Ingeniero, que la dejó tendida mientras cerraba el libro y se incorporaba.

¿Qué quieres?, inquirió sin concesiones.

El hombre se quedó cortado por el recibimiento y miró hacia Moy en busca de apoyo.

Moy fijó por un instante la máscara que estaba sobre la cabecera del catre y luego enfrentó al Ingeniero sin alterar su actitud decidida: Se llama Timoteo Mijangos y quiere trabajar con nosotros.

El Ingeniero miró al hombre como si estuviera viendo un pez volador que de repente cae dentro de la lancha y comienza a boquear su agonía. Aparentaba poco más de treinta años, con el pelo y el bigote puntiagudos, y una complexión lo bastante fornida para ser menospreciada.

¿Por qué cambias de bando?, le soltó a bocajarro.

El hombre volvió a mirar a Moy en busca de apoyo.

Dile la verdad, Timo, al Ingeniero no le gustan los lambiscones.

Pues la mera verdad es que tío Nabor es pura lengua.

¿Por qué dices eso?, lo enfrentó el Ingeniero.

Porque siempre está chingue y chingue contra usted y él nunca se mete al mar ni hace nada, y la verdad que si fuera tan águila como se cree desde cuando se hubiera dejado de chingaderas y hubiera jalado parejo con usted, que sí es un chingón con las redes.

Timoteo no era de Corralero sino de Puerto Minizo, y por haber pescado desde niño por toda esa zona conocía donde estaban los mejores pescaderos y las preferencias que las distintas clases de peces tenían por ciertos fondos marinos. Le dijo al Ingeniero que el banco de huachinangos de San Pancho no era el único, aunque ahí era donde estaban por más tiempo.

¿Cuánto tiempo?, preguntó el Ingeniero.

Ahí dilatan, dijo el pescador.

Pero cuánto, ¿un mes, dos, tres?

No, ahí están, en el mismo lugar donde usted los chingó. Se van unos y vienen otros.

¿También en las lluvias?

No, en las lluvias calienta el agua y se retira la pesca.

Dos días después a la misma hora, cuando la plebe de Roma y la fracción más cobarde del senado volvían a condenar a Cayo Marcio al destierro, el Ingeniero oyó que alguien le hablaba.

Esta vez era el padre de Moy y le dijo que tío Nabor quería platicar con él. El Ingeniero cerró el libro con el coraje aún trabado en las mandíbulas y preguntó el motivo. El hombre dijo que él no sabía, aunque sabía muy bien que a través de su hijo le llegaban al Ingeniero las noticias de lo que sucedía en la cooperativa. Así que

cuando el Ingeniero salió y vio al presidente de la cooperativa sentado bajo la enramada de don Moisés, no dudó que el motivo de la venida era el mismo que el domingo pasado se había planteado en la junta.

Tome asiento, Ingeniero, dijo el padre de Moy ofreciéndole una silla

Gracias, don Moisés, aquí nomás me quedo, y se recargó junto a un horcón a la expectativa.

Bueno, Ingeniero, ni caso tiene que le pregunte cómo le va, dijo el viejo líder apoyando sus manos sobre las rodillas como si temiera que la libertad de las manos fuera a distraer el discurso que ya traía digerido. Vengo en primer lugar a felicitarlo a modo personal por su manera de trabajar, y en segundo lugar estoy aquí como presidente de la cooperativa para decirle que acordamos en la pasada junta que ya no vamos a permitir el uso de trasmallos en Corralero.

El Ingeniero oyó en la distancia el emotivo piar de las gaviotas y vio que había una parvada revoloteando sobre las olas. Estos hijos de la chingada, pensó, son iguales que la chusma que envidiaba y odiaba a Cayo Marcio por sus hazañas y que lo chingarón por medio de su familia; pero a mí me la van a pelar todita.

Ya le dijimos al delegado que así a nosotros no nos convenía, continuó el líder de la cooperativa; y no crea que es por la cantidad de pescado que usted levanta; lo que más nos preocupa es que esa forma de pescar ahuyenta toda la pesca.

¿Y qué dijo el delegado?, cortó con brusquedad el Ingeniero.

Dijo que platicáramos con usted.

Que platicaran conmigo o que preguntaran mi opinión.

Es lo mismo, Ingeniero, para qué nos hacemos guajes. Usted viene y va, nosotros aquí vivimos, y como la pesca es nuestra vida no podemos acabárnosla así nomás de esa manera.

¿De qué manera?

Usted ya sabe, correteando al pescado de aquí parallá con el trasmallo.

O sea, que ustedes creen que pueden rehacer las leyes a su antojo, y en la voz y el tono que asumió el Ingeniero empezaba a verse el desborde del coraje.

No, Ingeniero, no enrevese las cosas. Nosotros...

¿Cuáles nosotros? Aquí el único que se dedica a chingar en vez de trabajar es usted.

Está usted muy mal informado, Ingeniero; aquí mi compadre Moisés puede decirle sin necesidad de mentir que el acuerdo se tomó en pleno por todos los miembros de la cooperativa.

¿Y qué acordaron?, ¿qué nadie más que ustedes puede pescar en Corralero?

No, Ingeniero, y no tiene caso que se violente así contra mí, que nomás traigo el encargo de decirle lo que acordamos...

Pues dígalo ya de una vez y déjese de andarme curricaneando.

Dígaselo usted, compadre, para que vea que fuimos todos los que pensamos lo mismo.

Sí, todos estuvimos de acuerdo en que la única pesca permitida sea a mano.

O sea, que ya no van a permitir que yo use el trasmallo. ¿Y cómo?, ¿lo piensan levantar una vez que esté tendido?, ¿me lo van a confiscar por sus canicas? La voz del Ingeniero quedó vibrando en la atmósfera como el tracerío de un relámpago antes del tronido. ¡Pues a ver quién chingados se atreve a tocar mi trasmallo!, y se quedó con la mano en alto y el dedo índice moviéndose sentenciosamente como una pistola amartillada.

Pérese tantito, Ingeniero, ni siquiera nos deja decirle lo que acordamos.

Ante la subida de voz del Ingeniero, la madre de Moy y sus dos hermanillos de nueve y cinco años se asomaron a la puerta de la cabaña con la expresión atribulada que anuncia la inmediatez de un desenlace trágico.

Le estamos proponiendo, Ingeniero, que en lugar de los trasmallos pesquemos todos a mano y que nos pongamos de una vez de acuerdo para trabajar esa otra red que está allá afuera tirada.

Esta vez la referencia a la almadraba fue para el Ingeniero como una inmersión refrescante en un mar de posibilidades que lo alejaba por un instante del volcán que bullía en su cabeza.

Déjeme hablar con el delegado, dijo metido en su ensimismamiento.

Sí, hable usted, y ya nada más nos dice después cómo le ayudamos a tender la almadraba, dijo tío Nabor sabiendo que lo peor ya había pasado.

Cuando el Biólogo regresó a Corralero tres días más tarde, el Ingeniero seguía usando el trasmallo.

¿Cómo va todo?, fue lo primero que dijo el Biólogo. El sudor empezaba a inundarle los sobacos, pero la sonrisa bigotona de ese día parecía de un optimismo invencible. Les dio la mano a tío Nabor y a los hombres de la cooperativa que estaban con él y se dispuso a ser un simple espectador de los acontecimientos. Al momento que tío Nabor quiso abrir la boca para escupir su desacuerdo, llegó otra camioneta vieja, sucia y ruidosa. La ola de polvo golpeó por momentos al grupo de hombres como una bocanada injuriente y lo que las miradas encontraron después terminó adueñándose por completo de la escena. Él, un costeño típico: pelo rizado y negro, igual de negro que el bigote y los ojos chispeando en medio de la piel morena como dos mastines que husmean un rastro. Se sacudió el pantalón negro y la impecable guayabera blanca y se encaminó hacia los hombres. Atrás venía ella, contoneándose como una reina del trópico dentro de una falda muy corta y de un amarillo tan solar que hacía que su piel y sus ojos y su pelo brillasen como reflejos de obsidiana. Ya más cerca, los pescadores vieron que no llevaba brasier y que sus pechos pequeños y firmes tensaban la abotonadura de una blusa blanca y fina, quizás demasiado fina para viajar en aquella camioneta arruinada.

El Biólogo hizo las presentaciones: Cirenio Escamirosa y Catalina Cordero, y los dos le dieron la mano a tío Nabor e hicieron con la cabeza una inclinación hacia el resto de los pescadores. Después ella comenzó a preguntar y a señalar con dedo decidido hacia las cabañas y a ordenar que bajaran los contenedores de fibra que venían atrás en la camioneta del Biólogo, y que fueran todos porque venían cargadas con hielo. Tío Nabor se quedó mirándola con un deje bobalicón, como si no supiera relacionar la exuberancia de aquellos muslos con la voz hombruna que se elevaba con una autoridad primaria por encima de todos. Ante el silencio de su líder, los pescadores buscaron respuesta en la expresión del Biólogo.

Y entonces llegó el Ingeniero y la vio. Ella también lo vio y los dos cuerpos sintieron el mismo estallido entre el rechazo y la excitación. El Biólogo aprovechó la fisura, puso la mano sobre el hombro de tío Nabor y se lo llevó con su mejor labia hacia la enramada de doña Antonieta. Allí, sin más preámbulos, le expuso el nuevo plan: A partir de ahora don Cirenio y doña Cata se van a hacer cargo de toda la pesca. Las cuentas se van a liquidar los fines de semana, el precio va a estar siempre por arriba del que pagan los otros compradores, y se va a dar permiso nada más para buceo, pesca a cuerda y un permiso especial para la almadraba. Y en este punto tío Nabor sacudió la modorra y se lanzó aullando sobre la sospecha: ¿Y quién va a manejar la almadraba? Pero la respuesta del Biólogo fue inapetable: El único que sabe manejarla.

Desde el momento en que la descubrió parada como una diva en medio de la escena y dirigiendo con su voz rasposa las voluntades de los hombres, el Ingeniero supo que allí había un reto digno de su parte más soberbia, y supo también que ella había sentido la mirada quemante sobre la piel y el reto de tener que enfrentar a alguien aún más arisco y altivo que ella. Por eso, mientras tomaba la cerveza que el Biólogo le había invitado, el Ingeniero seguía con la mirada el descenso de los dos grandes contenedores, y continuó viendo cómo de la camioneta vieja bajaban una radio grabadora grande y una hamaca grande y una maleta grande y una cama grande..., mientras el Biólogo trataba de justificar la prohibición temporal —y enfatizaba: sólo temporal— del trasmallo, y que con la almadraba y el buceo sacaría tanto o más que con el trasmallo, y así ya todos estarían de acuerdo, ¿o no? Pero el Ingeniero veía ahora vestidos istmeños de gala colgados de ganchos y en otros ganchos guayaberas blancas y pantalones negros y una guitarra y un montón de pequeños cuadros enmarcados con vidrio, y una caja con libros, sin dejar de seguir los movimientos sensuales de la reina del trópico al entrar y salir de la enramada.

En menos de dos horas, los recién llegados se instalaron en el pequeño cuarto que hasta ahora ocupaba Dulce, la muchacha que ayudaba a doña Antonieta y que se mudó con su catre y su espejo y la caja de cartón donde guardaba su ropa al cuarto de la patrona. Y

para que no quedaran dudas del cambio, la grabadora comenzó a cantar un bolero.

¿Te gustan las canciones de Chuy Rasgado?, le preguntó el Biólogo.

El Ingeniero hizo un gesto negador.

Pues tómalo con mucha filosofía porque a partir de ahora va a ser tu compositor favorito. En cuanto el Biólogo dijo esto, del otro extremo de la explanada empezaron a llegar los gangueos guapachosos e inconfundibles de Rigo Tovar.

Prefiero la música de Moy, dijo el Ingeniero sintiendo con satisfacción que en el juego que ahora iniciaba el joven pescador y él estarían del mismo bando.



Únicamente se veían cuando el Ingeniero iba a comer, y eran tantas las sospechas que ninguno de los dos estaba a gusto mientras duraba la comida: ella bajaba la voz y se metía con doña Antonieta a la cocina o iba a su cuarto; él casi no levantaba la vista del plato y le daba entre dientes las mínimas indicaciones a la muchacha mientras lo atendía. El pescado lo pesaba el hombre, y en su trato había una ligereza y al mismo tiempo una seriedad que le daban al personaje un perfil artificial, como si los movimientos y la voz fuesen los de un muñeco demasiado frágil, pero que en su corazón y en sus ojos tenía una irradiación permanente de optimismo. Se pasaba la mayor parte del día tendido en su gran hamaca, que ocupaba todo un lado de la enramada de doña Antonieta, oyendo o tocando los boleros de Chuy Rasgado y dormitando y contestando a veces con la atención requerida los saludos, y atento siempre al arribo de cualquier pescador hacia las hieleras.

Para todos era obvio que estaban viviendo un reacomodo de posiciones, y que lo que ahora se cediera o ganara quedaría perdido o ganado hasta un nuevo reacomodo. Todos, por tanto, se entregaron a la tarea que les correspondía convencidos de que las palabras salían sobrando. El Ingeniero asumió la dirección y ancló la almadraza en el lugar que ya tenía seleccionado. Como la

corriente era fuerte en ese lugar tuvo que reforzar el anclaje de los grampines con un montón de costales de arena, que ató entre ellos y los unió finalmente a una cuerda gruesa y una boya hecha con un trozo de la caja de unicel donde venía el motor. Puso los dos refuerzos en la intersección de la rabera de fuera con el cuadro, y prescindió de la rabera de adentro porque ese lado estaba bordeado por el promontorio rocoso que llegaba a la playa. Pero en vez de tender los doscientos cincuenta metros de paño de la rabera paralela a la playa, abrió considerablemente el ángulo para que la entrada del embudo abarcara la amplitud de la corriente que trasportaba los cardúmenes de peces pelágicos.

Todo un día, desde la primera luz hasta la primera oscuridad y con un solo intervalo para la comida, estuvieron resonando las voces desde las dos lanchas; y a fuerza de bajar y subir y atar y tensar, el Ingeniero y Moy terminaron aniquilados. A la mañana siguiente, cuando el sol ya llevaba llameando un buen trecho, los pescadores le dijeron a don Moisés que le hablara al Ingeniero. A la segunda voz el Ingeniero gruñó: ¿Qué pasa? Don Moisés preguntó si estaba enfermo. Al oír el no, el pescador redondeó el motivo: Es que dicen que anda el pajarerío encima de la red.

El Ingeniero ya conocía ese alboroto; era algo instintivo que se adueñaba de las voluntades y las hacía actuar sin amor y sin conciencia, como parte de un mecanismo en que el lugar de la mente y del alma lo ocupaba exclusivamente el deseo de matar. Así se arrojaban las gaviotas y los pelícanos movidos por el mismo impulso de vencer las dificultades para sacarle al mar su último gramo de vida.

Moy iba de pie en la proa de la lancha gritando y señalando como lo haría un ballenero primitivo desde la cofa. Atrás venía la otra lancha que manejaba el padre de Moy; y algunos de los pescadores también estaban de pie, ansiosos por descubrir de una vez cómo funcionaba esa red cuyo nombre casi ninguno de ellos sabía pronunciar. El Ingeniero aminoró la marcha y vio que en la superficie había un rebullir de vida. Pensó que eran macarelas y no le dio mayor importancia, apagó el motor y dejó que los pescadores especulasen en medio del graznerío de los pájaros mientras él se quitaba la camisa y el short y se ponía enseguida el visor y las aletas. Le dijo a Moy que

se hiciera cargo y se sentó sobre la borda con las aletas en el agua. Hizo unas cuantas respiraciones profundas y se levantó en vilo con las dos manos y se impulsó hacia delante.

Ni Moy ni Timoteo pusieron atención en la zambullida del Ingeniero. Sin embargo, los pescadores de la otra lancha nunca habían buceado con él, y lo que ellos esperaban era que el Ingeniero apareciera enseguida para hacer lo mismo que ellos habían hecho y habían visto hacer durante toda su vida. Pero el Ingeniero no reapareció para acomodarse el visor y tomar aire tres veces antes de hundirse con la cabeza por delante. Sabía por experiencia que esa clase de gente sólo valora lo que está más allá de su alcance, y decidió que esa inmersión sería de poco más de un minuto, tomando en cuenta que tendría que encogerse con rapidez dentro del agua para hundirse. Ante la dilación del Ingeniero en salir, los hombres de la segunda lancha se acercaron de golpe hacia el mismo lado y la embarcación se ladeó bruscamente hacia estribor. ¡Cuidado, pendejos!, les gritó Moy con sorna desde la otra lancha. Los hombres se retiraron un poco sin dejar de mirar con pasmo hacia la brillante superficie donde de nuevo pululaba la vida menor.

Y mientras los hombres restregaban sus ojos con azoro creciente contra la impenetrable superficie, a cinco metros de profundidad el Ingeniero asistía a un espectáculo fascinante: en el fondo del copo final y debajo de miles de anchovetas se mecía una mancha enorme de jureles toro. Era un movimiento acompasado y torpe, la misma renuncia a luchar que se adueña del ganado que se acorrala para el sacrificio. Durante el tiempo que le llevó bordear el embudo, la mente del Ingeniero se separó de sus ojos y proyectó una vez más las imágenes desoladas de la misma derrota de siempre: era como dejar que un ejército llegase al fondo de una cañada para inmolarse. Desde la primera vez que había visto funcionar una almadraba en Nayarit, no podía dejar de pensar que esa masa informe y resignada que se movía en el fondo del embudo fuese distinta a las masas urbanas que hormigueaban en los grandes centros comerciales y en los estadios. Todas tenían en común la misma manera de sentir y de reaccionar: primero, al sentir la amenaza, huyen despavoridas hacia las entrañas del peligro; después, al darse cuenta de que están cer-

cadass, comienzan a circular torpemente en el fondo de la red hasta que encuentran otra entrada por la que se meten creyendo encontrar la libertad, pero que las conduce al fatídico matadero.

Cuando el Ingeniero ascendió traía en la expresión la magnitud del esfuerzo que supondría convertir el sacrificio masivo de los jureles en dinero. Subió con calma a la lancha y se quitó el visor y las aletas. Todos esperaban una respuesta y, mientras los hombres y las lanchas se mecían en la misma incertidumbre, el Ingeniero masculló la palabra jureles sólo para que Moy y Timoteo oyeran. Después prendió el motor de un jalón y se emparejó a la otra lancha. ¿Qué hay abajo?, preguntó una voz. El Ingeniero dijo que una tonelada, y que había que subirla a puro huevo ¿Una tonelada de qué?, volvió a preguntar la voz. Entonces el Ingeniero levantó la mano y le dijo al de la voz y a otro que estaba al lado que se pasaran a su lancha.

Durante más de dos horas cuatro hombres desde cada lancha estuvieron subiendo el embudo del matadero. Normalmente deberían manejar la almadraza diez hombres, pero con tanto pescado adentro se requerían por lo menos otros cuatro. El Ingeniero era el único que no jalaba. Su voz envolvía los esfuerzos y le daba dirección a cada intento para que los hombres clavarán sus mandíbulas sobre el borde de la red y no sospechasen que el trabajo más arduo aún estaba por delante. ¡Órale, huevones! ¡Más recio, guangos!, gritaba el Ingeniero sonriendo. Ya vamos llegando a lo bueno. Duro, cabrones, que ahí adentro esta la pura papa. ¡La pura madre!, escupió Moy, y las carcajadas rompieron por instantes el esfuerzo.

Dentro del embudo y a ras de agua podía verse ahora la mancha rojiza de las anchovetas amontonándose en un espesor bullicioso. ¡No vamos a poder!, profirió alguien y de inmediato en la mente del Ingeniero empezaron a perfilarse las posibles soluciones. En cuanto encontró la más convincente, gritó de nuevo las órdenes y ninguno de los pescadores respingó en el momento en que Moy desde una lancha y su padre desde la otra bajaban el borde de la red para dar salida a la riada de anchovetas. Con un remo el Ingeniero ayudó en el arreo y finalmente sólo quedaron adentro las más inquietas, que en vez de salir prefirieron acercarse a sus peores enemigos, que ahora las ignoraban por completo. A medida que los hombres recobraban la

red sobre los bordes de las lanchas, el torbellino de los jureles se iba haciendo más denso y enloquecido. El Ingeniero vio entonces que sus gritos ya no movían la red y él mismo comenzó a jalar con una fuerza endemoniada. Enseguida en medio del hervor comenzaron a asomarse los lomos de los jureles. Al siguiente jalón el Ingeniero les dijo que aguantaran con todas sus fuerzas sin ceder un milímetro. Cogió la cuerda del grampín y le echó un amarre al borde de la red y luego al banco. Después tomó el garrote que usaban para matar los barriletes y empezó a golpear certeramente las cabezas de los jureles que estaban a su alcance. Desde la otra lancha el padre de Moy decidió imitarlo y entre los dos neutralizaron poco a poco el ímpetu salvaje que bullía en el corral.

Durante todo el tiempo que duró la captura, Cirenio había estado viendo con tío Nabor el trajín desde la enramada. El líder de la cooperativa decía que seguramente eran salemas o cocineros, pero el encargado de la compra-venta prefería pensar que tal vez fueran sierras o huachinangos, lo que supondría un buen estreno de la almadraba. En el momento en que las dos lanchas empezaron a zumbar en dirección a la playa, Cirenio se levantó de la silla y se adelantó esperanzado. Quiso ver en la expresión de los hombres alguna señal, y como sólo encontró cansancio y sudor se acercó apresurado al borde de la primera lancha. Vio los jureles, de entre siete y diez kilos de promedio, y dejó caer la esperanza. Dio media vuelta y regresó a la mesa donde antes estaba sentado.

El Ingeniero dio orden de que fueran a buscar las cajas para llevar el pescado a las hieleras. Después se puso el short por encima del traje de baño y con un jurel colgando de la mano se acercó a la enramada de doña Antonieta. Con el alboroto y la premura no había tenido tiempo de desayunar y su humor era el de un depredador hambriento que ha estado corriendo durante horas detrás de una presa. Ciertamente la presa estaba ya vencida; no obstante, el logro no representaba un triunfo muy codiciado, pues, además de ser de segunda categoría, el tamaño y la cantidad suponían un obstáculo que cualquier comprador vería con fastidio. Llegó a donde estaban los dos hombres sentados y sin saludo alguno le dijo a Cirenio que buscara en Acapulco un comprador para casi una tonelada, y con-

tinuó hacia la cocina. Apenas había dado unos pasos cuando la voz de Cirenio resonó como una condena: Ese pescado no tiene salida. El Ingeniero había decidido no oír, estaba dispuesto a perderlo todo con tal de poner a prueba a ese bohemio de pacotilla que el Biólogo le había endilgado como marchante consumado. Y entonces vio que de la cocina salía la mujer, con una de sus blusas ceñidas y escotadas y caminando descalza sobre la arena con un garbo que el Ingeniero jamás le había visto a nadie. Se detuvo y dándole la espalda a la mujer dejó el pescado sobre una mesa. Acto seguido buscó en su cabeza una respuesta apropiada y enfrentó a Cirenio.

Cualquier comprador del D. F. puede pagar esos filetes como de primera.

¿Y quién los va a filetear?, objetó Cirenio.

Ése no es asunto mío, yo nada más pesco y entrego.

Y yo sólo compro lo que los clientes piden.

Pues si no sirven se tiran y punto, concluyó con desprecio el Ingeniero.

Nada se tira, dijo entonces la mujer adueñándose del escenario. A ver, muchachos, tráiganse paracá esos pescados. Válgame con estos hombres que nada más ven las cosas de un solo lado. Y ante el silencio expectante de los hombres, comenzó a dirigir a los pescadores y los fue acomodando por parejas en cada mesa. Después le pidió a la muchacha que trajera cervezas para todos y ella misma fue a buscar un par de filosos cuchillos y les mostró como había que quitarle la piel a los jureles y cortar las jugosas mitades en filetes de aproximadamente un kilo.

Mientras el Ingeniero hacía lo propio con su pescado, amontonando los filetes en un plato para la frita, no dejaba de reojar con satisfacción el vuelo de brazos y el contoneo de nalgas con que la mujer dirigía la tarea. Tanta era la obviedad del prendimiento que la muchacha no tardó en enfurruñarse con el Ingeniero, y comenzó a poner en sus actos una creciente hostilidad intuyendo que si ahora la traicionaba con la mirada, terminaría traicionándola en los hechos.

Al día siguiente cayeron en la red banderillas y salemas; al otro cocineros, chapetas y corvinas. Y así día tras día con el primer sol estimulante de la mañana y a veces también por la tarde, cuando

los pescadores o el Ingeniero se acercaban a la almadraba y se echaban un clavado para ver qué clase y cantidad de vida nadaba dentro del corral. Todas las noches, excepto los sábados, los pescadores de la cooperativa iban con sus lámparas de gasolina a pescar al banco de San Pancho o a los Morros Cagados, y lo que pescaban con cuerda lo anotaban en una cuenta aparte, que Cirenio les liquidaba los sábados a media mañana. Entonces las mesas comenzaban a llenarse de envases de cerveza y los hombres reían y discutían hasta que se iban tambaleando hacia sus cabañas.

Con el sobrante de la pintura que trajera el Biólogo, Moy había rotulado la segunda lancha con un MC-II que sólo había disgustado a tío Nabor. Para los pescadores de la cooperativa el llamar a las lanchas MC era un acierto, pues no había la menor duda de que los Morros Cagados constituían la principal fuente de ingresos. Para Moy las iniciales MC tenían sin embargo otro origen, y sólo él y su padre, a quien se lo había comentado para que neutralizara el rechazo del viejo líder, sabían que MC significaba en realidad Moisés Carrillo, que era el nombre y el apellido de su padre y el suyo propio. Y por último estaba la razón oculta del Ingeniero, que era el único que conocía que tras esas iniciales tan versátiles se ocultaba el verdadero modelo de su vida: Cayo Marcio.

En la MC-I el Ingeniero y sus dos asistentes se dedicaban a depredar todo lo que estuviera a su alcance. Empezaron buceando entre las dos y las tres de la tarde, después de descansar del jale de la almadraba y de la pródiga fritanga que se echaban a media mañana. Pero en cuanto el comprador puso el precio de la langosta muy tentadoramente por encima de la almeja, la lapa, el pulpo, el ostión y el caracol, el Ingeniero le encargó que trajese de Acapulco unas linternas submarinas y empezó así la guerra frontal contra elpreciado crustáceo.

El Ingeniero había establecido la rutina de retozar por las noches un rato con Dulce en la playa. Así que de regreso de bucear y de entregarle las langostas a Cirenio, la muchacha salía con sigilo del cuarto que compartía con doña Antonieta y lo iba a esperar cerca de la lancha. A veces se atrevía a reclamarle con lloriqueos la manera como miraba a doña Cata, y el Ingeniero la cortaba bruscamente

diciéndole que sólo él era dueño de su mirada. Pero un día, creyéndose segura de que la dicha celestial que ella sentía era compartida, se aventuró a decirle que la regla ya no le bajaba, y a partir de esa noche el Ingeniero dejó de dirigirle la palabra. De nada sirvieron las súplicas ni las escenas ridículas que le hizo la muchacha, el Ingeniero cortó de raíz la relación y dirigió su instinto depredador hacia otra presa.

Todas las noches, después de la cotidiana dosis de radio que imponía en la enramada su mujer, Cirenio sacaba la guitarra y comenzaba a bolerear. Y aunque ponía especial esmero en las canciones de su ídolo Chuy Rasgado, conocía también un amplio repertorio de chilenas y corridos, no despreciando la oportunidad de complacer a algún pescador que le pidiera una canción de José Alfredo, que era el segundo de sus ídolos inmortales.

Una noche en que el gancho del Ingeniero había atravesado la cola de treinta y siete langostas, Cirenio dio rienda a una plática inusualmente amistosa que los derivó hacia una mesa. En cuanto los hombres se sentaron, llegó Catalina y les ofreció café con panes de dulce. El único candil que estaba colgado de la enramada le daba al entorno una ambientación de ensueño; ideal, pensaba el Ingeniero, para que Cirenio no sospechara que no eran sus anécdotas las que mantenían en vilo el interés. Una y otra vez los ojos del Ingeniero buscaban los de la mujer, y en la sonrisa que compartían él creía ver ya una promesa de victoria fácil. Las siguientes noches se repitió el ofrecimiento, y el Ingeniero descubrió entonces que en lo que contaba Cirenio había un aviso alertante.

VI

Él era de Ixtepec y ella de Salina Cruz, pero no llegaron juntos a Acapulco. Se habían conocido en uno de los tugurios más concurridos de la zona roja: El papá de todos los gallos. Él fungía como chofer y asistente del dueño, y ella era una más de las muchachas que servían la bebida y el placer. Había música en vivo y una pista de baile con las paredes pintadas de azul con barcos camaroneros en la lejanía, y en la orilla de la playa palmeras y lanchas varadas y varias cabañas y gente. Y ahí, al lado de esos costecitos diminutos se movían y excitaban otros costecitos más grandes que vendían copra o mota. La demanda de ambos productos estaba en aumento y con la ganancia fácil venía pegado como una condena el dispendio vicioso.

La primera vez que reparó en ella fue el día en que las compañeras quisieron celebrarle sus veinticinco años e invitaron a todo el personal, incluyendo al jefe y a su chofer. Ella vestía un hermosísimo huipil con flores de exquisitos azules y violetas bordadas sobre el más incitante terciopelo negro, y él su intachable uniforme de galán istmeño: guayabera blanca y pantalón negro. Esa noche bailaron y él le preguntó si era tehuana, y ella dijo que no, que era salinacruceña. Él carraspeó, y para evitar que le reviraran la pregunta dijo que era de Ixtaltepec. En realidad era de Ixtepec, pero decía que era de Ixtaltepec desde una noche prostibularia en que había oído por primera vez una canción de Chuy Rasgado: Emperatriz, jamás lo olvidaría. En cuanto supo donde había nacido su ídolo, decidió que ése iba a ser el lugar de su renacimiento.

Sólo le vio un doble defecto: su hablar ligeramente masculinizado y sus gestos excesivamente amanerados. Y fue lo primero que le criticó cuando corrió la voz en el tugurio de que ella estaba dispuesta a todo por ser su mujer. Para evitar el viboreo, algo que él aborrecía tanto como una mancha en su guayabera, puso desde el principio

sus condiciones, y al ella aceptarlas, fueron aceptadas también por los demás. Así que ella empezó de pronto a recortar su vuleo de manos y de lengua y se esforzó al máximo, como sólo puede hacerlo por su hombre una mujer istmeña, para que él encontrara cosas y gestos en el tiempo y en el lugar requerido. Y entonces él habló con el jefe y consiguió que ella dejara de fichar para dedicarse exclusivamente a servir las bebidas.

Poco antes de cumplir un año trabajando tras la barra y cansada de oír a menudo las insinuaciones de algún cliente enrijosado, ella le propuso que usaran todos sus ahorros para buscar un lugar y poner un negocio propio. Él, sin apartar la vista de la única ventana que había en la habitación donde estaban acostados, le dijo que era dueño de una hectárea en un pueblo cercano. ¿Dónde?, preguntó ella entusiasmada. En Tres Palos, donde mataron a Simón Blanco.

Era un lugar alambrado y con palmas de coco en producción; en medio había una gran palapa y esa palapa albergaba una cantina. El día que ella lo acompañó quedó tan fascinada del lugar como asqueada de la suciedad de la cantina y la miseria física de las tres putas que allí trabajaban: las tres con los ojos enmohecidos en dos cuevas sin esperanza. Ay, qué barbaridad, le dijo de regreso, es como abrir uno de esos refrigeradores brillantes y grandotes que tanto me gustan y encontrar adentro tres pescados descompuestos.

Esa hectárea la había ganado él por sus propios méritos artísticos. Fue una noche en que un grupo de copreros había pedido la fiesta en exclusiva y el dueño lo mandó llamar y le dijo que se sentara al lado de él y de dos costeros encumbrados que llevaban las guayaberas más finas que él había visto en su vida. Esa noche cantó como nunca había cantado, y al final de cantar Naila en zapoteco, uno de los hombres, desbordado de alcohol y de sentimiento, le dijo que la cantara otra vez, y otra, y cuando por fin se negó, el coprero le dijo que si cantaba esa canción por el resto de la noche le regalaba una hectárea de su palmar. De eso hacía ya más de cinco años, y desde entonces el hombre que le diera la hectárea había muerto de dos balazos y el palmar se había dividido en cuatro partes, y dos de esas partes las había adquirido el dueño del tugurio en pago de una deuda que con él tenía el finado. El chofer, que hasta entonces se llama-

ba Cirenio Escamirosa, pasó a ser don Cirenio y le rentó la hectárea al velador del tugurio, para que su suegro pusiera una cantina.

Al cumplirse el mes de la visita que hicieran los dos, el viejo les entregó las llaves de la cantina y ese mismo día ella comenzó a dirigir la remodelación con el empeño de una niña que al fin es dueña del más anhelado juguete. Lo primero que encargó fue el letrado luminoso con el nombre obligado que en agradecimiento debía llevar el lugar: Naila. Después mandó instalar dos baños con los mejores implementos que encontró en Acapulco e hizo construir tres cabañas con paredes de bambú y techo de palma real, y con dos camas cada una, para que las nuevas chicas pudieran vivir allí y desempeñar su oficio a gusto, tal como a ella le hubiera gustado vivir y trabajar en su vida pasada. En torno a la nueva pista de baile colocó varios espejos rectangulares y en las junturas de las soleras con los horcones puso unos focos de diferentes colores que al concentrar su luz sobre la pista producían una sensación de atardecer tropical.

A todo lo que ella propuso él asintió, pidiendo como única concesión que le dejase hacer la barra del bar a su gusto. Contrató en el pueblo a un carpintero chafón, con un chalán viejo que tenía en los pliegues de su rostro un pormenorizado archivo de amargura, y durante tres días estuvo dedicado a su capricho. Cuando ella vio, en uno de sus incesantes ires y venires, que entre la línea frontal de troncos de cocotero de un metro de altura y la plancha de dos tablores de huanacaxtle, que fungía como barra, había dejado un espacio abierto de treinta centímetros, quiso respingar; pero él le cortó el arranque recordándole que en esa parte no admitía ni la más mínima sugerencia. Después mandó cortar y barnizar unas tiritas de bambú y con ellas hizo una rejita muy filigranada y vistosa. Al verla terminada ella se paró enfrente y dijo que no estaba tan fea como había supuesto, aunque le veía el inconveniente de que no era segura. Depende para quién, dijo él. Y ella se quedó pensando en todo el tiempo que él había perdido en ese capricho, y mientras se alejaba sonriente para supervisar la construcción de la cabaña en la que ambos vivirían, siguió pensando que al fin y al cabo esas manías, que por momentos lo privaban de razón, eran tan sólo expresiones repentinas que reflejaban la necesidad que él tenía de autoafirmarse frente a ella.

Tenían dinero, tenían el lugar y sabían cómo operarlo, pero faltaba lo principal, aquello que convierte a lo normal en único. Para tal fin los dos se dedicaron a pasear noches consecutivas a lo largo de la zona turística, viendo y siguiendo a los padres y padrotes que ofrecían el servicio y hablaban maravillas de sus muchachas. Para el ojo experto de Catalina a veces ni siquiera era necesario que las putillas se desnudaran. Sin embargo, a las cuatro que escogió las hizo desnudar y las olió e hizo que abrieran la boca y las piernas, pero todo en privado para que allí enfrente no estuvieran como sumidos en un pasmo embarazoso su hombre y el otro hombre que, a pesar de saberse en todo momento dueño de la mercancía, no podía oponerse a lo que sucedía dentro del cuarto. Ninguna pasaba de veinte años, y el hecho de que aún no ficharan en un putero era señal inequívoca de que acababan de llegar de algún pueblo, y su dueño las vendía en la calle, en las esquinas de los restaurantes más concurridos y en la puerta de ciertos hoteles que los taxistas recomendaban a los clientes más urgidos.

A todos los padrotes les preguntó lo mismo: ¿Cuánto es lo más que puede ganar la muchacha en una noche? Y simplemente le dobló la oferta. Nada más puso una sola condición: que sólo vieran a sus protegidas una vez a la quincena, para recoger la paga. Después de los arreglos instaló a las muchachas en dos habitaciones y dejó la que restaba para los casos en que la demanda de la clientela lo requiriera.

El primer mes fue de corrección y reacomodo. Pero hacia mediados del segundo empezaron a llegar camionetas con vidrios polarizados y placas del D. F. y Morelos y Michoacán, y adentro no sólo venían tipos que usaban lentes oscuros en plena noche, sino también autoridades de Acapulco y de las agencias aledañas. Y era Catalina quien supervisaba todo: la limpieza de mesas y vasos, el recibimiento efusivo a los clientes especiales, la higiene obsesiva en los baños y, sobre todo, la higiene y apariencia de las pupilas. Ellas mismas estaban sorprendidas del poco tiempo que esa mujer tan singular había necesitado para convertirlas en verdaderas princesas ejidales.

Lo único en que Catalina no acertó fue en la repentinidad del éxito, y ante la multiplicación de la clientela, las muchachas termi-

naron rebasadas. En una de esas noches, y antes de que las circunstancias obligaran a la contratación de dos muchachas más, la China, una negrita sabrosísima que había llegado de Collantes, logró despachar en una sola noche a veinte clientes. Con la llegada de las dos nuevas, la demanda se aligeró un poco. No obstante, Catalina consideró que momentos como ese eran un regalo especial, por lo que había que aprovecharlo al máximo mientras durara el antojo. Así que subió en un tercio las tarifas y aumentó en un cuarto las ganancias de las muchachas a condición de que no fueran urracas con la clientela. Como una de las muchachas, aún somnolienta y agotada, se atrevió a decir que no entendía, Catalina las recorrió a todas con su mirada más picante y les dijo: Miren, cabronas, aquí hay una sola voz que manda, y esa voz dice: flojitas y cooperando. Y al ver que todas se reían, decidió enseñarles de una vez su arma secreta, la que ella misma había usado en sus años de trajín, y que seguía usando por las mañanas para que a su hombre no se le llenasen los ojos de ganas por otra. Fue a buscar un plátano a su cabaña y de regreso se paró frente a las chicas y comenzó a pellarlo suavemente y después a meterlo por la boca en pases golosos y profundos. Mientras las pupilas se reían y se daban de codazos y gritaban, Catalina siguió enseñándoles la destreza casi hipnótica que habían adquirido sus labios y su lengua después de haber mamado decenas de vergas.



En la celebración del primer aniversario, Catalina Cordero pasó a llamarse oficialmente doña Cata. Vestía esa noche su traje istmeño preferido con cuatro aretes, dos pulseras, siete añillos y una cadena con la Virgen de Juquila, todo en oro de veinticuatro kilates. Dueña de su mundo y feliz como nunca lo había estado, esa noche su hombre le tuvo que consentir que perdiera un poco la compostura y que se le escaparan, como estornudos nerviosos, sus ¡Ay, qué barbaridad!, y sobre todo los ademanes cantinescos, que era lo que don Cirenio Escamirosa mas aborrecía.

Estaba en el entarimado donde tocaba el conjunto, con el micrófono en la mano y sudando y jadeando de emoción y viendo sin poder

asimilar por completo que todos esos aplausos agradecidos eran para ella. Por eso lo primero que se le escapó fue un inevitable ¡Ay, qué barbaridad!, y después se limpió las lágrimas más dulces que había llorado en toda su triste vida, sin importarle ya que el rímel y el maquillaje y los azules y rojos y violetas que se había puesto en la cara comenzaran a desdibujarse. Después con los labios carnosos pegados al micrófono dijo: Quiero darles las gracias a todos, gracias de verdad para todos. Pero hay dos almas que esta noche quiero que estén aquí arriba conmigo, porque sin el brillo y el amor de esas dos almas ninguno de ustedes me estaría aplaudiendo. Una de esas almas es sólo para mí, y le pido que suba. ¡Cirenio, mi amor! Para que comparta aquí conmigo estos momentos que todos queremos vivir en la vida. Hizo un alto ritual en medio de los aplausos y siguió: La otra es para ustedes, bueno, para los pocos que puedan darse ese lujo ¡Sube, Divinura! La número uno, la indiscutible, ¡la Buki! Y ante la furia de los chillidos y los aplausos, la aludida se acercó al templete y el cantante del grupo corrió hacia ella para darle la mano. Era, a nadie esa noche se le podía ocurrir dudarlo, la reina indiscutible de la fiesta: los diecisiete años más sensuales y perversos de toda la costa de Guerrero. Vestía un traje color oro de satén, con un escote amplio y flotante que dejaba entrever la piel cobriza hasta los linderos del hueco blando del deseo; era como entrever entre las lianas de la más esplendorosa selva los destellos estremecedores de los frutos en sazón. Tenía el mismo corte de pelo que un muchacho de quince años, con las facciones más finas y los dientes más perfectos y la mirada más pícaro y el cuerpecito más apetitoso que aquella fauna excitada podía imaginar...

Se la había traído una de las muchachas. Le dijo que tenía una prima que era distinta a todas; y cuando la trajo y Catalina la vio quedó sellado al instante un acuerdo mutuo. Con ella no se necesitaba mandar; nada más preguntaba una vez lo que quería saber y después ella misma dirigía la película que protagonizaba. Para Catalina era claro que en aquella Divinura, que era como la llamaba, había mucho de los rasgos y de las ambiciones que ella también tenía. Podía ser, en definitiva, la hija que tanto deseaba, pero que nunca, lo sabía muy bien, podría tener.

Con la asesoría de Catalina, la Buki se convirtió muy pronto en la máxima habladoría del mundo puteril de la región. Su número fuerte era el *striptease*, que acompañaba invariablemente con una canción de los Bukis; sin embargo, a la gran bola de machos le bastaba rugir su nombre y conformarse con imaginar que eran uno de aquellos billetudos que podían pagarle los caprichos, que empezaban con *champagne* francés, cualquier marca con tal que viniera de Francia, y terminaban en la cama previo pago de quinientos dólares. Quinientos dólares el curso pleno de la noche con flirteo y cena incluidos; aunque a veces, cuando no había clientela de nivel que compitiera por la exclusiva, se permitía dos visitas al cuarto de doscientos cincuenta dólares cada una; pero nunca se había acostado con más de dos hombres en una noche, ni pensaba jamás hacerlo.

Únicamente Catalina le decía Divinura, y la propia Catalina, dotada desde niña con extrema agudeza para los motes, le había puesto también la Buki, después de haberle dado crédito a la historia que contó la amiga que la trajo al lupanar. Si lo hubiera contado antes de que la conocieran, ninguna le habría creído; pero después de verla mariposear sobre la pista, desprendiendo con el aleteo toda la envoltura irisada para quedarse en la desnudez más seductora, ni Catalina pudo dudar de la historia. A partir de ese momento quedó registrado para todas que la Buki, cuando apenas tenía quince años, conoció al baterista del grupo en un concierto de los Bukis en Aca-pulco, que le presentó al Buki mayor, y con él se pasó luego todo el fin de semana cogiendo. Y aquí había surgido precisamente la única duda de Catalina: ¿Una chavita de quince años y todo el fin de semana cogiendo? El día que sacó el tema a colación, la respuesta que le dio la Buki fue definitiva: El lunes por la mañana ya no aguantaba el ardor de orina; y al médico que fui a pedirle medicinas, en cuanto me abrió las piernas para verme empezó a mamarme. Fueron los meses más cabrones de mi vida, tomando licuados de piña y té de pelo de elote.

Pero en la cabeza de Catalina no había lugar para ilusiones duraderas. Toda su vida había estado tratando de escapar de la humillación y la derrota, que no sólo eran lo que más odiaba y temía, sino

también lo que con mayor ímpetu la empujaba a aprender y subir, porque cuanto más sabías y subías más te respetaban. Sin descuidar el mínimo detalle, comenzó a estudiar la manera de aumentar las ganancias y no desperdiciar ningún recurso. Contrató dos tríos, uno de boleros y otro de música nortea. Seleccionó de entre cuatro candidatas a una cocinera y les dijo a las muchachas que antes de llevar al cliente a la cama había que sacarle con chupe hasta el último centavo que trajera.

Y ahora estaba justo en la cima de sus sueños, en medio de su amadísimo Cirenio y de la única triunfadora de verdad que había conocido; compartiendo con ellos y con todos ese momento excepcional que representaba su máxima aspiración en la vida: estar arriba, ser admirada... Entonces, al acercar de nuevo el micrófono a los labios pulposos que todos querían morder con la mirada, sintió en su cabeza un pitido creciente y dejó de oír los gritos que seguían profiriendo las bocotas abiertas y los brazos que aspeaban cada vez más lejos, como molinos movidos por el deseo oscuro e insaciable de aquella bestia de cien vergas. Porque eso era lo que ella ahora veía, cien órganos hinchados y amoratados que gesticulaban soezmente a punto de reventarse. Y desde el fondo del silencio alcanzó a oír una voz tan vibrátil y dulce que sólo podía provenir de un instrumento divino y que le anunciaba la caída irrevocable de todo lo que el vicio levantaba.

Antes de la caída viene la soberbia. Esa manía permanente de regodearse en lo mejor, de mirar para arriba y exigir más, al mismo tiempo que lo que queda abajo parece labrado por una fuerza maligna que se relame las fauces con el regusto amargo de la derrota. No obstante, en el corazón de esa soberbia había una luz y al amparo de esa luz crecía la fe necesaria para seguir escalando los peldaños del éxito al borde del abismo.

Yo sólo tengo dos lealtades en mi vida, le había dicho a Cirenio el día que éste le reclamó su obsesión por el dinero, una eres tú, mi amor, y la otra es mi Madrecita la Virgen de Juquila. Pero el reclamo de Cirenio no era señal de ningún desacuerdo grave; lo único que le inquietaba era la rapidez de la subida y la sospecha sombría de que igual de rápido podía ser la bajada. Para él la estabilidad, el

simple hecho de encontrar un espacio sin problemas donde las cosas dejaran de estar cambiando, era una de las mayores bendiciones a que se podía aspirar en la vida. Por eso no podía dejar de inquietarse cada vez que Catalina introducía otra novedad en el negocio.

Sin duda que él estaba igual de complacido que la clientela con el empeño que Catalina ponía en ofrecer lo mejor. Estaba muy bien, por ejemplo, que Catalina se rehusara a adulterar los licores como hacían los demás antros; lo que ya no compartía era que además se le obsequiaran gratis a la clientela aquellos platillos tan exquisitos que los borrachos devoraban con modales de chiquero. Después de la Buki, esos refrigerios de media noche eran lo más celebrado del lugar. Y no es que el menú fuese de una completa novedad para aquella fauna burdelaria, pero los tres únicos platillos que se preparaban estaban hechos por una cocinera excepcional, una mujer que realzaba su buen modo y oficio con una inusual entrega amorosa hacia los demás. Verla allí, sin descolgar de su vieja cara costeña aquella sonrisa agradecida ni siquiera en los momentos en que el aceite hirviendo le brincaba por los brazos y las muchachas se amontonaban con las bandejas exigiendo prioridad, daba la impresión de estar asistiendo a la deliberada perversión de una ceremonia milenaria. En cuanto terminaba el *show* de la Buki, y mientras la jauría daba rienda a sus instintos, las muchachas corrían hacia la puerta de la cocina para evitar que la tardanza menguara las propinas. Tres platillos: empanadillas de escabeche de barrilete, caldo costeño y, para los clientes de primer nivel, camarones almendrados y al mojo de ajo.

Tuvieron que buscar a cinco muchachas más y construir otras tres cabañas y ampliar el número de mesas y de sillas y abrir en la parte trasera del bar una puerta para que en los momentos de mayor demanda Catalina pudiera ir y venir con rapidez de la barra a la cocina. En igual medida creció la cuenta bancaria a nombre de Catalina: un serpollar de billetes en el árbol de la continua dicha. Las cosas no podían ir mejor, hasta que una noche llegó el primer anuncio ominoso. La Buki entró en la pista con pasos extraños y torpes, riéndose y moviéndose como una reproducción grotesca de sí misma. Al intentar el paseíllo triunfal que siempre hacía para desprenderse del pareo de seda, trastabilló sobre los puntiagudos tacones y para

evitar la caída se dejó atrapar por un racimo de manos. Todo esto Catalina lo estaba viendo desde la barra, preguntándose qué mierda tenía la pinche Buki en la cabeza, que cómo era posible que aquellos tipejos le palmearan las nalgas y ella sólo diera un chillido bobalicón y entrara de nuevo en su pantomima desgarbada. Impulsada por el coraje, Catalina salió por la puerta trasera de la barra y, sin importarle los gritos y chillidos, se llevó a la Buki hacia la cabaña. En el trayecto se le acercó la prima que la había traído y le dijo por lo bajo que la Buki estaba cruzada.

Uno de sus admiradores le había regalado un paquete de Aca-pulco golden, una de las mejores marihuanas de México; y en aquel paquete que ahora tenía Catalina en la mano había por lo menos un kilo de puras colas olorosas y aterciopeladas, con las que algunos de los músicos mareños más macizos eran capaces de escuchar el deseo del viento. Eso, al menos, es lo que a Catalina le decía Cire-nio cuando ella le preguntaba para qué fumaba mota. Sin embargo, a ella la mota no le gustaba, y las tres o cuatro veces que la había fumado había sentido que algo siniestro se adueñaba de su voluntad y la convertía en una masa lerda e informe ajena por completo a todo lo que estaba sucediendo afuera.

Pero la Buki, además del churro de mota se había zampado también una botella de Don Perignon, y el cruce de los dos efectos era capaz de doblegar a la soberbia más luciferina. Hizo que vomitara y luego la dejó dormir por el resto de la noche, consciente de lo que ese desliz suponía para ella y para la clientela. A la mañana siguiente Catalina la previno, y tres noches después la Buki volvió a subirse al escenario cruzada, aunque más dueña de sus actos. Catalina aguantó el *show* con el coraje trabado. Como veía que la plebe disfrutaba, esperó a que la Buki llegara a la cabaña para leerle por última vez la cartilla. La Buki se sirvió en silencio y sin el menor esbozo de sonrisa otra copa de *champagne* y entonces Catalina supo que tenía que cambiar de táctica. Está bien, Divinura, dijo tomándole sus manos, vamos hacer una cosa que sea justa para las dos: antes del *show* ni champagne ni mota ni nada; después todo lo que quieras.

A la Buki no le costó cumplir. Pero lo que vino después fue ya irremediable. Hasta el momento del *show* no había queja; era al

terminar su número y meterse en la cabaña cuando empezaba la metamorfosis degradante. Pronto los admiradores más perrones se dieron cuenta del bendito efecto que la mota y el *champagne* producían en la bella y orgullosa cabecita de la reina indiscutible del *striptease*, y en cuanto la muchacha que mandaban a espiar les decía que ya estaba hasta la madre, le caían en la cabaña y la montaban sin encontrar la menor resistencia. Fue Yesenia, la prima que la trajo al lupanar, la que una noche le descubrió a Catalina la anomalía. El hombre que estaba vigilando en la puerta corrió hacia la oscuridad al verlas venir. Catalina abrió la puerta y oyó los crujidos del catre y los jadeos y vio sobre la cama el movimiento de tres cuerpos desnudos. Al primer grito de Catalina los dos hombres agarraron sus ropas y salieron a la carrera, mientras la Buki se repantigaba boca arriba como si esa interrupción no fuera más que el cambio que anunciaba la llegada de otro macho.

¡Pinche puta, hija de la chingada!, tronó Catalina. ¿Por qué si tanto te gusta coger no cobras? Serás retependeja de darlas gratis cuando ahí afuera está el macherío dispuesto a pagar lo que tú quieras. Ándale pendeja date un baño para trabajar como Dios manda. Y la jaló de un brazo y la llevó encuerada hasta la regadera.



El sentido práctico de Catalina, la manera tan fluida y precisa con que sabía encontrarle el lado potenciador a las cosas, no sólo era celebrado por Cirenio y las muchachas. Para cada cliente de nivel tenía siempre a mano el recurso conveniente, y la nueva faceta de la Buki le permitió granjearse la simpatía de ciertos personajes que tendrían que tenderle la mano cuando los necesitara. Había soñado dos noches consecutivas que la pista de baile se cubría con la sangre de varias de las muchachas. En el primer sueño no aparecía ella, en el segundo se veía tirada al lado de la Buki llena de puñaladas. Por eso decidió que cada vez que viniera el comandante de la policía, la Buki tendría que ofrecerle su mejor servicio como regalo de la casa. Así que todas las noches, entre las dos y las cuatro de la mañana, un rondín de la policía pasaba un par de veces por el lugar para compro-

bar que todo estuviera en calma. Había también un líder coprero y un diputado local que gozaban de la misma prerrogativa; pero todos los demás ahora pagaban cien dólares para entrar en la cabaña, y para vigilar que el momento no se alargara demasiado o que entraran dos por el precio de uno, Catalina contrató un vigilante que hacía también el trabajo de velador. Era un hombre de mediana edad y bastante fornido, que traía al cinto y dentro de una funda de cuero muy repujada un machete filosísimo que, según se ufanaba, ya había probado carne humana.

Era el momento más suyo, ella no podía dejar de saberlo, una bendición que la Virgencita de Juquila le otorgaba por todas las oraciones que le rezaba antes de dormir y al levantarse y por los dos altares —uno en el corazón y otro a los pies de la cama— en los que día y noche le ofrendaba sus mejores deseos.

Tenía la promesa hecha de visitar el santuario. Sin embargo, todo había ido tan bien, y estaba tan absorbida por el éxito, que fue hasta seis meses después de aquella noche inolvidable del primer aniversario, que le encargó a Cirenio el changarro y se fue con la cocinera hasta Puerto Escondido. De ahí subió al santuario serrano. Ya había estado en el lugar dos veces, pero la inmensidad del paisaje y la magia envolvente de las nubes eran parte inseparable del gozo que la había hecho llorar de emoción la primera vez que se quedara fascinada en medio de la multitud fervorosa. Entonces se había hecho la pregunta que todavía seguía sin obtener respuesta: ¿Por qué toda esa gente tan amorosa y fraterna en cuanto bajaba del santuario volvía a ser igual de cruel e ingrata?

Algunos fieles ofrecían sus limosnas y se arrodillaban ante la Virgen y murmuraban sus ruegos; otros, los menos, ponían en la bandeja cadenas y aretes y anillos de oro, le daban las gracias al depositar la ofrenda y pedían que les concediera un poco más para seguir prosperando, y le prometían volver con otra ofrenda de oro.

Catalina dejó la cadena de oro a los pies de la Virgen y se arrodilló en un rincón. Desde que entrara en el recinto sentía que la electricidad de su cuerpo aumentaba y todo lo que veía se impregnaba de luz: una luz dulce y armoniosa que irradiaba del corazón de la Virgen y envolvía de amor el entorno. Lo primero que notó al

arrodillarse fue que sus pensamientos no le obedecían; no era como la primera vez que había aguantado casi hasta el final, lo que ahora percibía era una burbuja enorme en su corazón, y adentro de la burbuja había una culpabilidad oscura e infinita, algo indomitable que trasformó al instante la felicidad en sollozo.

A viva lágrima escuchó en su mente los reclamos, y después vio otra lágrima que escurría por el ojo de la Virgen y sintió que el mismo dolor unía los dos corazones. Ninguna lealtad, ningún amor podía igualar esta entrega incondicional, esta comunión de corazones por el resto de la eternidad. Por eso lloraba, como sabía que había llorado Pedro ante el Maestro después de haber sucumbido al temor y la negación; lloraba por faltarle a la Virgencita y por no poder superar el miedo más atroz a la pobreza, a tener que regresar al pasado miserable de su adolescencia. Y siguió llorando sin importarle que doña Macedonia, la cocinera, estuviera viéndola y que algunos peregrinos la miraran y remiraran y que todos en su cueva de perdición estuvieran viéndola sollozar de esa manera tan radical y con el maquillaje desdibujándole la gracia. Al final murmuró: Madrecita sólo te pido que me ayudes a enderezar la vida. En seguida se levantó y se limpió la cara con un paliacate, buscó en el bolso la cajita de maquillaje y la abrió para confirmar en el espejuelo las huellas de su zozobra. Después recobró el pulso de la vida y comenzó a convencerse de nuevo que mientras no llegase el milagro de la nueva vida tendría que seguir haciendo lo que hacía.

Llegó cansada y ya anocheciendo. Afuera, en un cielo que parecía molesto consigo mismo, los relámpagos culebreaban y caían unas gotas calientes que eran como un dolor derretido que le arrancaba a la sequedad de las plantas su última esperanza. Le dijo a doña Macedonia que fuera a atender la cocina y ella siguió con la mente fija en el baño que necesitaba para revivir. Alguien le habló, pero no quiso oír la voz que le llegaba desde un pasado que una hora más tarde tendría la amarga realidad de una pesadilla.

Salió de la regadera revivida, tal y como lo había estado pensando durante el viaje por aquella carretera polvosa y llena de baches, en permanente reconstrucción y truncada como un castigo en los bordes de los dos grandes ríos que había que pasar en panga.

Por fin era ella otra vez, y antes de entrar por la puerta trasera de la barra levantó la cara hacia el cielo y estiró los brazos dando gracias a la Virgencita por haberla traído con bien de vuelta. Y ese, sin que ella lo barruntara siquiera, iba a ser el último agradecimiento antes de la derrota.

Lo reconoció a la primera mirada, antes incluso de que Cirenio le dijera que todo iba bien. Estaba sentado en una mesa próxima a la barra con otro hombre joven y atractivo como un animal salvaje, y con el pelo largo quemado por el sol y por el mar. En cuanto la vio le hizo una seña con la mano para que se acercara. Ella apartó la vista, como si la descarga eléctrica fuese un aviso de muerte, y descubrió entonces que los ojos de Cirenio se perdían en una neblina mohosa por efecto de la marihuana. Era él, no un mal sueño, el hijo de puta más grande y más ruin que la había poseído, un maestro consumado en buitrear y en sacarles a las mujeres el último soplo de vida. Lo había tenido que soportar durante tres años, de los dieciocho a los veintiuno; y en esos años llegó hasta las entrañas del vicio y también aprendió las maneras deleitosas con que el vicio puede llegar a seducir a los soberbios y a los curiosos. Tres años esclavizada por esa alma perversa que reunía bajo su atractiva animalidad los peores defectos de los modelos que se ufanaba en imitar. Demasiado comodino para ser gatillero, demasiado vicioso para ser buen padrote y demasiado locuaz para ser buen narco; no tenía más recurso que revestir sus facciones encantadoras con una labia que era capaz de embaucar hasta a las putas más colmilludas.

Catalina le dijo a Cirenio que fuera a la cocina a ver cómo iba doña Macedonia, y se sacó los anillos y las pulseras y las puso al lado de la escuadra calibre treinta y ocho que Cirenio tenía sobre una repisa a la altura de la rejilla. Dos muchachas vinieron a pedir bebidas y, mientras trajinaba con vasos y botellas, aprovechó para reojar la mesa. Y allí seguía él tratando de volver a encontrar su mirada. Las muchachas dejaron de hablar y salieron con sus bandejas. Catalina dejó caer un billete sobre sus pies y se agachó para ver con libertad a través de la rejilla. Ahora los dos hombres estaban hablando, y ella se tomó el tiempo necesario para confirmar que el desconocido era uno de los más bellos ejemplares costeños que había visto. Quiso

seguir completando su deleite con la imaginación, aun sabiendo que eso a la Virgen no le gustaba; pero de pronto el otro cuerpo que ella no estaba viendo se levantó y casi al mismo tiempo se encontraron de frente a ambos lados de la barra.

Pinche Cata, creí que ya no me querías reconocer.

Hola, respondió ella acentuando la defensiva.

Quien le fuera a decir a aquella loquita istmeña de hace diez años que iba a ser la dueña de un antro como este. Ahora sí que, como tú siempre decías, ¡qué barbaridad!

¿Y qué chingados quieres, aparte de chingar?

Pinche Cata, no me tratabas así cuando te cuidaba y te tenía bien engrasadas las nalguitas.

Sigues igual de vulgar, y se apartó evidenciando el desprecio.

Mira nomás quien habla, ¿te olvidas, cabrona, con quien te acostabas cuando te levanté de la costera? ¡Putá madre, si esas nalgas hablaran!, dijo deseando manotear de nuevo aquello de lo que antes era dueño absoluto. Catalina se volteó electrizada y aprovechó que se acercaba otra de las muchachas para pedirle a la Virgen que detuviera aquel coraje que empezaba a inflamarla de rencores, y que pusiera en su corazón la dulzura necesaria para que esa oscura presencia se retirase con la misma rapidez con que había venido. Puso en la bandeja una botella de ron y también hielos en un recipiente de plástico y refrescos de cola y vasos, y por último extendió el *ticket* para que la muchacha lo recogiera. Pero la muchacha y el padrote se sonreían y él decía algo para que nadie más que ella lo oyera; aunque con la sola mirada Catalina ya sabía lo que él estaba diciendo: la inteligencia que tenía para hacerles sentir a las putillas más ambiciosas que con él todo era posible.

Pues sí, pinche Cata, me alegra un resto que te vaya tan bien, dijo él luego de despedir con ojo experto a la muchacha que se alejaba.

Mira, Hernán, ya sabes que a mí me gustan las cosas derechas.

Y duras, dijo él mientras extraía un cigarrillo y lo punteaba varias veces contra el dorso de la mano. Luego lo prendió y arrojó las volutas en aros concéntricos que Catalina recibió como una prueba más que la Virgen le imponía.

No sabes cuánto pedí para que te fuera bien, continuó ella.

Se te agradece, viborita, pero no sirvió de mucho.

Para que no tuvieras que acordarte de mí para nada y que ya no tuviera que verte nunca más.

Y ya ves qué cabrona es la vida, pinche Cata, aquí me tienes de nuevo a tus pies.

Ahora estoy casada, ya no es lo mismo.

Ahora sí que me estás sorprendiendo, pinche Cata, ¿y te vieron desnuda para darte el certificado?

Yo no necesito engañar a nadie..., así que dime de una vez que mala razón te trajo.

Una mala razón, muy bien dicho, pinche Cata. Fíjate que estoy tronado; debo una buena lana y si no pago me chingan. Y esta gente, mi Cata, no es como yo o como tú; estos cabrones son capaces de partirte la madre por cualquier descuido, ya sabes de quienes hablo...

¿De cuánto es el descuido?

Es que me robaron, ¡te lo juro! Y..., puede confirmártelo el mejor buzo de Guerrero.

Los dos miraron hacia la mesa y vieron que frente al amigo estaba parada la Buki.

Oye, qué chava tan sabrosa, ¿de dónde la trajiste?

En la cabeza de Catalina comenzó a irrumpir una estampida de emociones. Levantó los dedos de las manos y se apretó las sienes en un intento repentino por controlar el empuje violento de la sangre dentro de las venas. Cinco mil dolarucos, dijo el tipo entendiendo con rapidez lo que la imagen de Catalina casi gritaba. Una pinche bolsita que me robaron los perjudiciales hijos de la chingada. Te voy a dar mil, pero con una condición. ¡Mil, pinche Cata, teniendo todo esto! ¿Y qué condición? Que antes me firmes un papel ante un notario. Ay, qué barbaridad, dijo imitando el amaneramiento del gesto y la voz. Pero en seguida puso el miedo en la mirada: Pinche Cata, me cae que no estás entendiendo. Hay momentos en la vida en que, sin que sepas cómo, todo cambia de golpe y hasta lo negro parece más negro. ¿Y sabes qué pasa en esos momentos, pinche Cata? Que descubres un miedo cabrón a morir, que a pesar de todo es mejor vivir, y que estás dispuesto a cualquier cosa con tal que te dejen vivir

aunque no sea a tu manera. Y ahora, pinche Cata, estoy en uno de esos momentos, y si no me das la lana el tipo que voy a traer no es como yo o como él, y los dos volvieron a ver como la Buki había aceptado sentarse con el hermoso ejemplar y platicaba sin importarle que de otras mesas le ofrecieran invitaciones con voces y manos.

Para Catalina fue como la última caída de un sol; de aquellos soles achicharrantes de su infancia cuando había aprendido que el regateo entre el hombre y la mujer era una condena que había que sobrellevar con mucha resignación y astucia: el hombre pedía para enviarse, mientras la mujer negaba pensando en las bocas que necesitaba alimentar. En el instante en que alargó la vista para regresar con la respuesta definitiva, vio que desde la puerta de la cocina Cirenio estaba al tanto.

Mira, Hernán, más pronto de lo que crees alguien tendrá que matarte, y si no te matan otros, yo misma voy a tener que mandarte matar. Por ser la última vez te voy a dar la mitad...

¡Dije cinco mil dolarucos, cabrona! Y no se te vaya a ocurrir dármeles en montones de esos pesos devaluados que no valen para nada.

No te voy a dar ni un centavo más de lo que te dije. Y yo también te advierto, vicioso huevón, que tengo de sobra quien me haga el favor de librarme de ti.

La subida de tono coincidió con la entrada de Cirenio por la puerta de atrás de la barra. Tomó a Catalina suavemente de los hombros y le dijo que se fuera a descansar. Después con la misma sobriedad enfrentó al tipo. ¿Qué buscas? El otro vio el bigotito, la guayabera y los ojos rojizos y brillantes, demasiado vivos quizás para la impresión de fragilidad que el resto de él transmitía, y dejó salir una risita burlona. Enseguida volvió a asumir su papel y dijo apuntando con el índice de la mano derecha a la cabeza de Cirenio: Dile que regreso dentro de siete días a buscar lo que me debe. Fue hacia la mesa donde el otro galán sostenía a la Buki de una mano y comenzó de inmediato a chulear tanta hermosura. Le agarró la otra mano e hizo que se sentara de nuevo y le preguntó cuánto ganaba libre por noche; empezó a convencerla de que él podía hacer que la contrataran en un antro de lujo de un amigo donde ganaría por lo menos el doble.

La Buki reía tomada de sus manos como el botín más codiciado, y encantada con la posibilidad de ya no tener que ver ni soportar a ninguna de esas pobres pendejas que se creían igual que ella. Y cuando estaba en la cima del mundo, una voz le llegó por atrás para decirle que decía don Cirenio que ya se fuera arreglar para el *show*. Con una mueca de desprecio volteó hacia la China que ya se alejaba, y al tratar de liberar las manos se encontró con que los dos hombres se la disputaban.



Trece días más tarde, en el momento en que el brasier de la Buki caía sobre la pista en medio de un griterío caliente, tres sombras se detuvieron en el límite de la luz. Vieron que no había ni una sola mesa libre, y una de ellas jaló a las otras dos hacia la barra. Catalina recibió al instante la descarga.

Una vez, cuando trabajaba en la costera, un gringo la había llevado a un hotel y junto con el mejor regalo que hasta entonces le habían hecho, un vestido rojo de seda que allí mismo estrenó porque quería cogerla con él puesto, le dejó también una infección que fue como una pesadilla recurrente. Y esa sensación se repetía ahora, cuando la fe en el poder milagroso de la Virgen de Juquila empezaba a empujar la duda hacia los límites de lo posible. La noche en que se cumplieron los siete días estuvo tensa como una flecha esperando la aparición del blanco. Después cada día fue un paso ganado a la maldad, y mientras rezaba agradecida a la Madrecita morena vislumbraba la posibilidad de que alguien pudiera haber comprado ya esa muerte. Pero no, ahí estaba con el costero musculoso y guapo de la otra vez, y otro tipo que hizo remontar la memoria de Catalina hasta El papá de todos los gallos. Lo había visto un par de veces cuidándole la espalda a un cacique de San Marcos que tenía fama de ser uno de los jefes en el trafique de marihuana. Y no había en su aspecto delgado y huraño ni en la manera de mirar fija y desalmada mayor motivo de preocupación para Catalina; lo que de verdad le producía estremecimiento era que ese gatillero no bebiera, ni tomara, ni se molestase siquiera en mirar el alocado ir y venir de las muchachas.

Ya sabes a qué vengo, le dijo el padrote a Catalina mientras se recargaba sobre la barra para ver los momentos cruciales del *show* de la Buki.

Como era tanta la barahúnda, Catalina prefirió no oír. El padrote codeó en las costillas al costeño en el momento en que el plumaje público de la Buki comenzó a revolotear por el perímetro de la pista como la más bella joya que se ofrece en subasta. En el punto máximo de la algarabía la Buki se cubrió con un huipil y salió saludando y mandando besos, mientras los gritos y las miradas la seguían rumbo a la cabaña. Pero antes de que el vigilante le abriera la puerta, el buzo llegó y la tomó por la cintura. El vigilante echó mano a la cacha del machete y con la otra mano jaló de la camisa al costeño. Uno por uno los botones saltaron con el tirón y el dueño de la camisa se quedó mirando hacia el suelo como si le hubiesen arrancado sus dientes. Después sacó de la cintura una pistola y con expresión asesina se la puso al vigilante en la cabeza. La Buki echó mano a unos billetes que le habían metido los clientes en el calzón antes de quitárselo, se los dio al vigilante y entró en el cuarto jalando al buzo, que aún seguía apuntando con la pistola hacia el vigilante.

En la barra había aumentado el ir y venir de los pedidos, y el padrote, parado a un lado, le hablaba al otro tipo al oído. La siguiente vez que buscaron a Catalina vieron que en su lugar estaba Cirenio. El gatillero se puso alerta y decidió rodear la barra para encontrar a Catalina. Pero el padrote le puso la mano en el hombro y le hizo una seña para que esperara. Cirenio continuó sirviendo las bebidas con la tranquilidad de un actor que sabe de memoria su papel en el escenario.

El padrote se acercó a Cirenio y le habló para que sacara la vista de debajo de la barra.

No sabía que habías dejado la chamba de chofer para juntarte con las nalgas más cogidas de Acapulco, dijo al ver que su saludo no recibía respuesta.

Catalina me encargó que te entregara el sobre delante de tus amigos, para que atestiguaran, dijo Cirenio encarándolo con una máscara inexpressiva.

El padrote sonrió complacido: No hay pedo, éste que está a mi lado es testigo de sobra.

Catalina me pidió que también esté el otro, para que todos tengan su parte en el trato.

¿Cuál parte y qué trato, pendejo?, respingó el padrote. Luego alargó la mano y le dijo que le diera de una vez el pinche sobre.

Cirenio levantó la mirada y recorrió el entorno para regresar de nuevo a la mano que aún seguía tendida. ¿Dónde está el otro?, preguntó en tono más ríspido.

Mira, pinche maricón, dame la puta lana de una vez y después te vas a ver cómo el buzo más chingón de Acapulco se está arponeando a tu pinche estrella.

Está bien, dijo Cirenio manteniendo el coraje en un lindero peligroso. Sacó un par de sobres y los puso encima de la barra para que cada hombre tomara el suyo.

Los dos hombres se acercaron, pero el padrote cogió los sobres dejando al otro tipo con el brazo en alto. Cirenio bajó la vista hacia la repisa donde estaba la pistola y ya no pudo ver a la muchacha que llegaba encarrerada con la bandeja en alto. Sólo cuando terminó de destrozar la rejilla con ocho disparos, pudo ver que la muchacha yacía también al lado de los dos hombres tendidos.

VII

¿Cuánto tiempo tienen?, preguntó el comprador.
Pasadito de tres meses, dijo Nicéforo.

El comprador volvió a mirar los surcos y las plantas y la tierra reseca que esperaba la caída de la noche como último consuelo. A esa hora el sol calcinaba las puntas de las hojas y las retorció en medio de un silencio de muerte. Era la misma mirada ladina que acababa de ver en el fondo mugroso del pozo un par de cubetas viejas, varios palos, una chancla y bolsas vacías de detergentes y botes de productos químicos para el campo. Y las dos imágenes transmitían la misma sentencia inapelable: la miseria sólo produce miseria.

Esa misma noche Crisálida se dio cuenta que la triste realidad se repetía como una pesadilla. Siguió en silencio el resto de la oscuridad y al amanecer sólo le preguntó a Nicéforo: ¿Vas a regresar a comer? Pero regresó antes del mediodía con un tanque de Rotoplas de mil cien litros y una pipa de agua del río de Copalita. Y en menos de una hora vio cómo los primeros diez surcos de la siembra se chupaban de un trago los setecientos pesos de agua. Así que fueron necesarias dos pipas al día durante dos meses y medio para consumir los sueños de un bracero sin suerte.

Llegó a Pueblo Viejo diez días después que Crisálida le dijera por teléfono que ya había más de cien mil pesos en la cuenta de Bancomer. Una cuenta que registraba los ahorros más costosos de una voluntad acostumbrada al fracaso. Más de un año soñando con el papayal en plena producción, con los árboles hinchados de frutos que colgaban de los troncos como enormes garrapatas anaranjadas, y la fruta llenando camiones: si una hectárea daba cien toneladas y cada kilo costaba tanto, él ganaría...

Crisálida misma le había contado por teléfono que en La Crucecita arrebatában a cinco pesos el kilo las papayas que traían de Barra

de la Cruz y de Coyula. Era el oro anaranjado del paraíso, la fruta más saludable y exquisita que había encontrado en el clima huatulqueño el espacio ideal para alcanzar su esplendor.

Antes de empezar con la siembra fue a ver. Nada en la vida le gustaba tanto como virotear: dejarse llevar por el curioso atento a los indicios circunstanciales que pudieran servirle para no malograr su proyecto. Estuvo toda una mañana en las márgenes del río Copalita viendo un papayal a punto de producción y oyendo las recomendaciones y fijando en la memoria los pasos a seguir. El papayero se llamaba Félix Labariega, más conocido como el Cachape, y las cinco hectáreas que trabajaba a medias con un socio abarrotero de Pochutla estaban desde hacía más de una década en litigio con FONATUR. Al Cachape le compró las semillas y un par de sacos de fertilizante y obtuvo también el compromiso de que cuando las plantas ya estuvieran bien arraigadas las iría a ver el socio comprador. La mujer del Cachape tenía un puesto de verduras en el mercado justo al lado del de tío Nayo, que había servido como introductor. Nicéforo regresó con tío Nayo y le refirió los pormenores del encuentro. El hombre asintió a lo que oía y al final le dijo que se apresurara con la siembra, para que cuando llegasen las lluvias las plantas tuvieran ya un metro de altura. Después miró el reloj y prendió la radio que tenía sobre un estante, entre el revoltijo de hierbas que recetaba y vendía tía Brígida.

La voz de Fito Callejas resonó como un oráculo tropical: Buenas y calurosísimas tardes. ¿Cómo están ustedes? Buen provecho para los que están comiendo y también para los que aún no comieron, y un saludo especial para mis amigos los taxistas que hoy están de manteles largos, ¿y por qué? Enseguida le platicamos. Hoy también tendremos aquí a un personaje de leyenda, ni más ni menos que a don Aquileo Ramírez que cumple sus primeros ochenta años y que nos va a platicar sobre la inconformidad de los comuneros huatulqueños con la actual administración de FONATUR que, como todos ustedes saben, está en manos de un extranjero que odia y desprecia a los huatulqueños...

¿Y dónde anda la jefa?, preguntó Nicéforo.

Salió a un mandado..., pero deja oír, lo cortó tío Nayo.

...Así es, señoras y señores, todos nos preguntamos lo mismo: ¿A dónde va el dinero de la venta de tantísimos terrenos?, ¿por qué no se tapan esos hoyotes que parecen bocas hambrientas que se tragan el pavimento? Esto y mucho más lo sabrá usted a continuación en Enlace con Fito. Váaamonos con nuestro patrocinador estrella y regresamos de volada...

Ya me voy, dijo Nicéforo.

Espera tantito, chingados, vamos a oír qué pasa con la invasión de los terrenos, dijo tío Nayo.

¿Cuáles terrenos?

¿Pues no estás oyendo? Los que invadieron los hijos de los comuneros.

Yo acabo de llegar, adujo Nicéforo.

Pues razón de más para que te enteres.

Es que me urge soltar el agua.

Ahí atrás están los baños.

Nicéforo dio unos pasos cansinos hasta la esquina de los puestos y se metió donde estaban los tinglados de los discos pirata. Sentada a la entrada de los baños estaba una anciana y tenía enfrente una mesa con varios montoncitos de papel higiénico. Nicéforo quiso meterse, pero la anciana le dijo que eran dos pesos. Sólo voy a desaguar, alegó contrariado. Son dos pesos, repitió la vieja adelantándole un trozo de papel doblado. Nicéforo buscó las monedas y no quiso aceptar el papel. Una vez adentro comprobó que el olor y el cochinerero eran igual que antes, cuando el servicio era gratis. Al salir dudó unos instantes, pero lo último que pensó lo decidió a regresar con el único apoyo que ahora tenía, que era tío Nayo.

En el puesto había una pareja de fuereños y Nicéforo esperó a que se alejaran para acercarse. La voz justiciera de Fito resonaba ahora por todo el mercado: Pues sí, señoras y señores, para hablarnos de eso está aquí un sobreviviente del Huatulco auténtico, del Huatulco que quieren sepultar para siempre los que quisieran llenar la virginal selva con campos de golf, albercas y jardines para los potentados del país y del extranjero que pueden darse el lujo de pagar lo que cuestan esos hoteles y restaurantes. Claro que sí, es para nosotros un verdadero honor tener aquí en la cabina a uno de los legítimos huatulqueños

que, a pesar de su edad patriarcal, todavía se atreve a enfrentar a los burócratas que quieren vender Huatulco al que más pague. Desde luego que sí, felicidades don Aquileo por cumplir sus ochenta años en pie de lucha. Y cuéntenos, ¿cuál es el motivo que lo puso al frente de esta invasión de hijos de comuneros?

Nicéforo llegó al puesto y se recargó contra un canasto. Tío Nayo, mientras reacomodaba los tomates que habían removido los turistas, lo recibió con un comentario entre dientes sobre la bravura del personaje. Nicéforo no dijo palabra y siguió oyendo:

Bueno, antes que nada tengo que decir por qué un viejo como yo se ve en la necesidad de arrastrar sus dolores hasta aquí. Yo ya estoy más muerto que vivo, así que por lo mismo puedo hablar sin temor de ofender a nadie...

Y permítame recordarle, don Aquileo, que éste es el único noticiero sin censura en toda la costa, aprovechó Fito para autopublicitarse.

Bueno, pues a mí de entrada no me parece justo lo que está pasando.

¿Y qué es lo que está pasando? Precisamente eso...

Pues que no es justo que a los legítimos huatulqueños se nos quiera mandar para fuera.

Claro que sí; pero a ver, don Aquileo, ¿cómo está eso de “para fuera”?

Sí, todas nuestras tierras se las están vendiendo a la gente de fuera, y ya no quieren dar lugares para que la gente de aquí pueda levantar sus casas.

Mas sin embargo FONATUR dice que ustedes ya cobraron por sus tierras.

Sí, no tengo porque decir que no es cierto, nos dieron una miseria de ese tiempo y compraron a las autoridades con unos costales de maíz y unos bultos de cemento. Y ahora revenden los terrenos en miles y millones, cuando a nosotros nos dieron unos centavos.

Y por eso es que están invadiendo...

Sí, porque además faltan alrededor de cinco mil hectáreas que midieron mal.

¿Cómo está eso de que “midieron mal”?

Porque hicieron los planos desde lo alto y trazaron una raya derecha que cortó todas las puntas de los cerros que sobresalen de las playas.

¿Y qué es lo que dice el director de FONATUR?

Que ni modo, que ya no se puede tirar para abajo todo lo hecho.

¡Hijos de la chingada!, escupió tío Nayo, permitiendo el lucimiento del canino izquierdo que apenas un mes atrás acababa de reconstruir de oro.

Desde luego que sí, y por eso, don Aquileo, es que invadieron esos terrenos al lado de la carretera...

Sí, por eso, porque esos terrenos pertenecen a Bienes Comunales, FONATUR los agarró con maña porque tenía a las autoridades compradas.

¿Y qué siente, don Aquileo, al tener que andar a sus ochenta años metido en estos bretes?

Bueno, si mi compadre José y mi compadre Mingo estuvieran vivos seguro estarían aquí conmigo. Pero, por desgracia, los hombres de mi tiempo ya se acabaron, por eso es que, aunque sea renqueando, le entro al pleito con estos chamacos que nomás piden lo que les corresponde por justicia natural.

Muy bien dicho, “justicia natural”. Oiga, don Aquileo, ¿y de verdad no tiene miedo de que le puedan dar un empujón o un macanazo?

¿Miedo ese hombre?, dijo ufano tío Nayo.

Le voy a decir una cosa a usted y a todos los que me oyen, yo anduve desde chamaco entre las piernas huesudas de la muerte, y si no me mataron cuando debieron matarme es porque tenía que ser así y no de otra manera. Yo a lo único que le tengo miedo es a los médicos, de ahí para fuera la huesuda ya sabe muy bien donde encontrarme.

Pura suerte es la que tuvo, masculló Nicéforo.

¿Suerte? Tú sabes tan bien como yo cuántas vidas debe ese hombre, alegó tío Nayo.

¿Y qué reclama ese hombre teniendo las casas que tiene? Debería cruzar pal otro lado para saber lo que cuesta conseguir los centavos.

Luego se ve que vienes desnortado. Óyeme bien: los huatulqueños como ese hombre ya se están acabando.

Claro que sí, don Aquileo, añadió Fito. ¿Algo más que nos quiera decir?

Bueno, sí. Quiero decirle al pueblo de Huatulco, y no nada más lo digo para los que aquí nacimos sino además para los que vienen de fuera a vivir y respetan nuestra forma de ser y nuestras fiestas y nuestras costumbres, les digo, pues, a todos los aquí nacidos y a los vecindados que no dejen que ninguna autoridad, sea de aquí o fuereña, venga a disponer de Huatulco como si fuera un restaurante o un hotel propio. Los que vengan deben tener bien claro que Huatulco es para los que nacimos y vivimos aquí, no para los que están de paso...

Bien, chingados, y si no les gusta pues que se larguen, remachó tío Nayo.

¿A poco cree que tanto usted como ese hombre estarían así de a gusto si no vinieran turistas a quienes venderles?, respingó Nicéforo viendo de sesgo cómo el labio superior de tío Nayo caía como una cortina sobre el diente dorado.

Si no quieren venir, que no vengan. ¿A poco los necesitábamos antes para vivir a nuestro modo?

Bueno, ya me voy, dijo Nicéforo aprovechando la llegada de una cliente.

Sí, termina de llegar que buena falta te hace, le dijo el único huatulqueño con el que creía poder asesorarse.

Con una parte del dinero que Nicéforo le enviaba mensualmente desde el otro lado, Crisálida había levantado un cuarto de cinco por cuatro metros, de paredes de bloque repellido y techo colado de cemento. Las varillas de los castillos sobresalían más de un metro sobre el techo en espera de una posible ampliación. La mujer, después de la euforia consumista, producto de las primeras remesas, había recuperado su natural condición austera, y cada peso que gastaba era como una marca demasiado obvia para que cuando su hombre regresara no tuviera el menor motivo de duda o especulación. También había mandado limpiar y cercar con alambre el terreno comunal que tenía en torno a la casa, y allí marcó Nicéforo un rectángulo de tres cuartos de hectárea para realizar la siembra de la papaya.

Con el dinero que tenía en el banco, más lo que pudieran enviarle sus hijos Crispín y Lupillo así como la mujer de Crispín, que habían pasado clandestinamente la frontera junto con un grupo de centroamericanos un par de meses antes de que Nicéforo regresara, habría más que suficiente para el arranque. Contrató un tractor para aflojar el erial endurecido por años de abandono, y al mismo tiempo, y a punta de barreta, empezó a excavar un pozo junto con dos peones de Pueblo Viejo.

El agua llenó el fondo a los nueve metros: un escurrir alentado y disperso que en nada se parecía al manar de una herida profunda. Todavía excavaron un metro más antes de que el lodo se volviera oscuro y maloliente. Nicéforo dijo que hasta allí, y comenzaron de inmediato a colocar el primer anillo. Arriba quedó uno de los peones que no dejó de platicar babosadas durante los dos días que duró la instalación de los anillos de concreto. Nicéforo sabía que esa fase era decisiva y que si colocaba mal los ladrillos o le ganaba el agua todo se vendría abajo. Pero si los de abajo no podían quitarse de encima la sospecha de que en cualquier momento pudiera caerles sobre sus cabezas la cubeta con veinte kilos de lodo, ladrillo o cemento, al de arriba le tocó el castigo de jalar y vaciar la cubeta a dos metros del pozo. A las cinco de la tarde, cuando emergían las caras embarradas de lodo y cemento y el que estaba arriba al verlos les tendía una de sus manos ensangrentadas para darles un jalón, los tres coincidían en la misma sentencia: ¡Qué chinga!

En el momento que concluyeron el brocal, el pozo medía once metros y el caudal casi alcanzaba los tres. Y ese caudal duró exactamente mes y medio de bombeo mañanero, hasta que el lodo negro tapó la boca de la manguera que unía al pozo con el sembradío. Hacía cuatro días que había trasplantado las matas del almácigo al sembradío, y en la euforia del tránsito el motor de la pequeña bomba había estado traqueteando tres mañanas seguidas. Una manguerita de dos pulgadas escupía el chorro sobre la tierra macilenta que lo absorbía con sed insaciable. Después de tres días de descanso volvió a bombear.

Y así se fue de tres en tres días, alternando el descanso con el bombeo. Desde el momento del trasplante ya no quiso salir ni un

solo día para consultar dudas o temores. Amanecía y anochecía en el sembradío rociándole folídolo a las hormigas arrieras que llegaban en oleadas como los indocumentados y exigían su derecho a compartir los dones que da la tierra, y alumbrando y tirándole piedras a los mapaches y tlacuaches que husmeaban la evaporación del agua. Las plantas se veían como un pequeño ejército reverdeciendo en una geometría privilegiada que infernalizaba aún más el entorno. Soldados que en tan sólo tres meses de batalla parecían negarse a seguir luchando en medio de la nada.

El final de la cuaresma horneando la vida y haciendo aflorar los peores sentimientos hacia el prójimo y hacia el paisaje desolado. La cuenta del banco registrando los últimos diez mil pesos, y en los ojos transeúntes de Nicéforo empezaron a dibujarse los contornos cenicientos del desánimo. Bastaron tres días sin agua para que las plantas comenzaran a encogerse en una agonía definitiva. En la casa la reverberación del calor parecía conspirar con el soplo calígeno que arrasaba el entorno para darle a la magnitud de la condena el sello inconfundible de maldad.

Tanta envidia de la gente, dijo Crisálida mientras Nicéforo en calconcillos se bamboleaba repantigado en la hamaca.

La mujer estaba tendida en ropa interior sobre el colchón matrimonial, que era todo el lujo de la casa. Ella ocupaba la parte superior de la cama y en la inferior, en sentido inverso, estaban acostados el hijo menor y la nietecita.

Deberíamos ir a pedirle ayuda a la Virgen de Juquila, volvió a decir Crisálida.

Nicéforo no quiso salir de sus ensoñaciones. Había ya recorrido el somnoliento trayecto hasta la frontera y ahora seguía al pollero entre los matojos retorcidos donde sombreaban por parejas las víboras de cascabel.

Ante el silencio pesaroso de su hombre, la mujer continuó pensando en voz alta: O regresar a vivir en Cacaluta, siquiera comeríamos pescado y veríamos el mar.

¡Cómo me encabrona que digas tantas pendejadas!, tronó Nicéforo mientras se veía frente a la Ambientalista diciéndole: Pues vengo de plano a decirle que fracasé.

Después del obligado silencio, el niño empezó a roncar y Nicéforo siguió caminando por el desierto hasta que al cabo de cinco días llegó donde estaba Chano y lo abrazó y le contó que todos los poceros de las ranherías se estaban secando y que ya no se podía sembrar nada. Pues yo ya me regreso, dijo Chano enfriando la esperanza. Espérate tantito a que yo junte lo que perdí, decía Nicéforo. No, ya me urge ir a ver a la familia. Enseguida apareció Crispín infundiéndole nuevo brío a la caviladura: Pa, usted no se preocupe que Rosita, Lupe y yo le vamos a mandar lo suficiente para mantener a la familia y pagar el colegio de Lencho. Mañana sin falta le hablo al pollero, resonó la voz de Nicéforo desde el mal sueño. Y Crisálida, que había estado todo ese tiempo rumiando pesares con la mirada fija en un alacrán estacionado en el techo, se atrevió a preguntar: ¿Qué dices?



La escena podía parecer patética, pero era demasiado cotidiana: en Samahua hasta la llegada del soplo pacificador del turismo, más de la mitad de la población varonil moría de manera violenta. En esta escena hay sin embargo algo que una mirada turística jamás podrá abarcar. En el momento en que Crisálida entra a la tienda donde está el único teléfono, sabe que esa llamada no es igual a las demás. Durante el trayecto lo había intuido: Que le volvería a hablar su hijo Crispín dentro de dos horas. Y era claro que si el que iba a hablar era Crispín, la de malas le había tocado a Lencho o a Lupillo. Los ojos de la otra mujer estaban deliberadamente apagados. Nada que ver con los de Crisálida, que parecían más negros y brillosos que nunca. Crisálida abrió la boca para jalar el último aire frente al abismo y preguntó: ¿Qué pasó?

Nomás me dijo que dijera que luego hablaba, masculló la tendera desde el otro lado del abismo. Su marido llevaba ya más de un año en California, casi el mismo tiempo que llevaba ella acostándose una vez a la semana en un hotelucho de La Crucecita con el director de área de la campaña contra el paludismo.

Crisálida le preguntó la hora y esperó los diecisiete minutos que faltaban viendo en silencio cómo a esa hora infernal ni los perros

se atrevían a andar en correría. Tenía una sed demasiado amarga, la garganta ensalitrada de tristeza y la convicción de que estaba tan sólo a unos instantes de oír una noticia terrible.

Ma, mataron a tío Chano, le dijo Crispín al oído, y ella sintió un alivio infinito al volver a pensar en sus otros hijos como algo lleno de vida. Con un cuchillo, siguió viajando la voz. Fue aquel de Guerrero que vivía en frente de él. ¿Y cómo fue?, ¿había gente cuando lo mató?

Durante diez dólares estuvo haciéndole ver las imágenes de buen paisanaje: el otro tenía como siempre la música muy alta y Chano, que venía de trabajar tres horas extras, tocó molesto la puerta y pidió que bajaran el volumen. El otro, ya tomado, abrió y dijo que se fuera mucho a chingar a su madre. Chano respondió con más ganas y el otro desapareció de la puerta. Cuando Chano se dio la vuelta, el otro salió y le clavó dos cuchilladas en la espalda. Chano cayó y el otro salió corriendo con el cuchillo en la mano. La casera lo vio y gritó, y él se metió en su camioneta y empezó a darse de cuchilladas en las piernas. Después de que se llenó de cortes quiso arrancar la camioneta, pero se topó con la patrulla que había llamado la casera. ¡Baja con las manos en alto!, gritó uno de los policías apuntándole. Y el cabrón se quiso pasar de listo y lloriqueó: ¡No dispare, no puedo moverme, fue él quien me quiso matar!

Pero la versión que Crisálida le dio a Lucero fue menos literaria y más prudente: Chano sufrió un accidente. Sin embargo, la noticia que corrió finalmente por Pueblo Viejo fue la misma que Crisálida le contó a Nicéforo: Que a Chano lo habían apuñalado por la espalda. Y Nicéforo siguió en la hamaca vaiveneando la sensación de derrota mientras pensaba en el cuerpo sin vida de su amigo, aquel Chano que una ya lejana noche de zozobra bajo la cúpula chispeante del desierto había dejado de mascar el trozo de víbora asada para comentar con las pupilas esperanzadas: Yo siempre me pregunto a cuál de todas esas lucecitas vamos a ir cuando nos muramos.

Y esta vez, por vergüenza, no quiso buscar la ayuda de la patrona. Tuvo que bandear tres días por distintas oficinas hasta que, por último, llegó con don Galileo Rovirosa y oyó la cifra fatídica: siete mil dólares, incluyendo el traslado y el pago de la permanencia en

la morgue. ¿Y de dónde?, dijo Nicéforo pensando en voz alta. Pues sólo de donde lo hay, respondió con experiencia don Galileo.

Crispín logró obtener de su patrón gringo el préstamo en base a cinco meses de trabajo. El depósito se hizo a la cuenta de Banamex de don Galileo y antes de que se cumplieran cuarentaiocho horas, Nicéforo pudo ver el cuerpo desnudo de Chano tendido sobre la plancha de mármol en la funeraria de don Galileo.

Por ley, era indispensable que un médico forense mexicano certificase la condición del cadáver, y Galileo Roviroza era el hombre más indicado al respecto. Viendo el modo tan dócil con que Nicéforo cooperaba, el dueño de la funeraria decidió ponerlo a prueba: ¿Podrás ayudarme con la autopsia?

En el cuerpo regordete y violáceo de su amigo, Nicéforo ve los labios putrescentes de las dos heridas y sigue el escarceo de los dedos enguantados de don Galileo, mientras el tufillo que tan bien conoce comienza a avivarle los recuerdos. Tanto empeño para terminar así, como los venados que en varias ocasiones habían abierto juntos. Y en vano trata de encontrar en el rostro tumefacto al Chano vivaracho que con nadie peleaba.

La mano experta mueve el bisturí, y en el momento en que aparecen las vísceras verdosas Nicéforo siente un conato de vómito. Don Galileo no, abre y remueve y husmea con el mismo desapego con que lo haría un autómatas sin alma.

Sal tantito a que te dé el aire, le dice a Nicéforo.

Y Nicéforo salió.

Al cabo de media hora, cuando daba ya por perdido al novato, lo vio reaparecer con renovado ánimo y se congratuló de que ni se molestase en pedir unos guantes para sostener los bordes de la abertura abdominal. Por lo menos pasarían dos semanas y repetidas lavadas con detergente antes de que el olor a mortandad se desprendiera de esas manos toscas que ahora sostenían con firmeza el vientre grasoso de su amigo. Estuvieron hablando de su experiencia en el otro lado y de la triste vida que ahora vivía, hasta que ya con el amanecer, y después de lavarse varias veces las manos, le dijo que ya se iba.

¿No quieres tomar una cerveza y comer algo?, sugirió el dueño de la funeraria.

No, gracias don Galileo, tengo que irme.

Pero no olvides lo que te dije, aquí tienes chamba cuando quieras.

Sí, gracias, a ver qué hago...

Durante nueve días estuvo vaiveneando las ideas en la hamaca. Del sembradío ya muerto de sed no quería saber nada, ni tampoco de Pueblo Viejo con sus chismes y ponzoñas desatadas. ¿Irse de nuevo al otro lado? Sólo Crisálida parecía convencida de que lo mejor era regresar a la bahía de Cacaluta; pero al final del convencimiento Nicéforo oía como una maldición la voz sarcástica de la patrona: ¡Vaya, qué milagro!

Tomó la decisión al amanecer del décimo día. Desayunó en silencio una taza de café con un pan dulce y le dijo a Crisálida que no lo esperara a almorzar.

¿Y a dónde vas, pues?, quiso saber la mujer.

A ver si hay manera de volver a Cacaluta.

¡Ay, ojalá lo quiera Dios!

En la entrada, como a unos cincuenta metros de la casa, había ahora una campana colgada y un letrero que decía: Por favor anuncie su llegada. Tocó la campana varias veces y esperó.

¿Quién es?, dijo una voz desde la casa.

Yo, Nicéforo. Ah, pásele.

La Ambientalista lo estaba esperando en la puerta, radiante de sonrisa y cuerpo. Pero antes de exponerse al temido sobajamiento, Nicéforo se adelantó sincerante: Fracasé con la papaya, se secó el pozo y gasté todos los ahorros que traje del otro lado, ¿todavía tiene chamba de cuidador?

VIII

¿Y ese animal?, dijo el hombre uniformado de verde claro.
El pescador dejó de meter el pescado en la cubeta y miró hacia la funda de la pistola y bajó hasta los zapatos negros e imponentes como la piel de una tilcóatl. Después volvió a ver el cuerpo que jadeaba y aleteaba en el compartimento delantero y reviró: ¿Qué no ves que animal es?

Está prohibido, sentenció el uniformado.

¿Qué es lo que está prohibido?

Capturar ese animal, dijo enjarretando las manos sobre la cintura.

El pescador levantó la vista y los dos se vieron por un instante en el filo del rechazo.

¿Y qué vas hacer con él?

Darles de comer a mis hijos, dijo el pescador con fastidio.

Mínimo quince años de cárcel, sentenció el hombre vestido de verde. Enseguida vio a dos pescadores que se acercaban y bajó los brazos y se retiró titubeante hacia la enramada de doña Antonieta. Allí estaba su compañero oyendo las explicaciones de tío Nabor. Le hizo señas para que se acercara y le dijo algo por lo bajo; luego regresó al mismo punto de partida.

Me voy a llevar ese animal, dijo el uniformado sin que ninguno de los tres pescadores estuviera mirándole a la cara.

Pues ven a agarrarlo, replicó el primer pescador.

No hace falta, masculló el uniformado distendiendo el cerco. Al rato paso por una aleta delantera, ¿dónde vives?

En la enramada que está de este lado, dijo señalando con el brazo izquierdo.

¿Y tu nombre?

Moisés.

Moisés qué.

Moisés Carrillo. ¿Y tú quién eres?, replicó el pescador.

El uniformado echó mano al bolsillo de la camisa y se acercó para mostrarle una credencial. El pescador vio que era del estado de Guerrero. Dijo entre dientes que no estaban en Guerrero sino en Oaxaca; pero el uniformado guardó ufano la credencial y sonriendo con altivez dijo: Al rato te caigo, y volvió a retirarse.

Media hora después, mientras tío Nabor veía cómo Moisés desmembraba la tortuga, los dos uniformados se alejaban hacia el otro extremo de la playa. Allí estuvieron dando pasos y observando, y de regreso pudieron ver a tío Nabor alejándose con una aleta colgada de la mano. Cuando llegaron a la cabaña, la mujer de Moisés le estaba sirviendo un plato humeante donde resaltaban los islotes jugosos de carne de tortuga.

Vengo por el encargo, dijo el uniformado con la vista prendida del plato.

Moisés abrió la servilleta donde venían las tortillas, tomó la mitad de una y la mojó en el caldo. Antes de llevarla a la boca exhaló el fastidio y dijo, adelantando la barbilla hacia la aleta que pendía del techo de la enramada: Allí está.

No, así no la quiero. ¿Tú cómo la prefieres, frita o en caldo?, preguntó a su compañero.

Así está bien, dijo el otro apuntando con la cabeza hacia el plato de Moisés.

Después los dos hombres de verde jalaron un par de sillas y se sentaron en la misma mesa de Moisés. La mujer primero trajo un plato rebosante para el que llevaba la voz de mando; luego trajo el otro plato y enseguida regresó con una taza de café. En cuanto el uniformado vio la taza en frente dijo que primero quería unas cervezas.

Aquí no vendemos, objetó Moisés.

Pues que las vaya a buscar.

La mujer vio que su hombre asentía y al salir preguntó que cuántas. Unas seis, remachó el uniformado.

Pidieron un poco más de carne y caldo y bebieron las cervezas y por último se levantaron y dieron las gracias.

Oiga, les dijo Moisés incorporándose. Lo de la tortuga ni modo, vino del mar y no tenía dueño; pero las cervezas tienen dueño y hay que pagarlas.

Los dos uniformados se miraron y sonrieron. Luego, el que llevaba la voz de mando dejó escapar un eructo y añadió: ¿Cuánto es?



Dos días después, a la hora en que el calor del trópico derrite lo que toca, una lancha enfiló el extremo más alejado de la playa y varó a todo motor. En el otro extremo nadie pareció enterarse. Y fue ya por la noche, cuando el Ingeniero y Moy iban a la langosta, que vieron la fogata en la playa y se acercaron hasta el rompiente de las olas.

¿Los conoces?, preguntó el Ingeniero.

No, respondió Moy.

Los dos estaban igual de contrariados, como si algo dentro de ellos reconociera la seria amenaza que suponían esas figuras sentadas en torno a la hoguera.

¿Suelen venir campamentos?, insistió el Ingeniero.

No, nunca, dijo Moy, y después de un silencio añadió: Y menos ahí al lado del tiradero.

Esa noche el gancho langostero desconoció la mano que lo manejaba. Cuatro veces, al meter el gancho bajo la cola para dar el jalón, se habían zafado las langostas y el Ingeniero empezó a cavilar y a darse cuenta que la humareda de sospechas conducía sentenciosamente a la hoguera de la playa. Regresaron pronto. Moy fue a entregar con Cirenio las siete langostas que habían agarrado. El Ingeniero se fue a dormir, pero no pudo, y cuando al fin empezaba a dejarse caer hacia la parte más oscura y silenciosa del mar mental, algo lo hizo parpadear y vio que la primera luz del día le recordaba la orden imperativa de levantarse y luchar. Caminó hacia el otro extremo de la playa guiado por un mandato irrevocable que le incendiaba la mente de recelo.

A media playa pudo distinguir cómo las figuras empujaban la lancha hasta el mar y la impulsaban más allá del rompiente. Después uno de ellos se subió con rapidez y prendió de dos jalones el motor, mientras tres más subían y chillaban y se reían por lo fría que estaba el agua. Sólo uno regresó a la playa, y el Ingeniero aceleró el paso y lo encontró recogiendo las tazas y los platos sucios

dentro de una cubeta de plástico. Le hizo una seña con la cabeza mitad interrogación mitad saludo, pero el otro siguió sin inmutarse.

¿De dónde vienen?, preguntó el Ingeniero con voz de mando.

De ahí nomás, dijo el otro sin molestarse en mirarlo.

¿Y de quién es la lancha?

Del patrón.

¿Y quién chingados es el patrón?

Al rato llega.

El Ingeniero miró en torno y descubrió unos bidones de plástico llenos de gasolina, botes de aceite y un trasmallo y varios rollos de cimbra aún sin estrenar, y vio también dos cacerolas y un sartén y vasos y comida y cobijas y un par de hamacas enrolladas que le reconstruyeron con toda claridad la dimensión de la amenaza. Aquel costeño escondido detrás de su mirada resentida y huidiza no era nada; pero cinco costeños reunidos en un campamento tiburonero eran una avanzada de algo hostil, una posibilidad del mal que sólo se podía combatir con el mismo mal. Se dio la vuelta y empezó a jalar hacia adentro el hilo de las sospechas, hasta que se convenció que el verdadero peligro tenía que ser el patrón.

Encontró a Moy y a su padre sopeando unos panes en sendas tazas de café y no quiso dar opción a que le hicieran una pregunta que desviara su mente hacia lo que no le interesaba. Así que le preguntó a don Moisés cómo eran las caras y los uniformes y el porte de los tipos que habían venido, sin que al final pudieran encontrar el menor vínculo entre la visita de los uniformados y la llegada del campamento.

A media mañana la enramada de doña Antonieta era un hervidero de inquietudes. Todos hablaban de lo mismo, a excepción del Ingeniero que estaba en ese momento viendo cómo su héroe, lleno de múltiples cicatrices por el número de combates en que había sido herido durante los diecisiete años seguidos de milicia, recibía de parte de los que lo habían desterrado la súplica para que salvara a Roma. Catalina y Cirenio ya habían estado hablando del asunto durante el desayuno, y se sumaban al recelo y apoyaban la propuesta de que una comisión encabezada por tío Nabor fuera al campamento a preguntar razones y exigir permisos.

El rugir de un motor hizo que todos se alertaran. Después se distinguió el bramido de otro motor y los chamacos, que estaban jugando con una serpiente de mar en medio de la plazoleta de arena, salieron corriendo hacia el camino y los hombres se quedaron viendo cómo los niños señalaban y gritaban y por último saltaban asustados como animales de monte para dejar paso a dos camionetas que asomaban su agresividad en medio de la estampida polvosa. En la de adelante venían dos uniformados de verde y con lentes oscuros, los mismos que habían comido el caldo de aleta de tortuga; en la de atrás un hombre solo, regordete, fantochón y con los pelos como púas de acero inoxidable.

Tío Nabor pasó enseguida la mirada por encima de los uniformados y la fijó en el otro tipo, que bajaba de la camioneta y venía hacia la enramada con la misma fingida seguridad de cualquier politiquillo encumbrado. En cuanto lo reconoció sintió que la saliva se le amargaba aún más y volteó para que sólo su gente le oyera: Ese Canoso hijo de la chingada. Vayan avisarle al Ingeniero que está aquí el comprador de Acapulco.

¿Qué dice, don Nabor?, ¿se acuerda de mí?, dijo el Canoso.

Y por qué chingados no iba acordarme, replicó el viejo líder reforzando la defensa.

¿Están en junta, verdad? Qué bueno, para que podamos presentarnos como debe ser.

Adentro de la cocina, a pesar de oír lo mismo que doña Antonieta y Dulce, Catalina sentía cómo un remolino de avispas le subía por las piernas y le estallaba en el corazón. Un estallido seco y silencioso que hizo que cerrara sus ojos en busca del abrazo protector de la Virgen de Juquila. Madrecita querida, empezó a decir, líbrame de esa voz y de los recuerdos que me trae, perdóname los pecados de mi pasado y líbrame de ese mal en el presente y en el futuro y para siempre. Te pido que se vaya, Madrecita, y que podamos seguir como estos últimos dos meses con esta gente ayudándonos y entendiéndonos. Te prometo una cadena de oro, Madrecita, si nos libras a mí y a Cirenio de tener problemas otra vez cuando apenas estamos echando raíces... Pero esto sólo lo oía ella, mientras las otras mujeres seguían pendientes de las palabras que les permitieran entender un poco

más de lo que oían. Hasta que otra voz detonó afuera y se expandió por encima de todos los murmullos:

A ver, bajen los dos contenedores de la camioneta y pónganlos allá atrás por donde están los otros.

Aquí en Corralero nadie de fuera nos viene a mandar, dijo tío Nabor asumiendo el papel confrontativo que los demás pescadores tanto le celebraban.

Y menos los de Guerrero, dijo desde atrás Moisés.

El uniformado puso la mano abierta sobre la cintura, tocando apenas con la punta de los dedos la funda de la pistola, y dio unos pasos hacia el centro desocupado de la enramada. Luego les pidió que se acercaran y, en un tono más de regaño que explicativo, les dijo que venía apadrinando este nuevo campamento y que esperaba una cooperación y un respeto mutuos. Y por si quedara alguna sospechía, ahí estaban los permisos debidamente legalizados y actualizados para uso de cimbras y trasmallos, y al decirlo señaló con el brillo maligno de los lentes hacia la sonrisa blandengue del Canoso, que extrajo del bolsillo un par de papeles doblados y los abrió al frente para que todos los vieran.

Pero tío Nabor ya conocía por experiencia cuáles eran los límites de la mentira.

Esos papeles son de Guerrero, y aquí estamos en Oaxaca.

Esos papeles son válidos para toda la costa, replicó el uniformado.

Además aquí en Corralero tenemos la pesca reglamentada, insistió el viejo líder.

¿Reglamentada sobre qué y por quién?

Aquí están prohibidos los trasmallos.

¿Según quién?, dijo ya retador el uniformado engatillando las manos sobre la cintura.

Un acuerdo que tenemos con el señor delegado de pesca del estado libre y soberano de Oaxaca, enfatizó tío Nabor.

Pues ese papel que está ahí, dijo el uniformado disparando con el índice de la mano derecha hacia la hoja que volvió a levantar el Canoso, autoriza el uso de una cimbra y un trasmallo para el tiburón, y un trasmallo agallero.

Catalina ya no quiso oír más, fue a buscar a Cirenio y lo encontró repantigado sobre la cama, arrancándole a la memoria las más tenues notas de un bolero tropical.

¿A que no te imaginas a quien nos mandan ahora como castigo?

¿A quién?, chasqueó Cirenio sin darle la menor opción a cualquier imagen del pasado.

A Nazario, el Canoso.

¿El trafiquero?, se interesó de pronto Cirenio.

El mismo, más gordo y más perro, y viene a comprar pescado.

¿Cuál pescado?

El que le van a entregar los que están acampamentados del otro lado.



Para los pescadores de la cooperativa lo que su líder decía era justo lo que ellos querían oír, porque era también lo que ellos querían decir. Y en cuanto arrancaron las camionetas, tío Nabor escupió al piso e hizo una cruz con el guarache al tiempo que decía con un deje de fastidio: Ni modo, ya salimos de otras y vamos a salir de ésta como sea.

Convocaron esa misma tarde a una junta de emergencia. En el instante en que un trasmallo de ciento cincuenta metros descendía al filo de los Morros Cagados, tío Nabor le decía al Ingeniero que había que hablarle al Biólogo, y mientras el Ingeniero oía el acuerdo con la vista aplastada sobre las sombras que la lámpara de gasolina proyectaba en la arena arrugada y sucia, Catalina aprovechaba la ocasión para encontrar en el ánimo del Ingeniero una respuesta más convincente y decisiva. Pero el Ingeniero seguía en silencio enconchado en sus propias inquietudes.

¿Y usted qué dice, pues?, insistió tío Nabor.

El Ingeniero levantó la cabeza y vio que de todas las miradas expectantes, ninguna tenía el brillo de guerra tan encendido como la de Catalina. Y entonces habló dirigiéndose a ella prefiriendo, como siempre, decir lo mínimo y sin mostrar los sentimientos y las intenciones: Habrá que esperar y ver...

No, hay que actuar y de una vez, lo retó Catalina con la mirada y el tono.

El Ingeniero siguió mirándola y comprendió que esa presa estaba ya cerca de caer, y que todo lo que pasara sólo podía venir a precipitar el promisorio acercamiento de las últimas semanas.

Mire, Ingeniero, terció tío Nabor, si usted no quiere, yo mismo le hablo mañana al Biólogo.

El Ingeniero reojó con una sonrisa al viejo líder y dijo con indulgencia socarrona: No se preocupe, yo le hablo.

Sin embargo, lo que el Ingeniero aparentaba era muy distinto a lo que sentía. Por la noche extrajo la pistola de la mochila y la desarmó y la limpió con sumo cuidado, recreándose en cada una de sus perfecciones y reviviendo en la memoria los intensos momentos de su hallazgo. Lo acababan de expulsar de la escuela en Nayarit por golpear a un maestro arrogante que se había empeñado en ridiculizarlo, y se había refugiado con una familia de pescadores en la albufera de Teacapa, cerca de la desembocadura del río Acaponeta. Estaba atravesando uno de los momentos más estúpidos de su vida, pendiendo de una cuerda sobre un abismo y sin sentir el menor deseo de ir hacia delante o hacia atrás. Poco más de dos semanas tendido en una hamaca y esperando únicamente el momento en que Mundo, el pescador que conocía por servir de guía a los grupos de prácticas escolares, viniera a buscarlo para ir a bucear. Ese día llegó un par de horas antes de lo que acostumbraba y le contó que la noche anterior, mientras pescaba, había oído el zumbido de dos lanchas que después se pararon cerca de los peñascos y estuvieron allí quietecitas un tiempo, hasta que sonaron dos balazos y al rato se oyó un fuerte zumbido que se alejó hacia Mazatlán... Los dos coincidieron en la sospecha, pero el Ingeniero lo que menos deseaba era verse inmiscuido en un lío de narcos. Y fue la ambiciosa curiosidad del pescador la que finalmente convenció al Ingeniero de darle una sola pasada al lugar.

El mar estaba terso y claro, y con el repuntar del sol podían verse bajo la superficie las sierras que se abrían en abanico asustadas por la sombra de la lancha. Lo que el pescador buscaba era algo que flotase en la superficie o a media agua, un envoltorio de plástico

más o menos grande que sólo requiriese el esfuerzo de cogerlo y largarse. Pero no encontraron nada, y ya cuando el pescador estaba dando la vuelta para alejarse, el Ingeniero señaló un destello en el fondo y al verlo también el pescador dijo que seguramente allí habían fondeado la carga. Apagaron el motor y después de echar el ancla, estuvieron observando en la distancia para comprobar que nadie se acercaba. El primero en zambullirse fue el Ingeniero, y antes de que el otro se ajustara el visor sobre la cara, regresó resorteado con la noticia de que era una lancha nuevecita. Entonces el pescador se clavó y tardó un buen rato. Cuando regresó traía en la mano un Rolex de oro con los números repujados en diamantes. Al verlo, el Ingeniero no hizo caso a las señas que el otro le hacía para que esperase y volvió a zambullirse con la locura del oro desbordándole los ojos. Mas lo que vio en cuanto entró en la cabina estuvo a punto de dejarlo sin aire: amarrados en los asientos dos cuerpos se mecían en un bamboleo armonioso. Los dos tenían el tiro de gracia en la frente y miraban hacia la nada con los ojos abiertos como dos grandes meros arponeados. En la premura, el Ingeniero recorrió con la mirada la cabina y no supo qué fue lo que le hizo abrir la guantera y ahí estaba la pistola: una cuarentaicinco con las cachas de oro y una J y una L realzadas con incrustaciones de diamantes.

Fue otra noche de sospechas y presagios en que la imagen de los enemigos regresaba una y otra vez, en medio aparecía Cayo Marcio imponente en su atuendo de batalla diciéndoles a los enviados del senado que las mentiras de los que lo acusaban sólo las remediaba la espada. No obstante, el Ingeniero sabía que sus nuevos aliados eran como los volscos, que en cualquier momento podrían volverse contra él y llamarle traidor y tirano. Y para no repetir el error de su héroe, decidió no bajar la guardia ni un solo instante, ni ante conocidos ni ante extraños. Se levantó con el primer reverberar del amanecer y fue derecho hacia la playa. Encontró en la distancia el resplandor de la fogata y enseguida el acelere creciente de un motor. Después distinguió la mancha que se alejaba de la playa y la siguió hasta los Morros Cagados. Y con eso fue suficiente para que su mente reconstruyese todo lo demás.

La parte final, y decisiva, la contó Cirenio esa noche, al mismo tiempo en que en el campamento los cinco pescadores y el encargado de las hieleras bebían mezcal y fumaban mota y se reían de los pendejos de la cooperativa. Les dijo que habían subido siete taras de pescado de primera a la camioneta y revivió el saludo arrogante del Canoso. Era mucho más que un aviso; se trataba de una verdadera lucha por la sobrevivencia, pues si no le ponían el alto de una vez, esos canijos terminarían haciendo en Corralero lo que les diera la gana. Todos asentían menos el Ingeniero, que acomodaba sus razones en silencio. A él le habían prohibido usar el trasmallo, y ahora venían estos guerrerenses y se la metían todita, que se jodieran por pendejos; además ese Cirenio más pronto que tarde iba a ser su enemigo jurado en cuanto se trabara a su Catalina.

Dos mañanas más tarde llegó el Biólogo, en el momento en que el Canoso vaciaba en la hielera que ocupaba la parte trasera de su camioneta las cajas de huachinangos y flamings que le iban pasando los pescadores. A esa hora el Ingeniero y los pescadores de la cooperativa estaban sacando el pescado de la almadraza, por lo que sólo tío Nabor se adelantó a recibirlo, y enseguida se acercaron Cirenio y Catalina, que habían estado observando el embarque con el amargor de la envidia reseándoles la saliva.

El Biólogo le hizo un saludo al Canoso con la mano a media intención y volvió a pensar en la gravedad del caso. Después puso su sonrisa bigotona y les dio la mano a sus aliados. Preguntó cómo iba todo, y el primero en responder fue tío Nabor.

Ahora, Biólogo, de lo que se trata no es de decirle que el trasmallo está prohibido aquí, sino de ponerles bien en claro quién es la autoridad de pesca que manda en Oaxaca y Corralero.

Catalina y Cirenio compartían la urgencia con el líder de la cooperativa para que el Biólogo asumiera allí mismo su autoridad como delegado de pesca. Mas lo que ellos manifestaban era apenas un asomo de la necesidad imperiosa que tenían de que el Biólogo declarase fuera de la ley el campamento por no tener los permisos de Oaxaca. Desde que reconocieron al Canoso, Catalina y Cirenio sintieron que su ánimo se cuarteaba como una de esas casas de adobe tras los sacudones de un sismo de siete grados. Pero en cuanto vieron al

Mantarraya, la poca esperanza que les quedaba en pie se vino abajo. Sólo dos veces lo había visto Catalina, y las dos vestido y en plan de ligue con la Buki; y esta vez llevaba únicamente un short y al cargar la caja de pescado los músculos de la espalda se marcaban y extendían como las aletas de una mantarraya. Él no los vio, aunque seguramente el Canoso se encargaría de contárselo. Para Catalina y Cirenio fue irremediable la confrontación con el recuerdo. Se metieron en el cuarto y se sentaron en silencio a ambos lados de la cama. Luego Catalina se paró frente al altar y se adentró en un murmullo ritual. Cirenio empezó a convencerse de que todo volvía a empezar de nuevo, como si lo obligaran a cantar una canción que nunca acaba.

Voy a tener que chingarlo, dijo recordando la manera desesperanzada con que se habían despedido del Biólogo.

No, tú ya lo hiciste a tu manera; ahora me toca a mí, dijo ella dando voz a lo que pensaba.

Sí, pero no fue mi culpa que ese cabrón se escapara.

Esta vez no vamos a salir huyendo, mi vida; ya me cansé de volver a empezar. Voy a arreglarme con el Ingeniero.

¿Arreglarte quiere decir acostarte?

Ay, mi amor, ¿a poco me vas a salir ahora con que eres celoso?

Soy tu hombre y tengo mis derechos.

Lo mismo pensaban los demás hombres que antes se acostaron conmigo.

No fue esto lo que dijiste cuando nos juntamos...

Mira, mi amor, tú sabes muy bien que eres lo único que me importa en la vida, y aunque sé que eres capaz de todo por mí, no quiero que este Mantarraya hijo de la chingada te haga ningún daño.

Yo puedo librarme de él sin necesidad de nadie.

Sí, mi amor, yo sé que puedes. Pero es muy peligroso y prefiero que el que corra el riesgo sea el Ingeniero.

Tú sabes cuánto me ofenden las burlas...

No te preocupes por eso, tú también sabes cómo arreglo yo las cosas... Y se acercó a él y comenzó a besarle la frente y la cara y lo tendió en la cama y lo fue desvistiendo poco a poco mientras besaba cada una de las partes descubiertas y le decía todas esas cosas bonitas y sensuales que ninguna mujer le había jamás insinuado.

Sin previo acuerdo los dos grupos de pescadores dividieron el tiempo en dos segmentos contrapuestos, como si unos hubiesen elegido deliberadamente el día y otros la noche. Los del nuevo campamento recogían el trasmallo al amanecer y, después de entregar el pescado al velador que se encargaba de las hieleras, se iban a desayunar al campamento y descansaban un par de horas antes del buceo. Por el contrario, el Ingeniero y los pescadores de la cooperativa pescaban y buceaban en la noche, y recogían el producto de la almadraba por la mañana temprano y después descansaban hasta el atardecer para darle otra vista a la almadraba. Así que sólo ocasionalmente los pescadores de una lancha veían a lo lejos a los que iban o regresaban en otra, y los ojos ariscos miraban de soslayo para evitar que el coraje pudiera explotar antes de tiempo.

El Ingeniero comía ahora a las dos de la tarde, una hora en que la enramada de doña Antonieta estaba lo suficientemente sola para permitir que se relajase y devorase los platos de pescado que Dulce le servía en un silencio casi vergonzante. A veces, la muchacha traía un vestido muy ceñido de florecitas rosadas que le engrandecía el embarazo, y el Ingeniero se ponía aún más hosco y respondía con un gruñido a cualquier cosa que le preguntaba. Y otras, cuando Catalina pasaba por la enramada para entrar en la cocina, el Ingeniero se esforzaba por evidenciar el ojeo, para que la muchacha dejara de una vez de creer que tenía derecho a algo.



Ese domingo Catalina se vistió y desvistió varias veces, hasta que por último se decidió por una falda anaranjada muy corta y una camisa amarilla escotada que permitía el asomo excitante de los senos juveniles; y con la misma piel solar de aquellos muslos rotundos que se acercaron a la mesa donde el Ingeniero estaba comiendo y se sentaron para que la boca lujuriosa fuera la que llevara el mando. Cuando dijo que necesitaba hablar con él a solas, el Ingeniero dejó de masticar, levantó la cabeza y vio que Dulce observaba la escena desde la puerta de la cocina.

Estaba convencido de que eso tenía que pasar, que tarde o temprano Catalina vería lo que tenía que ver y ya no podría resistirse a la entrega. Sin embargo, esa rendición tan repentina, ese cambio de altivez por tanta obsequiosidad, activó en la mente del Ingeniero un remolino de sospechas. Pero con el mismo repentismo con que había llegado, Catalina se levantó y se alejó. El Ingeniero siguió el cimbreo de las nalgas con la imaginación potenciada, y en medio del delirio sintió pujidos y pasos y volteó para encontrarse frente a un soplo de muerte. Los dos pescadores de adelante traían colgado de un remo un mero de unos cien kilos, pero el otro que venía detrás y lo que llevaba apoyado en el hombro terminaron pudriéndole el resto de la comida. En Veracruz había visto un arpón parecido. El instructor de buceo se lo había dejado usar un par de veces cuando iban juntos de pesca submarina, y el Ingeniero recordó al instante lo que implicaba ese mango de bronce fundido y con gatillo también de bronce para aguantar la máxima tensión de las ligas. Mientras seguía con la mirada las tres ligas y la punta acerada que podía atravesar a un par de metros cualquier pescado, el Ingeniero pensaba que ni Cirenio ni tío Nabor y a duras penas Moisés y su hijo podrían cargar la segunda liga; la tercera, y el Ingeniero se veía ahora doblado bajo el agua y con la culata del fusil clavada sobre la hebilla metálica del cinturón dándole un último jalón para que la liga entrara en la ranura: era una marca de guerra, un sello heráldico que identificaba al portador como un sobreviviente de muchas batallas. Y el instructor también le había dejado usar un modelo gringo de hierro fundido JBL, pero el aspecto de este arpón pertenecía a otra clasificación, no sólo era de lo mejor de todas las marcas posibles, sino que únicamente podía ser usado por el mejor de los buzos posibles. Y al seguir el balanceo de las tres ligas empezó a dibujársele de manera sentenciosa la impresionante orografía de los músculos. Únicamente las piernas, algo chuecas y delgadas, desmerecían la impronta de esa figura imponente que el Ingeniero, ardido de envidia, quiso nulificar frente a la de su héroe Cayo Marcio. Pronto comprendió que no había lugar a la comparación, que su héroe sobrepasaría a este espécimen tropical en altura y envergadura y en todo lo demás, y que con una sola bala bien puesta se acabaría de golpe el bochinche

que tío Nabor y Catalina y los demás pescadores habían armado en sus cabezas como si fuera una almadraba para atrapar los miedos.

Siguió un rato oyendo las risas y viendo cómo los tres buzos pesaban el mero, y luego de que comprobó que ya no tenía ningún temor atrapado en la cabeza, se fue a su cabaña agradeciendo que por ser domingo esa noche no saldría de buceo.

Estuvo tendido en la hamaca el resto de la tarde, y con una sola idea que era un camino que recorría una y otra vez de principio a fin, haciendo y deshaciendo cálculos y no queriendo aceptar la salida más práctica e inmediata, que era la de la pistola. Hizo un esfuerzo para ponerse en la mente de su héroe, y en cuanto cerró los ojos vio la espada de Cayo Marcio atravesando el cuello del costeño; después siguió buscando y vio cómo su héroe arrojaba la lanza y el costeño caía de rodillas aferrando con sus manos el asta que le sobresalía del pecho. De pronto en su cabeza se prendió una luz y antes de que abriera los ojos ya sabía cómo y dónde iba a ser el encuentro.

Tomó del estante el libro de Plutarco y volvió a la hamaca. Apenas estaba trastocando las circunstancias, a la tenue luz del candil que tenía sobre la mesa, cuando oyó que alguien tocaba la puerta. Preguntó quién era y respondió suave la voz de Catalina. Venía con la misma ropa, un poco más encendida de afeites y con un halo de perfume capaz de dulcificar el de cualquier efluvio marino. El Ingeniero le echó una mirada rápida, suficiente para que le empezara a despertar un hormigueo bajo el short. Le ofreció apresurado la única silla que tenía en la cabaña y se sentó sobre la cama. Catalina se acomodó en la silla y juntó las piernas con una seriedad forzada. Después vio la máscara y exclamó: ¡Ay Santísima Virgen de Juquila, eso es una maldad!

Es un regalo que me dejaron sobre la cama, dijo el Ingeniero gozando el azoro de Catalina.

No, no es un regalo, luego se ve que está trabajada para hacer daño al que se la entregan.

El ingeniero sonrió y dejó escapar entre dientes: El mal con el mal se cura.

Catalina apartó con aversión el dominio de la máscara y enfrentó la mirada lasciva del Ingeniero: Pues vengo a lo que le dije en la comida, Ingeniero, quiero proponerle un trato.

Sí, dijo el Ingeniero, empezando a disfrutar lo que la situación prometía.

Ya sé que a usted no le gusta mucho hablar, dijo ella intentando buscarle otra entrada al laberinto.

No, prefiero que sean los demás los que digan mentiras.

Pues yo vengo a pedirle un favorzote, Ingeniero. Que nos libre de ese Mantarraya hijo de la chingada. Él es el que los guía, sin él se van solitos a fregar a otro lado y volvemos a quedar tranquilos como estábamos. Ingeniero, usted es el único que puede, nomás dígame cuánto para juntárselo. Y como el Ingeniero seguía con la mirada fija en los succulentos muslos, Catalina tensó el tono: ¿O piensa usted igual que el Biólogo?

No, respondió, y bajó la vista hacia los huaraches dorados que dejaban entrever el vivo rojor de las uñas pintadas con el mismo esmero que las de las manos. La pregunta de Catalina lo retrotrajo al momento en que el Biólogo, sofocado por el calor y abrumado por la actitud bronca de los guerrerenses que lo habían mandado al carajo, le decía: Lo mejor es dejarlos para que se confíen y meterles una demanda que ni Dios los pueda librar del bote. ¿O tú qué piensas?, había insistido el Biólogo para romper el silencio incómodo que ahora obligaba a Catalina a hacer la misma pregunta: ¿Usted qué piensa, Ingeniero?

Pensaba que de nada servía seguir pensando, que ya todo estaba pensado, y que al decirle que él no tenía ni madre, ni mujer, ni hijos que proteger, ni amigos, ni tierra por los que luchar, lo único que lograría sería aumentar la desconfianza y menospreciar lo poco que se había logrado. Pensaba que el riesgo que ya había aceptado era tanto que podía permitirse pedir lo que quisiera, y lo que en ese instante pensaba que quería era que aquella boca vulvosa dejase de hablar y se cerrara sobre la dureza que ya le empezaba a sobresalir por el borde superior del short.

Desabróchate la camisa, dijo el Ingeniero al instante en que dejó de pensar.

Todavía no me ha dicho sí o no, dijo ella apartando la vista del short.

Quítate la camisa porque voy a cobrar un adelanto.

Catalina se levantó y comenzó por el botón de arriba y siguió con los demás botones sin detenerse hasta que se desprendió por completo de la camisa. Aunque no eran grandes, los pechos estaban tan plenos y rotundos que el Ingeniero le hizo señas para que se acercara, y cuando los tuvo al alcance los agarró y apretó varias veces y, antes de que Catalina diera un chillidito, en la cabaña de al lado comenzó a sonar El Sirenito, y por primera vez el Ingeniero agradeció esta canción que le parecía la más cursi de Rigo Tovar. Se levantó y al quitarse el short dejó libre frente a Catalina aquella animalidad palpitante.

¡Ay, qué barbaridad!, y al decirlo se dobló sobre el órgano y estuvo a punto de ahogarse cuando el Ingeniero la tomó por la cabeza y la atrajo con fuerza. Después del afloje siguió mamando un buen rato con la dulzura irresistible aprendida en más de diez años de oficio y al cabo sintió en la lengua las primeras lágrimas del goce. El Ingeniero la hizo incorporar y la tomó por los diminutos pezones, tan pequeños y sabrosos como los de una adolescente.

¡Quítate la falda y la pantaleta!, ordenó mientras le apuntaba con su arma trabada en la mano.

¡Ay, Ingeniero, eso no se va a poder!

¡Quítatelas te digo!

No, Ingeniero, mejor se viene en mi boca.

Me voy a venir, pero en todos tus agujeros, cabrona.

¡Ay, Ingeniero, por mí sí; pero no es lo que usted piensa...

Y a quién carajo le interesa pensar ahora. ¡Quítatelas de una vez!

Es que yo no nací mujer, Ingeniero. Soy mushe.

¿Que eres qué? Y antes de que El Sirenito terminara, Catalina se quitó la falda y la pantaleta y en medio de una matita hirsuta dejó entrever un apéndice con la puntita brillante a la luz del candil.

¿Qué es eso?, preguntó espoleado el Ingeniero. ¿Es tu clítoris?

No, pero es como si lo fuera; es mi pilincito; y mire nomás cómo se está poniendo, y echó la pelvis hacia delante para que se pudiera notar la erección de aquella cosita.

¡Baila!, ordenó el Ingeniero. Y Catalina comenzó a moverse medida ya de lleno en su papel seductor. Se tocaba los labios con los dedos y después rozaba con las yemas la punta de los pezones y el pilín

y daba vueltas y flexionaba para que sus nalgas viciosas incitasen a una cabalgada de lujuria. En una vuelta el Ingeniero la trabó por la espalda y la dobló sobre el borde de la cama. Y de nada hubieran servido sus excusas si no fuera porque la música cesó de pronto y los dos cuerpos se quedaron suspendidos en silencio hasta que Catalina se separó, y al instante la voz de Rigo Tovar volvió en medio de un rafagueo de aplausos.

Espérese tantito, ¿no tendrá por ahí una cremita o algo?, dijo Catalina tratando de resistir el jalón con que el Ingeniero pretendía doblarla de nuevo sobre la cama.

Así nomás, para que sientas el rigor, viciosa.

Ay no, qué barbaridad, así en seco me mata.

Sólo tengo una cajita de Vick, y si no con saliva...

A ver, pásame el vaporú, dijo Catalina.

El Ingeniero fue a la repisa y trajo la cajita; la abrió y se la dio a Catalina.

Va a arder un poquito al principio, dijo ella con sonrisa pícara, mientras se doblaba sobre la verga del Ingeniero y la introducía en la boca. Al sentir los pases deleitosos, el Ingeniero volvió a jalarla de la cabeza. Ella apartó la boca y comenzó a embadurnar con la yema de los dedos la cabeza amoratada. La primera impresión fue de escozor, pero enseguida sintió que el hormigueo le bajaba de la punta a la raíz y se extendía como un soplo enloquecedor por todo el cuerpo. Tomó a Catalina por la cintura y la volvió a acomodar sobre la cama. Con la crecida del efecto el Ingeniero empezó a empujar con desesperación, pero Catalina le agarró el órgano y le susurró que no comiera ansias. Después con calculada suavidad dirigió la punta briosa hacia su objetivo y comenzó a excitar los bordes de la entrada.

Durante cinco canciones, aflojándole a los embates entre canción y canción para que los ayes de Catalina no escandalizaran más a los vecinos, el Ingeniero estuvo dándole duro y tupido, hasta que al final Catalina comenzó a derrengarse entre grititos y súplicas y el Ingeniero entró con todo para arrancarle a Catalina un chillido que se sobreimpuso a los aplausos con que la plebe celebraba a su ídolo.



Tras un descanso de poco más de media hora, el Ingeniero le propuso ir a nadar, que ella saliera primero y que él la alcanzaría. Dijo que ni loca se metía así como estaba, que ni siquiera tenía fuerzas para hablar más, y se vistió y se fue trastabillando mientras el Ingeniero veía la figura aún más derrotada por la luz del candil y no se le ocurría otra explicación que la locura, aquella locura que cuando le empezaba a crecer entre las piernas era capaz de quebrantar cualquier pacto sagrado, la locura de una naturaleza que escogía siempre la perversión antes que la virtud. ¡Y qué bien cogía la cabrona Catalina!

Nadó un rato y luego se sumió en varias ocasiones y por último se tendió con los brazos y las piernas abiertas y vio todas las estrellas que podía ver y sintió la soledad que emanaba de tanta belleza. Volvió a pensar en Catalina y salió; después agarró la pastilla de jabón y empezó a enjabonarse de pies a cabeza. Cerró los ojos, y la próxima vez que los abrió dos haces de luz se metían por el otro extremo de la playa. Regresó al mar a quitarse el jabón y entonces las luces alumbraron hacia al mar tres veces, y como cinco minutos más tarde empezó a llegar el sordo trepidar de una lancha. Lo que el Ingeniero pensó ya no pudo quitárselo de la cabeza por el resto de la noche; pero lo que ni en sueños se imaginó es que esos hijos de la chingada fuesen capaces de tanta afrenta.

Las tortugas comenzaron a aparecer dos días después. Flotaban a la deriva sin sacar la cabeza y antes de que Moy jalara una desde la lancha para ver, el Ingeniero ya estaba seguro de qué se trataba. Moy gritó que estaba capada, el Ingeniero asintió y volvió a acelerar rumbo a la almadraba. En otra lancha el resto de los pescadores de la cooperativa hacía señas para compartir los hallazgos. Habían contado once antes de llegar a la red; sin embargo, el Ingeniero sospechaba que serían muchas más, y que después de cada noche que viniera la camioneta saldrían más... Entonces Moy se echó el clavado de costumbre para ver la captura y no vio más que una nube de pequeños peces picoteando algo en el fondo del embudo. Salió a la superficie, jaló aire y volvió a zambullirse.

¿Qué es?, preguntó el Ingeniero al verlo salir de nuevo con la expresión tan abierta.

¡Pinches putos, nos tiraron adentro cabezas de tiburón!, gritó para que oyeran también los de la otra lancha.

De regreso Moy volvió a contar las tortugas y el número subió a catorce. Durante todo el trayecto el Ingeniero se limitó a oír las mentadas de Moy y los reclamos por no ir todos a partirles la madre de una vez. Ya en tierra, pasó en medio del alboroto de los pescadores y se fue con la mira fija en el otro lado de la laguna.

Esperó casi tres horas a que la secretaria en Oaxaca localizara al señor delegado, que estaba en el Istmo, y cuando oyó el ¿Qué pasó, Ingeniero?, le soltó sin más preámbulos: Mañana al mediodía tienes que estar aquí, me la voy a jugar toda, y colgó.

Al atardecer vio que tío Nabor y los pescadores de la cooperativa estaban hablando debajo de la enramada. Ni él los quiso saludar ni ellos le hablaron. Le hizo una seña con la mano a Moy y siguió hacia la cabaña.

Llegaron a un acuerdo, dijo Moy.

El Ingeniero asintió.

¿No le interesa saber qué acuerdo?

El Ingeniero apuntó con el índice hacia el campamento del otro lado de la laguna para que Moy observara, y luego le dijo: ¿Lo saben ellos?

Pronto lo van a saber. Dicen que ya no van a permitir en Corralero ninguna red.

Ve por tus cosas de buceo, que vamos a salir, dijo el Ingeniero.

Cada quien se metió en su respectiva cabaña, y cuando se volvieron a ver de camino hacia la lancha, Moy le dijo a la espalda peluda que iba delante de él: Yo creo, Ingeniero, que deberíamos mandarlos a todos a la chingada e irnos de una vez a un lugar mucho más chingón que yo conozco, y donde no nos la van a hacer de pedo por ninguna red ni por nada...

¿Qué lugar?, preguntó sin mucho interés el Ingeniero.

Se llama Cerro Hermoso, un lugar chingón para toda clase de pesca, y además hay lagartos. ¿Oiga, será cierto eso de que por una piel de lagarto pagan ciento cincuenta dólares?

Hizo un par de inmersiones con el arpón y capturó dos par-gos. Después oyó el ronroneo de una lancha en medio de los últimos violetas de la tarde, levantó la cabeza y vio que Moy también estaba viendo cómo la lancha del otro campamento se alejaba. Ese podía ser un buen momento, pensó, pues el velador que cuidaba de las hieleras le había dicho a Moy que tres iban al tiburón y dos buceaban; un momento ideal para caerles a los dos buzos que quedaban en el campamento junto con el velador y no parar de apretar el gatillo hasta que se acabaran las balas. Sin embargo, cuando quiso imaginarse a su héroe con la cuarenta y cinco en la mano irrumpiendo de pronto desde la oscuridad, el sentimiento le dijo que no y volvió a convencerse de que tenía que ser justo como ya lo había vislumbrado.

Dejó que Moy se alejara la suficiente distancia en busca de langostas y comenzó a poner otra vez en práctica la habilidad excepcional que tenía para realizar unas apneas que le habían dado lo mejor de su fama cuando estuviera en Veracruz y Nayarit. Su máximo registro había sido en una apuesta con los compañeros de Matanchén: dos minutos y cincuenta y siete segundos.

En uno de sus acercamientos a la lancha para dejar una langosta, Moy se incorporó sobre el borde de la lancha y vio que el Ingeniero no había agarrado ni una. Se puso a buscarlo y lo vio salir y jalar el aire que había en torno a él como si fuera el último que quedara y quisiera acabárselo. Le preguntó qué pasaba, qué estaba haciendo. El Ingeniero le dijo que subiera a la lancha y nada más masculló que al día siguiente iba a hacer la buceada más cabrona de su vida.

Estuvo casi una hora afilando la punta de la flecha. Después subió a la lancha sin traje de neopreno, sólo el fusil, las aletas y el visor y su traje de baño predilecto: un biquini azul marino que llevaba con él más de cinco años. Mientras cargaba las ligas y se ponía las aletas, le dio a Moy las instrucciones sobre el uso de la pistola en caso de que las cosas no salieran como él pensaba. Ahora iba de pie en el compartimento delantero de la lancha, con el visor en la frente y el fusil ya listo en la mano derecha como un dios de cualquier mitología bárbara, y con la mirada fija en la otra lancha que estaba fondeada frente a los Morros Cagados. El clamor que le llegaba

no tenía nada que ver con una derrota, era un ejército convencido de la grandeza de su guía, y el guía estaba también convencido de que si caía él, se acabarían para siempre los clamores. Si en ese momento hubiera volteado para valorar la única ayuda con la que en realidad contaba, la imagen que le devolvería Moy sería la de una lejana retaguardia donde los que no son guerreros aguardan las noticias de la batalla con un presentimiento luctuoso. Pero sabía muy bien que su héroe cuando tomaba una decisión ya no miraba hacia atrás, y que su voluntad se convertía en un torbellino que doblaba todo a su paso.

Con la mano libre dio la última instrucción y, ya que estuvo cerca de la otra panga, hizo unas respiraciones profundas, ajustó el visor y saltó. Las dos cabezas que estaban al pendiente a unos metros de la otra lancha se separaron: una subió y la otra se sumergió para ver cómo el Ingeniero se hundía en diagonal muy despacio con el fusil por delante, justo al pie de los Morros Cagados. Como un tiburón que ha visto el mejor ángulo para la mordida, el Mantarraya se clavó tras él, y las dos figuras se hundieron impulsadas por la misma fuerza. Cuando el Ingeniero pasó de los veinte metros, el Mantarraya dejó de aletear y alargó al máximo el arpón tratando de acortar con el deseo los casi cuatro metros que los separaba. Comprendió enseguida el riesgo de fallar y quedar desarmado, y empezó a subir porque el aire se le acababa.

Al verlo subir, el Ingeniero se dio la vuelta e invirtió de golpe la situación. Cuando el Mantarraya descubrió cuánto había menospreciado al adversario, la urgencia del aire era ya mucho más acuciante que cualquier otra amenaza. Sólo necesitaba asomarse y volverse a meter para disparar, un par de segundos, pensaba aleteando con desesperación hacia la luz; los mismos dos segundos en que venía pensando el Ingeniero al estar ya a menos de tres metros de hacer el disparo más difícil de su vida. El Mantarraya no pudo refrenar el ímpetu y salió con la cabeza y parte de los hombros, jaló aire y volvió a meterse sincronizando el ojo con el dedo que tenía crispado sobre el gatillo. Pero el disparo que hizo ya no llevaba dirección; la flecha del ingeniero le había entrado en la punta del esternón atravesando en día-

gonal hacia arriba. Abrió los ojos y la boca al máximo y se fue hundiendo en un relajamiento mucho más lento y ritual que el arpón, que se perdió en seguida con sus destellos de bronce en el fondo azulino.

IX

El padre pudo ser cualquiera de los que pendoneaban por el mercado. Pero entre las puesteras de flores, hierbas y remedios había la sospecha de que el padre era el hijo de don Andrés, el anciano que más sabía de plantas y curaciones. Los puestos ocupaban la parte de atrás del mercado, a lo largo de un callejón que veía pasar incesantemente los rostros y los ánimos más disparejos. Casi todos de gente humilde, aunque no faltaban las esposas atribuladas de los políticos trabajados a la mala por la envidia o de empresarios que de pronto se hinchaban como sapos. Casi a mitad del callejón, entre totoperas y floreras, tenía su abuela el puesto de hierbas medicinales, y entre ella y don Andrés, que ocupaba dos puestos contiguos, suministraban la mayoría de los salutíferos que necesitaban en el Templo Espiritualista Faro de Luz. Los baños, sahumos y despojos eran consumo seguro, y a eso se sumaban las plantas raras que sólo el siervo espiritual y don Andrés conocían: remedios infalibles para cualquier desorden de la vida si se seguía con rigor el mandato.

El abuelo tenía algo de istmeño legítimo. Cachivacheaba todo tipo de cosas usadas como pretexto para andar en el argüende permanente. Así que no podía haber la menor duda sobre quien era el verdadero sostén de la familia. Cuando el abuelo murió, no pasó nada; cuando murió la abuela, se acabó el negocio segundón de tía Cata.

La primera imagen de la abuela está enmarcada en los mejores años. Ya no era la voluntariosa totopera de San Blas que requemaba el pulmón sobre las ascuas para mantener a un virotero huevón, un hijo prángana y una hija coscolina.

Lo que la niña recuerda es una matriarca de cuerpo embotijado y con oro en las orejas y más oro en el cuello, y la sonrisa alumbrada por dos pepitas de oro que se encendían de manera especial cuando la abuela hablaba en zapoteco con alguna vieja totopera de San Blas Atempa.

En los ojos de la abuela el mundo no era malo. Sólo cuando las imágenes despreciadas del hombre y de su hijo le bloqueaban la luz, era que se alborotaba y gruñía y a veces hasta maldecía para quitárselos de encima. Desde su sillita en el rincón, la niña veía como de pronto la llegada de su tío y de su abuelo cubierto de un husmeo de mezcal que quemaba el perfume de las flores y convertía el entorno en un mordisqueo de fieras donde lo último que podía importarles era la seguridad de la cría.

Con el abuelo nada más que pura lejanidad: la distancia suficiente para que el animal viejo no sintiera la competencia de la cría. Con el tío un acoso sesgado, matizado a veces con aquella sonrisa babosa que se le acercaba a unos centímetros de la cara y le soltaba en tono quemadón: ¿Cómo está el mushecito lindo? Nadie, ni siquiera la abuela le decía así, y antes, justo un par de años antes de que llegase a saber cuál era el verdadero intríngulis de esa palabra, su propio tío se encargaría de mostrarle el camino de perdición que ya jamás tendría retorno.

Tía Cata tenía casa propia en San Blas Atempa. Dos cuartos de adobe repellado y con techo de tejas; era en realidad la primera casa digna que había tenido en su vida, resultado del goteo de todos los sudores de sus tristes años de totopera. Nada más le faltaba el piso de cemento, pero con el cambio así se quedó para que los hombres tendieran sus petates al arbitrio de las borracheras.

La nueva casa estaba en Salina Cruz: un viejo galpón de madera con techo de láminas de zinc, dividido por mitad para separar la cama donde dormían la abuela y la niña del catre donde dormía la madre de la niña; tanto la abuela como la madre querían bien a la niña, aunque de manera diferente. Para la abuela era siempre Mi niña; mientras que para la madre era un seco Cata ven aquí o Cata vete a tu rincón, que podía confundirse fácilmente con la manera como le hablaban las puesteras a los perros sarnosos que pululaban por el mercado. La abuela la bañaba, la vestía y la peinaba, y la abuela también le dio de comer los primeros años y después le indicó cómo debía hacerlo sentadita en su esquina. La abuela le enseñó todo lo que la niña necesitaba saber, e hizo muchas otras cosas para proteger a la niña, que ésta nunca llegaría a saber. La mamá de la

niña tuvo en total tres abortos y con el último quedó imposibilitada para procrear por el resto de su vida.

Casi todo lo acomodó la abuela al plan que le dio nuevo sentido a su vida. Nada más se le olvidó que la criatura tendría que salir algún día de la guarida y entonces se encontraría con que la escenografía doméstica se vería invertida en los ojos de los demás niños: un choque que iba a significar el acontecimiento más perdurable en aquella memoria infantil. Tenía cinco años, con la cara regordeta de su madre y los mismos ojos vivarachos y buscones que le daban a la madre una fama tan chismosa y excesiva. Era el tercer día que iba a la escuela, y al entrar en el baño se olvidó de ponerle el seguro a la puerta. Otra niña llegó y abrió confiada la puerta y las dos se quedaron compartiendo el alegre pasmo que reflejaban los ojos infantiles. Después Catalina se incorporó y dejó que la niña bajase la vista y le apuntara a su pilincito. Mi hermanito Rubén tiene uno igualito, dijo acercando más la punta del dedo. Catalina se subió la pantaleta y se limpió los mocos empezando a sentir que esa niña ya no le gustaba. Tú no eres niña, insistió la otra cuando las dos estuvieron frente a frente. Sí soy, alegó Catalina. No, tú eres niño. Soy niña, y aunque le dio un empujón de pasada para librarse, en su cabecita ya no dejó de brincar esa nota de discordancia que la hacía diferente a los demás niños y niñas que sabían distinguir, como cualquier animal, el rabito de la rajada.



María Almendra contempló el cielo blandengue irritado por el cruce de unas culebrinas de fuego que dibujaban el contorno ominoso de la tormenta. En la calle los cuerpos se movían a través de una calina somnolienta y había en el modo de la gente un silencio tan cargado de rencores que acuchillaba las mejores intenciones. Miró en derredor y no vio más que un paraíso sombrío. De nuevo ese ángel de la perdición la dejaba plantada, y los deleites anticipados dejaban paso ahora a los peores reclamos. Odiaba a esa gente y a ese lugar como si fueran una condena, la roñosa contraparte a sus mejores aspiraciones. Odiaba a los hombres que buscaba para huir

y que siempre le fallaban, y odiaba a su padre y a su hermano, que eran aun peor que nada. Pero a quien más odiaba era a su madre: el menosprecio que le deparaba por su deseo de otra cosa, la manera tan persistente con que le hacía ver que no era más digna de confianza que su padre y su hermano.

Con la niña a veces odio y a veces pena: el rechazo hacia la muñeca travestida de la abuela, la compasiva identificación con aquella criaturita que jamás reclamaba ni pedía nada. En los momentos de mayor encono la abuela subía a la muñeca en su regazo y farfullaba un rosario de futuriciones con una sola evidencia: Mi niña es la que me va a cuidar, mi niña es la que se va a quedar con el negocio, mi niña nunca me va a abandonar...

En los corredores de la entrada el primer viento extendió la chuquilla de los pescados, que las puesteras azotaban para disuadir el besuqueo de las moscas. Las había negras y verdes; nada, sin embargo, comparado con lo que después vendría. María Almendra saludó a dos puesteras de pescado salado y entró dispuesta a alborotar al dueño de un asadero de tasajos y cecinas, que era su opción emergente.

Mientras mordisqueaba un tasajo y dejaba que el hombre se ilusionara de promesas entredichas, empezaron a caer en el techo de lámina los primeros goterones. Después subió el volumen de golpe y ya no podían oírse las palabras más cantarinas. El hombre le pidió a la hija que lo ayudaba que colocara dos cubetas en las goteras y aprovechó el ruidal para acercarse más a María Almendra con sus requiebros fantasiosos. Pasaban ya de las dos de la tarde, y la lluvia siguió todo lo largo de la noche llevándose en las riadas una multitud policromada de plásticos destripados, papeles y chanclas mutiladas por el tiempo y perros y cabezas de pescados y gallinas en una revuelta de mortandades.

Don Andrés había puesto el ejemplo empezando a emplasticar la mercadería, y tía Cata mandó a un chamaco a que encontrara a su hija. Como siempre, María Almendra rezongó y en diez minutos llegó zigzagueando entre charcos y goteras. La anciana estaba cortando con un cuchillo un plástico negro y la niña la ayudaba a sostenerlo. María Almendra reojó el puesto de don Andrés y vio que

la causa de su coraje tampoco estaba allí. Su madre dijo algo que se apagó como un tizón en el brincoteo del agua.

Don Andrés terminó de echar sus amarres sobre los plásticos y se ensimismó con la lluvia que caía por el pasillo. María Almendra aprovechó la circunstancia para darle salida al empuje remordiente de la duda.

¿Y su hijo, don Andrés?

El viejo siguió en silencio, viendo cómo dos hombres se acercaban chapaleando a porfía bajo los chorretes de agua.

¿Conocen ustedes a don Andrés?, dijo el mayor.

¿Y para qué quieren verlo?, reviró don Andrés.

Venimos del templo, nos mandaron con él para que nos diera estas hierbas, y le alargó el papel doblado donde venían manuscritos los remedios.

Tendrá que ser para mañana, musitó el viejo.

Es que tengo que regresar con las hierbas al templo de volada, este amigo ya no aguanta.

Era un veinteañero flaco y alto y con el pelo pajizo y la cara crispada por el horror que se había petrificado en sus ojos. Pero no fue la locurez del joven lo que estremeció a María Almendra, sino la vibra tan afirmada que transmitía el hombrón que había hablado; le calculó no más de cuarenta años y enseguida quiso creer que así tendría que ser el verdadero motivo de su escapada. Sin que ninguno de los dos hombres le diera oportunidad en la plática, ella se allegó al extraño y dijo que iba a ayudarlo. Apartó la cobertura de plástico y fue juntando loción verde y loción de los siete espíritus, mostaza, alucema, tres clases de incienso y piedra lumbre, y siguió amontonando hierbas y sobrecillos que tenían escrito los nombres más inexpresivos: madre cacao, azafrás, cordoncillo...

¿Dónde vio lo que vio?, preguntó don Andrés al desgair.

En el mar, nos tocó un mal tiempo en la costa de Guerrero, dijo el hombre con la vista inalterable en lo que hacía María Almendra.

Van a tener que ir a la mera raíz para arrancárselo, sentenció don Andrés.

¿Y qué es?, preguntó el otro hombre.

Miedo, puritito miedo.

Entonces María Almendra dijo que faltaban las flores y un manojo de ruda y albahaca y no quiso que el hombre fuera solo a perderse entre los puestos ya cerrados y goteantes.

Para llegar al templo tuvieron que pasar dos riachuelos que empezaron a meter lodo en el piso del taxi. En el aluvión brincoteaban palos y botellas y prendas de ropa. El conductor renegó la primera vez y dijo que no iba a poder cruzar la segunda crecida, mientras pensaba qué tanto más podría crecer el arroyo entre ir y volver. Pero el hombre habló de más dinero y pasaron, y cuando María Almendra bajó del taxi y miró el cielo se convenció de que tanta agua no podía caer en balde.

Era un edificio de cemento tosco pero amplio y sin más adornos que un altar chapeado en mármol y en forma de pirámide escalonada, donde había veladoras prendidas y un triángulo de luz con un ojo azulino al centro y encima una paloma blanca produciendo un abaniqueo de espíritu. Colgado de la pared, un estandarte satinado tenía la leyenda: Templo Espiritualista de la Tercera Edad Faro de Luz. Y por último estaban los bancos, viejos armatostes de pino repintados de un verde musgo donde los hombres se ponían a la izquierda y las mujeres a la derecha.

Esa tarde habían estado curando desde las cuatro y ahora quedaba nada más un hombre flaco y curtido y una niña que miraba a los recién llegados con un asombro inocente. El siervo espiritual regañó al hombre por su poca fe y constancia y le dijo que la envidia y el deseo de una mujer lo estaban perdiendo.

En ese templo los siervos espirituales sólo tenían como materia mujeres, y la que ahora estaba diagnosticando era la materia principal del templo, la que albergaba, en su descenso curador, al siervo espiritual de mayor rango y prestigio. Había dos asistentes, un hombre y una mujer, los dos rondando los cincuenta años y se paraban con las palmas de las manos al frente y los brazos como candelabros para garantizar el fluido benéfico de las energías.

En cuanto el joven estuvo en el marco purificador, empezó a moverse inquieto y abrir y cerrar la boca como un pez sobre el fondo de una barca. Tú, pequeñito, ya naciste dañado, dijo la voz impersonal que trascendía la confianza de aquellos ojos cerrados. Cuando

tu mamá te llevaba en el vientre le produjeron un daño, y después se hizo más grande por tu miedo y ahora es un daño muy crecido, que si no lo arrojas pues te mata. El joven comenzó a convulsionarse. ¡Échalo afuera!, subió la voz. Y por primera vez se dejó oír la queja pautada del miedo: No, me duele. ¡Échalo, escúpelo! No, no puedo, me duele mucho, dijo alternando los espasmos con un lloriqueo mocososo. ¡Suéltalo, vomítalo! Y los sollozos se transformaron en berridos que atravesaron la densa cortina de lluvia y fueron a fundirse con el estruendo de las olas contra la playa. Tal es la escenografía crédula: todos, menos el siervo espiritual, impresionados. En los momentos de mayor dramatismo, cuando el berreo indicaba claramente el degüelle de la víctima, María Almendra se agarró con sus manos ansiosas al brazo más próximo y se supo bendecida cuando el hombre con la otra mano la tomó de la nuca y la atrajo hacia su pecho.

Tres días duró la curación. Cada tarde el siervo espiritual ponía a berrear al enfermo y, después de hacerle expulsar los residuos del miedo que se resistían a salir junto con la baba mohosa y fétida que vomitaba, le hacían los despojos, el baño y los sahumerios. La segunda tarde, con el cielo y los caminos semiabiertos, María Almendra y el primer maquinista del Fortuna se fueron al camarote del pequeño carguero a consumir su enredo sentimental.

Sólo una vez más volvió a ver Catalina a su madre. Estaba en la casa, siguiendo embobada la recosida que la madre daba al corpiño de su huipil fiestero. Después de la ausencia de casi una semana, la madre había regresado obsequiosa permitiendo que la niña siguiese a su lado mientras cosía. Tres fuertes golpes en la puerta retumbaron por las tablas y láminas del techo y por último se metieron con un estremecimiento helado en aquellos corazones que apenas ahora parecían reconocerse. La madre y su hermano sostuvieron a viva voz la disputa, pero había demasiado mezcal en la sangre de aquel hombre y Catalina oyó y sufrió con el espanto más frío en su corazón lo que su tío le decía a su madre y le hacía a ella. ¡No la toques, borracho pervertido!, gritaba María Almendra con la tijera engatillada como un arma. ¡Suéltala, te digo, pinche puto vicioso! Y Catalina permanecía rígida en su capullo de sensibilidad, acosada por

los escalofríos que le producían las caricias de su tío cayendo por la nuca y por la espalda con la salpicadura de aquellas palabras sucias y estremecedoras que desaparecieron chispeando en el límite de los temblores. Nunca antes había sentido tanto miedo, tanta vergüenza y tanto placer: el efluvio cálido desbordó la pantaleta, pero ni el tío ni la madre, prisioneros de su pleito, alcanzaron a percibir el charquito que la niña regó donde estaba sentada. Fue el aviso más claro de la espiral pecaminosa que vendría más tarde.

Al día siguiente la madre desapareció sin que ni ella misma sospechase que iba a ser para siempre. Por la noche, como compensación del destino, Catalina conoció a su primo Delfino, el más extraño de todos los niños que hasta ahora había visto y que al instante le transmitió la sensación que necesitaba para vencer el vértigo. Tenía casi la misma edad que ella, pero se comportaba y hablaba como la personita más segura del mundo. El niño había vivido con sus abuelos en San Mateo del Mar, y a partir de esa noche y hasta el momento en que ella dejaría Salina Cruz con rumbo a Acapulco, se convertiría para Catalina en la única referencia agradecida de su infancia.

Iban a la misma escuela, hacían juntos las tareas y se pasaban horas hablando de cosas que aparecían en sus bocas y al decirlas los dos se quedaban convencidos de que pensaban y sentían lo mismo, aunque no pudieran comprender nada de lo que sucedía. Ella le había ofrecido para dormir el lugar que ya no ocupaba la madre. El niño dijo que no desde la primera noche, y tendió el petate que había traído consigo en el otro extremo del rincón donde dormían la abuela y la nieta. Él la llamaba prima, extendiendo sin saberlo el vínculo venturoso que había unido a las dos abuelas desde que eran niñas.

Las dos ancianas habían pasado su infancia en San Blas. Siguiéron juntas como adolescentes totoperas, y sólo cuando la abuela de Delfino conoció a un hamaquero que le doblaba la edad en la fiesta de una vela en Tehuantepec y se mudó a San Mateo del Mar las dos primas dejaron de compartir sus mundos. Sin embargo, cuando nació enrevesada María Almendra y la parturienta en el desespero mandó buscar a su prima, la abuela de Delfino llegó como una bendición para ayudarla en el parto, con un canasto lleno de pescado oreado y un morral de sardinas secas y camarones salados. Después

la distancia entre un pueblo y otro no fue causa de olvido, y las dos primas se veían semanalmente: una traía el pescado salado y la otra lo vendía junto con los totopos.



Delfino no era para Catalina el mismo enigma que para los demás niños de la escuela. Los dos sabían que eran raros y que su rareza los aislaba de la necesidad de las preguntas y respuestas con que entretejían los niños su mundo de mentiras. No había ocasión que los niños más enfadosos dejaran de aprovechar para escarnecer a Catalina. Ella se ponía al brinco y regresaba los insultos sin medir la desigualdad del pleito, como si todo el valor que de pronto la ponía loca estuviese conectado con la certeza inquebrantable de que allí estaba Delfino para el quite. Era el más alto y el mejor dotado de la clase; pero ni una sola vez en su corta vida había tenido que recurrir a los golpes. Había en la manera cómo fijaba sus ojos marinos y en el modo armonioso de sus palabras un magnetismo neutralizador que domesticaba cualquier intención agresiva. Sus manos membranosas y sus pies excesivamente largos parecían injertos de otra forma de vida, y si su aspecto de animal marino no producía mayor desasosiego entre los niños era por su natural tolerante y bondadoso; de ahí que el propio maestro no desaprovechara la menor oportunidad para ponerlo como modelo.

Estuvieron poco más de tres años en Salina Cruz, viendo sin comprender cómo ese saladero sin alma empezaba a convertirse en un infierno petrolero. Todo lo malo crecía por momentos: más cantinas, incontables changarros, nuevos tugurios, y con la expansión de la planta refinadora de Pemex llegó la moda cervecera. Ahora en las fiestas de las velas las istmeñas despreciaban el agua de mango, chilacayota, jamaica y tamarindo, y contra la sed metían los picos de las frías botellas en la boca y las succionaban en repaso rutinario del buen oficio que tanto las afamaba.

Una llanta gigantesca apachurró contra el pavimento la cabeza del abuelo de Catalina. El camión cisterna trabajaba para el sindicato petrolero, y la abuela agradeció que, además de librarse de esa

condena, le entregaran unos buenos pesos para sufragar el entierro. Y fue entonces que el tío de Catalina se hizo más visible y conflictivo. A veces iba al mercado a pedir dinero o a comer lo que su madre entre regaños le mandaba a comprar con las fritangueras. Otras llegaba por la noche a la casa enmarañado por el mezcal y gruñía y se tendía donde le venía en gana. Al no querer a nadie, le importaba un rábano que nadie lo quisiera.

Aunque a decir verdad, había alguien a quien quería y, por lo mismo, ese alguien era la única persona en el mundo que le importaba. Era una de la furcias de mayor demanda en el putero donde él trabajaba desbullando ostiones las mañanas en que no estaba tomado o crudo. Una sola vez, cuando había encontrado el revoltijo de billetes que su madre guardaba dentro de una lata grande colmada de tilcuiches secos, se había dado el gusto de montarla a ambas bandas, y desde esa ocasión había concebido la remota esperanza de que ella pudiera algún día asegurarle, junto con el goce, el sustento. Sueños de vapores etílicos, claro está, que no hicieron más que incentivar el despropósito.

Una mañana cualquiera la abuela amaneció fría y blanquecina, perdida en medio del greñal ceniciento que peinaba y trenzaba cada amanecer. Para Catalina fue el fin de toda esperanza, para su tío el impulso definitivo hacia el vicio.

Catalina recién había cumplido los once años y, a parte de leer y escribir, lo que sabía de la vida lo había aprendido fuera de la escuela, atenta siempre al parloteo de la abuela con los marchantes y barruntando que la maldad tenía mil formas de hacer daño a quien no supiera como desviarla. Le bastó una semana para comprender que lo que ella creía el fin, era apenas el inicio.

La niña dijo que iba esperar a que regresara su mamá y se negó a acompañar a Delfino con su abuela a San Mateo del Mar. Durante las mañanas permanecía sentada en el puesto, ayudándole a don Andrés cuando se lo pedía y viendo cómo una y otra vez las figuras que se acercaban por el callejón dejaban de ser su madre. Una tarde, al irse caminando hacia la casa, un taxista gordo y rosado como un cochinito glotón le tocó un par de veces el claxon y se puso al parejo diciéndole que a dónde iba, que él la llevaba. Catalina meneó su ca-

becita lustrosa y siguió caminando con aquel contoneo chistoso que los niños de la escuela le apuntillaban. Parte miedo, y parte también el querer que por aquel cuerpecito tan grácil siguiera circulando ese fluido malicioso que convertía el temor en excitación. Dobló apresurada la esquina y buscó la llave debajo de la maceta que estaba en la entrada: su escondrijo habitual. Después cerró por dentro y se metió en la cama, tapándose la cabeza con la cobija y apretando con sus manos aquella cosita que se empeñaba en permanecer rígida y punzante mientras que en su cabeza se proyectaban las imágenes más agresivas e improbables.

En la puerta hubo un tintineo y unas maldiciones y enseguida varios golpes violentos que sobresaltaron a Catalina. Estaba entrando en una modorra evasiva y los toques la hicieron emerger con violencia. Se quitó la cobija de encima y buscó con la mirada algo cortante. ¡Abre, que soy yo!, crepitó la voz desde el otro lado. La primera impresión fue de alivio; esa voz no era la del taxista sino la de su tío que venía rezumando mezcal. Quitó el pasador y regresó corriendo a la cama.

¿Por qué chingados cierras por dentro?, le dijo después de entrar y verla metida en la cama.

Vine del mercado, balbuceó mientras pensaba que si estuviera ahí Delfino ni siquiera se habría preocupado por contestarle. Ojalá se tienda a dormir en su petate y ya no despierte, siguió pensando. El tío se acercó a la cama y jaló con gesto torvo la cobija.

¿Ya te bañaste?, le preguntó al cuerpecito ovillado.

No.

Pues ve atrás a darte un baño, mushecito lindo.

Catalina bajó de la cama y vio la oportunidad para evadir al borracho. No le cabía la menor duda de que cuando regresara de bañarse, el tío ya estaría roncando su inofensividad. Fue atrás de la casa donde estaba el baño y la regadera, y se desnudó y se metió bajo el suspiro del agua. Cerró los ojos ante las imágenes alivianadas y dejó que el chorrito caliente le escurriera por los muslos y por los pies para empezar a enjabonarse.

El tío llegó y se ladeó contra la puerta de la caseta de madera que revestía al escusado y la regadera de una pobreza mohosa y carcomi-

da. Pero no olía a agujero infecto sino a cloro y, sobre todo, a zote, el jabón rosado y perfumado que María Almendra estimaba como el único lujo de la casa.

El soplador bien enjabonado, dijo el tío mientras apuntaba su pájaro hacia la boca del escusado. Catalina se crispó un instante y después dirigió la pastilla de jabón hacia las nalguitas bruñidas y rotundas. El tío volteó la cabeza y vio que la mano iba con demasiado desentendimiento en el empeño. ¡Trae paracá!, gruñó tendiendo una mano. Catalina vio la carne tuberosa que crecía frente a ella como despertando de un sueño y se quedó inmóvil entre el temor y el pánico. El tío le arrancó el jabón de la mano y comenzó a espolearle las nalguitas. Ábrete mushecito que te voy a enseñar el oficio, dijo metiéndose él también bajo la regadera. Catalina percibió de golpe que la suavidad de la espuma y su olor arrullante habían vencido las ganas de gritar. Cuando sintió el primer dedo adentro dio un ¡Ay! que fue como un trino para la bestia que ya empezaba a resoplar el deseo sobre su cuello. Luego se sumó el segundo dedo envuelto en una piel de espuma y fuego que derretía todo a su paso, y lo que vino después determinó de manera irreversible su destino.

X

Ganaba menos por un día de trabajo que por una sola hora en el otro lado. Allá lo decisivo era el dinero; aquí el sabor de la vida. Regresar como águila con nuevo plumaje a la selva que le recordaba los mejores años de su vida, con un pie hundido en la perdición y el otro tanteando los más bellos rincones de un paraíso a punto de ser profanado por la barbarie turística. Ahora, al igual que su patrón, ya no podía cazar, pero el sabor de la pesca hacía que cualquier bocado de animal de pezuña o pluma se viera simplemente como el mejor recuerdo de un tiempo que ya nunca más se repetiría.

En primerísimo lugar los tilcuiches, alevines de sardina que se retorcían y crepitaban en el aceite hirviendo hasta alcanzar el sabor más exquisito entre las fritangas marinas. Enseguida las sardinas, y después los ronquitos y parguitos... De ser posible, la alternancia era la misma: un día pescado frito y al siguiente, después de asada la pesca remanente, en caldo o escabeche. Y como complemento directo de esta abundancia mínima, las tortillas recién hechas por Crisálida. A diferencia del pasado reciente, en que compraba tortillas hechas con maseca en la tortillería del pueblo, la mujer tenía ahora un tambo con capacidad para cien litros lleno del mejor maíz de Arroyo Xúchil. Por la noche depositaba un par de kilos en la cubeta para nixtamal, y poco antes de cada comida molía unos puños de granos y ponía en el platón que ocupaba el centro de la mesa las tortillas calientitas. Roncadores al mojo de ajo, salsa costeña de molcajete y tortillas recién hechas, no tenía caso esperar algo más.

Sin embargo, las bolsas de plástico negro que descubrió a los pocos días cerca de la laguna supusieron un acontecimiento para el que no estaba preparado. Creía que con la muerte de Chano el otro lado del mundo quedaba clausurado para siempre, y ahora volvía a encontrarse de frente con esa parte de su vida signada de humi-

llación y desgracia. Aquí y allá, a lo largo de la huida clandestina señalada por las bolsas, había camisetas sucias y paliacates y cachuchas, un reguero de desprendimientos que Nicéforo siguió hasta los matorrales. Al fondo, las mudas de ropa interior de ambos sexos y la cantidad de camisas y pantalones de mezclilla y mochilas eran la prueba conclusiva de que ese refugio tenía ya tiempo funcionando.

Siete días después se abrieron de golpe el mar y la selva para mostrarle a Nicéforo una vez más que era prisionero irredimible de la desgracia. El oleaje rebasaba los límites de la playa y una lancha llena de indocumentados, después de ir y venir de un extremo al otro, se detuvo en la esquina donde ningún lanchero local se atrevía a varar y...

De nada sirvieron los gritos de la Ambientalista desde la terraza para que se alejaran hacia la esquina opuesta. Después de dos intentos frustrados, la máquina rugió a tope y la panga voló sobre una ola; cayó de bruces contra la arena y más de la mitad de los indocumentados salieron expulsados. La siguiente ola se llevó de regreso a la lancha y la volteó y la engulló, mientras los gritos de niños y mujeres ahogaban la voz del pollero que pretendía atajar el desbordamiento del pánico.

Nicéforo y Crisálida veían también la escena desde la terraza y ni siquiera se les ocurría pensar que las cosas que decía su patrona tuvieran algo que ver con ellos. Nicéforo movía de un lado a otro la cabeza, con la misma incredulidad del venado que se acerca a olisquear a la hembra recién abatida. Maletas, tambos de gasolina, cabezas y brazos, todos dándose las manos y tirando y arrastrando playa arriba los cuerpos exánimes que el imprevisible Pacífico esta vez no quiso tragar. Los escupió renacidos, y los diecisiete náufragos se encaramaron en las rocas y se quedaron viendo cómo el lomo de la lancha se alejaba a la deriva.

Lo último que dijo la promotora del parque quedó resonando en la cabeza de Nicéforo por el resto del día: Mire, Nicéforo, a mí personalmente me da mucha pena que toda esta gente tenga que irse a los Estados Unidos a recuperar parte de la riqueza que durante décadas nos han estado quitando. Lo que no acepto es que salgan justo aquí en esta playa habiendo tantas, y que dejen toda su por-

quería regada y que traigan además paludismo y dengue, ¿entiende la diferencia? Y claro que la entendía, como la siguió entendiendo toda esa noche mientras se entregó de cuerpo y alma a ayudar a los indocumentados.

El pollero se acercó a la cabaña poco después del anochecer. Saludó desde el umbral y Crisálida y Nicéforo se quedaron viendo la aparición convencidos de que era una respuesta demasiado demorada a las elucubraciones de día.

Disculpen, hermanos, pero andamos perdidos, dijo el recién llegado.

Para Nicéforo fue como si lo regresaran de golpe al desolado desierto de Arizona: un mandato simple que tomó la dirección de su voluntad para ofrecerle una silla al pollero. En menos de una hora se operó la transformación, y la pareja que caminaba a oscuras rumbo a La Crucecita estaba ya en un sueño completamente distinto al que habían contemplado esa mañana desde la terraza de la casa de sus patronos.

Regresaron cargados de comida y con un billete de doscientos pesos que sobró de los dos mil que el pollero les había dado. De ese billete nunca más se habló, y al cabo Nicéforo recibió la mejor oferta de su vida si le ayudaba al pollero a llevar a esa gente hasta el otro lado. Como era su costumbre no dijo ni sí ni no, únicamente que iba a pensarlo. Y lo siguió pensando durante varios meses, cuando iba a buscar comida al pueblo y juntaba y quemaba los desechos de los indocumentados, y regalaba a parientes de ambos sexos ropa y mochilas y huaraches: una riqueza en especie que complementaban sobradamente los dólares que le quedaban por cobijarlos en la selva, traerles de comer y rentar un camión de redilas para transportarlos.

Una mañana, al seguir las huellas de un grupo de indocumentados por el lecho del arroyo, oyó el canto provocador de varios machetes y un hacha; se acercó precavido a la estridencia y lo que descubrió le aplanó el ánimo: sin la menor preocupación por ser descubiertos, varios comuneros se dedicaban a desmontar alegremente la parte más feraz del bajial. Desde su escondrijo trató de identificar a los malosos, pero únicamente pareció reconocer a uno: un lidercillo revoltoso que ya había invadido previamente

varias hectáreas en los altos de Chahué. Sin demora regresó a la casa blanca a dar la noticia.

¡No lo puedo creer!, exclamó la Ambientalista.

Pues si no me cree puede ir usted misma a verlo, opuso Nicéforo.

No, sí le creo; lo que me parece increíble es que se pongan a desmontar la zona de reserva a plena luz del día, sin la menor preocupación de que puedan verlos.

Seguramente traerán algún permiso.

¡Cómo va a ser! Si apenas la semana pasada tuvimos una reunión con gente de la Semarnat y del Instituto de Ecología para adelantar la declaración del parque.

Pues yo conozco a mi gente, y si se enseñan así es porque alguien los está apoyando.

¿Qué quiere decir con que alguien los está apoyando?

Lo que le digo, que si no tuvieran un permiso no se meterían así con tanta confianza a desmontar.

La Ambientalista removió su archivo mental mientras Nicéforo miraba hacia una forma diminuta y coluda que corría por los lindes de la playa.

Mire, dijo con fuerza la mujer regresándolo a la terraza. Vaya a desayunar mientras le hago una nota para que se la lleve a FONATUR, pues ellos aún son dueños de estos terrenos expropiados, y por lo tanto les corresponde detener la barbaridad que están haciendo ahí abajo.

Dos horas después, Nicéforo entró en la misma oficina donde ya había estado varias veces en el remoto pasado. Pero ahora el lugar del licenciado Salinas lo ocupaba el licenciado Solín, un burócrata indolente y sin criterio que leyó la nota y nada más se limitó a farfollar: Dígale a la pintora que no hay ningún problema, que todo está debidamente autorizado.

Sí, ¿pero no podría darme una nota de su parte?

No hace falta. Dígale que yo le dije que ya estamos enterados, y lo condujo hacia la salida como si estuviera sacando de la oficina un animal desagradable.

Nicéforo ni se molestó en mirar a la secretaria. Sabía de sobra lo que le esperaba cuando transmitiera el mensaje; por eso es que

ni ánimo tuvo para ir al mercado a buscar más información con tío Nayo.

Cuando regresó, los dos artistas estaban comiendo bajo la enramada de bugambilias.

¿Qué pasó, Nicéforo?, dijo el hombre observando la expresión apagada y cansina del cuidador.

Le entregué la nota al licenciado Solín y me dijo que les dijera que todo está bien, que ellos ya están al tanto...

¡Pues entonces ya deberían de haberlos parado!, objetó la mujer.

Dice que tienen permiso para desmontar.

¿Permiso de quién?, insistió la Ambientalista.

Eso sí no me dijo.

¿Y no le dio una nota o le enseñó el permiso?

No, dijo que nomás yo les dijera lo que les dije.

¡Es el colmo de la desvergüenza!, protestó la mujer.

Bueno, Nicéforo, parece que este asunto trae cola así que hay que ponerle espía, dijo el hombre con fastidio y previendo que las quejas de la mujer terminarían malogrando la comida.

Al día siguiente, y ante la negativa del director de FONATUR a recibirla, la Ambientalista fue al noticiario de Fito Callejas y denunció el desmonte que estaban haciendo en pleno núcleo de la reserva ecológica. Cinco minutos después el recién electo secretario de Bienes Comunales, José Irineo, habló al programa y dijo que no se trataba de ningún desmonte clandestino, sino de un programa de apoyo a los legítimos comuneros para que hicieran productivas esas tierras que así como estaban no beneficiaban a nadie. La Ambientalista volvió a tomar el micrófono y, con el coraje brincándole en los labios, le dijo al representante de los comuneros que había en Samahua y fuera de la reserva tierra de sobra para el cultivo, y que conservar ese macizo de selva mixta caducifolia era más importante para el futuro de Huatulco que toda la inversión de infraestructura que hasta ahora se había hecho con fines turísticos. Después habló un tal Hugo Conejo, en representación de los hoteleros, y dijo que si se permitía que esos ambientalistas lograran hacer un parque en esas playas tan bellas sería una pérdida irremediable para el destino turístico, pues se perderían inversiones por millones de dólares.

La siguiente llamada, de un restaurantero, empezó a decir que los artistas de Cacaluta eran enemigos del progreso y que lo único que querían era que todo se quedara sucio y miserable como antes... Entonces Fito cortó la comunicación y dijo al aire que la línea se había saturado. Enseguida dio paso a los patrocinadores, mientras le decía en corto a la Ambientalista que contara con todo su apoyo, que él también era partidario de que se declarase a la mayor brevedad el parque, antes de que esos avorazados acabasen con toda la selva y con las playas, que eran lo único que los turistas buscaban...

Dos días después, en un recorrido minucioso, Nicéforo descubrió otro desmonte en Cacalutilla. Al acercarse entre la maleza reconoció a un peón de Pueblo Viejo y se hizo el aparecido como si anduviera campeando. Con su modo confianzoso y sonsacador logró enterarse de que se trataba de un proyecto para sembrar papayas, que el mero líder de los dos grupos era José Irineo, y que había un resto de lana de Bienes Comunales y de FONATUR.

Llegó tan apurado con la noticia que sólo cuando entró en la terraza descubrió al grupo que estaba alrededor de la mesa. Dudó un instante en regresarse, pero la Ambientalista le dijo que pasara. Nicéforo saludó con timidez y oyó las palabras de despedida. Eran seis personas, y entre ellas reconoció al único guía para ver las aves de la reserva y a Chalío Pacheco, el joven directivo de la más importante cooperativa de lanchas de paseo. Una vez que las visitas se fueron, la Ambientalista apartó una silla y dijo en tono educado: Siéntese por favor, Nicéforo.

Aquí estoy bien, gracias, respondió Nicéforo recargado sobre un horcón y sin poder interpretar el sentir de la patrona. A veces, en sus mejores momentos le hablaba de tú, pero la mayoría de las veces, y sobre todo cuando estaba enfadada, recurría a un usted distanciante que era para Nicéforo como una señal de alarma.

Pues me acaban de decir que todo este asunto de las papayas es un arreglo entre John Sinobras y José Irineo para evitar que se declare el parque; así unos se quedan con las tierras y FONATUR puede vender las playas, ¿cómo la ve?

Sí, uno de los que están desmontando allá en Cacalutilla me dijo que el mero encabezado es José Irineo.

Está peor de lo que pensábamos, dijo el dueño de la casa sin dejar de garrapatear en un mapa que tenía sobre la mesa.

¡No los vamos a dejar!, dijo convencida la Ambientalista. Ya hay un grupo muy fuerte que está con nosotros a favor del parque.

Pues a ver qué hacen, dijo Nicéforo.

No, lo importante no es lo que hagan ellos, sino lo que vamos a hacer nosotros.

Va a estar cabrón, dijo Nicéforo como si pensase en voz alta. Tienen de su lado a FONATUR y a Bienes Comunales...

Sí, pero nosotros tenemos la razón y la verdad de nuestro lado, opuso con firmeza la mujer. Si no logramos que se declare el parque, en menos de diez años Huatulco será otro Acapulco en miniatura...

Dicen que esta tierra es de ellos y que nadie va a quitársela, masculló Nicéforo.

Eso es precisamente lo que queremos, intervino el hombre levantando por primera vez la cabeza del mapa, que ningún grupito de ventajosos les quite a los huatulqueños de hoy y de mañana el derecho a disfrutar de esta naturaleza privilegiada.

Pues a ver qué pasa, volvió a pensar Nicéforo en voz alta.

Ya verá usted que la luz y la verdad siempre triunfan sobre la mentira y la oscuridad, sentenció la mujer.

Ojalá, dijo Nicéforo desprendiéndose del horcón.

Mañana mismo salimos para México, añadió la mujer levantándose. Vamos a tratar de ver al presidente de la República, así que aquí le encargamos la casa. Por favor, Nicéforo, sea muy cuidadoso con los que están desmontando allá abajo, y tampoco se vaya a meter en problemas con los indocumentados...

Sí, pierda cuidado. ¿Y para cuándo piensan regresar?

Eso no lo sabemos. Vamos a estar en la capital hasta que el presidente nos reciba y conozca lo que está pasando.



Quince días después los artistas regresaron sin previo aviso, y desde que entraron en la vereda descubrieron que la situación había empeorado. La maleza de los bordes estaba macheteada y sobre los

rastrojos ya secos sobresalían platos y vasos de plástico, envases de refrescos y cantidad de bolsas vacías de alimento chatarra. Durante el trayecto la mujer no dejó de hacer comentarios beligerantes, y en la mente del hombre comenzaron a desdibujarse los contornos triunfosos de la aceptación con que había recibido el presidente de México el proyecto para la declaratoria del Parque Nacional Huatulco.

En torno al pozo había varias envolturas de jabones y dos o tres envases de champú. Y conforme iban subiendo hacia la casa fueron aumentando las suspicacias, hasta que el cascabeleo de unas voces tensó la situación a un punto de ruptura, que llegó cuando la Ambientalista irrumpió de pronto en la cabaña del cuidador y encontró sentados en un viejo tablón de huanacaxtle a un hombre, dos mujeres y una niña de apariencia centroamericana. Sólo dijo: Buenas, luego sube para que hablemos, Nicéforo, y se dio la vuelta.

Nicéforo llegó dispuesto al sacrificio. Sabe que no puede alegar inocencia y nada más se queda parado viendo las uñas mugrosas de sus pies mientras la mujer expone sus razones: El escándalo, su casa, mi casa, nos quitan todo. ¿Se imagina? Ya veo la noticia: los artistas que querían declarar un parque se dedicaban en realidad al tráfico de indocumentados. Cómo puedo meterle en su cabecita que esto es tan peligroso o más que el tráfico de drogas, ¿no aprendió ya lo suficiente sobre eso en carne propia?

Esa gente necesita ayuda, a nadie le hacen daño, alegó Nicéforo sin querer cambiar de bando.

¡Sí, a nosotros pueden hacernos mucho daño!, protestó la Ambientalista. A usted, por lo menos, lo encierran quince años...

Están afuera de la casa, parados bajo la sombra espinuda de la bugambilia, y antes de que el arrebató de la mujer precipite un desenlace no deseado, el hombre sale de la casa y enfrenta a Nicéforo, cuya mirada continúa prendida de los dedos mugrosos que parecen querer escapar del burdo aprisionamiento de las tiras de cuero de los huaraches.

No se trata de juzgar, sino de ser inteligentes, dice el hombre en actitud conciliadora. Y para mí todo estriba en saber quién va a ser más inteligente, si usted o los judiciales.

Los judiciales les roban y violan a las mujeres, objetó Nicéforo.

Los judiciales tienen el poder para hacerlo.
Esa pobre gente lo único que quiere es trabajar.
Ese es problema de ellos, pero lo que le pueda suceder a usted si lo agarran ayudándolos es problema nuestro.

No me van agarrar.

Un momento, terció la mujer en tono airado; el asunto no es que usted crea que no lo van a agarrar, sino que no tiene que dar el menor motivo para que lo agarren. A usted se le paga para cuidar la reserva, no para que ayude a los indocumentados.

Todos somos cristianos, masculló Nicéforo entercado en defender la desgracia de sus iguales.

¡Pues más vale que decida de una vez para quién trabaja!, concluyó la mujer metiéndose en la casa.

Tras un silencio incómodo, el hombre comprendió que el desenlace estaba ya decidido y que Nicéforo era capaz de quedarse así indefinidamente con la vista perdida en sus pies. Y entonces dijo: Lo único que quiero que quede claro es que si lo agarran, nosotros no vamos a intervenir.

Aparecieron dos mañanas después. Crisálida estaba moliendo el nixtamal y se quedó en suspenso al ver los uniformes negros y las armas que apuntaban hacia todos lados. En la vereda, a suficiente distancia para no ser identificado, se quedó a la expectativa un tipo con camisa a cuadros y sombrero calado. Los judiciales rodearon la cabaña, y dos entraron en el cuarto y vieron lo suficiente antes de salir y juntarse con los tres restantes.

¿Dónde están?, dijo el jefe apuntando con el arma hacia el adolescente y la niña que estaban atornillados sobre un petate.

Crisálida hizo un gesto desganado con los hombros que evidenciaba más temor que aplomo.

Los padres, ¿dónde están?, insistió la voz.

El mayor es mi hijo, la niña es mi nieta, dijo Crisálida y reinició la molienda.

Ya vimos el campamento allá abajo, es mejor que nos digas de una vez adónde se los llevó tu hombre.

Yo de eso no sé nada, alegó Crisálida.

¿Donde está él?

Fue a un mandado.

¿Solo o acompañado?

Fue a vigilar.

¿Y esas mochilas y esa ropa que tienen adentro del cuarto?

Las encontramos tiradas allá en la laguna.

El oficial miró a sus hombres y les hizo unas señas con la mano libre en dirección a la playa. Por último, antes de irse, dijo en tono confiado: Lo vamos a agarrar, ya sabemos sus movimientos y sus contactos. Y, créame, no sabe cuántas vueltas va a tener que dar cuando lo agarremos con los indocumentados.

Crisálida siguió moliendo en silencio mientras los veía alejarse, y siguió en silencio viendo pasar por su cabeza las imágenes más desoladas.

Al rato, como atraído por el lúgubre chirrido del molino, llegó la sombra de Nicéforo y se dobló con la atarraya sobre la única silla que aún permanecía íntegra.

¿Qué querían?, preguntó sabiendo ya de antemano la respuesta.

Encontraron el campamento, dijo Crisálida con voz derrotada.

Hijos de su chingada...

¿Te vieron?

No, me metí al monte.

Aquí del otro lado se quedó uno que no venía uniformado.

¿Le viste la cara?

No, traía un sombrero negro.

Ha de ser algún papayero hijo de la chingada.

Dicen que ya te tienen medido.

Ahí en la bolsa vienen unos roncós y un puño de sardinas, vamos a dejarnos de pendejadas.

Sí pues, pendeja voy a ser yo cuando tenga que andar de abajo parriba y sin tener de dónde.

Ya conocía el final. Todas las historias inverosímiles de su pasado tenían el mismo final: tarde o temprano las puertas filosas del destino se cerraban frente a él y lo dejaban prisionero en la misma derrota de siempre. Quiso levantar la voz, pero se le deshilachó ante la justa exigencia de esa mujer que, por culpa de él, había tenido que soportar el lado más sufriendor de la vida. Está bien, hasta aquí

llegamos, dijo poniendo el corazón en la mano. Llegue quien llegue ni les vamos a hablar.

No pues, susurró la mujer y soltó por fin la mano que tenía crispada sobre el manubrio del molino para adelantarse a levantar la bolsa del pescado.

Los dos zumbidos llegaron de madrugada. Pasaron por afuera de la isla y luego entraron y enmudecieron un buen rato, hasta que uno aceleró a tope hacia la playa y el otro siguió rumbo a Puerto Ángel. Desde ese momento hasta la primera luz, Nicéforo cabeceó unas dos horas y se sobresaltó al oír los jadeos y quejidos que entraban en el traspatio. Saltó atemorizado de la hamaca que tenía tendida afuera y se metió en el monte como lo haría cualquier depredador nocturno de cuatro patas. Sólo después, cuando oyó el llamado de Crisálida, se le ocurrió pensar que tal vez había sido demasiado arisco.

Eran un hombre y una mujer. La mujer estaba tendida en el petate y el hombre y Crisálida hablaban en tono bajo y triste, como si ya supieran que estaban ante algo inevitable.

¿Qué pasó?, dijo Nicéforo reconociendo en el rostro duro y mestizo del hombre la expresión aplastante de la tragedia.

Malparió con los golpes del viaje, dijo Crisálida.

Nicéforo enfocó el rostro adolorido de la mujer y movió la cabeza con la misma incredulidad reprensiva que usaba a veces con él la señora de la casa blanca. ¡Pero qué juicio traerla en ese estado!, dijo con voz de mando.

Mi hermano quería que naciera del otro lado, musitó el hombre; y como Nicéforo no dijo nada, continuó confesándose: Me pidió que pasara a mi cuñada hasta Chicago.

Ajenos al drama, los cacareos de las chachalacas enmarcaron el silencio e hicieron que las miradas se encontrasen en un acuerdo compasivo. Mientras prendía la lumbre Crisálida pensaba lo peor, y sólo los quejidos agónicos de la mujer, que se desvanecían sin esperanza tras el cloquerío, le impedían aceptar las más sólidas objeciones de su cordura. Entonces el hombre dijo que su cuñada había perdido mucha sangre y que necesitaba antibióticos y vitaminas.

Para ninguno de los dos era apacible lo que veían en la mujer: era demasiado claro el color de la muerte, y en los lamentos había

tanto sufrimiento que no podía seguir creciendo por más horas. Se estaba muriendo justo en medio de la cocina: un cuerpo clandestino que vendría a darle más credibilidad a la magnitud del delito. Así que tardaron casi una hora en ocultar a la moribunda adentro de la cabaña donde los patrones guardaban la leña. Nicéforo recibió el rollo de dólares después de cambiarse de ropa, y entre ir y venir al pueblo consumió la mañana. Mientras regresaba por la vereda a paso desmayado traía en mente el cuerpo ya sin vida cubierto con la cobija ensangrentada y lo más seguro es que estuviera al lado la patrona en actitud condenadora y beligerante.

Crisálida lo descubrió de subida y le dijo que se apurara. La mujer todavía respiraba, pero ya no se quejaba. ¡Apúrale!, urgió Crisálida. Traía inyecciones de ampicilina y también dos botes de suero oral y una caja de ampollitas de tiaminal y gasas, alcohol y vendas... Todo extendido sobre el mismo petate donde agonizaba la indocumentada, y cuando Crisálida levantó la jeringa para comprobar que no había aire encapsulado, descubrió la mirada inquisitiva de la patrona.



Dos pescadores de la cooperativa dieron parte del hallazgo. Por mar llegó la lancha de capitanía del puerto y por tierra una cuadrilla de marinos armados. Poco antes de que el fuego del sol se apagara tras los cerros, los uniformados llegaron a la terraza de la casa blanca. El sargento saludó a la Ambientalista y estudió sus reacciones mientras señalaba la embarcación que ahora era remolcada por la de capitanía, y exageraba la cantidad de sangre impregnada en la toalla y la sábana que había adentro de la embarcación: tal vez un pleito durante la travesía.

La mujer vio con desagrado cómo dos marinos caminaban hacia la parte trasera de la casa y cortó el interrogatorio para desviar las sospechas. Dijo que por ese lado de la playa no había visto nada, y que probablemente ya habrían llegado a la carretera por todo el lecho del arroyo, o quizás estuviesen escondidos con los papayeros.

Hay huellas que vienen para este lado, dijo el sargento.

Y con la mayor naturalidad, la mujer le explicó que el cuidador y su hijo habían ido a pescar por la mañana.

En la casa del cuidador Crisálida estaba bordando una servilleta y la nieta se entretenía mordisqueando una sucia cuchara de plástico. Los había visto husmear en torno a la bodega y los siguió viendo de reojo mientras rodeaban la cabaña y se acercaban en círculo hacia donde ella estaba. Tras recibir tres negaciones a sus preguntas, el sargento inquirió por el hombre de la casa. Y con el mismo aplomo, sin levantar la vista de las puntadas que le estaba dando al ojo de un pájaro, Crisálida dijo: Fue a un mandado.

Hacia las diez de la noche, Nicéforo y el otro hombre sacaron a la mujer de la selva donde la habían ocultado por mandato de la patrona, y la cargaron en una hamaca hasta los linderos de la carretera hacia la playa de Maguey. Al dejar el cuerpo a un lado de la vereda, Nicéforo apuntó con la luz hacia la cara de la mujer y vio cómo se prendía en los ojos una sonrisa agradecida. Era una mirada llena de ganas de vivir: la certeza de estar dispuesta a luchar hasta el último segundo. Después Nicéforo fue a buscar un taxi a La Crucecita y le dijo al conductor que su cuñada estaba muy grave. En cuanto distinguió el bulto que le metieron adentro del auto, el taxista se negó a aceptar el riesgo por menos del doble de lo que había acordado con Nicéforo.

En el Centro de Salud el pasante que estaba de guardia leyó la misiva que le dirigía la Ambientalista y titubeó antes de decirle a Nicéforo que pasase. Mientras el médico examinaba a la mujer, Nicéforo le tendió la mano al indocumentado y se despidió.

Hermano, siempre te lo voy agradecer, dijo el otro abrazándolo.

Ya de regreso, a mitad de la vereda se le agotaron las pilas. Los primeros pasos en medio de la negrura fueron tanteantes, pero pronto recobró la confianza de sus años de noctívago y se fue pensando únicamente en un buen trago de agua. En el pozo vio varias pelotitas de luz y se ocultó en la maleza. Contó tres, aunque sin duda habría más por otro lado. Iban apuntando con las luces hacia el suelo y siguieron apuntando al pasar frente al pochote tras el que se ocultaba Nicéforo. Adelante, sin arma ni uniforme, iba un tipo

alto y con sombrero que de pronto se detuvo y apuntó la luz hacia el suelo huellado. Por aquí pasaron, dijo demorando la búsqueda; seguro este bato ya les conectó viaje. Nicéforo asomó entonces la cabeza para tratar de identificarlo, pero entre el bailoteo de las luces sólo pudo distinguir que era mucho más alto y fornido que los demás judiciales. Enseguida el que llevaba el mando ordenó la marcha, y Nicéforo se quedó recargado contra el pochote rebuscando en los escondrijos de la memoria alguna referencia sobre ese hijo de la chingada que los iba guiando.

Dos horas más tarde se acercó a la cabaña y esperó un rato antes de hablarle a Crisálida, que dormía encerrada en el cuarto. La mujer salió aún más asustada de lo que él había pensado y le dio en silencio la cobija.

Siguió durmiendo en la hamaca tendida entre un macuil y un caobo, el único que había sobrevivido de un almácigo de ciento veinte. La tercera noche en el cielo había una luna apenas mordisqueada de blanco, y la luz caía diluida sobre la cara de Nicéforo como un aleteo sedante. Si estuviera arriba de un árbol habría oído las pisadas del venado demasiado tarde. Pero desde que la patrona había prohibido tener perros por el daño que hacían a la fauna salvaje, Nicéforo se sobresaltaba con los ruidos extraños y ya no podía dormir mucho tiempo. Oyó el chasquido de una piedra en la vereda y levantó la cabeza de golpe, como no debería hacerlo un cazador experimentado. Oyó los pasos y vio enseguida la primera figura entrando en el patio de la cocina. Sin meditarlo siquiera saltó de la hamaca y, en calzoncillos y descalzo, se arrojó al monte con la misma decisión que si hubiera saltado al mar desde una roca.

Las dos primeras sombras corrieron con las armas en ristre y al llegar al tarraplén prendieron una luz y estuvieron horadando la maleza hasta que regresaron bajo el techo de la cocina, donde el comandante de la judicial y tres subalternos removían y tiraban ollas, bolsas y cacharos. Crisálida salió de la cabaña sospechando lo peor, pero vio enseguida que Nicéforo no estaba entre los judiciales.

Por el ruido que hacían, solamente les llegó el zumbido cuando ya las lanchas entraban en la bahía. El comandante gritó una orden y exigió con la mano izquierda al frente la detención de los rompi-

mientos. Cuando al cabo fijó el resonar de los motores, apuntó con la pistola hacía la playa y salió a la carrera.

En esa larga noche Nicéforo no durmió, y tampoco quiso regresar a la casa hasta que las tibias estrías del sol se posaron sobre su cara. Se había instalado en un frondoso ocotín en medio de un espinal cerca de la playa, y al trepar había oído los gritos y el rugir de los motores y el eco de disparos que apuntaba hacia afuera de la bahía. Bajó del árbol y se encaminó con sigilo hasta la cocina donde Crisálida estaba echando tortillas.

¿Regresaron?, preguntó Nicéforo viendo con antojo de desvelado la olla de café humeando.

Ya no podemos seguir así, dijo la mujer sin atreverse a mirarlo.

¿Y qué chingados quieres que haga?, ¿que marche de nuevo pal otro lado?, escupió resorteado por la malpasada.

Esta no es vida para los chamacos.

¿A poco crees que me echo al monte por gusto?

Pues gusto o no, parece que no quieres dejar esta vida...

¡Chingada madre, ahora resulta que fui yo el que escogió venirse paracá!

Yo no dije eso; lo que digo es que una cosa es vivir aquí a gusto como estábamos, y otra meterse en problemas con esa gente.

Esa gente se está partiendo la madre haciendo lo mismo que yo tuve que hacer para que tú y los chamacos tuvieran que comer...

Con lo que te dan por cuidar nos alcanza para vivir sin necesidad de buscar problemas.

¡Vete a la chingada!, y se fue a fondear adentro de la cabaña. Jaló el petate hacía una esquina y se cubrió con la cobija.

Esta vez no los oyó. Estaba soñando que iba por el desierto y la arena y el sol se juntaban en la misma calcinación sulfurosa; cada paso era como un descenso encapsulado y opresivo que incendiaba la nariz y la garganta e impelía a consumir con rapidez el sacrificio. La puerta y la única ventana estaban cerradas y cuando los judiciales reventaron la cerradura, Nicéforo emergió de entre la cobija con expresión incrédula. La primera patada lo terminó de despertar. Buscó con los ojos febriles algo con que defenderse y sólo encontró al alcance una varilla de hierro que asió con las dos manos

en actitud agresiva. Y entonces los tres judiciales se le fueron encima y a cachazos y patadas lo ovillaron en la esquina. De las mentadas y amenazas Nicéforo pasó enseguida a un lloriqueo que sólo se interrumpió cuando Crisálida entró en el cuartito y comenzó a gritar y a manotear para que ya no lo siguieran golpeando. Entraron otros dos judiciales y sacaron en vilo a la mujer; después esposaron a Nicéforo y lo empujaron hacia la luz implacable del mediodía. Manaba aparatosamente sangre por la nariz reventada y el único ojo que pudo abrir se llenó de espanto con los indocumentados que estaban enracimados en la cocina. Crisálida permanecía lloriqueando abrazada por su hijo y su nieta, y en su pose lastimera empezaba a traslucirse la resignación ante la tragedia.

El jefe del grupo hizo un par de aserciones triunfales y como Nicéforo no dijo nada, concluyó con la altivez característica de su cargo: Por lo menos dieciocho años en Ixcotel, allá en Oaxaca. Enseguida ordenó que arrearan a los indocumentados y por último empujaron a Nicéforo con las manos esposadas atrás, y se fue como soldado sin patria y dejando en la vereda un goteo de sangre. Al llegar al pozo pudo ver por primera vez la cara del tipo con sombrero que los estaba esperando.

XI

Amanecía, y cuando Cirenio detuvo la camioneta una vida menuda protestó brincando. En el gris satinado apenas podía verse el letrero que señalaba la brecha hacia la refinería y a San Pedro Huilotepec. Hacía más de una década que Catalina no repetía el recorrido y ahora había demasiadas cosas que no encajaban con el triste paramal de su recuerdo. Construcciones rápidas y feas como un mal sueño, con los bloques y las costuras de cemento al descubierto y con las puntas de las varillas apuntando al infinito a manera de antenas en espera de otro soplo de prosperidad. Sin bajar del auto, Catalina vio que en el suelo sobre el que orinaba Cirenio había más plásticos y latas y botellas y pañales y trapos y zapatos viejos de los que podría imaginar.

¿Por qué seremos tan puercos?, dijo Catalina en cuanto volvieron a arrancar.

Mi patrón en Acapulco decía que era la nostalgia del chiquero, dijo Cirenio.

Antes la gente no era tan puerca, añadió Catalina.

Antes.

Entre brincos y requeibros siguieron testificando en silencio los cambios que la derrama petrolera había producido en la periferia de Salina Cruz. Catalina recordaba que entre las puesteras del mercado las roñosidades de ese puerto asfixiado por el petróleo sólo motivaba un parloteo de lamentos. Las tehuanas y las juchitecas practicaban a menudo el ninguneo mutuo, pero ninguna se atrevería a insinuar que Juchitán o Tehuantepec fueran iguales a Salina Cruz. Las dos primeras ciudades encerraban en el corazón de su progresivo desaliño sendos paraísos identitarios; Salina Cruz, por el contrario, era la encarnación mareña de la fealdad.

Atrás, cubiertas con una lona emplastificada, venían sus propiedades, y en cada hoyo se producían los más ríspidos chirridos que

hacían pensar en la inminencia del fracaso. Catalina vio de pronto el huanacastle centenario que estaba a la entrada y pronunció un resignado: Ya llegamos. Varios perros acentuaron con su acoso la confusión que le producían a Catalina las nuevas cabañas. Pero allí estaba la puerta de entrada al mundo huave, y también la casa amarilla de los abuelos del único amigo que había tenido hasta que saliera del Istmo.

Más perros llegaron rechazando la camioneta con todo el rencor que habían aprendido a acumular contra los extraños que se movían por ese camino. En la puerta abierta de la casa amarilla asomó una mujer y le habló a los perros en un tono terso y amistoso, ajeno por completo a lo que Catalina tenía en los ojos: era una mujer en la mitad más saludable del embarazo, con el pelo largo y lustroso y la expresión bobalicona de un alma dócil que aún no ha conocido las consecuencias del mal. Desde la ventanilla, sopesando el cansancio, Catalina le preguntó por Delfino.

No vive aquí, dijo la mujer, al tiempo que bajaba una mano hacia los perros que se le acercaron moviendo la cola.

Catalina miró a Cirenio y comprobó que, a pesar del desgaste nocturno, no había en el brillo sanguíneo de sus ojos la menor señal de zozobra.

¿Se fue del pueblo?, volvió a preguntar, mientras veía cómo dos cabecitas negras y desplumadas se asomaban por la puerta.

Sí, ya va para tres años, dijo la mujer.

¿Y por casualidad no sabe usted para dónde?

Sí, para Santa Gertrudis Miramar.

¿Dónde dijo?, insistió Catalina medio incrédula.

También le dicen Chipehua, parallá se fue.

Recuerdo el letrero, dijo Cirenio; hace como dos horas pasamos donde estaba la desviación.

La mujer siguió permitiendo que los perros le lamieran la mano, y Cirenio metió la marcha y empezó a girar el volante.

Espérate tantito, ordenó Catalina. La vista de los dos vástagos le había despertado una sospecha insidiosa y ahora no le quedaba más que confirmar el despropósito de la especulación. ¿Esos son sus hijos?, soltó sin más.

Sí, los dos y éste, dijo la mujer sobando con la mano babeada la curva de su barriga.

¿Los tres de él, de Delfino?, inquirió aún más incrédula Catalina.

No, como cree. Él no tiene hijos, estos son de mi marido.

Ah, vaya, se aflojó Catalina.

Nosotros nada más le rentamos.

Sí, gracias, masculló Catalina y le hizo una seña a Cirenio para que arrancase.

Cirenio se dispuso a dar la vuelta, pero Catalina le pidió que fueran a dar una pasada al pueblo para revivir sus mejores recuerdos.

No te va a gustar, dijo Cirenio.

¿Por qué?, reviró Catalina ariscada.

Porque todo cambia para peor. Lo último que yo haría en mi vida sería regresar a mi pueblo, basta con ver uno para ver todos...

No vieron ni el mar ni la laguna. La camioneta sólo se detuvo dos veces. Una frente a la escuela primaria de tres aulas y una cancha, nada roto ni pintarrajeado en puertas, paredes y ventanas, y varios ficus y bugambilias recién sembradas a la entrada que reflejaban una prosperidad inverosímil. La segunda fue más rápida y definitiva: lo que antes era el changarro verdulero de doña Calcedonia lo ocupaban ahora varios locales con chapas estridentes de cervezas y refrescos. Catalina vio salir como una aparición la imagen intemporal de una muñeca desgredada y vestida de negro, con una frente calva que parecía un pegote de luz encima de los dos agujeros negros que se quedaros esculcando hacia la camioneta. Catalina puso una mano sobre la pierna de Cirenio y presionó con fuerza para escapar de esa tristeza embrujada. ¡Qué barbaridad, está más loca que antes!, dijo viendo cómo el pasado se alejaba con doña Calcedonia. Cirenio sacudió los ojos y se dispuso de nuevo a soportar los baches.



Santa Gertrudis de Miramar se llamaba el municipio, el Pueblo El Carrizal, y a la playa, tres kilómetros más abajo, le decían Ensenada de Chipehua. Antes de la playa había una pequeña laguna, y desde

la ventanilla Catalina vio metido en el agua rebalsada a un tipo demasiado extraño caminando de espaldas y con una atarraya alistada para el lance; en la orilla había otro hombre igual de raro pero con el pelo rubio y una niña larguirucha y requemada por el sol. En cuanto el tipo volteó al arrojar la atarraya, Catalina gritó: ¡Párate!, y enseguida dijo con la voz más esperanzada que Cirenio le había oído desde que emprendieran la huida: ¡Es él, bendito sea Dios! Pero Cirenio dudó que fuera así como Catalina se lo había dibujado.

Había hecho un rescate demasiado ventajoso de su infancia, donde ese extraño personaje aparecía como la única excepción, la prueba más viva de que el bien podía vencer definitivamente al mal. Nunca, ni una sola vez lo había visto pegarle a otro niño, o reírse de un defecto de alguien, ni robar ni maldecir, ni hacer las cochinas que ella había aprendido a hacer con su tío. El cuerpo salió a trompicones del agua y soltó la atarraya en lo seco, y entonces Cirenio tuvo que abrir bien los ojos para poder abarcar todas las concordancias: un poco más de un metro ochenta de estatura, las piernas y los brazos largos y bruñidos, y el abdomen y el tórax imponentes, como si toda la piel hubiera sido restirada violentamente sobre el músculo, y por último la cara, con un corte dinámico que remitía de inmediato a un animal marino. Después Catalina gritó el nombre, y la cabeza se levantó para que la boca y los ojos dejaran traslucir una sonrisa aun más bella que las remembranzas que Catalina había hecho. El otro hombre y la niña se lanzaron sobre el pataleo de unas jaibas lustrosas y detuvieron un gesto incrédulo cuando Catalina y Delfino se abrazaron.

Los retumbos mastodónticos del mar llegaban como señales de una guerra cada vez más cercana, y cuando por fin lo vieron Catalina dejó de hablar y Cirenio suspendió la respiración para sopesar el tamaño de aquellas crines espumosas que se arrojaban contra la playa con ímpetu asesino. Delfino comentó que estaban en pleno rebalse. Catalina siguió inmóvil frente al espectáculo, pensando únicamente qué diría el Ingeniero si viera eso. El otro hombre y la niña se pusieron a un lado de Catalina. Está muy alto, dijo el hombre casi sin acento gringo. Catalina asintió en silencio mientras veía ahora varias lanchas estacionadas frente a una enramada en lo más

alto de la playa. Si alguien podía entrar y salir con esas lanchas, el Ingeniero también podría. Volteó hacia Delfino y nada más preguntó: ¿Dónde vives?

Regresaron al pueblo, y en la periferia el gringo y la niña se despidieron con el morral mediado de jaibas. Delfino señaló hacia tres cabañas, alejadas unos quinientos metros del centro del poblado; eran de adobe y repellido de cemento con una lechada de cal, con el techo de tejas y la mínima expresión de una puerta y una ventana. La primera estaba separada como unos cincuenta metros, pero las otras dos casi pegadas le parecieron a Catalina la única bendición que podía poner fin a tanta zozobra.

Delfino fue hacia la parte trasera de la primera cabaña y regresó a abrir la puerta. Después les dijo que pasaran y Catalina se quedó abarcando la puerta y escudriñando con mirada chismosa la escenografía delirante. Conchas y caracoles, caparazones de tortugas y esqueletos extraños y bellísimos, y pecios increíbles y racimos de arbustos de coral blanco y negro, casi todo en vitrinas enmarcadas con maderas preciosas, del mismo árbol, pensó Catalina, con el que estaban hechas la mesa y las sillas y también la cama que ocupaba la pared próxima a la ventana. Sobre la mesa había un quinqué de bronce con pantalla de vidrio y un libro grueso de pastas azules y un diccionario. Delfino señaló las sillas y les dijo que se sentaran. Con los libros en la mano se fue a sentar sobre la cama.

Catalina no quiso dejar de ser la primera en hablar.

¿Es tuya la casa?, preguntó abriendo con interés sus ojos.

Delfino asintió y sonrió, comprobando una vez más la manera tan sabrosa con que había madurado aquel cuerpecito grácil que él recordaba.

¿Y las otras dos?

También. Las rento cuando viene gente a quedarse.

Parece que ahora no hay nadie, dijo Cirenio.

No, nada más en vacaciones vienen, o algunos fines de semana.

¿Son iguales las tres?, preguntó Catalina. Delfino volvió a asentir: Casi. Son chistosas, dijo Catalina. Pero a mí me gustan, ¿y a ti, mi amor?, volteó hacia su hombre que repasaba las paredes tratando de encontrarle la forma viva a un esqueleto.

Les hizo café en una cocineta de gas que tenía bajo el alerón atrás de la cabaña. Catalina en pensativo pregunteo para entender de una vez cuál era la posibilidad real de anclaje. Delfino, aunque ya suponía una razón de peso en la llegada, esperó a que dejaran de gotear las preguntas. Mientras bebían el café, Cirenio y Catalina cruzaban las miradas por encima de las tazas para encontrar un único punto de apoyo, una sola razón que fuera suficiente para ya no tener que seguir arrancándole frustraciones al futuro. Y los dos vieron reflejarse en los ojos del otro la pregunta decisiva.

¿Y es cierto que hay bastante pesca?, preguntó Catalina cambiando el perfil hacia Delfino.

¿Quién dice?

Cuando preguntamos por ti de pasada.

Puede que más que en ningún otro lado, dijo Delfino esponjándose; éste es un lugar de nacimiento para la vida marina.



Casi el lugar ideal para el pescador ribereño, si no fuera por el permanente peligro de las entradas y las salidas en el mar y la atracción irremediable que sienten por un lugar así los depredadores artificiales. En el pueblo, Catalina y Cirenio habían calculado unas treinta casitas y cabañas, pero lo que ni barruntaban es que en la mitad de esas casas viviesen pescadores y en la otra mitad agricultores. De los que se dedicaban a la pesca poco menos de la mitad formaban dos cooperativas y el resto eran pescadores libres.

Un día después de instalarse, Cirenio quiso comprobar por sí mismo qué tanto valía la pena arriesgar la esperanza de Catalina y dijo que iba por unas cervezas. Vio venir los perros y se puso tenso y se dobló para coger una piedra y después siguió caminando con todas las terminales atentas al arranque de los ladridos. Voces de mujeres gritaron desde una puerta y en seguida salieron niños que asustaron a los perros y los mantuvieron a raya con piedras, mientras Cirenio pasaba y saludaba a la mujer y a otros rostros que se asomaban a la escena como espectadores clandestinos que están viendo algo que no encaja en el lugar. Pantalón y zapatos negros, guayabera

blanca y el pelo rizado y el bigote recién recortado, y un porte en el caminar que, aunque daba la impresión de ser ajeno al mundo, era consciente hasta un nivel enfermizo de todo lo que se movía. Así llegó al mostrador del tendajón y pidió un paquete de seis cervezas.

Sólo vendemos caguamas, dijo el hombre que atendía.

Amplificando sobre su espalda las miradas de los pescadores que estaban bebiendo, Cirenio nada más siseó: ¿De qué marca?

Aquí nada más vendemos Carta Blanca.

Sus motivos tendrán habiendo otras mejores, dijo mirando por primera vez al tendero.

¿Qué?

Que me dé dos, por favor.

¿Viene de Veracruz?

Cirenio negó con la cabeza.

¿De dónde entonces?

De Oaxaca.

No parecen vallistos.

¿Qué le debo?, cortó Cirenio pensando cuánto más sabrían ya desde su llegada.

Oiga, amigo, dijo una voz fosca y espinosa.

Cirenio volteó y encontró las atenciones pendientes de un greñudo que estaba en el piso, sentado sobre sus piernas flexionadas hacia atrás y abiertas a manera de soporte.

¿Me permite que le haga una consulta?

Cirenio sonrió y asintió.

Por lo que se ve es usted un hombre que tiene que saber de lo que yo estoy hablando.

Ya cállate, pendejo, dijo alguien desatando un riserío.

Cirenio sacó un billete y, mientras recibía el cambio, explotó tras él un eructo y volvió a oír la misma voz: Estos de aquí ni cuais, están tan pendejos como yo. Pero usted sabe vestir bien, luego se ve, y tiene pintadote en la frente un letrero que dice: Yo sí sé.

Mientras compartía las risas, Cirenio se decía que en todos los lugares de la costa pasaba lo mismo; lo que cambiaba en todo caso eran las máscaras de los actores, y éste al menos parecía inofensivo e inteligente, algo infrecuente entre esa fauna alcoholizada.

Nada más dígame la puritita verdad. ¿Conoce usted en su vida chingona a alguien, uno solo, nomás uno, que se resista al dinero?

Cirenio meneó la cabeza y sintió que había algo que valía la pena rescatar en esa mente empozada, y que en la manera tan fácil y segura con que se afianzaba sobre las corvas había una experiencia de la dificultad que pocos borrachos podían alcanzar.

¡Ni uno!, escupió triunfal y levantó la caguama del piso para darle un trago.

La camisa desabrochada permitía ahora el asomo del pecho brillante y fornido. El maldito dinero nos dobla a todos, a todos, remarcó haciendo un abaniqueo con los brazos hacia los compañeros que estaban tomando. Aquí no hay más ley que la del dinero; esos billetes mugrosos que nos regatean cuando entregamos el pescado. Antes casi no había dinero y ahora hay un chingo, ¿y qué trajo el dinero de la pesca? Pinches vicios, que por la nariz, que por la boca, hasta por el culo...

Cirenio tomó las caguamas por el cuello y sólo dio unos pasos antes de que la voz lo alcanzara.

¿A dónde va tan a prisa, amigo?

Con permiso, dijo Cirenio en dirección a las miradas de los pescadores.

Muy propio, pero al menos regáleme una caguama, ¿no?

Cirenio se acercó al borracho y le tendió una botella. Cada movimiento calculado y permitiendo que entre él y el hombre de treinta y tantos años mediara la largura exacta de los dos brazos, uno al darla y el otro al tomarla. Desde esa misma distancia oyó el tintineo de las botellas vacías que estaban al centro de las mesas y sintió que todo el tendajón vibraba. Los hombres se agarraron a las sillas y en sus caras apareció el trazo sombrío del miedo.

¡Qué tiemble, que se acabe el mundo, con todo y el cochino dinero!, clamó el borracho profanando el silencio.

Cirenio pidió otra caguama.

Gracias, amigo, dijo el borracho dejando la caguama al lado de la ya empezada.

Cirenio basculó la cabeza y sacó el dinero justo para pagar la otra cerveza.

Oiga, y ya aprovechando que estoy en plan abusivo, ¿qué lo trae por estos rumbos tan alejados de la buena vida?

Compro pescado, respondió Cirenio con la altura de voz necesaria para que los demás oyeran.

Ah, comprador es. Vaya, eso merece otro trago. ¿Y usted no bebe, amigo?

Ahora no, gracias.

Alguien masculló una frase y el borracho la repitió: Que dicen aquí que a cómo lo paga.

Depende de la clase.

¿El de primera?, dijo un pescador barbudo y mediado de años.

¿Y a cómo se lo compran?, replicó Cirenio.

A ocho pesos, dijo el barbón.

Ni cuais, a cinco, corrigió el borracho.

Pues yo se los voy a pagar a diez para empezar...



Él no estaba tan convencido de que fuese necesaria la llamada. Podían bastarse los dos; había pesca y pescadores de sobra. Únicamente ellos, sin tener que repartir. Comprar y revender; nada más un centro de acopio y con que ganaran cinco pesos por kilo bastaba. Pero Catalina no pensaba lo mismo. Había ido dos mañanas a la playa y pudo ver cómo las lanchas entraban y salían del oleaje y la manera de subirlas a lo más alto donde no llegaba la marea, cargándolas en vilo entre ocho o diez hombres o haciéndolas girar en zigzag igual que un grueso gusano partido por la mitad a machetazos. Lo cierto es que estaba más agradecida con el Ingeniero de lo que Cirenio creía, y además de la forma tan intensa y gozosa como la había poseído, estaban también la seguridad para resolver cualquier problema y la garantía de que con él siempre habría pesca. Ni siquiera tenían asegurado un comprador que pudiera pagar más que las tecas que venían de Salina Cruz, y que tuviera la clientela suficiente para darle salida a todo el producto.

Vencieron, como siempre, las razones más sólidas de Catalina, y cuando habló por teléfono ella misma quiso hacer aún más gran-

des las virtudes de la pesca en Chipehua. Sin embargo, no esperaba que el Biólogo le contestara tan confiado, con una confianza viscosa que parecía emanada de una intimidad compartida. El funcionario, que había visto desde un par de años atrás la posibilidad de ese lugar y de Cerro Hermoso antes de decidirse por Corralero, dejó que Catalina tratara de convencerlo y al final le dijo que se pusiera aguzada, que las compradoras que llegaban de Salina Cruz eran muy perras, que mejor esperase a que ellos llegaran.

Catalina no quiso hablar de esto último con Cirenio. Al anoche- cer, cuando él dejó un instante de tocar la guitarra y mientras ella prendía el quinqué, le dijo que en tres días llegaba el Biólogo con todo el equipo. Después fue al altar y prendió la veladora. Lo prime- ro que hacía cada vez que tenía que refundar su vida era encontrar el sitio más apropiado para el altar.

¿Y qué te dijo del Ingeniero?, preguntó Cirenio equilibrando el tono entre el disgusto y la resignación.

Nada.

¿Habló en plural o en singular el Biólogo?

Ay, amor, para qué te martirizas con pendejadas.

Cirenio estaba cabalgado en una hamaca que cruzaba la habita- ción, era la única cabaña que tenía una hamaca prendida de dos ar- gollas enganchadas en los castillos, motivo más que suficiente para haberla elegido. Tenía las manos sobre las caderas de la guitarra y miraba hacia la espalda de Catalina buscando una buena salida a esas prohibiciones disfrazadas torpemente de dignidad. Empezó a mecer- se con las piernas apoyadas en el piso de cemento, y cuando ya tuvo bien pensada la frase la exhaló como un humo amargoso que no se puede retener por más tiempo.

Tú sabes muy bien que ese hombre donde quiera que vaya traerá problemas.

Mira, amor, yo sé muy bien lo que quiero, dijo ella con la aten- ción dividida entre la imagen de la Virgen de Juquila que estaba atrás de la veladora y la necedad de Cirenio en emperarse otra vez con los celos. Para evitar que el silencio los distanciara más, atajó: Tú sabes, mi amor, que lo que yo quiero para mí también lo quiero para ti, y que lo que es bueno para mí, lo es para los dos, ¿o no?

Y silenciosa como un vuelo la silueta clandestina de Delfino sesgó la puerta. ¿Se puede?, dijo desde el otro lado.

Venía igual que la noche anterior, con unos pantalones azules cortos y con dos dedos de la mano derecha trabados de las agallas de un pargo chico. Después de bucear los ojos se le ponían más brillosos y lo que antes parecía un negro absoluto era bajo los reflejos cristalinos del quinqué de un azul oscuro. El pelo lacio y aceitoso le acortinaba los bordes de la cara a manera de marco ennegrido para que el color oliváceo de la piel le diera a los ojos un realce inesperado. Era esta la segunda vez que lo veía así, con el sorprendente tórax y las piernas y los brazos lampiños y patinados en un verde moteado que no le recordaba a ninguna otra piel. Aunque en su mente no hubiera aceptación cabal para todo lo que Catalina le había contado, era claro que Delfino no era normal; ni siquiera su forma de comportarse tenía semejanza con la de ningún otro costeño. Era silencioso, aunque Catalina insistiera que con ella, cuando eran chicos, hablaba mucho; de una timidez en el trato que contrastaba con el modo abierto y desvergonzado de los demás pescadores. Cada uno de sus gestos parecía reflejar un mecanismo de máxima precisión, y nunca decía una palabra que pudiera transmitir cualquier emoción o sentimiento. Simplemente entregó el pescado y permitió que Cirenio siguiera unos instantes con la vista fija en el pronunciado dinamismo de su frente. Después dijo: Con permiso, y salió ajeno por completo a las razones que mantenían a Catalina en silencio frente al altar. Cirenio extrajo entonces un cigarrillo de mota del bolsillo de la guayabera y lo prendió con fruición.

Catalina podía adaptarse a cualquier extremo; buscaba con empeño el mejor acomodo para sus cosas y el altar, y después se acomodaba ella misma en el concierto de querencias. Al final Cirenio siempre cedía. Con tal de tener una hamaca y su guitarra y el respeto debido a su gusto por la mota, era capaz de aceptar cualquier extravagancia que le impusieran. Por las mañanas tenía que conducir la camioneta hasta la playa. Catalina había rentado una enramada por una miseria y allí permanecía arreglando y ordenando, sin dejar de ser testigo de cada movimiento ajeno. Le dijeron que esa era la peor época, que con los rebalses y el agua caliente la pesca es-

caseaba. En las taras que subían entre dos pescadores creía ver puro pescado de segunda; las ponían bajo las otras enramadas y sin importarle el choteo de los pescadores se acercaba y veía y preguntaba. Había chapetas, cocineros, corvinas y roncadores, algunos parguitos de a orden y pámpanos..., nada que se pudiera comparar ventajosamente con Corralero. Sabía tan bien como Cirenio que al pescado de segunda se le sacaba poco dinero, y que lo que tenía más salida eran los filetes. Cuando se cansó de especular fue a la enramada donde tenían las hieleras las compradoras que venían de Salina Cruz y le hizo la plática gustosa al cuidador. Después le preguntó si no tenían pescado de primera, y el cuidador abrió uno de los contenedores con hielo y le mostró los cuerpos fríos y succulentos de varios pargos y medregales. Preguntó quién traía esos pescados, y en cuanto oyó el nombre de Delfino supo que, por culpa de las arisquidades de Cirenio, había menospreciado lo que ya sabía. Recordó a aquel muchacho solitario y extraño que regresaba del mar con un atado colgante de pescados.

En esos primeros días se había limitado a recoger los pescados como quien acepta una contribución obligada. Sólo una tarde, mientras Cirenio tocaba, había podido ir a ver a Delfino a su casa y hablar de quienes seguían vivos, quienes se habían casado y a quienes les había ido mal de los conocidos que habían compartido en su adolescencia. Ni una palabra de pesca. Ni la menor sospecha de que Delfino pudiera ser el más ganón de todos, como dijo el cuidador después de cerrar la tapa. No cordeleaba, mataba a puro arpón, nunca pescados de más de veinticinco kilos, y sólo él sabía el porqué.

Catalina concluyó sus averiguaciones y decidió regresar al anochecer, la hora en que la vida dependiente de la luz da ya el día por terminado y en que los pescadores vuelven de tender los trasmallos. Oyó el rugido de un motor y después vio una lancha subiendo a toda máquina escupida por encima de las olas, luego salieron otras dos y el cuidador de las hieleras apuntó con la mano hacia la playa como señal acordada.

Pusieron las lanchas lejos del alcance de la marea. Todos cooperando para que el peso y zigzaguo fuesen más llevaderos entre

bromas y comentarios. Los pescadores saludaron al pasar y después llegó Delfino, derecho a la hielera con sendos medregales colgando de las manos. Los dejó y regresó a la lancha. Desde la semioscuridad de su enramada Catalina se estaba preguntando por qué la vista perspicaz de Delfino no había percibido su presencia. Luego llegó otro pescador, más joven y más flaco que Delfino, arrastrando la cola de otros dos medregales que traía triscados por las agallas.

Ella esperó a que pesaran los pescados para hablarle. Por la manera como le respondió con la cabeza era claro que él sabía desde el principio qué podía buscar Catalina a aquella hora. Cuando Delfino se acercó con un medregal de cinco kilos y lo puso sobre la única mesa que había en la enramada, Catalina prendió su mejor sonrisa para poder atravesar la repentina espesura de la noche. Él dijo: ¿Quieres la mitad? Y ella, aprovechando la posibilidad de lance, le ofreció todo de golpe. Te doy el doble de lo que te pagan.



De los grandes, entre veinte y veinticinco kilos, nunca más de tres. De los medianos, entre diez y quince kilos, a veces eran siete, aunque por lo regular fuesen cinco. El que conducía la lancha, si bien era el que más sabía de sus manías, era también el que menos hablaba. Había visto y oído lo suficiente y por callarlo era el único que gozaba de la plena confianza de Delfino. Se llamaba Dondedios, pero los pescadores le decían Pariente. No pocas veces habían intentado sonsacarle los secretos; lo invitaban a sentarse en la cantina o le abrían las puertas de las casas. Y siempre daba la misma respuesta: Voy a un mandado, luego regreso. Con su paso ensimismado era presa fácil para los borrachos consuetudinarios que le gritaban ¡Pariente! para recordarle que la belleza de sus hermanas gemelas de diecinueve años tenía en vilo al calenturiento macherío de Chipehua.

Nadie más que él le había visto abrir las membranas de las manos y colear hacia lo hondo con una facilidad imperturbable. La primera vez se asustó y, desoyendo el mandato de Delfino, se puso el visor y las aletas y se tiró de forma tan atrabancada que el visor se le salió de la cabeza y tragó agua y tosió. Después de acomodarlo pudo ver

a Delfino a unos cinco metros abajo tirando sobradamente de la cuerda que sostenía la varilla incrustada en la cabeza de un medregal. Llevaba dos minutos bajo el agua y en la perfecta armonía de los desplazamientos no había la mínima señal de excitación.

Dondedios había sido buzo. Todos los adolescentes sanos que no estudiaban y no trabajaban en el campo eran buzos en Chipechua. Aprendían a nadar en la parte más protegida de la ensenada, en la cuevita de los pargos, arrastrando tras el arponeador o el ganchero el neumático inflado que sostenía la red de las capturas. E ir así, pataleando como una jaiba recién nacida a la deriva y viendo pasar en la pantalla del visor la multitud marina que aún desconocía al más peligroso depredador, era como ver una película más llena de vida que cualquier otra vida y que tenía además la satisfacción final de llegar a casa con comida y dinero.

Había visto arponear y él mismo había arponeado decenas de pargos y jureles y robalos. De un kilo, de dos, de tres, rara vez de cuatro o cinco. Casi todos los buzos usaban el tipo de arpón hawaiano que se impulsa con una sola liga, por lo que era frecuente que los peces más grandes al sentir el impacto de la varilla se sacudieran y salieran hacia lo profundo dejando atrás una estela que le iba vaciando la vida lentamente. Pero jamás nada remotamente parecido a esa primera imagen de Delfino jalando del medregal. Más que jalarlo, parecía pasearlo. No el pastoreo del bollero que sigue neciamente a su animal, sino el girar perfectamente ensayado de una escenografía circense que hace desaparecer el tiempo para que las imágenes se queden instaladas para siempre.

Casi tres minutos tardó en subir. Y al salir frente a él, le permitió ver cómo las ventanas de la nariz se abrían para expulsar un chisguete silbante y vaporoso. Subieron a la lancha y ninguno de los dos dijo palabra.

En la tercera buceada pudo ver cómo Delfino se acercaba a una tortuga y comenzaba a acariciarla con una ternura pasmosa. ¿No tienes miedo a que te dé una mordida?, le preguntó cuando Delfino subió poco después para destrabar un medregal de la varilla. Y la respuesta fue aún más enigmática: No, porque somos hermanos. La quinta vez, después de fondear la lancha, Delfino le dijo que se pu-

siera el visor y las aletas y que fuera siguiéndolo desde la superficie. Vio de nuevo las evoluciones submarinas de ese cuerpo asombroso y se quedó inmóvil pensando en los caprichos que tenía Dios con alguna de sus criaturas, hasta que los ojos comenzaron a seguir los rítmicos cimbres de Delfino de piernas y cintura hacia un morro hundido en la abundancia. Parecía haber de todo en el entorno submarino; pero el cuerpo se fue coleando como un anfibio hacia los medregales que también coleaban con ánimo curioso. Se detuvo luego en medio de la escena y expelió por la nariz dos regueros de perlas transparentes que captaron de inmediato la atención de un par de medregales. Los dos pasaban de treinta kilos y sus lomos resplandecían irradiando una fortaleza que ningún buzo de los que Dondedios conocía podía atreverse a enfrentar.

Delfino traía el fusil apuntando hacia abajo y apenas se movía, dejando que los medregales se acercasen en un girar cada vez más confiado. Al rato los tres estaban suficientemente cerca para distinguir en las miradas una sensación amistosa y agradecida. Dondedios miró en la superficie su reloj y comprobó que ya pasaban de los dos minutos. Varios medregales más jóvenes rasgaron la membrana azulina para ver de cerca a ese extraño ser que parecía depender únicamente de la luz que tras el visor irradiaban sus ojos. Con la misma dilación armoniosa fue subiendo la punta de la flecha y la detuvo a poco más de un metro de la cabeza del último curioso, que recibió el impacto sin tener tiempo siquiera de notar el cambio de intención en los otros ojos. Enseguida empezó a descender mansamente y los otros medregales se acercaron a él y percibieron la fuga de la sangre y comenzaron a dar vueltas más rápidas en torno a Delfino.

Cuando por fin Dondedios tuvo a Delfino a su alcance, se apresuró a decirle: ¿Y cuánto puedes aguantar?

Sin dejar de manipular la flecha que aún seguía incrustada en la cabeza del pescado, Delfino sacó la cabeza y dejó escapar un filamento de voz: Un poco menos de cinco minutos.

Delfino era el único pescador que mataba medregales. A veces, en la pesca nocturna, podía prenderse algún medregal menor de la carnada de los pescadores, pero los ejemplares que Delfino capturaba eran sin duda lo más codiciado para las compradoras que

llegaban de Salina Cruz. Y tanto las compradoras como los demás buzos se preguntaban cómo podía arponear a pulmón semejantes pescadotes. Nadie más que Dondedios lo había visto; pero había alguien que sin haberlo visto sabía de todo lo que era capaz Delfino, y ese alguien era Berman, el gringo que Delfino había conocido a través de su abuelo.

Se llamaba Paul, sin embargo le gustaba que lo nombrasen por su apellido. Paul Berman había llegado a San Mateo del Mar con una juchiteca de belleza rebosante y con ella había engendrado después una niña. El abuelo de Delfino, que tenía inquietudes de hombre enterado, se topó un día con Berman en la playa y supo que ese gringo estaba allí por un mandato inexplicable, como todo lo que le había sucedido últimamente en su vida. Las primeras veces que Delfino los vio juntos, el abuelo oía lo que el gringo le traducía del grueso Libro azul y después le hacía preguntas y decía que no entendía. Cuando al fin Delfino fue aceptado en la lectura, el gringo terminó de darse cuenta que estaba ante un caso extraordinario, una forma distinta de entender la vida.

Cuatro años después el gringo se mudó a Chipehua y cada vez que visitaba al abuelo y al nieto trataba de convencerlos de que se fuesen a vivir a esa ensenada donde había mil veces más pesca que en San Mateo.

Y como el anciano permanecía aferrado a la idea de morir en San Mateo, Berman decidió invitar al muchacho para que fuera a pasar unos días a Chipehua. Delfino regresó más de una docena de veces antes de que el abuelo muriera; y cuando por fin murió, el joven no dudó en cambiarse.

Berman pertenecía a la vieja estirpe del gringo aventurero que veía vivo en México todo lo que en Norteamérica estaba ya congelado o conservado en aluminio y plástico. Fungía como antropólogo autodidacta, y nadie más que él sabía el verdadero origen de los dos mil quinientos dólares que cada mes le ingresaban a la cuenta de su banco en Oaxaca, aunque él dijera que era la herencia condicionada que le había dejado su padre, uno de los dentistas de mayor renombre en el Nueva York judío de los sesenta. Berman había estado en la India y en Ibiza y en la Amazonia, pero desde

que había llegado a Oaxaca, en su nueva faceta antropológica, sólo salía una vez cada dos años para recorrer durante dos o tres meses la franja costera del golfo pérsico donde confluyen el Tigris y el Éufrates. Decía que allí, en algún lugar de ese infierno de fanatismo y petróleo, se encontraba sumergido el primer Edén. Por la creciente hostilidad en la zona Berman había suspendido su búsqueda, y su tema favorito era ahora el mestizaje de la raza blanca con la roja y la amarilla en Norteamérica: allí estaba el escenario decisivo para el nuevo milenio, hacia allí apuntaba la flecha evolutiva.

Delfino solía repartir las visitas entre la casa de Berman y de Dondedios. Con el gringo leía el Libro azul y después hablaban de entes y energías cósmicas que nadie más en el pueblo entendería. En casa del compañero de pesca era Delfino el que hablaba, y lo que decía y en el modo cómo lo decía había tal fascinación que las gemelas terminaron embobándose por él. Se llamaban Delia y Laura, dos almas igual de bellas que los cuerpos donde moraban y que a últimas fechas sólo vivían esperando el momento en que la voz de Delfino rompiera el husmo nocturno del pescado frito con sus promesas de maravillas eternas. Les hablaba del pecado de Eva por querer ir más aprisa del dictado cósmico y mezclarse a espaldas de Adán con otro ser de estirpe más baja y profana, y de cómo, después de reconocer la falta, Adán se había sumado al desatino cruzándose con una hembra bárbara. Los convencía con las mismas razones con que a él y a Berman los había convencido el Libro azul, que Adán y Eva habían llegado a la tierra cuando ya había millones de humanos que peleaban y vivían como bestias, y que Lucifer no era el diablo feo y cabrío que pintaba la Iglesia, sino un príncipe cósmico bellísimo e inteligentísimo que se había sublevado contra Dios por la misma impaciencia y la misma deslealtad que habían perdido a Eva y a su consorte.

Las hermanas, la madre y el propio Dondedios creían ciegamente que un ser tan bello y bondadoso como Delfino no podía falsear el pasado, y lo que oían lo guardaban sin el menor titubeo en la parte más agradecida de su alma. El padre de Dondedios se había muerto cinco años atrás, cuando se hundió frente a Morro Ayutla el camaronero donde faenaba, y con el dinero que le habían dado por el

deceso de su marido, la viuda le había comprado una lancha a su hijo y había puesto un pequeño restaurante. Se llamaba Isabel, pero todas las mañanas el micrófono local la anunciaba como doña Chave. Atento aviso a todos los hogares, hoy hay rico mole de pollo en casa de doña Chave. Hecho con rico y fresquecito pollo casero, muy limpio y sabroso.

Tenía la mujer a sus cuarenta y tres años el mismo atractivo de sonrisa que las gemelas, y en el pueblo no eran pocos los hombres ya macizos que la ambicionaban. Entre todos los querendones había uno especial, un cincuentón barbicundo y fornido que se llamaba Martín Santiago, y que era el jefe de la cooperativa de los tigres. Si Martín Santiago hubiera sabido lo que le iba a suceder a su relación con doña Chave la mañana en que le hizo señas a la camioneta que estaba saliendo de la carretera al Istmo para entrar en la brecha de Chipechua, hubiera recorrido el trecho de rodillas. El Biólogo le indicó con un gesto que subiera atrás, pero el Ingeniero asomó la cabeza por la ventanilla y preguntó imperativo: ¿Hay por aquí algún lugar decente donde se pueda almorzar?

XII

Sucedió un atardecer decembrino en que el mar de San Mateo estaba frío y aplastado por una niebla numinosa. El cuerpo que se metió desnudo estaba en la plenitud de sus veinte años, y la mente que lo regía era ajena desde su adolescencia a los peligros y temores que inferiorizan las vidas. Para el padre y la madre la locura de su hija había pasado de ser un castigo a ser una prueba, por eso habían dejado de preocuparse de sus rarezas, como meterse al mar desnuda cuando la playa acababa de perder su blancura solar. Casi no nadaba, le bastaba con permanecer flotando durante un par de horas, como un corcho amarrado a un solo lugar, a unos metros del golpeteo final de las olas. Había aprendido a nadar por su cuenta, la misma noche en que había aprendido también a despreciar a todos los hombres que la miraban. De eso hacía ya meses, y lo único que quería recordar era que, gracias a los dos desgraciados que la habían violado, había descubierto el silencioso goce de los efluvios marinos. Después de que la dejaron tendida y empuercada, ella había derivado con la mente en blanco hacia la playa y allí se terminó de desprender del vestido sucio y roto y se entregó al oleaje en apertura total al ciego ímpetu del viento. Pudo haber muerto como quería, pero en vez del final desesperado, el mar le entregó su misterio y la purificó y la hizo suya para siempre.

Esto es lo que dicen que Olaria le contó a la madre poco antes de morir. La fantasía febril de la pobre loquita terminó convenciendo a la anciana de que fue aquel mismo anochecer cuando sintió por primera vez unos aleteos extraños y después unos arrimones rasposos que la obligaron a salir a la playa. Al día siguiente no quiso entrar, y al segundo entró con desconfianza y no pasó nada. Un anochecer después volvió a sentir la vibración del agua en torno a sus piernas y se asustó y quiso salir, pero esa otra vida se puso detrás de ella y la abrazó con fuerza y comenzó a cimbrarla con un ritmo electrizante

que fundió a los dos cuerpos en el mismo estertor carnal. Fue la sensación más extraña de su vida. Y en cuanto sintió el requemor del dardo penetrando hasta lo más profundo, tuvo la certeza de que había sucedido algo terrible e irremediable.

Nunca más volvió al mar. Ella misma se encerró y nadie afuera la echó en falta. Por la manera cómo le creció la barriga, Olaria pensó que tenían que ser gemelos; pero dos meses antes de dar a luz supo con seguridad que lo que se movía dentro de ella únicamente tenía dos piernas con las que parecía anunciar la inminencia de la salida.

Para los padres de Olaria su embarazo fue la consumación de un castigo, y el parto un verdadero descenso a los infiernos. La cabeza de la criatura empujaba al límite la apertura, que iba cediendo con un dolor cada vez más derrotado. El padre, abrumado por los quejidos de su hija, se fue a la playa a pedirle perdón a Dios por tanto pecado cometido; y entonces la madre, al ver cómo se le iba la vida al único ser que habían engendrado, se puso a afilar un cuchillo para abrirle de una vez la raja para que aquella cabezota terminara de salir al mundo y chillara todo el esfuerzo. Dicen que dijo la madre que fue justo durante estos pocos minutos, que estuvo sacándole corte al cuchillo, que su hija le contó sus desvaríos. Y cuando al fin nació el niño, Olaria le hizo una seña a su madre, que miraba hechizada la extraña belleza del recién nacido, para que oyera las últimas palabras de su vida: Se tiene que llamar Delfino.

Tanto la abuela Felipa como el abuelo Telésforo vivieron lo suficiente para agradecerle a Dios que les hubiera puesto al cuidado de esa vida. Desde niño iba a la leña, acarreaba agua y les traía todos los días comida. Comenzó pescando en los esteros y desde la playa, y en poco tiempo se hizo un curricaneador consumado. Con una tablita de huanacastle que había salido a la playa hizo una paleta rectangular donde enredó cien metros de cuerda del cincuenta; después elaboró las plumas con anzuelos del doce e hilos de seda blanca de una hamaca vieja, y por último condicionó unos plomitos con el trozo de un trasmallo roto que encontró en la laguna. Con el martillo del abuelo aplanaba los plomos contra una piedra, después recortaba con un machete viejo los cuadritos a la medida y los envolvía con unas pinzas sobre el radio de acero de una bicicleta.

Pronto alcanzó a lanzar el señuelo a treinta metros. Tomaba con la mano izquierda la paleta y con la derecha daba impulso al metro de cuerda de donde prendía el plomo con el anzuelo cubierto de hilachas de seda. Enseguida enredaba la cuerda en torno a la paleta en espera del enganche repentino, que era como una lucha con la propia impaciencia. La razón del éxito era simple: lanzaba con eficacia lejos y encima del comederío, y recogía la cuerda con la rapidez de un carrete mecánico. Si no estaba cumplimentando algún mandado, seguro estaba en la playa: corriendo sin cesar detrás de las manchas de jureles y barriletes o pastoreando el brincoteo de un agujón en la distancia.

Después de su estancia en Salina Cruz, el niño ya no tuvo más escuela que la vida; cada día, cada hora, las cosas se convertían en dudas y el abuelo era la única posibilidad que tenía para encontrar las respuestas. En los momentos más torturantes de calor, cuando ninguna forma de vida se atrevía a huellar aquel infierno de arena y sal, el niño se acercaba al abuelo, que tejía hamacas sentado en una silla, y los dos se perdían en el reacomodo fantasioso de la realidad que hacía el abuelo.



Solía decir que no había nadie que no tuviera al menos una oportunidad para renacer en vida. Cada quien tenía su propia manera; sin embargo, había algo que todos los que renacían tenían en común: el agradecimiento al espíritu revivificador y la ayuda incondicional al prójimo.

Para el niño había partes de las respuestas tan aburridas que prefería quedarse con las dudas: ¿Por qué es azul el mar?, ¿por qué es salado?, ¿por qué la sal del mar no mata la vida que hay dentro?, ¿el mar es como Dios que ve todo y sabe todo lo que pasa adentro? Para el abuelo tampoco era cómodo oír el rafagueo cotidiano de rarezas, por eso accedía a cambiar fácilmente de canal para dejarse autoatrapar en las historias de muerte y vida de sus años impíos, que se le habían adherido a la memoria como moluscos en un arrecife asesino.

De todas, la favorita, la que oiría varias veces a lo largo de su niñez, era la propia historia del abuelo. Tenía entonces casi cuarenta años y trabajaba en un rancho ganadero en los confines exuberantes con el estado de Chiapas. El dueño era un líder sindical de Acayucan, y Telésforo era uno más de los que tenían orden de disparar contra cualquiera que vieran adentro de las doscientas cincuenta hectáreas. Había pastizales donde el ganado cebú y el suizo se cruzaban en abundante promiscuidad, y también grandes macizos selváticos donde vivían cientos de venados y algunos jaguares, y un sinnúmero de bichos y pájaros.

Una tarde en que habían echado una arreada en el límite entre un manchón de selva y un pastizal, Telésforo sintió que algo le escocía adentro de la bota. Con una varita hurgó entre el calcetín y rascó hasta que le comenzó a escocer. Ya sobre el caballo, perdido en una oscuridad pesadumbrosa, sintió la crecida del picor y restregó la bota contra el flanco de la bestia. Después adelantó a los demás y mostró su pie descalzo a la luz del quinqué que sostenía la mujer del cuidador.

Los dos vieron un pequeño círculo rojizo y ella fue a buscar una caja de mentol y le untó la picadura. Era la sufrida y desgastada madre de tres hijos, pero era la única mujer que había en kilómetros a la redonda y Telésforo lamentó que la llegada de los jinetes, entre los que venía su marido, terminara tan bruscamente con las atenciones de la cocinera. Cenó poco y se fue a dormir.

En la madrugada percibió un palpito de fuego junto con la comezón, y en cuanto amaneció se le hizo clara la hinchazón desde el tobillo a la pantorrilla. ¿Qué cosa pudo haber sido esto?, se preguntaba al rascarse. Entró a la cocina y no esperó a que le preguntase la cocinera. Levantó la pierna del pantalón y le mostró el agravio. ¿Y piquete de qué podrá ser?, dijo la mujer igual de preocupada.

Pasó un par de horas frente a una taza de café y un plato con varios panes de dulce. Los demás peones llegaban a desayunar y después se iban; a ninguno le dijo nada, y la mujer tampoco. Alrededor de las nueve llegó el caporal. Vio la pierna y le dijo que no se moviera mientras él iba de regreso al pueblo. Llegó casi una hora más tarde

con una caja de pastillas y una pomada. Telésforo cumplió las indicaciones y sintió enseguida la mejoría.

Por la noche el dolor no dio tregua. Vio con la primera luz que la hinchazón abarcaba toda la pierna y que la piel estaba cubierta de manchitas oscuras y ampollas. A media mañana las ampollas empezaron a reventar y el líquido amarilloso que desprendían ardía y picaba. En la mirada que Telésforo vio en el espejo del baño al que se arrastró para lavarse estaba impresa una máscara de angustia y miedo. No era tanto el miedo natural a morir, sino la certeza de que iban a troncharle la pierna. El caporal lo subió a la camioneta y lo llevó con un médico. Era la primera vez en su vida que veía a un médico, y lo que el médico dijo cuando vio la pierna confirmó la desconfianza de Telésforo. No, dijo el hombre de bata blanca, esto no es ningún piquete, es una quemadura y yo no puedo atenderte, porque necesita venir antes la autoridad. ¿La autoridad para qué?, preguntó el caporal. Para que certifique como fue que lo quemaron. Pero si no es quemazón, alegó Telésforo. Yo sé lo que es y no puedo atenderlo si no hace lo que le digo.

De allí se fueron al hospital y lo internaron de urgencia. Durante los tres días que duraron los estudios la pierna terminó de pudrirse. Y entonces le dieron el diagnóstico: Lo que usted tiene es un cáncer y vamos a ver si lo logramos aislar cortándole la pierna. No, la pierna no, contestó Telésforo desde el fondo del desamparo. Pues usted dice: si le cortamos la pierna vive, si no, muere. Y la respuesta que dio Telésforo ni él supo de dónde había brotado: Prefiero morirme, pero completo, no por pedazos.

El caporal lo regresó al rancho y le preguntó dónde vivían sus parientes más próximos. Telésforo dijo que lo único que tenía vivo en este mundo eran los hierbajos que crecían en un terrenito que había heredado en San Mateo del Mar. Así que lo metieron en el catre a esperar que se pudriera por completo. Esa misma noche tuvo el sueño más intenso de su vida: Estaba envuelto en una luz que casi le quemaba los ojos y de pronto oyó una voz que le decía: Si crees en mí, renacerás en una vida eterna. Por la mañana, cuando la cocinera le trajo de desayunar el abrió la boca y dejó escapar: No voy a morir, soy eterno. La mujer lo miró en silencio y vio que estaba ya en la fase

loca. Olía a perro muerto y se pasaba el día y la noche mascullando barbaridades. Entonces el caporal le trajo la Biblia y le leyó algunos pasajes. El consuelo fue instantáneo. Al rato se quedó solo y empezó a preguntarse: Bueno, ¿me voy a morir o no? Abre la Biblia, dijo una voz dentro de su cabeza, y al abrirla se encontró con el pasaje de la enfermedad y curación de Ezequías, el rey de Judá: “El profeta Isaías, hijo de Amós, vino a decirle de parte de Yahvé: Pon en orden las cosas de tu familia, por que vas a morir y no sanarás”. Ezequías oraba y adoraba sinceramente a Dios, por eso Dios escuchó su súplica y le concedió, junto con el remedio de torta de higo para curar su herida, quince años más de vida para completar su misión. Pero yo no, pensaba Telésforo, yo nunca he servido a Dios y ni siquiera sé cómo dirigirme a Él ni qué pedirle. En ese momento la misma voz interior volvió a decirle que se arrepintiera con su mente y su corazón unidos y que le pidiera a Dios curación para su herida.

Señor, empezó a decir Telésforo con una fluidez desconocida, Tú sabes, Señor, que yo no he sido recto, sabes que he sido malo y que nunca hasta ahora había hablado contigo. Te he fallado, Señor, y te he ofendido, pero si Tú me perdonas y me sanas y me sacas de este sufrimiento yo prometo servirte para siempre; no sé muy bien para qué, pero si me levantas de esta caída yo te prometo servir, Señor, para lo que Tú digas. Y al momento Telésforo sintió que una corriente benigna le entraba por la cabeza y le recorría el cuerpo y la pierna y salía por la planta del pie. Enseguida cedieron los dolores y empezó a creer en los milagros. Después cayó en un sueño profundo y oyó la misma voz que le decía: Telésforo levántate de aquí y haz lo que yo te diga. Te van a traer el remedio por la mañana, y cuando estés sano irás a Santo Domingo Tehuantepec y entrarás a dar las gracias en la segunda casa pintada de azul al lado del convento.

Cuando despertó a la mañana siguiente, recordaba todo el sueño como si se lo hubiesen grabado en el cerebro. Vio que la mujer del cuidador y el cuidador y una anciana llegaban hasta su catre, y en silencio levantó la cobija y le mostró la pierna a la anciana. En algunas partes la pudrición permitía el asomo comatoso del hueso. La anciana observó el daño inexpresiva y al levantar la vista se topó inesperadamente con la recitación de Telésforo: Hierba de trébol, cola de

caballo y árnica, hay que hervirlas y usarlas como lavado, y hay que preparar una pomada con aceites de almendra, rosado, oliva, copal y cera de colmena. Con eso termino de curarme. ¿Y cómo sabes de esas cosas?, preguntó la anciana sorprendida. Porque me lo dijeron en el sueño; y me dijeron también que usted me iba a traer los remedios para que por mí mismo dejara de una vez de ser incrédulo.

Con la primera lavada y untada la carne podrida se desprendió por completo, y a partir del segundo día Telésforo se dedicó a ver como la herida cicatrizaba y la carne renacía en torno al hueso. Un mes más tarde, urgido por el fastidio creciente del caporal, trató de levantarse y varias venas reventaron su cauce. Lo regresaron a la hamaca y ahí estuvo durante un año, dándole gracias a Dios y masajes a la pierna para estimularla.

Llegó a Tehuantepec con diez pesos en la bolsa y agradecido de poder renquear con esa pierna renacida hasta la vieja casona azul de sus sueños. Ni la menor duda, ni el asomo de ninguna incertidumbre hacia el futuro inmediato. Caminaba como un viejo conocido que regresa después de muchos años repleto de buenas noticias. Tocó en el portón y una sirvienta preguntó qué quería. Me mandaron aquí, soltó Telésforo, alguien adentro debe saber algo. La mujer lo volvió a mirar con aire aún más desconfiado y sólo dijo: Espérese tantito.

El hombre que apareció era un gringo grande y gordo con unas hebras trigueñas pegadas a la calva y una mirada de luz azulina donde podía verse toda la bondad que Telésforo era capaz de imaginar. ¿Quién lo manda?, dijo tendiéndole la mano. El Señor, dijo Telésforo, me dijo en un sueño que viniera a esta casa, ¿o habrá otra azul por aquí cerca? No, es ésta. Pero pasa para que me cuentes ese sueño, y en el tuteo era ya franco el aceptamiento.

Tenía poco más de setenta años y vivía en la casa más bella que hasta ahora había visto Telésforo, con yuntas y cayucos y fotos antiguas y muchas flores por los pasillos coloniales y en el centro de la luz un techo de vidrio y docenas de macetas con plantas tropicales. Sólo faltan los pájaros, pensó Telésforo, algún perico, cotorro o guacamaya. Pero no había pájaros ni perros ni gatos y tampoco niños, sólo el gringo Frank Gard y María, la sirvienta tehuana que trabajaba para él desde antes de que enviudara. El padre de Gard, un sonoreense

llamado don Francisco García, había sido dueño de una prestigiosa fábrica de camisas en Arizona, y ahora Gard tenía en el Chase Manhattan Bank los suficientes dólares como para aceptar el reto de restaurar el ex convento de Santo Domingo.

En el pueblo gozaba de una doble distinción: hablaba el español con un acento norteno y había logrado que la cárcel municipal saliera del ex convento. Un solo defecto si acaso: no perdía oportunidad para hablar de la bondad infinita de Dios y enseguida soltar una de sus fábulas inverosímiles sobre el origen de todo. Y es que el empresario Frank Gard, cuando estuvo sentado sobre una firma que valía más de veinte millones de dólares, al librarse de un accidente casi fatal decidió hacerse predicador de la Iglesia Unitaria.

Con Gard, Telésforo aprendió de todo: Que la voz que le había hablado en sueños no era la del Señor sino la de un ángel, que las plantas vivían de la misma energía que los que habitaban la casa, que el indio zapoteca que había contribuido a hacer ese convento extraordinario había sido uno de los reyes más bondadosos y desventurados de la antigüedad indígena, que ese convento, junto con el del mismo nombre en la ciudad de Oaxaca, era más valioso que la refinería que estaban haciendo en Salina Cruz...; pero el aprendizaje decisivo emanó de un libro, del que Gard le traducía a menudo capítulos enteros. Era un libraco grueso y de forro de plástico azul, y al frente, en letras doradas, el nombre extraño que Telésforo jamás entendería. Por eso decidió llamarle el Libro azul, y para él el Libro azul era ni más ni menos que la revelación de su nueva vida.

Poco antes de cumplir Telésforo dos años de servicio murió Frank Gard de un ataque al corazón. María se fue para Estados Unidos con la única hija de Gard, y a Telésforo le tocó el Libro azul y una cantidad suficiente de dinero para su retiro. Fue a San Mateo y levantó en el terreno que había heredado una cabaña de bahareque con techo de palma, que un par de años después sustituiría por la primera casita de material del pueblo.

A nadie le dijo cuánto había en su cuenta bancaria. Para la vendedora samblaseña que se dejó embaucar en una fiesta de la vela en Tehuantepec, era suficiente que ese hombre que la doblaba en edad no tuviera vicios y fuera dueño de un terreno cerca del mar. Al año

nació la hija, y el padrino, que era el único vecino que tenían, decidió que debía llamarse Olaria. Ni Felipa ni Telésforo habían oído jamás ese nombre, ni les gustaba; ella quería que llevase el suyo y él propuso Ernestina, que era el que traía el calendario. Sin embargo, el padrino, que tenía con una indígena huave tres hijos varones, quería perpetuar el nombre de su madre, que así se había llamado, y les inventó que además de ser un nombre escaso y bonito estaba relacionado con las olas. Pues que se llame Olaria del Mar, como el pueblo, concluyó entonces el padre.

Ninguno de los dos quiso saber quién tenía la culpa, pero después de dejar de amamantar a Olaria, la mujer ya no pudo embarazarse. Ella sospechaba más de algún desarreglo durante el parto, que fue trabajoso y dilatado, que de la edad de Telésforo. El hombre se dedicó a trabajar la parcela atrás de la casa y a tejer hamacas, convencido de que si Dios no quería que tuviese más hijos era por que tenía ya decidido darle muchos nietos.



Desde los primeros años de la niña, Telésforo se sintió aguijoneado por el rechazo. Y no nada más la rechazaba porque comía tierra y el pescado crudo con unas gotas de limón; lo que más le chocaba era que la niña fuera por naturaleza indócil a cualquier enseñanza y que viviera permanentemente en la playa. A los siete años se perdió por dos días completos; la madre anduvo buscando y preguntando y el padre pidiéndole a Dios que lo perdonara. Pero regresó más sonriente y más viva y sin querer dar la menor explicación de dónde había estado. A partir de ese día Telésforo asumió la penitencia y le dijo a Dios que no tenía caso que siguiera dándole vida si ya no tenía esperanza. Y así estuvo agonizando con las locuras de su hija durante casi dos décadas, hasta que nació Delfino y pareció recuperar la esperanza.

La infancia de Delfino nada tuvo de similitud con la de su madre Olaria. El niño entendía y obedecía todo y jamás se enfermaba ni se quejaba, y como si fuera un hallazgo compartido, los dos abuelos comenzaron a disputárselo.

Los diez primeros años fueron de tanteo defensivo. En cuanto fue testigo de su propia rareza empezó a querer estar solo, que no lo vieran ni lo señalaran ni le preguntaran si era cierto todo lo que sobre él se murmuraba, que nada más existiera para sus abuelos y para el mar, cuya voz de armonías abisales jamás dejó de oír mientras estuvo en Salina Cruz pasando los peores años de su vida. De ese tiempo de defensiva constante data la única relación de igual a igual que tuvo con un niño. En realidad era una niña, su prima, un ser aún más raro que él y al que tenía que defender a menudo contra la inquina y el escarnio de los más insidiosos compañeros de clase. El rostro de la niña era de una belleza impar, con unos ojos almendrados que despertaban el deseo de poseerlos; y su cuerpecito relleno parecía la exacta complementación del modo alegre y sincero que tenía. Su único defecto es que le gustaba tentear, algo a lo que Delfino era alérgico por naturaleza.

Vivieron juntos en la misma casa por tres años, hasta que la abuela de la niña murió y Delfino tuvo que regresar a San Mateo. Después fue espectador distanciado de sus escándalos, y se limitó a oír y sonreír de tanta locura cada vez que ella lo visitaba, confiado en que todo lo que su prima relucía por fuera también podría algún día relucir por dentro. Nunca le importó lo que decía su abuela Felipa sobre el origen de tanto dispendio. Cada vez que Catalina venía a verlo se veía más guapa y efusiva, y le traía rollos de sedales y anzuelos y una alegría tan contagiosa como la plenitud estrellada de las noches en que salía a caminar con su abuelo por la playa.

La misma tarde que regresó de Salina Cruz a San Mateo, le dijo al abuelo que quería meterse al mar. El abuelo lo reprendió, ignorando que el niño ya había descubierto su natural disposición en los esteros, y le hizo prometer que no se metería hasta que supiera nadar. El niño se lo prometió, y después fue corriendo hasta la playa y se zambulló en la parte más mansa y comenzó a nadar y a hundirse y supo que esa era la sensación más plena que había vivido. En el rompiente comenzaron a clavarse los pelícanos y enseguida las gaviotas y las tijerillas: un chillerío que alcanzó el paroxismo cuando la orilla de la playa se cubrió de un bullicio plateado y saltarín. Improvisó una bolsa con la camisa y ahí metió todas las sardinas que pudo acarrear.

Fue el principio de su verdadera escuela, la única forma de vivir que él quería y sabía, y ante cuyo resultado los abuelos tuvieron que doblegarse. Amanecía en la playa esperando el momento en que el sol aparecía con su collar sanguíneo sobre el horizonte, y en cuanto veía el comedero lanzaba el curricán y corría y se enredaba con la cuerda y se alborotaba, con una intensidad vital a la que nada podía igualarse.

Metía los pescados en una sarta, acordelándolos por las agallas. Después en la casa los limpiaba y los abría para que su abuela los salase para venderlos en Salina Cruz. Fueron esos los mejores años de la abuela Felipa, cuando regresaba cada tres días con el nudo de billetes y los planchaba y los metía en la misma cajita de cartón donde Telésforo había recibido el Libro azul. Cuatro años nada más le duró el disfrute de cargar, en la única camioneta que había en San Mateo, un canasto repleto de sardinas y jureles y agujones y salemas salados y oreados al sol por dos días, con tal esmero que ya tenía su clientela fiel esperando en el mercado. Y entonces llegó un mes de septiembre oscuro como un agujón y castigó implacablemente al Istmo y al Soconusco con una tempestad de nubes aplastadas por millones de litros de agua y signadas de tragedia. Murieron decenas de personas y hubo daños incalculables.

Telésforo reconoció en la catástrofe una impronta de aquellas profecías que el viejo Frank Gard le soltaba cuando se daba a renegar del consumismo que mataba a la naturaleza y de la autogratificación a ultranza que ya casi tenía ahogado en sexo al planeta. Gard le había dicho que ya eran claros los anuncios de castigos; le habló de huracanes, terremotos, sequías y epidemias, de nuevas enfermedades que un guerrero azteca o egipcio o griego habría podido sobrevivir fácilmente, pero que diezmaría por millones a los cuerpos actuales degradados física y moralmente por el vicio. Pero no le dijo que frente a la invencible adversidad nadie dejaba de ser principiante.

Se rumoreó que había entrado por la frontera con Guatemala y que había llegado al Istmo a través de Chiapas. Y llegó con tal ímpetu y repentinidad que cuando se improvisó un cerco sanitario ya habían muerto en la zona más de cien niños y ancianos. Ni Delfino

ni su abuelo sufrieron el contagio, el mosquito escogió a Felipa y desde el momento en que le picó hasta el desenlace pasaron dos semanas infernales. Esas imágenes de lucha desesperada contra la muerte, con la abuela en estertores patéticos, haría que en lo sucesivo la sola mención de un brote de dengue hemorrágico le pusiera la sensibilidad en estampida.

Después del suceso, el abuelo tuvo que buscar una compradora que viniera a la casa para dar salida a la pesca cada vez más potenciada que traía Delfino. Vio en la laguna grande cómo algunos atarrayeros comenzaban a usar la varilla con una liga, y él mismo improvisó su primer arpón. Dejó a propósito de clavar pescado de segunda y se centró exclusivamente en parguitos y robalos, que eran los que más salida tenían y mejor pagaban.

Pronto descubrió que podía aguantar mucho tiempo bajo el agua y que se sentía más a gusto adentro que afuera. Afuera era un revoleteo de chismes y envidias; adentro nadie hablaba de él ni lo señalaban como un engendro raro. Trataba con un acecho exacerbado que nadie lo sorprendiera cargando su sarta de pescados, pero no faltaban ojos que se prendían con pasmo de la imagen y la engrandecían después en otros ámbitos.

Empezó echándole limón al pescado crudo, como hacían los atarrayeros, y después se lo echó a los ostiones y a todos los mariscos. De los pescados su favorito era el pargo. Después de bucear preparaba nueve o diez filetes delgados y les exprimía encima cinco limones y se los zampaba sopesadamente. ¿Y no te cansas de comer pescado?, le decía a menudo su abuelo. No, no se cansaba, no podía cansarse de ese sabor tan vivo que adquiría la carne del pargo cuando se prendía por el efecto del limón. De todos los pescados el pargo y el robalo eran los de sabor más neutro; en el límite de lo repugnante estaba el cazón y en medio se ubicaba la carne más compacta de segunda, como jureles, pámpanos y palometas.

Y siguió comiendo pescado crudo con limón hasta que llegó Paul Berman e introdujo la salsa picante Búfalo. Telésforo acababa de cumplir setenta años y ya le costaba demasiado esfuerzo arrastrar su renquera. No se había cansado de esperar una señal clara, algo o alguien que lo relevase de la responsabilidad de guiar al nieto.

Ante la certeza del fin, estuvo todo un día pidiéndole a Dios que le otorgase este último favor y que intercediera para que esa criatura suya no se quedase sola. Por la noche soñó que estaba en una laguna esmeraldina y que en medio había lirios y lotos en flor. De pronto llegó una garza blanca y comenzó a brillar como un pequeño sol emplumado, y de sus ojos brotaron reflejos sedeños que llevaron hasta el alma de Telésforo un mensaje celestial.

A la mañana siguiente al levantarse le enseñó al nieto la cartilla de su cuenta bancaria y la escritura de la hectárea que había heredado. Delfino asintió ante el obsequio como hacía ante todo lo que decía el abuelo; cogió sus cosas de buceo en silencio y salió rumbo a la playa.

Para Telésforo tal respuesta no fue novedad; conocía de sobra el desapego de Delfino, que jamás pedía ni aceptaba ni un solo peso de los que el abuelo recibía por el pescado. Pero reconocía también que esa actitud evasiva era una señal inequívoca de que Delfino no podría jamás relacionarse socialmente. Sumido en sus obsesiones se dejó conducir por un mandato imperativo que lo llevó renqueando hacia la playa. Vio el mar y encima una flecha de pelícanos apuntando hacia el oeste, y el sol lo hizo estornudar con tal fuerza que perdió el apoyo del bastón y se cayó sentado. Allí estuvo un buen rato pensando que quizá esa era la última vez que veía el mar, y recordó con el corazón estrujado aquella noche lejanísima en que había faltado a su promesa y se había pasado de mezcales en la fiesta de una vela en Tehuantepec. A Felipa, en plenitud fogosa, no le desagradó para nada que la cubriera como un animal allí en la playa, justo donde ahora él revivía el castigo de la locura de su hija y la pérdida de la mujer que vivía para servirle.

En el momento que vio al gringo que se acercaba todo cambió. Tenía más vivo que Frank Gard el mar chispeante de sus ojos; una brillantez madura, como una luna llena, que le entró por los ojos a Telésforo y le desensalitró el alma.

Se hicieron de inmediato amigos y después, cuando Paul Berman se instaló con su teca en San Mateo, empezaron a conocerse. Dos o tres veces a la semana Berman iba a comer los succulentos filetes que traía Delfino. La segunda vez trajo la botella de salsa de chile y los

tres terminaron haciéndose adictos a ese mejunje tropical. Nunca más en casa de Telésforo se comió pescado frito o en caldo, puro cebiche elemental: pescado de primera, limón y salsa Búfalo.

La tercera tarde Telésforo le mostró por fin el Libro azul a Berman. Nada esperaba tanto como la reacción de ese gringo alegre y dicharachero ante la prueba decisiva. Le pasó el libro mientras Delfino dejaba el cansancio en la hamaca, y esperó a que los ojos azules leyeran lo suficiente para pasar el examen. A Berman le intrigó de inmediato aquel índice lleno de excentricidades cósmicas. Y quisieron las cosas acomodarse de tal modo que la mano inquisidora abrió el capítulo donde aparecen los Ajustadores de Pensamiento y se fue ensimismado hasta consumir poco más de una hora. ¿Puedes traducirme?, preguntó Telésforo cuando creyó que era suficiente el silencio cristalino. Sí, claro, dijo convencido Berman. Pero, ¿puedes tú entender lo que aquí dice?, ¿sabes lo que significa Thought Adjuster. Dímelo en español, dijo Telésforo. Ajustador de Pensamiento. Ah, sí, es el guía que todos tenemos adentro. Adentro dónde, reviró incrédulo Berman. Pues dónde va a ser, en nuestra mente.

Le habló de Frank Gard y de cómo le había traducido el libro en lecturas que robaban tardes enteras a la modorra tropical. Le dijo que lo había estado esperando muchos años y que ahora ya casi no le quedaba tiempo para darle otro repaso. ¿Se lo iba a traducir? Berman dijo que necesitaba echarle una ojeada al libro con más calma, por lo que se lo tendría que prestar. Telésforo consintió, y apenas transcurrieron dos días Berman regresó y comenzó a traducirle el Universo central y los Superuniversos. Mientras traducía, Berman se quedaba de pronto en silencio y movía los labios y en sus ojos Telésforo encontraba el mismo azoro que él sentía. Después de cuatro sesiones Berman le preguntó: ¿Puedes distinguir a Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu? ¿Y cuál es la diferencia entre Dios Supremo, Dios Último y Dios Absoluto? Esa parte, para que voy a mentir, casi no la entiendo nadita, dijo muy quedo Telésforo, para que las palabras no llegasen a la hamaca donde estaba tendido Delfino. Pero, sin que ninguno de los dos hombres lo sospechasen, el muchacho seguía con la máxima atención la voz de Berman, y todas

las dudas que le surgían eran después como un pulular de inquietudes transeúntes que sólo se dispersaban con la buceada.

Berman decidió traducir entonces la vida de Jesús y Delfino sintió la imperiosa necesidad de hacer preguntas. De este modo comenzó para el muchacho la lectura interminable del Libro azul. Cuando Paul Berman se mudó a Chipehua la lectura sufrió un serio menoscabo. Berman aparecía a leer dos o tres veces por mes y el resto del tiempo el muchacho sólo tenía a su abuelo para dejar de especular.

Un día, poco antes de morir Telésforo, Berman llegó con dos regalos que le cambiaron a Delfino el acomodo del tiempo: le dijo que se cuidara de las escoriaciones que le estaba empezando a producir el exceso de sol en la piel, y le trajo un diccionario de inglés y español. El consejo le hizo cambiar la buceada de la mañana a la tarde; el diccionario le permitió acometer por sí mismo la lectura del libro. Sorprendido al cabo por los progresos de Delfino, Berman le dijo que era una lástima que le gustase tanto el mar, porque tenía un talento natural para las lenguas. ¿Y cómo sabes eso?, preguntó Delfino ingenuamente. Berman le dio varias palmadas en la parte más voluminosa de la cabeza, donde tenía un verdadero colchoncito de grasa, y dijo en tono conclusivo: Pues porque hablo cinco idiomas.

XIII

No recuerda haber hecho esa caminata con tanta zozobra en el corazón. Adelante va la Ambientalista, que le ha dicho ya las palabras duras y necesarias y que ahora sólo rompe el silencio para darle alguna instrucción sobre cómo proceder frente a la autoridad. Y mientras camina con la vista arrastrada y el corazón adolorido, le doblegan el ánimo los peores recuerdos de su vida de constante huida. Nunca, desde que se juntó con Nicéforo, han podido permanecer por más de un año en un mismo sitio. Cuántos sueños se quedaron atrás con cada muda, y cuánta desesperación al saberse condenada a tener que andar siempre a cuestras con lo mínimo. En una ocasión en que ella le echó en cara la falta de arraigo en la vida que llevaban, Nicéforo le dijo que las serpientes mudaban de piel para olvidarse de su vida pasada, y que como ellos no podían cambiar de piel, pues se mudaban de casa cada temporada. Pero la mudanza no era lo peor; el mayor sufrimiento no estaba en los cambios en sí, sino en los problemas que hacían que los cambios sucedieran. Situaciones que odiaba tanto como temía, y que la obligaban a darlo todo por ese hombre que hasta ahora sólo le había podido ofrecer una vida triste y desarraigada.

La Ambientalista fue directamente a la cárcel y vio, junto con Crisálida, la atribulada imagen de Nicéforo con la nariz y la vida rotas. Después logró que el comandante de la judicial la recibiera, mientras Crisálida esperaba llorosa en el pasillo remirando una y otra vez el rostro altivo del tipo con sombrero negro de fieltro que platicaba con otro judicial que estaba sentado en un escritorio. La Ambientalista conocía al comandante por haberlo saludado en un par de reuniones con motivo de los preparativos del parque; pero esta vez se mostró más arisco y distante. Blandiendo la pipa para enfatizar la negativa, le dijo que ese caso ya estaba siendo despachado para Oaxaca y que él no podía hacer nada.

Así que la Ambientalista fue al noticiero de Fito Callejas y dijo cosas muy duras contra las autoridades. Y en cuanto Fito la secundó con sus frases lapidarias contra la corrupción y los vicios de los agentes de la ley, que en vez de servirnos y cuidarnos nos golpean y nos roban, la Ambientalista fue al límite e hizo responsable al comandante de la judicial de lo que pudiera pasarle al cuidador de la reserva y que iba a dar a conocer en la prensa nacional todo el asunto del tráfico de indocumentados en las playas de Huatulco.

Y mientras las ondas extendían las amenazas por la costa y la serranía, Crisálida permanecía afuera de la cabina de pie y recargada contra la pared, oyendo apenas lo que la Ambientalista decía y sin poder quitar de su mente la mirada rapiñosa de ese personaje que parecía tenerles alguna inquina personal. Lo había malvisto en Cacaluta parado en la vereda y atento para retirarse en cuanto los judiciales bajaran con Nicéforo. Sin embargo, fue hasta ahora, al verlo a un par de metros de distancia, que creyó reconocer ese rostro retador que se negaba a esconder la mirada.

Varias llamadas expresaron su solidaridad con la Ambientalista, y casi al final del noticiario habló una voz bronca y torpe para decir que el comandante la esperaba con urgencia.

Tenía ahora la pipa mordida y sin dejar de chuparla le hizo una seña a la Ambientalista para que se sentara. Podría tener cualquier edad entre los cincuenta y los sesenta años, con el pelo trigüeño y la cara enrojecida como cualquier gringo descastado. Había en el modo una fingida amabilidad y en sus ojos grises y fríos destellaban unas lucecillas luciferinas.

Mire, seño, dijo apartando la pipa con gesto de mando. Yo admiro a las mujeres como usted que luchan por ideales y se avientan para adelante sin medir las consecuencias. Pero le voy a pedir, por el respeto que me merece, que no se meta para nada con eso de los indocumentados.

¿Por qué? ¿Me está amenazando?, respingó la Ambientalista.

No, no va por ahí la cosa. Mire, yo llevo en este trabajo casi treinta años; he andado de servicio por toda la República y viendo lo que usted ni se imagina. Y todo lo que puedo decirle es que en este oficio tan ingrato tenemos dos clases de personas: los corruptos decentes,

y los corruptos indecentes. Como me considero de los primeros, voy a sugerirle que no se meta en problemas, señor. No tiene usted idea de la cantidad de intereses que están metidos en esto...

Y de dinero, añadió la Ambientalista.

Más que con el narcotráfico, señor. Así que mejor usted ni vea, ni oiga, ni comente nada, ¿me explico?

¿Y qué hay con el cuidador?

Mire, señor, ya lo teníamos bien fiscalizado. Pero con este apañe creo que fue suficiente. Nomás déjeme unos dos mil dólares para los muchachos, y ahí muere.

Cuando Crisálida oyó la cantidad de boca de la Ambientalista sólo acertó a decir: Pero de dónde. Y la patrona tuvo otro de sus gestos inesperados: Yo se los presto mientras se los giran sus hijos del otro lado.



Desde que llegó se sumió en la hamaca. Crisálida se acercó una vez para decirle que siquiera le fuera a dar las gracias a la patrona, pero lo que vio en el único ojo que él tenía abierto fue más que suficiente para convencerla de que faltaba aún mucho silencio para que pudiera hablar. Lo había visto enfrentarse a cosas peores, sin embargo nunca había salido tan acabado. Bajo la hinchazón morada del ojo y de la nariz estaba otro Nicéforo: una sombra desdibujada por la humillación y que parecía haber perdido de manera definitiva el interés por la vida.

Durante los dos primeros días apenas hizo el esfuerzo necesario para comer e ir al baño. Ni una palabra, ni un solo gesto que diera muestras de voluntad. Pero a media mañana del tercer día vino la Ambientalista a preguntar cómo seguía, y entonces sucedió el cambio.

Aunque la hinchazón había bajado, él no se atrevió a mirarla de frente. Y así siguió mientras la Ambientalista le decía que todo sucedía por algo, que la única manera de aprender era en carne propia, y que en la vida había que seguir siempre aprendiendo, aunque tuviera que ser a fuerza de golpes y de caídas. Luego se acercó más

a la hamaca y en tono más bajo le dijo que nadie tenía derecho a humillar a nadie, pero que era aún peor regodearse en la derrota...

Y por primera vez desde que había salido de la cárcel, Nicéforo dijo un Gracias lleno de intención, aunque todavía avergonzado de haber caído tan bajo. La Ambientalista le tomó la mano y, al tiempo que se la apretaba, le soltó la frase que iba a abrir un haz de luz al fondo del túnel: Acuértese, Nicéforo, que los seres humanos que cuentan no son los que siempre ganan y nunca caen, son los que caen y, en vez de maldecir y lamentarse, se levantan con más fuerza a seguir luchando. Después se despidió y se perdió por la vereda.

En cuanto la vio alejarse, la voz de Nicéforo fue la de un resucitado: ¡Me lo voy a echar a ese hijo de la chingada!

¿Qué dices?, brincó la voz de Crisálida como si le hubieran pinchado el alma.

Que me voy a chingar a ese cholo hijo de la chingada.

Ese piedramoreño se ve malo, comentó Crisálida en un tono que pretendía dejar claro el desacuerdo.

¿Y cómo chingados sabes tú de dónde es?

Porque lo vi en una junta en la cancha de Piedra de Moros cuando vinieron a pedir tequio para arreglar la brecha y tú estabas del otro lado.

Él fue el que los trajo, masculló Nicéforo pensando en la imagen soberbia de casi un metro noventa de estatura y con aquella expresión insolente y gallarda como la de un guerrero bárbaro. A pesar de haberlo visto con un solo ojo, el único que tenía abierto cuando lo bajaron esposado, recordaba el trazo perfecto del bigote, la camisa norteña de cuadritos fajada en el pantalón de mezcilla y, sobre todo, el sombrero de fieltro negro y la cola del paliacate que le salía por atrás. Únicamente un par de veces había visto a alguien vestido así, las dos en Nogales antes de cruzar por el desierto hacia el otro lado. Mas este no era cualquier cholo, era además madrina de la judicial y más pronto que tarde iba a volver a chingarlos.

Al quinto día Nicéforo dijo que iba al pueblo. Estaba desayunando un plato caldoso de frijoles, que sopeaba con las tortillas recién hechas que Crisálida le ponía en frente dentro de una servilleta vieja.

Como el hijo menor y la nieta jugaban y se reían sobre el petate, lo que dijo Crisálida fue como un rafagueo de aire. Él siguió sopeando y miró hacia el hijo mientras decía en tono de regaño: Juicio, chamaco.

Yo digo que deberías ir arriba a consultar, dijo ahora Crisálida con la calma necesaria para que él sintiera lo que ella también sentía.

Sí, anda y ve a preguntar qué se les ofrece del pueblo, dijo él sin levantar la mirada del plato.

Yo no, eres tú quien debe ir para ya no meterte en más problemas, protestó Crisálida dejando caer sobre la servilleta y con gesto de enfado una tortilla humeante.

Nicéforo bajó aún más la cabeza y siguió sorbiendo del plato. Desde el otro lado del fogón Crisálida no dejó de farfullar. De pronto Nicéforo arrojó con brusquedad al suelo el trozo de tortilla que estaba comiendo y escupió un Chingada madre antes de meterse en el cuartito. Lo que los dos dijeron después fue prácticamente para sí mismos. La niña rompió a llorar porque Crisálida le quitó el trozo de tortilla que Nicéforo había tirado, y siguió llorando hasta que Nicéforo salió con sigilo y enfiló la bajada.

Nunca piensas ni en tus hijos ni en mí... , empezó a decir Crisálida.

Y al oír el reproche, Nicéforo se detuvo y permaneció de espaldas. Voy a cuidarme, dijo en tono más sosegado.

Entonces por qué no vas antes y lo consultas arriba.

A eso voy, pero a otro lado, y se echó a andar.

Afuera del puesto tía Brígida platicaba con una cliente. Nicéforo detuvo la intención y se quedó quieto hasta que ella lo vio y le hizo una seña para que se acercara. Si algo le había venido removiendo la bilis era justamente la posibilidad de esa escena: encontrar a su madrina en el puesto y que le hiciera la pregunta obligada: ¿Y cuéntame pues, por qué te metieron en el bote? Mas esta vez no fue tan obvia; le tendió la mano para saludarlo y por lo bajo preguntó: ¿Y qué, todo bien? Él afirmó con la cabeza y sintió cómo la mirada chismosa de tía Brígida le escudriñaba la cara. En torno al ojo tenía tan solo un pequeño círculo azulado, pero en el puente nasal era evidente la costra sanguinolenta del descalabro.

¿Y tío Nayo?, se adelantó para evitar que lo cercara.

Ahí adentro está, pásale.

Y allí estaba, comiendo un caldo de pollo en un rincón como un silencioso espectador de todo lo que sucedía frente a la ranura que quedaba justo a la altura de su cara. Lo miró y le indicó que buscara dónde sentarse. El local era apenas un cuadrado de dos metros de lado y adentro había una pila de costales de maíz, varios canastos con verduras y algunas papayas y plátanos de varias clases, entre otras mercaderías que completaban, con las bolsas que colgaban del techo y de las paredes, una mínima herbolaria tropical. Nicéforo escogió los costales de maíz y se recargó a la espera.

¿Es cierto eso que dicen que para salir tuviste que pagar cincuenta mil pesos?, le lanzó tío Nayo suspendiendo por un instante el cuchareo.

¿Quién dice?

La gente, pues.

Pinches ociosos, nomás fueron veinte mil.

¿Veinte mil? Pues es bastantito, ¿no?

Algo, y lo dijo con el desapego que le daba tener ya la mente en otro empeño: Oiga, ¿y qué me dice de un piedramoreño que es madrina de la judicial?

¿Piedramoreño, dices?

Sí, un cabrón alto y trabado con sombrero nortño negro y...

Ah, el Galán es. ¿No trae debajo del sombrero un paliacate amarrado como la gente de antes?

Sí, ese mero.

Huy, ese amigo tiene mujeres donde quiera...

¿Y vive en Piedra de Moros?

Allí tiene a su mamá, pero él va y viene a como se acomode con sus viejas.

¿Y qué me dice de su familia?

¿Pues qué no sabes hijo de quién es?

No, ¿de quién?

De aquel que le mentaban el Zopilote. Tú te has de acordar muy bien de él, pues apareció baleado allá por los altos de Chachacual cuando chambeabas para FONATUR.

Nicéforo sintió que una pelota de algodón se le atravesaba en la garganta. Buscó en la memoria la posible concordancia de los

dos personajes y tuvo que reconocer que el hijo aventajaba con mucho al padre.

Pues no parece, dijo al rato.

Es que así como vino de fachoso del otro lado ni siquiera parece costño; pero si le ves de cerca los ojos verás que tiene la mismita mirada del Zopilote.

Nicéforo siguió cavilando con la mira cada vez más empañada. Tenía que hacer la pregunta decisiva, y lo que acababa de oír contrariaba aún más la estrategia que tanto había pensado.

¿Y a poco ese amigo es madrina de la judicial?, soltó de pronto tío Nayo.

Fue ese hijo de la chingada quien los guió, dijo Nicéforo viendo cómo tía Brígida entraba para cambiar un billete en un bote de plástico que estaba al lado de la cabeza de tío Nayo. La mujer dijo: ¿Y veniste solo? Pero Nicéforo no contestó y esperó a que la mujer saliera con el cambio para aprovechar la última oportunidad que le quedaba. En cuanto tía Brígida enfocó su atención en el dinero que le daba a la clienta, Nicéforo ya no detuvo por más tiempo el pensamiento que lo agobiaba: ¿Y no podría conseguirme un arma?



La primera vez apareció poco después de las nueve de la mañana. Nicéforo había llegado desde hacía dos horas y se había instalado en un punto estratégico dentro de una construcción inacabada. Lo vio bajar de una camioneta roja que conducía el judicial que lo había golpeado en la nariz. Estuvieron adentro de la oficina poco más de una hora, luego salieron y se marcharon en la camioneta. Cuando ya se estaba acalabrando por la posición que tenía en el marco de una ventana, Nicéforo miró al sol, que empezaba a desaparecer entre las varillas oxidadas en una esquina del techo abierto, y decidió marcharse. A esa hora casi no había matado animales en la espía: era rarísimo que un venado bajara después del mediodía a beber. Y si ya no bajaba antes del mediodía, entonces había que esperar a partir de las

cinco de la tarde, cuando el cambio de luz señalaba también el cambio de vida.

El segundo día llegó pasadas las diez de la mañana, solo y caminando. Nicéforo reprodujo en su mente la posible ruta: primero el colectivo en Piedra de Moros y después la caminata hasta la comandancia. Aunque cabía también la posibilidad de que tuviera en La Crucecita algún lugar donde quedarse. Como fuera, la única certeza que ahora tenía era que no podía ser allí, tendría que ser poco después de que bajara del colectivo, salir de pronto de una esquina y dispararle a menos de diez metros, que era lo que alcanzaba la confianza que le tenía a esa pistola. Fue la primera opción que le ofreció tío Nayo, y cuando sopesó el arma y le extrajo el cargador no le importó el asomo de corrosión en los bordes de la culata y la punta del cañón. Era una escuadra calibre treinta y ocho, parecida a la que un día ya muy lejano le había visto al finado Genaro. Y le faltaba además la prueba más importante: disparar con la pistola para encontrarle el punto. Hasta ahora no lo había hecho por culpa del loco afán de venganza que le tenía encabritada el alma; aunque estaba también otra razón de peso: en el cargador sólo había seis tiros y tío Nayo dejó en claro que eran los únicos que tenía, y que si encargaba más tardarían en traérselos al menos dos semanas. Nicéforo le dijo que encargara de una vez una cajita y que nomás le dijera cuánto. Sin embargo, el tener que gastar la mitad de las balas para encontrarle la mira a la pistola le producía aún más desasosiego que el seguir desconociéndola...

Había que tomárselo con más calma, como cuando era cazador y no se cansaba de aprender los hábitos de los animales que tenía que matar. En el día la vista era crucial, pero en la noche sólo el oído podía atravesar la oscuridad y distinguir la diferente intensidad de las pisadas: los brincos del ratón, los arranques del armadillo, el pezuño atropellado del jabalí y, por encima de todos, el punteo alternativo del venado...

Esta vez salió con dos judiciales que aparentaban su misma edad, y los tres subieron en un carro compacto negro. Nicéforo esperó un tiempo más para ver si regresaban, y al empezar a cabecear decidió ir a buscar a Tío Nayo.

En la esquina del mercado encontró a la gringa gorda que daba clases de inglés y que se enredaba como liana, y ya no pudo zafarse. Con la sonrisa desbordándole los carrillos le preguntó a Nicéforo cómo le había ido del otro lado, en que parte había estado, en qué había trabajado, cuándo pensaba regresar... Nicéforo demoró las respuestas mientras reojaba hacia los lados para descubrir en alguna mirada pasajera el reflejo chismoso de la escena que él y la gorda rubicunda ofrecían. Y de pronto ella le hizo un ofrecimiento que fue como una salida al laberinto: Que si quería podía asistir sin pagar a sus clases de inglés. Y ante la posibilidad morbosa que la sonrisa apenas insinuaba, Nicéforo brincó el cerco: ¿Y podía traer también a su hijo? Confundida, ella preguntó que a cuál. Y él le dijo que a Chedino, el menor, pues los otros ya estaban del otro lado. La gringa celebró la noticia y dijo qué bien, pues así iban a venir bien educados.

Antes de darle la pistola tío Nayo había intentado disuadirlo: No tenía caso arriesgarse a perderlo todo por algo que ya había quedado atrás como un accidente o una enfermedad superada. Además, de qué se preocupaba si sabía muy bien que tanto sus patrones como Fito Callejas pondrían el grito en el cielo en caso de que intentaran apañarlo de nuevo. Pero para Nicéforo la situación había adquirido un cariz mucho más apremiante. ¿Y si, como sospechaba, el verdadero motivo de el Galán fuese vengar la muerte de su padre? Por supuesto que a tío Nayo no le había comentado nada de esto, y daba por sentado que por esa mente tan suspicaz nunca había pasado la sospecha de que él tuviera algo que ver con la muerte del Zopilote. Tenía claro que su razón principal no era el temor a otro apaño, como le había dicho a tío Nayo, sino el arrancar del corazón esa espina humillante que no le permitía encontrar sosiego.

En el puesto estaba nada más tía Brígida, que comenzó a ase-diarlo con sus chismes. Nicéforo preguntó por tío Nayo, y al decirle la mujer que había salido a un mandado, puso la mira en otra cosa. Compró un puño de chiles, tomates, cebollas y ajos, y después de pagar fue a una papelería a comprar un cuaderno y una pluma.

Tomó un colectivo hasta la entrada a la playa de Maguey y se metió en la vereda atento al huellaje y a los ruidos de la selva. De subida

oyó la voz de la Ambientalista y esperó sentado sobre una piedra. Lo último que deseaba ahora era tener que darle explicaciones a esa mujer tan quisquillosa. Cuando dejó de oír el parloteo, se acercó con sigilo y vio que Crisálida y el hijo estaban parados en la parte trasera de la casita con la mirada fija en la playa.

¿Qué pasó?, dijo sorprendiéndolos.

Crisálida volteó a verlo como si hubiera descubierto el vuelo inoportuno de un pájaro, y regresó enseguida a la posición en que estaba.

¿Y qué chingados ven?, insistió Nicéforo acercándose.

Acaba de venir doña Raga y dijo que pusieron una red aquí enfrente, dijo Crisálida sin apartar la mirada de la franja de playa que apenas se veía entre el ramaje.

¿En Cacaluta?

Crisálida asintió con la cabeza, poniendo en el gesto el mínimo interés para que fuera más obvia la frialdad de la respuesta.

¿Un trasmallo?, insistió Nicéforo en tono descubijado, como si se estuviera forzando en ignorar la intención del trato.

Crisálida levantó con desgano los hombros y regresó hacia la cocina.

¿Y qué chingados traes, pues?, se encabritó Nicéforo de pronto, pasando de la defensiva al ataque.

Como no obtuvo respuesta, encaró al chamaco y le tendió la bolsa de plástico donde venía lo que le había comprado. Dejó que el hijo se entretuviera con lo que había adentro y fue a poner sobre la mesa la otra bolsa donde venía la verdura. Crisálida estaba metiendo más leña en el fogón y soplaba el coraje sobre las ascuas.

¿Y hasta cuándo piensas seguir con tus chingaderas?, la enfrentó Nicéforo con ánimo beligerante.

Pues hasta que tú ya le pares a las tuyas, musitó la mujer.

Nicéforo hizo un esfuerzo por controlarse y se fue hacia la hama-ca meneando la cabeza. Al ver que la niña estaba dormida adentro, escupió un Chingada madre, y se quedó trabado en la impotencia.

Vino a preguntar que dónde andabas, y que en cuanto llegaras fueras a hablar con ella, dijo Crisálida para poner de una vez en claro quien estaba incumpliendo su tarea.

¿Y ahora qué chingados quiere?

¿Y por qué no vas y se lo preguntas a ella?

Ya iré cuando tenga tiempo, ahora voy a comer, dijo Nicéforo sentándose a la mesa.

El chamaco llegó con el cuaderno y la pluma y se los enseñó alborozado a Crisálida: Mira ma lo que me traje.

Mañana te vas conmigo temprano para que empieces tus clases de inglés, dijo Nicéforo recuperando la calma.

¿Y para qué le va a servir el inglés si ni siquiera sabe bien el español?, protestó Crisálida.

Pues para que cuando se vaya para el otro lado sepa defenderse.

Pal otro lado yo no quiero ir, alegó el chamaco.

Usted se calla la boca y va a donde lo manden, gruñó Nicéforo. Y como ni el hijo ni la madre dijeron nada, añadió con menos énfasis: ¿A poco crees que a mí y a tus hermanos nos gusta estar allá comiendo mierda y que nos traten peor que animales?

Mientras comía el plato de frijoles con tortillas que a pesar del enfado Crisálida le había calentado, Nicéforo pensaba en esta nueva mala noticia que se venía a sumar a la lista inacabable de infortunios. Pero a lo mejor no era más que un trasmallo deshorado y que en el transcurso del día, o al día siguiente a más tardar, vendrían a recogerlo unos pescadores gandallas. A medida que comía y pensaba se le fue disipando el resquemor, y ya para cuando acabó vio que la niña lo miraba fijamente a través de las mallas rotas de la hamaca con una sonrisa ajena por completo a tantas pendejadas. Apartó el plato vacío y se fue sin titubear hacia la hamaca. Separó con la mano un borde y se recostó como si al fin hubiera alcanzado lo único que deseaba. Enseguida la niña se le subió al pecho y él la abrazó y comenzó a acariciarle la cabecita mientras sentía cómo una neblina placentera iba cubriendo el entorno. Pero entonces algo lo hizo parpadear y descubrió la sonrisa plateada de Crisálida viendo la escena como cualquier madre feliz.



Entró con Chedino y saludó a la gringa y a los tres alumnos que ocupaban la mesa al centro de la sala. Eran ya las ocho y diez de la

mañana, y a esa hora en su cabeza había otras inquietudes que no tenían nada que ver con la manera cómo lo habían mirado los tres netos huatulqueños de entre veinte y veinticinco años, que seguramente estaban allí tratando de aprender un vocabulario mínimo que pudiera servirles para encontrar chamba del otro lado. Oyó durante poco más de diez minutos lo que decía la maestra y después esperó la primera oportunidad para decirle que tenía un recado urgente que atender, pero que allí se quedaba Chedino. Salió sin querer oír reclamos y se fue sin demora a su apostadero.

Esta vez el Galán llegó poco antes de las diez, en la camioneta roja y con el mismo judicial treintañero y arrogante. En la mente de Nicéforo era cada vez más claro que ese espiadero no podía ser el indicado. Seguramente el Galán saldría otra vez con el judicial y se irían en la camioneta, dejándolo en la misma frustración que cuando entreveía un venado en la maraña y no le podía hacer el disparo. Hacia el mediodía, cuando ya había decidido ir a Pueblo Viejo a sonsacarle a Quincerio más información sobre el Galán, lo vio salir solo y alejarse caminando. Sin pensarlo dos veces, Nicéforo partió tras el rastro. Dejó que mediara una distancia prudente entre los dos y lo siguió por las callecitas y cruzó la avenida principal para seguir por el borde del parque Rufino Tamayo, hasta que lo vio entrar en uno de los edificios de departamentos de Los Mangos. Se quedó recostado contra la malla del parque y protegido tras un flamboyán con la mirada fija en la puerta del bloque de cuatro pisos.

Por la acera, en dirección a él, venían riéndose dos colegialas. Observó por un instante su aspecto de primalitas briosas y ellas también lo vieron y se dieron de empujones. Y entonces salieron bruscamente de la acera y se apartaron corriendo mientras se tapaban la boca y la nariz con las manos. Nicéforo se quedó mosqueado, pero antes de que crecieran las sospechas le llegó la tufarada delatora de un cadáver. Dio un par de pasos sin pensar que quedaba al descubierto y distinguió tras la malla un revoltijo de pelos blancos. Alguien había tirado el perro, seguramente atropellado, por encima de la malla de alambre y el mosquerío se daba gusto con la barbacoa en su punto. Escupió el amargor de la putrefacción y regresó a gua-

recerse tras el árbol. No tardó la brisa en traerle el hedor, y mientras pensaba qué clase de señal podría ser ésa, empezó a ver la imagen desnuda de Chano tendida sobre la plancha de mármol de la funeraria. Ni modo, se dijo volviendo a escupir la pestilencia que le aplanaba el ánimo, ya estará de Dios si a mí también me tienen que tender sobre esa plancha.

Al rato vio entrar a un gordo que bajó de un auto, y poco después a una señora con dos niños que cargaban bolsas de plástico desde el súper El lavadero. Luego bajó un gringo viejo y hipioso jalando de una correa a un perro labrador amielado; y como media hora después salió el Galán tomando del hombro a una joven garbosa y muy pintada, que lucía una minifalda excesiva incluso para el infierno huatulqueño. Nicéforo se pegó al flamboyán y dejó que la vista degustase las nalgas y los perniles rotundos que en nada se parecían a las ancas huesudas de su Crisálida. El Galán soltó alguna pulla que hizo que la joven se revolviera arrebatándole el sombrero de un manotazo. Y fue entonces, en esa fracción beligerante en que el Galán corrió tras ella con el paliacate rojo dándole un aire de pirata, que Nicéforo creyó reconocer el rostro risueño de esa putilla. Pero no, no podía ser quien él pensaba, pues hacía varios años que se había ido para la ciudad de Oaxaca. Los siguió hasta que se metieron en El lavadero y los vio salir quince minutos después con sendas bolsas de plástico en las manos. Volvió a dejarse atrapar por la cara, mucho más viciosa y llena que la que él recordaba, y cuando pasaron por la acera de enfrente, a menos de cincuenta metros, retuvo la respiración y ante la nueva tufarada que le llegó puso en blanco la mente sólo para dejar que aquel rumbeo de nalgas lo arrancase sin remedio del pasado. ¿Y quién chingados será?, siguió preguntándose hasta que la pareja entró en el edificio. Enseguida hizo un mapa en su mente y vio el posible desenlace. Diez minutos después se fue convencido de que ahora sí había seleccionado el lugar preciso para venadearlo.

Encontró a Crisálida viendo con Chedino la tarea que la gringa le había dejado. Al lado del cuaderno había unas fotocopias engrapadas donde venían los principales verbos en inglés, los pronombres y algunas frases elementales que ni la mamá ni el hijo alcanzaban a

pronunciar. Nicéforo dijo: Mujer, ¿qué hay de comer?, y se fue a repantigar en la hamaca. Sin hablarle, Crisálida fue hacia el fogón y avivó la lumbre. Los dos sentían lo mismo, pero ninguno se atrevía a envolver el perdón con palabras. En cuanto cerró los ojos, Nicéforo empezó a roncar, la nieta, que dormía adentro del cuarto, identificó el ruido y salió alborozada. Crisálida le dijo: Shissst, y el rostro florecido de la niña empezó a enfurruñarse como si le hubiera caído ácido. Al rato, luego de poner sobre la mesa el plato humeante de frijoles refritos, la salsa costeña y la vieja servilleta con las tortillas calientes, le dijo a la niña que fuera a despertarlo.

Nicéforo vio lo que había sobre la mesa y se palmeó el abdomen. Luego dijo en tono congraciante: En un par de días acabo ya con esta chingadera.

Ojalá lo permita Dios, carraspeó Crisálida.

Nicéforo empezó a comer los frijoles sirviéndose de trozos de tortilla que alternaba con idas al molcajete; y para no dejar que el silencio se hiciera más denso, preguntó con intención sesgada: ¿Y ya vinieron por el trasmallo?

La referencia fue para Crisálida como si le hubiera dicho que había una cucaracha en el plato. Por primera vez lo miró a la cara y aguantó la mirada desconcertada que parecía preguntar: ¿Y ahora qué dije? Controlando el empuje de los reclamos, Crisálida dejó escapar lentamente: Dice doña Raga que nomás vienen, lo vacían y se van...

Ah chingados.

Ha de ser esa gente rara del Istmo que andaban buscando dónde acampamentar.

Sí, ellos han de ser. ¿Y preguntó por mí?, alcanzó a balbucir entre un par de bocados.

Dice que sigue esperando...

Nicéforo siguió comiendo como si no hubiera oído y Crisálida dejó escapar otro comentario: En la mañana, luego de que te fuiste, pasaron dos lanchas afuera de la isla. Hizo un alto a la expectativa y como no obtuvo respuesta, continuó con tono satisfecho: Se ve que ya aprendieron y no quieren bajar aquí.

Primero Dios y en un par de días ya se acaba esta chingadera, volvió a decir Nicéforo casi hablando para sí mismo.

Y de golpe, como si previera lo peor, Crisálida desbordó la calma: Sí, eso es lo que tú crees, pero ¿y si después nos va peor? ¿No piensas ni tantito que si te ven vamos a tener que salir corriendo de nuevo?

Ustedes no tienen por qué preocuparse, desde donde yo esté siempre les mandaré con qué pasarla... Y como ella no dijo nada, añadió: Además están los chamacos del otro lado, ¿o no?

Bastante es con lo que ya tienen que mandar para pagar lo tuyo y lo de Chano.

Por eso, chingados, es que ya estoy pensando en marcharme de nuevo pal otro lado, y golpeó con un puño la mesa al tiempo que se iba hacia el cuartito.

Ay, Nicéforo, cuándo habrás de darnos una vida verdadera a estos chamacos y a mí, resopló Crisálida con la convicción de que todo iba a ir para peor.

Antes de que anoheciera buscó un cartón apropiado. Como no lo encontró entre sus cachivaches decidió ir a ver si la patrona tenía algo que sirviera, y así hablaría de una vez con ella. Sin embargo, al subir por la veredita hacia la casa blanca le llegó con claridad el ruido de un motor y enseguida varias voces resonaron en la bahía. Se quedó quieto un instante y en su mente apareció la imagen airada de la Ambientalista. Desanduvo los pasos y fue a pedirle a Chedino una hoja de su cuaderno. Después, ante la mirada enfurruñada de Crisálida que estaba calentando café, extrajo un tizón de la lumbre y lo apagó con agua. Enseguida se metió en la penumbra del cuartito y tiznó el centro de la hoja hasta que le pareció suficientemente negro.

Despertó con los primeros chillidos de las urracas, y él mismo prendió la lumbre y puso la olla de café al fuego. Le habló a Chedino para que se alistara, y entonces Crisálida se revolvió en la otra esquina del petate y sacó el greñero de la cobija: ¿Qué pasa?, preguntó adormilada.

Nada, que ya nos vamos, dijo Nicéforo. Con los primeros rayos del sol llegaron a la entrada de la vereda que conduce a la playa de

Órgano. Nicéforo le dijo a Chedino que se adelantara y que le dijera a la maestra que él no podía ir porque aún no había terminado el asunto que tenía pendiente. El chamaco nada más asintió con la cabeza y sólo volteó poco después para ver cómo la espalda del padre desaparecía entre la huamitera.

Ya que llegó a la playa, Nicéforo buscó un lugar apropiado y extrajo del morral la hoja con el círculo tiznado al centro, y también el trapo negro donde traía envuelta la pistola. Clavó el papel sobre un árbol de copal golpeando con una piedra los dos clavos que traía en el bolsillo, y contó quince pasos antes de detenerse y dar por buena la distancia. Cargó la pistola y le quitó el seguro apuntando al círculo negro. El primer tiro quedó bajo y a la izquierda; el segundo mordió el borde izquierdo del tizne. Sí, definitivamente había que apuntar más arriba y a la derecha, bastante más a la derecha. Levantó de nuevo la pistola y contuvo la respiración hasta que el disparo levantó adentro del círculo negro un pellejo grisáceo.

De regreso al asfalto miró al sol y creyó que estaba dentro del tiempo que había planeado. Calculó todavía otra hora antes de llegar y aceleró el paso. En la desviación a la playa de la Entrega un taxi le tocó varias veces. Sin voltear, Nicéforo le hizo señas con el brazo para que siguiera. Pasó frente a la dársena de Santa Cruz y vio venir una camioneta de redilas cargada de trabajadores. Era de Baja Mantenimiento, y al instante se dobló sujetando con la mano el morral y fingió buscar algo entre la punta del huarache y el piso. La primera voz lo electrizó; reconoció a don Tacho y pensó en todo lo que podía suceder si la camioneta se paraba. La voz volvió a decir su nombre, pero la camioneta no paró y Nicéforo dejó que se alejara antes de ponerse de nuevo en marcha.

No había tomado más que un triste café y la vida intestinal que dependía de él comenzó a reclamar a dentelladas. Pensó en principio que eran retortijones chorrilleros, y se detuvo precavidamente por si era una emergencia. Enseguida se convenció de que era el bichamen. Estaba bajando la última loma antes de llegar a La Crucécita, a quinientos metros del parque Rufino Tamayo; y en esos quinientos metros decidió que tanto él como sus bichos tenían necesidad de comer algo.

Ya sentía el glogloteo de la Coca fría y el crujir de las papas fritas controlándole las ganas cuando llegó frente al súper El lavadero y vio a empleados y clientes platicando en la entrada. ¿Por qué chingados no habrán abierto aún?, se preguntó al tiempo que buscaba un acomodo discreto. Al recargarse en la pared, cruzó la vista hacia el otro lado de la calzada y comprendió que estaría mucho más protegido en su espiadero, justo detrás del flamboyán que parecía llamarlo con la protección de su ramaje. Así que sin darle más vueltas fijó el árbol y dio dos trancadas. Y volvió a oír su nombre por tercera vez esa mañana. Era una mujer que venía caminando por la acera, y al darse cuenta que Nicéforo la veía le hizo señas con las manos. Lucero, la pobre de Lucero tenía que ser, se dijo sintiéndose desnudo en medio de la calle. Miró preocupado hacia la gente, pero nadie lo observaba: algunos hablaban y otros miraban hacia adentro, donde dos chicas ocupaban ya las cajas registradoras.

Buenos días, compadre, dijo Lucero dándole la mano.

Buenos días, comadre, correspondió Nicéforo.

¿Y qué rumbo llevas?

Por aquí nomás, vine a traer al chamaco a la escuela.

¿Y ya se arregló el problema?

Ya.

Bendito sea Dios que no pasó a mayores.

Estaba aún más flaca y desfavorecida que cuando enterraron a Chano, y tan sólo en el brillo bondadoso de los ojos podía percibirse un asomo de esperanza. Primero el hijo menor en aquél accidente terrible y después el pobre Chano. Mientras ella le contaba sus últimas victorias contra la desventura, ayudándole a lavar la ropa a Alma y viviendo apenas con lo que la bendita de Rosaura le entregaba, Nicéforo pensaba y repensaba que los siete mil dólares que había mandado su Crispín para pagar el traslado y el entierro de Chano jamás serían repuestos por esa mujer tan atribulada.

Le preguntó por Crisálida y por los chamacos, cómo estaba todo por Cacaluta y las ganas que tenía de ir a visitarlos para comer un pescadito. Nicéforo asentía a todo mientras pensaba que seguramente su personaje ya se habría ido en la camioneta roja o tal vez había tenido que irse caminando, por lo que habría perdido la

oportunidad que tanto esperaba. Por fin abrieron las puertas y Nicéforo dijo que tenía que comprar un encargo. Ah, vas al súper, pues yo también, dijo Lucero y los dos se encaminaron. Y justo al llegar frente a las puertas de vidrio alguien gritó el nombre de Lucero. Al ver quién venía, Nicéforo sintió cómo todo su cuerpo se erizaba y el corazón le bombeaba a la cabeza la orden imperiosa de matar.

Ay, hija, mero a verte iba, nomás quería comprar unas galletas para que tomáramos con el café, dijo Lucero adelantándose en dirección a la pareja que rompió al instante el abrazo.

Mientras las dos mujeres compartían el regocijo en las miradas, Nicéforo y el Galán se quedaron rígidos y alertas como dos mastines que se encuentran de pronto en tierra ajena. Fueron apenas unos segundos en que la mente de Nicéforo extrajo la pistola del morral y le disparó en el pecho bronceado y rotundo que se entreveía por encima de los dos botones abiertos de la camisa negra de seda. En la punta del esternón brillaba una virgen de Juquila de oro macizo, y allí se fijó el ojo de Nicéforo justo cuando Lucero se abrió para enrostrar la expresión más celebratoria: ¿No te acuerdas de Rosaura?, dijo haciendo un ademán para que Nicéforo entrara en escena. Al momento Nicéforo dio un salto al pasado y trató de relacionar aquella chamaca desabrida y plana con esta mujer pintadota y desbordada que ahora le sonreía. Además de la minifalda que ya le conocía, traía una blusa amarilla muy escotada que permitía el asomo indiscreto de unos pechos sabrosísimos. Nicéforo le dio la mano y percibió con la cercanía el efluvio de un perfume que fue como una inmersión en una fuente de vida. Después Lucero saludó al Galán mientras Nicéforo se escindía en dos seres carentes de iniciativa: uno era pura visión, el otro puro oído. Y en el momento en que decidió no oír ni ver, Lucero volvió a abrir una salida al abismo: Mira, Nicéforo, él es el novio de Rosaura. Los dos se miraron de nuevo, pero ninguno se atrevió a ir más allá de un gesto de cabeza. Las dos mujeres sintieron que tanta frialdad no podía ser casual. Nadie dijo palabra mientras las miradas chispeaban, y por último Nicéforo dijo que tenía que ir a un mandado y que ya se le había hecho tarde. Sin más despedida, dio unos pasos hacia atrás y luego se fue de regreso con la cabeza hormigueando la frustración.



Encontró a Crisálida en el pozo con la nietecita durmiendo sobre unas ramas. Había llenado una bañera con agua y estaba sentada sobre una piedra, lavando a jicarazos el montón de ropa que tenía al lado. Ella esbozó una sonrisa plateruda, pero él sólo le preguntó qué había para almorzar. Cuando oyó que apenas se estaban cociendo los frijoles, profirió una maldición y siguió por la vereda.

Ya en la casa dejó el morral sobre la mesa y buscó una cuchara. Los cuatro frijoles que sacó de la olla estaban duros como perdigonés. Volvió a maldecir y entonces oyó que alguien se acercaba. A través de la pared de carrizos pudo ver que era la patrona.

Vaya, por fin lo encuentro, dijo la mujer quedándose parada al lado de la mesa, a un brazo de distancia de donde estaba el morral.

No faltan chingaderas en qué perder el tiempo, dijo Nicéforo en tono huraño.

¿Y ahora en qué anda metido, si se puede saber?

Pues buscándole escuela al chamaco.

Sí, ya me dijo Crisálida y me parece muy bien que al menos aprenda algo. ¿Y no le ha dicho Crisálida lo de la red?

¿Cuál red?

La que colocaron aquí enfrente.

Ah, sí, algo me dijo, ¿para eso quería verme?

Sí, quiero pedirle de favor que a ver si se entera de quiénes son las lanchas y de dónde vienen.

Está bien, a ver qué averiguo, y empezó a meterle más leña a la lumbre.

La mujer se quedó viendo la maniobra en silencio, y Nicéforo sintió que se lo estaba llevando la chingada y que no tenía más opción a qué aferrarse. Volvió a meter la cuchara en la olla de barro y extrajo unos cuantos frijoles. Tomó uno con los dedos y comenzó a desmenuzarlo.

¿Y cómo van las cosas?, ¿ya ha podido olvidar los agravios?, preguntó la Ambientalista como si le estuviera oyendo el rumor de los pensares.

Nicéforo luchó unos segundos contra su vergüenza hasta que ya no pudo detener el empuje sincerante, y entonces dijo: De la chingada.

¿Y por qué no me cuenta todo? ¿Acaso no le merezco la suficiente confianza?

Sí, pero no es eso...

¿Y entonces? ¿No cree que es justo y razonable que yo conozca cuáles son sus problemas para tratar de ayudarlo?

Y durante casi una hora le estuvo refiriendo cómo había descubierto quién era el causante del daño y cómo había maquinado la venganza. Pero ahora al ver que era el novio de la sobrina de Lucero ya no sabía qué hacer, aunque para evitar más problemas tal vez lo mejor sería que se fuese un tiempo para el otro lado.

La patrona en principio se crispó: Que cómo era posible que se le ocurrieran tamañas barbaridades. Más poco a poco fue percibiendo la magnitud de la zozobra que embargaba a su cuidador y optó por ser tolerante: No, Nicéforo, usted se queda aquí y yo me voy a encargar de hablar con el comandante de la judicial para que le diga a ese fulano que cuidadito y le pase a usted algo.

Gracias, pero no va a ser tan fácil, dijo Nicéforo volviendo a guardar en el trapo negro la pistola que acababa de enseñarle.

¿Por qué lo dice?

Porque hace años, cuando yo trabajaba de vigilante antes de irme pal otro lado, mataron al papá de ese muchacho allá por los altos de Chachacual, y seguramente le dijeron...

No importa lo que le hayan dicho, lo único que cuenta es que usted esté dispuesto a perdonarle lo que él le hizo. ¿Puede usted de verdad pensar en él sin guardarle rencor?

No, para qué voy a mentirle, todavía me reconcome el corazón nomás de pensarlo.

Pues pídale a Dios que le dé voluntad y mucho amor para perdonarlo, y verá que en cuanto usted lo perdone se arreglan las cosas, ¿me lo promete?

Sí, se lo prometo.

A partir de hoy usted ya no va a ir al pueblo hasta que yo arregle este asunto con el comandante. ¿Puede ir el chamaco solo a la escuela?

Sí, cómo no va a poder si ya ha regresado solo... Pero, ¿y si el otro al no verme quiere fregar al chamaco?

Usted deje de pensar en tonterías, ni al chamaco ni a nadie le va a pasar nada, ¿de acuerdo?

Nicéforo asintió en silencio.

Usted confíe en mí y verá que dentro de un par años, cuando ya sea el cuidador oficial del parque y le cuente a los turistas estas cosas van a creer que son inventos.

A los nueve días Crisálida vio subir a dos mujeres por la vereda y pensó que eran dos turistas desnorteadas. Pero no, eran Lucero y una muchachota. Se saludaron efusivamente y se dijeron las cosas más inmediatas. Lucero preguntó luego por Nicéforo y comentó que hacía casi dos semanas que lo había visto en La Crucecita. Crisálida le dijo que sí, que ya él se lo había dicho, y añadió que al ratito venía, que había ido a las rocas a pescar.

Ay, a eso merito vine, comentó Lucero avivada. No sabes cuánto antojo traigo de comer un puñito de sardinas fritas o unos pescaditos al mojo de ajo.

Mero en estos días ha estado arrimando el pescado, dijo Crisálida mientras seguía remirando el aspecto garboso de la muchacha.

¿Y cómo la ves, no te acuerdas de ella?, preguntó Lucero viendo el interés de Crisálida por la extraña.

Ay, cómo se parece a la hija de Alma, ¿verdad?, dijo Crisálida abriendo a tope la sonrisa.

Ella es, se hizo toda una mujer allá en Oaxaca. ¿Y cómo ves que ya nos jalamos pal otro lado?

¿Te vas pallá?

Sí, primero Dios, y me voy con Rosaura y su novio pasado mañana, ¿verdad, hija?

Pero Crisálida ya no oyó lo que la mujer más joven decía: cerró los ojos y profirió el Bendito sea Dios más amoroso de su vida.

XIV

Son las diez de la mañana y mientras ve y recuerda lo que hasta ahora ha visto, el Ingeniero piensa que no es un paisaje que imponga la exigencia de ser admirado. De las palabras que dice frente a él el Biólogo no quiere entender nada: pura blablasera del burócrata innato que conoció allá en Nayarit mientras hacía su servicio social, y que ha aprendido desde lo más bajo el modo servil de treparse en el escalafón presupuestal. Su único mérito es que es muy bueno para engañar con su labia y fingir que está actuando con el corazón en la mano. Esto es lo que piensa el Ingeniero, aunque este pensamiento no sea más que el fondo rumoroso de otra visión donde la sonrisa redonda y dorada de la restaurantera y el bamboleo de sus contornos al caminar ocupan un lugar preponderante.

Desde el momento en que él le preguntó qué pescado fresco tenía, ella sintió que los ojos mielinos del Ingeniero le hacían serpollar por todo el cuerpo miles de filamentos urticantes: una sensación blanda y líquida como una medusa. Ruborizando un poco la sonrisa dijo que sólo tenía pescado de segunda. Y el Biólogo terció: ¿A poco me va a decir que aquí en Chipehua no tiene huachinango? Antes de que la mujer hablara, el Ingeniero aprovechó la ocasión para ponerse de su parte: Estamos a finales de abril, cabezón. ¿Y eso qué?, replicó el Biólogo molesto por el sobaje. Pues que seguramente ya entró el agua caliente y los rebalses, ¿o no, señor?, y esta vez le hizo un guiño intimador a la mujer.

Le trajo ojetones fritos, un plato rebosante. Y empezó a comer como él comía, deteniéndose cada cuatro o cinco pescaditos para buscar la mirada de la mujer y hacerle una seña para que trajese otra cerveza o más limones, cualquier pretexto para verla ir y venir y meterle las ganas por lo ojos cuando estaba frente a él y empezaba a sentir el agobio del silencio. Hasta que el Biólogo, viendo cómo la veía alejarse, apuntó: ¡Cuidado, tiburón, que esta mujer ya ha de

tener a alguien mejor que la quiera! Y entonces salieron las gemelas de su cuarto y pasaron como ninfetas tropicales hacia el interior de la cocina.

Una hora más tarde, después de considerar que había logrado lo suficiente por ese día, el Ingeniero consintió al fin levantarse ante la insistencia del Biólogo. Siguieron las instrucciones de la restaurantera y no tardaron en dar con las tres casitas. La primera en salir fue Catalina.

Habían quedado pendientes demasiadas emociones, atropellos de miradas en la huida que ahora de golpe volvían a encontrarse. Ella pasó la mano de prisa sobre la del Biólogo y dio su mejor perfil al Ingeniero para decirle algo que él no entendió. Él asió con firmeza la mano que le tendió Catalina y la acercó para darle un beso en la mejilla.

El Biólogo propuso ir de una vez a la playa para bajar la lancha y el equipo que traía en la camioneta y hablar de todos los proyectos. Catalina dijo que después irían a la playa, que era mejor que hablaran adentro para que nadie más se enterara. Cirenio y Catalina sentados en el borde de la cama, el Biólogo en una de las dos sillas que había frente a la mesa y el Ingeniero en la hamaca. Entonces Catalina inició la movida: Cirenio, mi amor, ¿por qué no vas a traernos unas cervezas bien frías? Cirenio se levantó y salió, y adentro de la cabeza del Biólogo revolotearon conjeturas. Pues no están nada feas estas conejeras, dijo al cabo. El Ingeniero adelantó la cabeza hacia Catalina y masculló: ¿Qué me dijiste? Bienvenido a casa, mi rey, dijo ella en tono aún más bajo. Bueno, yo nada más espero que tengamos ahora la suficiente cordura, empezó a decir el Biólogo...

La corpulencia de Delfino ocupó toda la puerta.

¿Y quién es ese tipo?, escupió con desgana el Ingeniero.

¿Se puede?, dijo Delfino inmóvil y fría la mirada sobre el Ingeniero.

No, vamos a estar ocupados, cortó el Ingeniero.

Pero Catalina se incorporó decidida: Claro que se puede, Delfino. Y después forzó el tono frente al Ingeniero: Delfino es el único amigo que tengo desde niña y una de las personas que más quiero, y además se da la casualidad que también es el dueño de las casas que

rentamos. Pásale Delfino, dijo Catalina asumiendo con decisión el mando para que el Biólogo y el Ingeniero vieran de una vez a quien le correspondía dirigir los acuerdos. Mira, Delfino, prosiguió ya señoreante, aquí te presento al Biólogo, que es delegado de pesca del estado, y al Ingeniero, que también es arponeador como tú. Los dos buzos se miraron y se saludaron con la cabeza. A ver qué día salen juntos a pescar para que descubran quien tiene más que aprender, añadió sin apartar la vista del Ingeniero, que a su vez escudriñaba con recelo la extraña apariencia de Delfino.

¿Tan bueno es?, terció con sorna el Biólogo.

Huy, él es el mero mero de Chipecua y del resto del Istmo, ¿o no, Delfino?

Siempre había sido así, pensó Delfino, inoportuna y desfachata-da, comprometiendo con sus deslices la intimidad de los demás y haciendo caso omiso de todo cuanto le reclamaban. Comentó que nada más venía a ver si todo estaba bien, y que ya se iba. Y después desapareció con el mismo sigilo con que había llegado.

¿Quién mierda es?, volvió a preguntar el Ingeniero con ánimo contrariado.

Creo que ya dije más de lo que tenía que decir, cortó Catalina con firmeza para evitar que le apartaran la mira de donde ella la tenía. Así que vamos a hablar de una vez de lo que nos interesa a los tres. Y antes de que llegase Cirenio con dos caguamas, les expuso su plan de trabajo. Iban a trabajar como lo habían hecho en Corralero, pero con la salvedad de que aquí iba a ser ella la que se encargaría de conseguir al comprador y a los pescadores que iban a trabajar con el Ingeniero. Chipecua no estaba aislada como Corralero, y además de ser el pescadero más importante del Istmo, era el lugar de paso para los indocumentados que venían en pangas desde Guatemala y para la coca que empezaba a llegar desde Colombia. También había que tener mucho cuidado en el trato con los dirigentes de las dos cooperativas; el jefe de la de los tigres, Martín, decían que era el más derecho aunque un poco pagado de sí mismo; pero con los dos prietos y chaparros que mandaban en la de los tiburoneros no se podía andar con babosadas... Bueno, bueno, dijo el Biólogo queriendo recobrar la potestad del pasado. Pero Catalina no estaba

dispuesta a ceder un ápice del plan que ya tenía trazado. No, Biólogo, su autoridad aquí no es bien vista, yo ya anduve averiguando lo que dicen de usted y ni para qué le cuento tanta pendejada. Todo eso va a cambiar ahora que vamos a trabajar por este rumbo, alegó el Biólogo fingiendo despreocupación. Pues que cambie o no es puritito asunto suyo, siguió dueñeando Catalina; a mí lo que me interesa es que usted me diga si está de acuerdo o no con que aquí las cosas se manejen a mi modo. El Biólogo buscó sonriente la expresión del Ingeniero y compartió el silencio. Esta cabrona había resultado más pieza de lo que él creía, pero para qué desengañarla, mejor que hiciera la chamba que ya después las cosas volverían a su orden nada más que les gestionara un par de lanchas y unos trasmallos nuevos a las dos cooperativas y adiós desacuerdos y malentendidos. Así que si estamos de acuerdo, prosiguió Catalina, pues adelante como socios, y si no pues díganme de una vez para que cada quien busque a su aire. ¿Qué, no opinas?, le dijo el Biólogo al Ingeniero. Lo mío es matar pescado, dijo el Ingeniero harto de que no existiese otra opción más deseable, una salida más líquida y fría al cansancio acumulado tras más de cinco horas de oír las maquinaciones del Biólogo que ahora Catalina ahuyentaba de un manotazo como si fuera un espantajo sin vida propia.



Catalina salió hacia Oaxaca a la mañana siguiente en la camioneta con el Biólogo. Al entrar en la cabina y oler la loción tabaquera del Biólogo extrajo de su bolsa el frasco de su perfume favorito Carolina Herrera y roció el entorno. Ante la expresión ceñuda del Biólogo dijo con su natural desparpajo: Ay, Biólogo, yo no sé qué mujer puede sentirse atraída por ese mejunje. El Biólogo pensó en su esposa y en su secretaria y arrancó con brusquedad.

Tres días después Catalina regresó con un chofer de la Secretaría de Pesca en la misma camioneta con la otra lancha y la almadraba. Había contactado en la central de abastos un buen comprador que surtía a Oaxaca y Puebla, lo que le permitiría pagar más de lo que las tecas podían jamás ofrecer. Le trajo al Ingeniero una navaja suíza

de usos múltiples, y cuando se la dio, en lugar de las gracias y el beso que esperaba recibió un desganado: Estas chingaderas no sirven para nada. Y es que en esos días que ella estuvo fuera el Ingeniero ya se había desmandado.

Primero fue a la playa y se adueñó de ella como una espiral oceánica en plena tempestad. Lo que le había contado Catalina, más lo que vio, lo forzaron a dar lo máximo desde el principio. Y empezó con una salida triunfal, poniéndose a sí mismo a prueba para dejar de una vez en claro la vieja relación que existía entre él y el mar. Ananías, el nuevo achichinle de veinticinco años que le había conseguido Catalina, sólo respondía lo que le preguntaba; era una degradación ladina de padre mestizo con madre chontal, dispuesto a no malgastar energía y no intervenir en las necesidades de los demás. El Ingeniero se dio cuenta apenas le dio una orden. Metió la lancha en el mar con la ayuda de los cinco pescadores que Catalina, por medio del velador, se conchabó para manejar la almadraba en cuanto el mar lo permitiera. El Ingeniero se subió de un solo impulso, como si estuviera viendo a los ojos que lo veían desde la playa, y se plantó frente al motor y jaló de la cuerda convencido de que todo tenía que seguir estando como él lo había dejado en Oaxaca el tiempo que había permanecido oculto. Para Ananías, que sostenía la lancha por un costado y para los demás pescadores que miraban desde la playa, fue una desilusión; pero faltaba lo principal: ver cómo le encontraba la salida a las olas. Saltó por el otro costado con el motor crepitando y le dijo a Ananías que se pusiera aguzado. Después esperó el momento preciso para que la punta de la lancha remontase la primera ola y la segunda, y antes de la tercera brincó adentro y metió la marcha. Con la brusquedad del acelerón Ananías se desprendió de la lancha y en la playa estalló un cacareo de mofa. Sin importarle lo que quedaba atrás, el Ingeniero anduvo de aquí para allá el tiempo suficiente y después se dispuso a completar la faena. Se acercó varias veces al filo de las olas y por último esperó el momento y voló como nadie más que él podía volar sobre el agua. La rapidez con que levantó la pata del motor y la manera cómo logró balancear la lancha para que se deslizara sobre la playa sería el comentario obligado el resto del día en la cantina y en los locales de las dos cooperativas.

Al segundo día le pidió a Ananías que lo llevase al mejor lugar de buceo. Y el pescador fondeó la lancha frente a la Temerosa. Desde que metió la cabeza el Ingeniero pensó en el banco de San Pancho, en el ya lejanísimo Corralero. Pero no, esto era pasar de lo sorprendente a lo insólito, y sin demora cargó el arpón y buscó entre la macha de pargos uno que se satisficiera su ambición. Cuando por la tarde Martín Santiago le preguntó a Ananías qué onda con el Ingeniero, en lo primero que pensó Ananías fue en la rotundez de la panza rojiza del pargo de más de treinta kilos flotando al lado de la lancha. Luego dijo: Es muy verga, el güey.

Y ya conquistada la playa se dispuso a incubar su deseo. La intención estaba puesta en una de las gemelas, a cualquiera de las dos se las imaginaba chillando de dolor y de placer al sentir el rigor y pedirle a gritos que ya parara; pero sería mucho más fácil empezar por la madre y ponerla a jaderar a cuatro patas como les gustaba a las que de verdad gozaban. Así que desde el primer día que fue a bucear y le puso dos pargos medianos sobre una mesa, doña Chave quedó sentenciada. En tan sólo tres días de miradas e insinuaciones impuso su ritualidad bárbara, y si no fuese por la llegada de Catalina el desenlace escandalero de seguro se hubiera acelerado.

Las gemelas lo miraban con temor; Dondedios había sentido que algo oscuro lo embargaba la tarde en que regresando de bucear había visto cómo el Ingeniero veía y trataba a su madre. Y por último estaba Martín, que ahora renegaba amargamente del mal momento en que había traído al Biólogo y al Ingeniero a comer con doña Chave. Sólo las tecas, que le habían comprado en dos días tres pargos de entre treinta y cincuenta kilos y un mero de setenta, cloqueaban y albureaban al tenerlo cerca y sacaban ostentosamente del chichero un fajo de billetes con escamas pegadas como lentejuelas antrinas y lucubraban cómo atraparlo en exclusiva.

Todo esto Delfino lo percibía fragmentado a través del franco rechazo de Dondedios y de la máscara recelosa que el Ingeniero traía puesta las dos veces que se habían visto. Habían sido al anochecer, cuando Delfino regresaba de bucear y traía un medregal en una mano y el arpón en la otra. Ninguno de los dos quiso detenerse; pero el Ingeniero, al tiempo que correspondía al saludo, vio que el pescador

y el fusil podían estar perfectamente en el exergo de una medalla de un campeón de buceo.

A Cirenio le trajo una guayabera azul y otra perlina, y ahora que veía las diferentes respuestas de los dos hombres pensó que en lugar de esa navaja tan cara hubiera comprado mejor un par de camisas para el Ingeniero. Pero Cirenio ya le había dicho lo que Catalina necesitaba saber para atraer a su plan al Ingeniero.

Les dijo que ahora que ya no estaba el Biólogo podían hablar sin rodeos. A partir de ese día los tres iban a comer lo que ella cocinara: ella era mujer y cocinera más que suficiente para atender a los dos, y aplastó con su mirada a la del Ingeniero, que pretendía motivar en el piso la sonrisa. Después siguió hablando de lo que ella exigía de los dos para cumplir en un par de años su proyecto: poner en algún lugar de la costa el antro más fino y mejor surtido. Hasta ese momento la cabeza del Ingeniero parecía sin vida, inerte como una planta que espera que se apague el sol para abrirse al refocile nocturno. Pero esta idea del burdel era demasiado tentadora, y el Ingeniero empezó a asentir como si estuviera escuchando la música sensual que movía a todas las meretrices hacia su deseo. ¡Cada día podría tener una diferente! Ante la gratificación de las imágenes el Ingeniero se sumó al acuerdo. Después Catalina destapó una botella de mezcal que había traído de Oaxaca y al tercer vaso Cirenio se arrancó con Naila. De lo que sucedió más tarde sólo Delfino tuvo un atisbo al oír el clamor festivo mientras a la luz de un candil buscaba en el diccionario la traducción de *evil* e *iniquity*, para entender cuál era en verdad el pecado que según el Libro azul habían cometido Adán y Eva al cruzarse prematuramente con los descendientes de los homínidos más evolucionados...

Dos veces al día, a media mañana y al anochecer, Catalina y Cirenio iban con la camioneta a recabar pescado. Pagaban un tercio más que las tecas que tenían las hieleras, por lo que su llegada era recibida con un rumoreo de maldiciones. Traían en la parte de atrás un contenedor de fibra donde metían las piezas ya pesadas y luego pasaban los pescados a cualquiera de los dos contenedores más grandes mediados de hielo que tenían estacionados al lado de la casa. Además de las capturas del Ingeniero y Delfino, consiguieron también acopiar la

poca pesca de primera que en esa época podían capturar los cooperativistas con los trasmallos y a cuerda. Así que las berrinchudas tecas tuvieron que conformarse con puro pescado de segunda.

La tercera vez que el Ingeniero buceó con Ananías ya no hizo nada para ocultar su rutina. No solo dejó que viera cómo las cagarrutas caían desde la borda, sino que al concluir le dio un par de sacudidas a su órgano frente a los ojos atarantados del achichinle. Por la noche medio Chipehua se dedicó a agrandar la noticia: ¡El Ingeniero tenía la verga más grande que un tortugo de altura!

Un domingo por la tarde, seis días después de haber llegado, el Ingeniero agarró el medregal de casi diez kilos que había apartado en la mañana ante la mirada suspicaz de Catalina y se lo llevó colgando de la mano hasta el restaurante de Doña Chave. Eran poco más de las cuatro de la tarde y bajo el sol demencial ni una ráfaga de aire robustecía el ánimo. Pensaba nada más dejarlo y hacer que por unos instantes las dos miradas compartieran las insinuaciones y después marcharse. Con las hijas y el hijo, si es que estaban, un saludo rápido y desinteresado. Pero desde que vio la puerta entreabierta presintió el cambio. Pronunció con fingida timidez el nombre, y ante el silencio entró y dejó el pescado sobre una mesa. Nadie se movió ni habló. Por más que buscó en su cabeza estaba muy lejos de imaginar que a esa hora mortal para caminar, las gemelas y Dondedios estaban junto con Delfino oyendo la traducción que en su propia casa Paul Berman estaba haciendo del Libro azul. Algo pareció moverse en una de las recámaras y de pronto apareció la mujer azorada por encontrarse frente al Ingeniero en tamaña facha. Vestía un camisón rosa que transparentaba el apresamiento de la succulentas redondeces por el brasier y la pantaleta de un color ostionado.

Ah, es usted Ingeniero, ahorita salgo. Se puso un vestido anaranjado encima y regresó preguntando: ¿Y ese milagro?

Le traje un regalo, dijo el Ingeniero buscando con la premdidez de los ojos los contornos pulposos que ahora tapaba el vestido.

Vaya, pensé que algo que le di no le había gustado, ¿quiere una cervecita o un refresco?

Sí, le acepto una cerveza.

¿Y no quiere que le haga unos filetes como a usted le gustan?

Ya comí, gracias.

Mire nomás qué pescados tan chulos mata usted, dijo tratando de levantar el pescado de la mesa.

A ver, permítame, dijo él metiendo otra vez los dos dedos de la mano derecha por las agallas. ¿Se lo dejo en la cocina?

Sí, por favor.

Ella pasó primero y él la siguió con los ojos clavados en la ceñidura de las nalgas.

Aquí, déjelo sobre esta mesita, dijo ella parándose frente a una mesa baja y sólida hecha con una madera amarillosa que el Ingeniero desconocía. Al dejar el pescado el Ingeniero abrió las manos y las sacudió como si quisiera desprenderse del olor impregnado.

Venga para que le eche tantita agua, dijo ella tomando un recipiente y llenándolo. El Ingeniero se acercó al fregadero y ella le vertió el agua. Con maña él dejó que un chorrito le cayera sobre su short favorito que había seleccionado para la ocasión.

Ay, qué pena con usted, dijo ella buscando un trapo.

No se preocupe, luego se seca.

Y en cuanto ella empezó a frotar con el trapo vio cómo la enormidad del Ingeniero crecía y se cimbraba como una serpiente en pleno encanto. Los dos se quedaron quietos por un instante, y entonces el Ingeniero sabiendo a su presa ya asegurada desabrochó el cinturón y bajó el short.

¡Dios santo!, exclamó temerosa y fascinada.

La puso sobre la mesa tirando el pescado de un manotazo y después, mientras ella suplicaba que allí no, por favor, que podían llegar sus hijos o alguien, comenzó a bombardearle placer hasta que la pobre mujer se quedó exánime sobre la mesa balbuceando un rosario de satisfacciones que acompañó al Ingeniero hasta la calle: Ay, Dios mío, qué rico. Ay, Ingeniero, qué bárbaro. Dios santo, qué manera de llegar...



El comprador llegó cuando Delfino oía de boca de Berman que la maldad era un desacato al orden divino y que la iniquidad era la

maldad que se regodeaba en el pecado. Tampoco estaba el Ingeniero, que horadaba con su ariete de fuego las entrañas jugosas de doña Chave. Nadie más que Catalina y Cirenio, y los dos se encargaron de pesar y dirigir la carga que metieron en la camioneta de tres toneladas con caja climatizada que traía el comprador. Era un vallisto venido a más, con camisa y pantalón de marca y con el pelo relamido hacia atrás. Traía con él un esclavo cabizbajo y dócil que cuando hablaba parecía que tuviera que zambullirse hasta el fondo rocoso de su alma para arrancar las palabras con las uñas. Cirenio le ayudó en el traspaso de los pescados mientras Catalina cobraba y afinaba los acuerdos. El comprador dijo que necesitaba que cada semana le hicieran por lo menos unos cincuenta kilos de filete. Catalina dijo que sí, como no, pero que tendría que pagar el trabajo. Fijaron el precio y Catalina pensó que sería una entrada extra para los pescadores que había apalabrado para que le ayudaran al Ingeniero con la almadraba.

Sin embargo, en lo que menos quiso pensar el Ingeniero fue en la almadraba. Supo por Ananías de las tormentas que a partir de junio se iban a dejar venir y decidió dedicarse por completo al arponeo. Nunca había visto tantos pargos y tan grandes. En una cueva que le decían la Zacacillo, a unos doce metros de profundidad, le disparó en pleno cráneo a un ejemplar de un bermellón oscuro como su propia sangre. Al sentir el impacto el pescadón buscó la única salida sin importarle que el Ingeniero estuviera justo en frente. El coletazo le pegó en las costillas y lo arrojó al sifón que hacía la corriente al entrar en la cueva. Fue más la impresión del arrastre que los cortes de la mano izquierda al detenerse contra la pared ripiosa. Después salió remolcado por la cuerda con una fuerza que no pudo resistir. Aleteó en diagonal hacia la superficie y tomó aire y volvió a hundirse siguiendo la flojedad de la cuerda que se perdía en el interior de una cañada profunda y oscura. El arpón desarmado en la mano derecha y la izquierda soltando unos hilillos de sangre que atraían la curiosidad voraz de los peces más pequeños. Sabía de lo que era capaz un pargo de ese tamaño y todavía seguía agradeciendo que en el arranque no le hubiera arrancado una pierna o un brazo de una mordida. Vio pegada al cantil la boca abriéndose y cerrándose como si quisiera

mostrar la magnitud de los colmillos y regresó a la superficie. Desde allí le chifló a Ananías y mientras esperaba observó el grueso de la cuerda de seda a través del visor y pensó que esa iba a ser la ocasión indicada para comprobar su aguante. Le dio a Ananías el arpón y después le dijo que amarrase la punta de la cuerda al banco trasero. Le pasó el visor y las aletas y se impulsó adentro de la lancha. Le dijo que se hiciera a un lado, y asumió la dirección del motor. Metió la marcha despacio, viendo cómo la cuerda se tensaba hasta que llegó a un máximo que hacía inminente la ruptura. Diez, quince segundos, estuvo la embarcación detenida mientras el motor hacía su gasto. Y al cabo empezó a alejarse pesadamente y el Ingeniero profirió un Ya se chingó, y siguió alejándose del rompiente otros cincuenta metros. Satisfecho con la lejanía, metió neutral y le dijo al ayudante que se hiciera cargo. Entonces comenzó a recobrar cuerda con la pesada lentitud que imponía la presa, hasta que la vio emerger dócil y gloriosa como una de las más grandes victorias de su héroe latino.

Pesó sesenta y siete kilos, un récord de pesca a pulmón que sería cacareado en todo Chipehua. Mató dos pargos más pequeños, y en la última inmersión que hizo en la Temerosa vio la inmensidad boqueante de un mero que andaría por los doscientos kilos. Bajó dos veces para verlo más de cerca, y en la segunda ocasión se acercó tanto, tentado por la posibilidad de un disparo impecable, que el animal infló las agallas y levantó la espina dorsal como un dragón enfurecido; después soltó un tronido y el Ingeniero aleteó hacia la superficie. Subió a la lancha y dijo: Vámonos.

De regreso, mientras Ananías manejaba el motor y alternaba referencias a barcos hundidos donde de seguro habría animales más grandes, el Ingeniero hacía un preciso inventario del nuevo equipo que necesitaba y del tiempo que tendría que malgastar para conseguirlo.

El Biólogo carraspeó la noticia como si acabaran de anunciarle una muerte muy próxima: Cuatro tanques con reguladores y chalecos y una compresora pequeña. ¿Sabes de cuánto estamos hablando?, rezongó después de oír la encomienda. Sí, y también sé que esos tres mil dólares se van a multiplicar por diez y tú te vas a quedar con la mitad, ¿o no?

A la siguiente mañana Catalina le preguntó para quién eran los dos listoncillos de siete y diez kilos que el Ingeniero estaba guardando en la hielera. Como no quiso hablar, ella decidió ponerle espía. Era una tarde de domingo, bochornosa y cargada con millones de filamentos envidiosos que magnetizaban las sospechas. Catalina oyó el trájín en las hieleras y al salir lo sorprendió con la tapa levantada.

¿Son para la misma?, soltó sin aspavientos.

El Ingeniero la miró un instante y dejó caer a su modo la tapa de la hielera.

Qué barbaridad, quien me fuera a decir lo poco inteligente que salió mi macho, añadió con sorna.

Yo no soy tu macho, cortó el Ingeniero.

Ante el tono del desplante, Catalina cambió a otra fase: Tan sólo dos pinches años, cúmpleme lo prometido dos años más, que se van como el agua, y yo misma te pondré todas las viejas que quieras en la cama. ¡Ay, mi rey, los cuerísimos que yo te pondría en la cama! Como el Ingeniero siguió en silencio, ella volvió a endurecer el tono: ¿Y qué chingados le verás a esa vieja fodonga?

El Ingeniero siguió titubeando: era igual que quedarse frente a una presa sin decidir de primera intención el disparo.

Está bien, voy esta vez y nada más, dijo pensando en todo el agasajo que le esperaba.

Sale, ésta y se acabó, y cuidadito y no me cumplas...

No me gusta que me amenacen, escupió él.

Sí, como no, prefieres que te la mame, ¿verdad? Y se acercó y le puso la mano en el tolete.

Pero ese asunto era el que menos le preocupaba al Ingeniero. La bronca iba a estar en Salina Cruz, en encontrar a la persona indicada que pudiera consumir su ambición. Fue directamente a la zona portuaria de reparaciones. El primer candidato preguntó de qué se trataba y simplemente dijo que no. El segundo estaba en medio de un par de máquinas grasosas y relucientes que parecían absortas en su trabajo perfecto, y que fueron para el Ingeniero como una inyección de éxito.

Le mostró el dibujo que había hecho, de las pocas lecciones agradecidas que conservaba de la escuela, y le explicó cómo el cartucho

tenía que introducirse en el cilindro de acero y éste a su vez en la cámara también de acero que iba soldada a la punta de la flecha. Al fondo de la cámara tenía que fijarse una puntita, que era la que iba a golpear el fulminante del cartucho. El hombre medía casi uno noventa de estatura, tez clara, a pesar de la barba grasienta, y hablaba con un deje norteño que el Ingeniero no dudó que era justo el lenguaje que en ese momento quería oír. Escogió una lupara para cartuchos de calibre doce, consciente de que el boquete sería capaz de dejar vacío al instante el cerebro de un tiburón de más de quinientos kilos.

Los próximos días se dedicó a bucear por las mañanas, y por las tardes se encerró en su casita. Para Catalina y Cirenio tan absoluta dedicación del Ingeniero parecía señal de que al fin había entendido. Sólo al anochecer salía de su misterio para compartir con sus socios una taza de café con pan dulce. Había comprado a doble precio tres cajas de cartuchos Remington y asumió la tarea de alistarlos con una facilidad de la que él mismo estaba sorprendido. Abría los cartuchos y les vaciaba los perdigones; después metía un balín de acero del tamaño de una canica y cerraba la tapa y la sellaba con la cera de depilar que Catalina usaba para sus piernas. Para el proceso final había dudado: en principio pensó en condones, pero al cabo decidió que con globos bien estirados sería suficiente.

Hasta ese momento los pescadores de Chipehua habían dejado resbalar la presencia del Ingeniero con un ligero malestar que sólo exigía, como un cuerpo inquieto, un mejor reacomodo. En la bebienda cantinera no eran pocos los que secundaban las alusiones resentidas de Martín sobre el modo despreciativo del Ingeniero. No obstante, los trasmalleros, ostioneros y pescadores de cuerda dejaban entrever que los peces que mataban Delfino y el Ingeniero nada les quitaba a ellos. Pero en cuanto llegó el Biólogo con los encargos, la envidia empezó a calentar los ánimos a la misma temperatura del mar rebalsado.

Guiado por Ananías el Ingeniero hizo un mapa de la bahía de Chipehua con la ubicación de los ocho barcos hundidos. La mayoría estaba entre cuarenta y cincuenta metros, pero había dos que estaban a sesenta y tantos metros de profundidad. Uno era un atunero

y el otro un carguero, que aún tenía en la panza la maquinaria que transportaba para la refinería. Allí se habían metido el año pasado dos buzos que venían desde Huatulco y habían visto un mero tan grande que pasaría de los doscientos kilos.

Ananías enfiló la lancha hacia fuera de la bahía y después de quince o veinte minutos encontró la marca en la lejana serranía y soltó el ancla. El Ingeniero oía al tiempo que se bajaba el traje de buceo y hacía la rutina profana desde la borda, y siguió oyendo mientras se colocaba los tanques y las aletas, que en aquellos cerros malvivía antes de la agricultura el pueblo de Santa Gertrudis, y que ahora muchos seguían sembrando maíz, ajonjolí, flor de jamaica y sandía en los bajiales. El Ingeniero fijó en su memoria las marcas que le señaló Ananías. Después le dijo que le pasara el arpón en cuanto se tirara al agua, y que estuviese allí sin moverse hasta que él emergiera.

Comenzó a bajar siguiendo la diagonal de la cuerda, que sobresalía en medio de los haces de luz hasta perderse en una oscuridad despaisajada. Un ruido estridente como una sierra empezó a llegarle desde la superficie y lo puso en guardia. Miró la mano izquierda y vio en la esfera del flamante profundímetro que estaba a quince metros. Uno de los tres cartuchos se asomaba bajo la manga y aprovechó para acomodarlo. El estruendo venía ahora directamente hacia él. Dos motores que resonaron como alaridos en la oquedad submarina y se pararon justo encima de él. Por un instante pensó subir; pero agarró la cuerda con la mano izquierda y decidió que no iba a esperar más de cinco minutos viendo hacia las sombras de las dos lanchas casi pegadas a la otra sombra fondeada. Antes de que se cumplieran tres minutos los motores volvieron a rugir para alejarse con la misma velocidad con que habían llegado.

A cuarenta metros de profundidad distinguió el puente del barco como un dibujo borroso hecho por una mano inexperta, y en torno una mancha de quince o veinte medregales grandes. De inmediato el ojo dio la noticia al corazón que comenzó a bombear sus ansias. Los peces lo vieron y siguieron moviéndose en un coleteo gustoso, sin mayor preocupación que la de mantenerse avizorando al intruso. Siguió bajando y se introdujo en la bodega abierta. Dos, tres meros medianos sacudieron su modorra por encima de los fierros recamados

de vida coralina y se volvieron a estacionar con su bocota entreabierta. Siguió aleteando atraído por la cantidad de cosas que merecían ser rescatadas y casi se topó de frente con unas fauces que podían engullirlo de un solo trago. Era el mero más grande que hasta ahora había visto en su vida de depredador: un ejemplar que podría alcanzar los doscientos cincuenta kilos. Se apartó para ladearlo y le quitó el seguro al fusil. Después fijó el punto exacto entre el ojo y el nacimiento de la branquia y se acercó hasta que la punta del cartucho estuvo a menos de dos metros del blanco. Y disparó. Fue un impacto seco y retumbante y el animal aflojó mansamente las mandíbulas y se puso blanquecino y temblequeante. Por el boquete abierto en el cráneo comenzó a salir una riada de sangre. Un ojo en el espectáculo sublime y el otro viendo cómo la mano metía otro cartucho en la lupara.

Tuvo que poner al límite su capacidad para arrastrar al mero hacia la boca abierta de la bodega. Salió y amarró la punta de la ensarta a la cuerda de la lancha. Al voltear descubrió a poco más de dos metros el curioso confiado de un par de medregales de cerca de cincuenta kilos. Le quitó el seguro al fusil y eligió el blanco.

Además del mero mató tres medregales, que ató por las agallas en la misma ensarta del mero. Mientras subía lamentó no haber traído más de cuatro cartuchos y continuó calculando y lamentando que bien podría haber matado otros cinco el tiempo que estuvo detenido a media agua compensando para cumplir con las tablas de buceo. Sólo cuando llegó a la superficie se dio cuenta de lo ciega que es por naturaleza la ambición. ¿Y si el mero se atoraba? Además, ¿iban a poder él y Ananías subir el grampín con más de trescientos kilos? Y pudieron.

Después de casi una hora de faena lograron remolcar la cuerda y subir la pesca hasta el borde de la lancha. Después el Ingeniero saltó para zafar los medregales y subirlos. Luego acercó la cabeza del mero a la mitad de la lancha y le dijo a Ananías que tensase la cuerda y la amarrase al banquillo.

El asistente pendía entre el pismo de lo que veía y la incertidumbre sobre cómo le haría el Ingeniero para sacar ese animalón a la playa. Pero el Ingeniero en lo que menos pensaba era en el momen-

to en que, antes de llegar al rompiente, tendría que fondear la lancha para sacarle al pescado sus lonjas pantagruélicas. Ahora su mente estaba en otro registro, justo en el extremo opuesto a la abundancia que llenaba la mirada.

¿Y quién venía en esas pangas?, levantó la voz para que el ruido del motor no la ahogara.

¡Esos chingados indocumentados!, gritó aún más fuerte Ananías. Me daban mil pesos si les iba a comprar quinientos litros de gasolina.

¿Y dónde salen?

Dicen que en las playas que hay parallá entre Huatulco y Puerto Ángel.

¿Y no traen coca?, punteó el Ingeniero.

No, puro muerto de hambre centroamericano. Las que traen coca son otras.



Hasta el día en que doña Chave se deschavetó, ni sus hijos ni Delfino sospechaban que tan maliciada estaba. Creían que, si acaso, sólo Martín se acercaría a verla a esas horas muertas de los domingos por la tarde, mientras asistían a la lectura del Libro azul en casa de Berman. Para Delfino la llegada del Ingeniero era, como insistía en hacérselo ver Berman, una doble prueba: tenía que resignarse y aceptar sin envidia que el Ingeniero fuese ahora el mejor buzo de Chipehua, y además debía reprimir los sentimientos negativos que le producía la familiaridad de Catalina con el Ingeniero. Él sabía que Berman tenía razón: estaba demasiado satisfecho con su rutina, y si el Ingeniero había llegado justo ahí donde él vivía, no podía ser más que una prueba para superar el egoísmo de su aislamiento. La vida aislada, le recriminaba Berman, es propia de fieras y ermitaños.

Por eso es que prefirió que la casa de Berman pasara a ser el punto de encuentro y lectura. Berman les traducía un capítulo del Libro azul y después le hacían preguntas sobre las dudas. Delfino siempre, Dondedios a veces, pero las gemelas nunca; para ellas lo que traducía Berman no era definitivamente de este mundo. La úl-

tima tarde en que su madre estaba descubriendo con el Ingeniero la más insospechada dimensión del goce, ellas oían atónitas la voz sacerdotal de Berman: “Desde los albores de la civilización todo movimiento atrayente en la cultura social o en el avance religioso ha desarrollado un rito, un ceremonial simbólico. Cuanto más inconsciente ha crecido este rito, más intensamente ha atraído a sus devotos. El culto preservaba el sentimiento y satisfacía la emoción, pero ha sido siempre el mayor obstáculo a la reconstrucción social y al progreso espiritual”.

”A pesar de que el culto ha retardado constantemente el progreso social, es lamentable que los creyentes modernos en las normas morales y los ideales espirituales no posean un simbolismo adecuado —un culto de apoyo mutuo— al que puedan pertenecer. Pero no se puede fabricar un culto religioso. Debe crecer. Y los cultos de dos grupos no podrán ser idénticos a menos que sus ritos se normalicen arbitrariamente por la acción de la autoridad.

”El culto cristiano primitivo fue el más eficaz, atrayente y duradero de todos los ritos que se hayan concebido o inventado jamás; pero mucho de su valor ha sido destruido en una era científica que derrocó tantos de sus principios originales subyacentes. El culto cristiano ha sido debilitado por la pérdida de muchas ideas fundamentales.

”En el pasado, la verdad crecía rápidamente y se difundía libremente cuando el culto era elástico y el simbolismo expansible. Una abundancia de verdad y un culto adaptable han favorecido la rapidez del progreso social. Un culto sin significado vicia la religión cuando intenta suplantarlo a la filosofía y avasallar a la razón; un culto genuino crece.

”A pesar de los inconvenientes y desventajas, toda nueva revelación de la verdad ha originado un nuevo culto, y aun el nuevo pronunciamiento de la religión de Jesús debe desarrollar un simbolismo nuevo y apropiado. El hombre moderno debe encontrar un simbolismo adecuado para sus nuevas ideas, ideales y lealtades en expansión. Este símbolo enaltecido debe surgir de la vida religiosa, de la experiencia espiritual. Y este simbolismo más elevado de una civilización más elevada debe ser predicado sobre el concepto de la

Paternidad de Dios y estar lleno del poderoso ideal de la hermandad de los hombres.

”Los viejos cultos eran demasiado egocéntricos; el nuevo culto debe ser el fruto del amor aplicado. El nuevo culto debe, como los antiguos, fomentar el sentimiento, satisfacer la emoción y promover la lealtad; pero debe hacer más: debe facilitar el progreso espiritual, enaltecer los significados cósmicos, aumentar los valores morales, alentar el desarrollo social y estimular un tipo elevado de vida religiosa personal. El nuevo culto debe proveer objetivos supremos de vida, tanto temporales como eternos, sociales y espirituales.

”Ningún culto puede durar ni contribuir al progreso de la civilización social y al logro espiritual individual si no se basa en la importancia biológica, sociológica y religiosa del hogar. Un culto sobreviviente debe simbolizar aquello que es permanente en la presencia del cambio incesante; debe glorificar aquello que unifica las corrientes de una metamorfosis social en constante cambio. Debe reconocer los significados verdaderos, exaltar las relaciones hermosas y glorificar los valores buenos de la nobleza auténtica.

”Pero la gran dificultad de encontrar un simbolismo nuevo y satisfactorio estriba en que el hombre moderno, como grupo, se adhiere a la actitud científica, evita la superstición y aborrece la ignorancia, mientras que como individuos todos ellos ansían el misterio y veneran lo desconocido. Ningún culto puede sobrevivir al menos que comprenda un misterio poderoso y oculte un bien inalcanzable. El nuevo simbolismo no debe ser significativo solamente para el grupo sino que también debe tener sentido para el individuo, las formas de un simbolismo útil deben ser aquellas que el individuo pueda realizar por su propia iniciativa y que pueda a la vez disfrutar en compañía de sus semejantes. Si el nuevo culto pudiera ser dinámico en vez de estático, verdaderamente aportaría algo valioso al progreso tanto temporal como espiritual de la humanidad.

”Pero un culto —un simbolismo de ritos, lemas u objetivos— no funciona si es demasiado complejo. Es necesario además que exista una demanda de devoción como una respuesta de lealtad. Toda religión eficaz desarrolla infaliblemente un simbolismo valioso, y sus devotos harían bien en prevenir la cristalización de tales ritos en ce-

remoniales estereotipados, entorpecedores, paralizantes y sofocantes que tan sólo dificultan y retardan todo progreso social, moral y espiritual. No hay culto que pueda sobrevivir si retarda el crecimiento moral y deja de fomentar el progreso espiritual. El culto es la estructura esquelética sobre la cual crece el cuerpo vivo y dinámico de la experiencia personal y espiritual, la verdadera religión.

Berman cerró el Libro azul y encaró a su audiencia: Bien, pasemos a las dudas.

Como nadie habló, Delfino dijo como para sí mismo: Deberíamos pasar más bien a las certezas.

¿Por qué? Si son las certezas lo único que poseemos, reviró con ironía Berman.

Por qué las dudas son infinitas.

Muy bien, dime entonces una certeza sobre todo lo que dije.

Bueno... Lo más cierto de todo para mí es que la religión no es un conjunto de creencias dadas para siempre, sino que es algo que crece...

Como todo lo que existe: o crece o desaparece, sentenció Berman. A ver, dime otra certeza.

Que todas las ceremonias que practicamos van a desaparecer.

¿Cómo cuáles, por ejemplo?

Pues como las fiestas de las velas istmeñas o los velorios de los muertos...

Yo voy a seguir poniéndole el altar a mis muertos mientras viva, dijo Dondedios con inusual firmeza.

Berman lo miró un instante y después le sonrió a las gemelas. Si alguien allí necesitaba claridad de mente era ese par de seres elementales crecidos en la más engañosa rutina. Lo peor que nos puede pasar es el miedo, dijo atravesándolas con su mirada zafirina. El miedo nos tiene siempre a la defensiva, cerrados a los demás y a los cambios; y ya vimos que sin cambios no se puede crecer...

Pero yo creo que es más importante la verdad que los cambios, dijo Delfino mientras seguía pensando en todo lo que le había enseñado su abuelo.

Me temo que las verdades también cambian, dijo Berman en tono resignado. Y ya que salió el tema les voy a contar una experiencia

que viví en una isla de España. En la parte más antigua conocí un día a un anciano que era dueño de una vieja librería. Allí se podían encontrar verdaderas obras de arte editorial, pero sobre todo versiones de la Biblia: en arameo, copto, griego, latín, árabe...; y más de cien traducciones castellanas a partir del siglo dieciséis. Yo andaba en busca de datos bíblicos sobre la ubicación del primer Edén, y un par de semanas después de haberlo conocido, y tras una larga conversación que sostuvimos, el anciano me dijo que existía un libro que decía cosas que no venían en ninguna otra versión de la Biblia. Al ver mi interés se metió en la trastienda y regresó con un libro grande y antiguo; lo abrió al azar y me pidió que leyera. Las páginas estaban divididas en cuatro columnas verticales, y cada columna estaba escrita en un idioma diferente. La que primero entendí fue la de hebreo: un lenguaje pulcro y clásico que me recordaba lejanamente a los libros de mi abuelo; luego descubrí el griego: una tipografía ancha y recta que me permitió descifrar ciertas frases, pero no el sentido general. De las otras dos columnas preferí no opinar; y ante mi reserva el anciano siguió hablando: Dijo que eran las versiones en latín y caldeo, y que la traducción interlinear era del mejor castellano del Siglo de Oro. Y aunque yo ya hablaba y leía el español después de haberlo estudiado por más de tres años, lo que allí estaba escrito era para mí aún menos inteligible que el caldeo. Así que dejé que aquel viejo judío sefardí siguiera contando. Dijo que ese libro era uno de los escasos ejemplares que quedaban de los seiscientos que se imprimieron de la primera edición de la Biblia Políglota, que se había impreso a principios del siglo dieciséis y que en realidad constaba de seis tomos, aunque en ese ejemplar estuviesen juntos. Dijo que la empresa la había patrocinado un cardenal entonces muy poderoso y del que ya me olvidé el nombre, como me olvidé también el de los eruditos y filólogos que realizaron tan extraordinario proyecto, y nada más me acuerdo del principal, porque escribió la primera gramática en lengua castellana; se llamaba Antonio de Nebrija, pero para ustedes es como si hablara de un marciano. Y me dijo también que esa versión era la única que se conservaba donde venía lo que a mí me interesaba...

La historia de Adán y Eva, se adelantó Delfino.

Yo diría más bien la historia de la creación del Edén. Dijo el anciano que casi la cuarta parte del libro tercero estaba dedicado a narrar cómo Adán y Eva habían llegado de los cielos a los jardines del Edén y como en siete días se habían dedicado a conocer y nombrar todas las plantas y animales que allí había. Al cabo de estos siete días, Adán y Eva se adueñaron del Paraíso y entonces comenzaron a engendrar su numerosa prole; es decir, lo que nosotros entendemos por raza violeta...

Pero, ¿cómo pudo conocer alguien en ese tiempo que Adán y Eva fueron seres que llegaron del cielo, si apenas se nos acaba de revelar la verdad?, inquirió Delfino.

Siempre ha habido individuos que reciben información muy adelantada con relación a su tiempo. Y lo más grave no fue este descubrimiento en sí, sino lo que implicaba: tiraba por tierra todo el tinglado sobre la creación que viene en el Génesis... Y con esto regresamos al principio: ¿quiénes poseen la verdad: los que creen que el Paraíso con Adán y Eva adentro fue creado de la nada, o los que creen en una evolución azarosa y natural?

En el Libro azul las dos creencias son igual de verdaderas, añadió con firmeza Delfino.

Sí, en el Libro azul; pero no piensan lo mismo ni los creacionistas ni los darwinistas. Y para nosotros es claro que los dos por separado están equivocados.

¿Entonces no existe una verdad absoluta y para todos?

Sí, yo creo que existe, pero ya no pertenece al dominio de la ciencia, sino de la fe.



El Ingeniero acababa de venir a pedirle cera a Catalina para sellar sus cartuchos. Por tanto estaba allí cuando la otra mujer llegó y le habló y después tocó la puerta y volvió a hablarle, hasta que Catalina salió y le dijo que no estaba. Las dos mujeres sintiendo cómo el rechazo atravesaba la primera oscuridad y espoleaba la contienda. Porque doña Chave sabía muy bien que él estaba allí; por más

de una hora había estado esperando atrás de los matorrales que anoheciera y había visto cómo el Ingeniero entraba en casa de Catalina y al rato salía con ella y se metían en la otra casa y la risas de Catalina esparcían por el entorno una sensación pícota. Sospechaba que si ya no la iba a visitar era por culpa de otra mujer, y ahora veía claramente de quién se trataba.

Ingeniero, salga que necesito hablar con usted, insistió doña Chave con voz descubijada.

Adentro de la casa un silencio huidizo: la esquividad intencionada del macho harto y desganado.

Ingeniero, sé que está ahí, profirió sin querer resignarse a perder la novedosa dimensión del goce que con ese hombre había descubierto.

Ya le dije que no está, no sea necia, dijo Catalina preparándose para lo peor.

Yo vi con estos ojos cómo tú misma entrabas con él.

Pues peor tantito, si no quiere estar por algo será.

Seguro que fuiste tú, zorra, la que lo malinformó.

Ay, qué barbaridad, ¿y no le da vergüenza a sus años andar peleando por un hombre que ni le hace caso?

Algo sucio le tuviste que inventar para que dejara de venir.

No, no le dije nada; sólo le hice lo que una vieja guanga ya no puede hacerle.

¡Maldita puta!, y se arrancó desesperada.

¡Será tu madre!

Catalina aprovechó que en el arrebato fúrico la mujer cerró los ojos y le dio con el puño cerrado en la boca. Después la hizo caer a empujones y comenzó a patearla en el suelo. Cuando Cirenio llegó convocado por el jaleo, doña Chave era un revoltijo de ayes. Pero el Ingeniero siguió sin querer estar.

Por desgracia para doña Chave, Martín, Dondedios y las gemelas la vieron llegar a su casa desgredada y con la boca rota y sangrante. Primero se negó a hablar. Apartó a sus hijos con las manos y entró en el baño y ahí estuvo un buen tiempo sollozando. Al salir, el presidente de la cooperativa la enfrentó con un ultimátum: estaba dispuesto a quedarse allí el tiempo que fuera necesario hasta que le dijera quién

había sido. Y entonces, conteniendo apenas el lloriqueo, les contó cómo había sucedido.

Al mediodía siguiente, sin darle tiempo al Ingeniero a que soltara el mero que traía colgado del remo con Ananías, Martín comenzó a insultarlo. Catalina estaba con Cirenio fingiendo el acomodo de algo en la hielera. Acababa de oír los insultos y las amenazas del presidente de la cooperativa y se había limitado a decirle a Cirenio que mejor ni se metiera en ese argüende de viejas. Pero Martín se había hecho acompañar por dos pescadores fornidos y estaba de verdad encarrerado.

Es de pocohombres y cobardes ofender a una mujer honrada y que no tiene marido que la defienda, le soltó engallado.

El Ingeniero siguió cargando en silencio hacia la hielera y depositó el mero sobre el petate viejo que estaba en el piso. Catalina dijo por lo bajo: Viene buscando pleito. Y el Ingeniero le hizo una seña a Ananías para que siguiese hacia la lancha a traer los demás pescados.

Martín le cortó el paso decidido a todo: A ti te estoy hablando, pinche chango. Aquí en Chipehua no permitimos que ningún macho cabrón venga a ofender a nuestras mujeres.

El Ingeniero se detuvo y recorrió con sus ojos felinos las miradas de los tres hombres. Luego movió la cabeza con resignación y disparó un rechazazo que dio de lleno en la cara de Martín. Al verlo tendido en el piso de manera tan repentina los dos pescadores se hicieron para atrás y dejaron que el Ingeniero continuara hacia la lancha. Luego cargaron el cuerpo de su jefe mascullando amenazas que el Ingeniero ya no oía.

Con eso ya tuvo, dijo Catalina conteniendo apenas la ironía triunfosa.

Puros problemas, masculló Cirenio.



Te lo pido por favor, es un favor que te pido, por lo mucho que te quiero, por todo lo que eres para mí, por nuestro pasado y por las cosas bonitas que vivimos juntos; acompáñame, nada más ir y ve-

nir, no sabes la falta que me hace estar contigo sola y escuchándote, reviviendo las cosas tan bonitas de nuestro pasado. Además es la oportunidad para que salgas de una vez...

Bueno, dijo Delfino mirándole las uñas de los pies pintadas de rubí, mañana temprano nos vamos.

¡Ay, manito, qué alegría tan grande!, Catalina le tomó la mano y se la besó y después trató de guardarla entre las suyas y no pudo, aquellos dedos pertenecían a un ser que la sobrepasaba en todo.

Tomaron la corrida Salina Cruz-Puerto Escondido de la seis de la mañana. Poco después de las tres de la tarde llegaron al pedimento. Delfino, que había venido oyendo las confesiones de Catalina durante el viaje, se sentó a una distancia discreta viendo cómo su incredulidad se aflojaba, y comprobando que el fervor que Catalina sentía por la Virgen de Juquila era de la misma naturaleza que el suyo por el Libro azul. La oyó orar y llorar y pedir y prometer, casi una hora que aprovechó Delfino para cerrarse al exterior y tratar de encomendarse a la dirección del espíritu, pues, según gustaba repetir su abuelo, todos los seres humanos tenemos oportunidad de hacerlo. Para ello había que silenciar los ruidos del exterior y del interior para quedarse nada más con la pura voluntad de fundirse con la luz.

Una camioneta los condujo luego al lomerío sagrado donde estaba la iglesia colonial. Entraron, Catalina siempre por delante como la auténtica sacerdotisa del rito, y se quedaron cerca del altar que cobijaba a la Virgen hasta que la misa concluyó. Se metieron luego en la fila multitudinaria y pasaron por debajo de la Virgen: la creencia en el poder purificador del milagro.

Era la primera vez que Delfino veía con sus propios ojos lo que el Libro azul decía sobre los ritos, las tradiciones y los fanatismos: ese exceso de fervor a los fetiches era una pervivencia bárbara del antiguo culto mágico a los amuletos. Los cirios prendidos de bendiciones, los billetes prendidos de agradecimientos, los puestos de artesanías alrededor de la iglesia con todos los fetiches posibles de la Virgen. Había algo en esa confusión ritual que le sublevaba la mente; pero a su corazón no le importaba que aquella gente llegara a creer de manera tan ciega en los fetiches; lo que su corazón celebraba era el fervor, la forma tan incondicional de tener fe en el

poder milagroso de la Virgen. Miró y remiró las expresiones dichas y bobaliconas de los creyentes; ni un gesto hosco o aislante; parecía que para llegar a aquella cima espiritual todos tuvieran que desprenderse de la piel cotidiana gangrenada por el resentimiento y el odio.

Esta misma pregunta que ahora se hacía, tendría después que hacérsela a Berman: ¿dónde reside la verdad de los hechos: en el corazón o en la mente? Sumido en sus cavilaciones se dejó llevar hasta uno de los comederos en una mesa cercana a la que ocupaba una familia costeña: un hombre y una mujer de cuarenta y pocos años y una niñita de cuatro o cinco. Catalina saludó risueñamente y el hombre y la mujer también risueñaron.

¿Y cómo la ves?, preguntó Catalina poniendo sus manos sobre la más próxima de Delfino.

Bien, dijo él mientras percibía la aureola explosiva de la niña.

¡Esta es la gente que me gusta!, dijo ella eufórica.

La mujer de al lado balbuceó un sonido y la niña respondió con un No rotundo como un disparo.

Huy, qué modito, dijo Catalina, mitad broma, mitad regaño.

La niña la miró y frunció más el ceño, sombreado por una pelusilla de pájaro.

Chamaca, juicio, dijo el hombre.

¿Es su hija?, preguntó Catalina.

No, nuestra nieta, respondió la mujer.

Pues vaya modito, dijo enfrentando el enfurruñe de la niña. A ver, ¿por qué no estás contenta y agradecida de haber venido aquí con la Madrecita y poder hablar con ella personalmente y pedirle lo que necesitas y prometerle que te vas a portar bien y llorar de pena por tantísimos pecados que cometiste, ¿o no sentiste cómo se te encogía de vergüenza el corazoncito cuando la viste a los ojos?

No, dijo la niña restregándose los ojos.

Es que quiere que le haga su capricho, dijo en señal de apertura la mujer.

¿Y cuál es tu capricho?

Por fin la niña levantó los ojos y vio en los de Catalina una referencia amistosa: el ondear de una mano en franca actitud pacífica.

A fuerza quiere que le compremos una medalla de la Virgen, aclaró la mujer.

Ay, qué casualidad, dijo Catalina metiendo la mano en su bolsa. Manipuló entre varios sobrecitos y extrajo al cabo una medallita de la Virgen con su cadena de plata.

¿Así como ésta?, y se la puso frente a la cara.

La niña asintió iluminada, y por último selló el deseo con un Sí tan rotundo como el no que las había relacionado.

Pues a mí me dijo algo la Virgencita. Me dijo: Mira, Catalina hija mía, como sé que de verdad me amas y me veneras, te voy a pedir que vayas y donde encuentres a una niña berrinchuda y llorando entrégale este obsequio de mi parte, para que me quiera como tú me quieres. ¿Tú crees que esto que te estoy diciendo sea cierto? La niña asintió. ¿De verdad crees que seas tú esa niña? Volvió a asentir. Pues yo también lo creo, así que ven que te la voy a poner. Pero prométeme que vas amar siempre a la Madrecita y vas a venir a verla con tus papás el año que entra. La niña asintió. ¡Dilo!

Voy a venir.

Bien, qué linda; anda, dame un beso.

Bueno, que más quisiéramos nosotros que regresar el otro año, pero quién sabe, opuso la mujer.

¿De dónde vienen?

De Huatulco.

¡Huatulco, qué barbaridad! ¿Es de verdad tan bonito como dicen?

¿A poco no lo conocen?, cruzó el hombre hacia Delfino.

Nomás de pasadita, dijo Catalina.

Usted no es mexicano, ¿verdad?, dijo el hombre prendido de la apariencia de Delfino.

Somos del Istmo, dijo Catalina. Yo me llamo Catalina y él Delfino.

El hombre se incorporó y le tendió la mano: Yo me llamo Nicéforo López, para servirle.

XV

El Biólogo vio desde la ventana de su oficina un cielo de nubes sumisas con un claror difuminado hacia los cerros sagrados de Monte Albán. Del Ingeniero eso era lo mínimo que podía esperar; pero no de Catalina. Desde el día en que la conoció en esa misma oficina, cuando llegó con Cirenio a preguntar sobre los requisitos legales para la compra-venta de pescado, la creía capaz de arañar y chillar y en caso extremo morder, nunca que fuese capaz de practicar los mismos descontones que el Ingeniero. Aunque tal vez a esas alturas los dos estuvieran ya igual de magnetizados por el modo bronco de la costa. Dejó que el Ingeniero terminara de celebrar las capturas y pedir más cartuchos y engoló la voz de señor delegado: Sí, todo eso que me dices está muy bien; pero aquí estuvieron ese Martín y sus canchanchanes...

¡Mándalos a la chingada!, clamó del otro lado el Ingeniero.

Sí, cabrón, repuso con la misma fuerza, ¿sabes cuánto me costó tu chiste?

La culpa la tuvo el pendejo por meterse.

Dos lanchas con sus respectivos motores y sus trasmallos, ¿sabes cuánto es eso?

Ni que lo pagaras de tu bolsillo; mándalos a la chingada y punto.

Ni te imaginas las broncas en que estoy metido; y sólo me faltaba que ahora vinieras tú a partirle la madre a un pendejo que puede hacer que te echen de Chipechua y se vaya todo a la fregada. Así de fácil.

¿Y tú crees que yo soy tan pendejo como para dejarme?

Mira, ya estoy hasta el copete de que cada quien quiera hacer lo que le sale de sus tanates.

Connigo no te hagas el mártir, pinche delegado. Deberías estar agradecido con la lana que te estoy mandando.

Sí, claro que se agradece...

Entonces envíame los cartuchos con el comprador, y ahí muere.

La secretaria, prieta y esponjada como zopilote ahíto y con derecho de picaporte por los acostones que habían compartido, lo encontró con el teléfono aún pegado a la oreja. Colgó y con el mismo ceño contrariado le hizo un gesto interrogativo.

Ahora es el corresponsal de *La Jornada*; también quiere saber de las tortugas.

¡Me lleva la chingada!, escupió el Biólogo. ¿Está ahí?

Sí, esperando.

Entretenlo tantito, por favor; ofrécele un vaso de agua o café mientras pienso.

Pero en qué pensar, qué invento hacerle para desfigurar la verdad, cómo mentir sin que puedan después descubrir que el trasmano en que aparecieron las cien tortugas muertas cerca de la playa de Escobilla pertenece a una red de traficantes de huevos y carne y piel de tortuga, que tiene su sede en Mazatlán y que supone periódicamente la llegada de un sobre con una cantidad de dólares que multiplica por diez los límites de su salario.

Para el Ingeniero colgar el teléfono supuso lo contrario. Y aunque el alivio no fue total, supo que más pronto que tarde la relación con el Biólogo ya no iba a ser necesaria, que entre él, Cirenio y Catalina eran más que suficientes para realizar un proyecto con futuro. Pagó la llamada ante la mirada huidiza de la muchacha que estaba al frente de la caseta telefónica y le hizo un gesto a Ananías para regresar a la batalla.

Había localizado ya seis barcos hundidos. En la rutina de bucear cada día en uno diferente había descubierto que los meros tardaban más en ocupar el espacio vital de la anterior víctima; pero los medregales parecían obedecer una orden misteriosa para llenar sin demora el lugar de los caídos. Seducido por la eficacia de la lupara mataba ahora medregales de más de cuarenta kilos con la misma facilidad con que la mano aplasta un zancudo. El único inconveniente era el tiempo que perdía en ensartar a la víctima por las agallas. En cuanto quedaba fija a la ensarta que pendía de la cuerda del grampín, metía otro cartucho y, como un guepardo que sabe que no puede fallar en medio de la estampida, nada más seleccionaba la presa.

Con las lluvias el mar se puso más oscuro e inquieto. En una hora podía cambiar y ponerse fúrico y despiadado como su héroe romano cuando rebanaba las cabezas de sus enemigos con tajos huracanados. En un par de ocasiones al pasar de los cuarenta metros casi no había visibilidad. El mar y el cielo parecían estacionados en el gris más tenebroso y el Ingeniero se metió porque tenía que meterse, porque no podía permitirse salir derrotado sin siquiera ofrecer combate. Pero en torno a los barcos o dentro de la bodega siempre había alguna forma de vida digna de un disparo. La segunda vez acababa de matar un medregal mediano que andaba curioseando junto con otros tres. Estaba justo encima de un camaronero y la visibilidad era de poco más de un par de metros. De ahí al fondo de la oscuridad habría casi quince metros, espacio cómodo para los veinticinco que medía la ensarta.

Anudó la punta de la cuerda por las agallas y la otra punta se la amarró al cinturón, y dejó que el pescado se perdiera hacia lo hondo. Puso con rapidez otro cartucho y aleteó en busca de los tres medregales restantes. Iba tenso y con el arpón por delante, sabiendo que en un instante la visión se le llenaría con la presa y tendría un par de segundos para disparar. Siguió buscando por todo el contorno del barco sin tener la menor sospecha de que pudiese existir ahí abajo una fuerza semejante a la que le jaló del cinturón y lo arrastró como un fardo. Cuando al fin reaccionó y pudo detener el jale, se dio cuenta de lo cerca que había estado de un desenlace fatal. De haber seguido el arrastre hacia la superficie unos metros más, habría saltado la parada obligatoria para descompensar y correrían ahora burbujitas mortales por sus venas. Tiró de la cuerda recobrando la cordura hasta que vio la parte delantera del medregal seguida de unas fauces tan imponentes como las de una cornuda de cuatrocientos cincuenta kilos que habían agarrado en Nayarit con una cimbra. La bestia cerró sus mandíbulas sobre lo que quedaba del medregal y se dio tranquilamente la vuelta, sin prestarle la menor atención al hilito de seda que colgaba de su bocado. El Ingeniero supo que no iba a tener otra oportunidad como esa y se lanzó tras la bestia: una tintorera gigante que bien podía pasar de la media tonelada. El tiburón, dueño invicto de esos rumbos, aminoró el

coleteo y movió las mandíbulas para degustar el bocado. Apenas en el límite de la visión el Ingeniero encontró un ojo de la tintorera y le dejó ir el disparo. La sanguaza triturada salió expelida de las fauces como la tinta de un calamar hostigado, y la cuerda volvió a pegar el mismo jalón invencible, pero enseguida se aflojó. El Ingeniero jaló la cuerda de la varilla y puso otro cartucho en la lupara. Después recobró la cuerda de la ensarta y vio el extremo cortado. Y con eso fue suficiente. Ya no quiso ver el desenlace final del monstruo ni buscar otra víctima compensatoria. Nada más se detuvo diez minutos a media agua convencido de que nunca más bucearía en esa tenebra abisal.

Enviado con los barcos hundidos, el Ingeniero dejó para Delfino los rompientes embravecidos donde depredaban los pargos. Cada uno veía en las hieleras el tamaño de las capturas y el orificio de los disparos que hacía el otro, y aunque las piezas cobradas por el Ingeniero doblaban y triplicaban en tamaño a las de Delfino, era de todos conocido que mientras uno pescaba a puro pulmón en los roqueríos, el otro usaba tanques y mataba con punta explosiva. Sin embargo, gracias a las mañas y agasajos de Catalina ni el Ingeniero ni Delfino tuvieron oportunidad para el conflicto.

Por las tormentas y contratiempos hubo semanas en que sólo pudo salir en tres ocasiones. Cuando no salía se quedaba en casa releviendo el libro inmortal de Plutarco o visitando a Catalina y Cirenio. Cuando no estaba Catalina, que era la que condimentaba la plática con su alegría interminable, el Ingeniero simplemente se sentaba a oír los boleros que Cirenio acompañaba con su guitarra. A partir de la ida a Juquila Catalina se acercó más a Delfino y logró al cabo que éste la llevara a la lectura del Libro azul en casa de Berman.



Catalina estaba esperanzada con su nueva vida. Berman y su mujer se habían dejado seducir por su modo alegre, y cada vez que ella llegaba con Delfino a las lecturas, la mujer de Berman la tomaba de la mano y las dos se iban unos minutos junto con la niña a la recámara a platicar, mientras Catalina admiraba y se ponía las pulseras

y collares y aretes de oro con la más fina y multicolor pedrería que la mujer de Berman ofrecía en cómodas mensualidades. Se llamaba Guadalupe Maduro, pero le decían Lupita. Tenían casi la misma edad, y aunque Catalina estaba más plena de encantos, no dejaba Lupita de ofrecer con sus bellísimos huipiles tecos una imagen igual de seductora que un ave exótica.

Alternaban ahora en la lectura un capítulo sobre la vida de Jesús con otro sobre la evolución de los primeros cultos. Esa tarde Berman estaba pormenorizando las barbaridades que habían cometido las antiguas culturas empujadas por el temor, las supersticiones y la ciega obediencia a pactos y promesas que nada tenían de divino. Les leyó la costumbre inhumana de los antiguos chinos, que cuando fundían una campana le arrojaban al metal candente la doncella más agraciada y pura con el fin de aquilatar la perfección del tañido; de cómo un rey torpe y fanático de Palestina echó los cimientos del muro de Jericó sobre su primogénito Abiram y colocó las puertas sobre su hijo menor, Segub. Pero el colmo para Catalina fue el desenlace de la historia de Jefté. En la víspera de una batalla decisiva, le prometió al dios que dirigía el curso de las batallas que si le concedía la victoria sobre sus enemigos le sacrificaría al primero que saliese de su casa a abrazarlo. Estaba convencido el rey que uno de sus múltiples esclavos sería el elegido; pero cuando regresó triunfante y vio que su hija salía alborozada a recibirlo, estuvo a punto de morir. Después de varias semanas de esperar en vano una voz que descendiera de las alturas para liberarlo del pacto, este pobre hombre tuvo que sufrir la visión salvaje del sacrificio de su única hija... Berman fijó con el mar de su mirada a Catalina y apuntó: Y que conste que esta barbaridad la cometió un rey judío a pesar de la estricta reglamentación de Moisés en contra de los sacrificios humanos.

¿Entonces para qué sirven las promesas?, dijo Catalina.

Depende qué prometas y a quién lo prometas, reviró Berman.

Las promesas que no hagan daño a nadie y que sean hechas con la mente y el corazón lleno de luz, yo creo que son buenas, terció Delfino.

Sí, así pienso yo también, asintió Berman.

Y Delfino continuó: Lo que yo no termino de entender es, si Jesús era hijo de la promesa y no le hizo nunca mal a nadie, por qué fue crucificado por su propio pueblo.

Berman repitió varias afirmaciones con la cabeza y apuntó a Delfino con el índice de su mano derecha como haría un juez hacia un reo que se cree inocente: Ciertamente, era la promesa más esperada por el pueblo de Abraham y de David; pero la promesa se invalidó cuando Jesús arremetió contra los saduceos y los fariseos.

Eran los que engañaban y oprimían al pueblo ignorante, adujo Delfino.

Como sigue sucediendo con los gurús y sacerdotes hoy día. Pero Jesús sabía muy bien que el que se enfrenta al mal, escoge al peor enemigo.

¿Y tú no te sientes culpable por lo que hicieron los judíos con Jesús?

¡Por supuesto que no!, alegó airado Berman. Es la misma estupidez que creer que todos somos culpables por los errores de Adán y Eva. Como ni Delfino ni Catalina dijeron nada, continuó: Miren, así como hay muchas clases de cristianos, también hay muchas clases de judíos. Yo nunca fui tan judío como mis padres, pero les puedo asegurar que mis padres, como mis abuelos y la mayoría de los judíos que he conocido, fueron verdaderos creyentes, hombres y mujeres que amaron a Dios y jamás faltaron a la promesa de servirle y adorarlo.

Pero, ¿cómo se puede ser leal a Dios matando a su Hijo?, objetó Delfino.

¡Ningún judío vivo tiene nada que ver con eso!

Pero lo siguen desconociendo como Hijo de Dios y soberano de nuestro universo.

Berman fijó la mirada tersa y dulce de Delfino y reconoció que dentro de este ser tan extraño y distinto a los demás moraba un espíritu iluminado. Luego dijo: A veces pienso que si todos los judíos leyeran el Libro azul con el mismo fervor con que leen la Biblia, se acabarían para siempre las disputas. Yo siento que está muy cercano el día en que todas las iglesias terminarán reconociendo la divinidad de Jesucristo, y entonces ya nadie tendrá que acusar ni perseguir a nadie.

Antes muchos tienen que pedir perdón, sentenció Delfino.

¿Quiénes?, objetó Berman.

Los que ahora ocupan los mismos cargos que los que lo mataron hace dos mil años.

En el marco de la puerta apareció una sombra y Delfino y Berman pensaron que al fin Dondedios había superado el rechazo a la presencia de Catalina. Pero no, era Ananías que venía jadeando, y cuando Berman lo invitó a pasar su imagen transmitió el mismo mensaje desolador que sus palabras: El Ingeniero ya no salió, dijo con la visión aplastada contra el piso.

¿Qué pasó?, se adelantó Catalina.

Yo le dije que no se metiera, pero no hizo caso. Un corrientón de a madre. Estuve esperando casi tres horas y ya no salió. ¿Quién sabe que pudo pasarle allá abajo?

¿Dónde fue?, y en la forma cómo lo miró, Catalina dejó ir toda su desconfianza.

En el carguero. Seguro encontró un animalón en la bodega...

¿Cuánto tiempo hace que pasó?, intervino Berman.

Ananías miró de soslayo los ojos inquisitivos de Berman y después se rascó el cuello mientras buscaba algo impreciso en el sólido piso de cemento. Luego expulsó una sarta de excusas, como si ya se sintiera condenado: Entre que anduve buscándolo y no pude varar bien la lancha y fui allá a la otra casa a ver si estaban y vine, una chinga de más de cuatro horas.

¡Vamos a buscarlo!, dijo con voz de mando Catalina encaminándose hacia la puerta.

Ya está anocheciendo, dijo Berman, y es la peor hora para salir a buscarlo. Mejor salgan por la mañana cuando amaine el viento.

No, hay que ir ahorita. Vámonos, y al decirlo Catalina ni siquiera reparó que salía sola de la casa. Luego se detuvo y vio que Ananías se alejaba.

¿A dónde vas?, le dijo.

Ahora regreso, voy aquí nomás a los matorrales.

Catalina regresó a la puerta y vio que Cirenio y Delfino seguían sentados oyendo a Berman.

Yo creo que Berman tiene razón, mi amor, alegó Cirenio tratando de protegerse contra lo que la mirada de Catalina transmitía. Vamos a hablar con las cooperativas para que salgamos juntos al amanecer a buscarlo.

Ay, Cirenio, si serás retebaboso. ¿Tú crees que esos hijos de la chingada nos van ayudar en algo? Estoy segura que el pendejo de Ananías ya corrió el chisme y todos han de estar chupando de sus caguamas celebrando la desgracia del Ingeniero.

Pero tú y yo de qué podemos servir, siguió defendiéndose Cirenio, si ni siquiera sabemos manejar el motor, ni conocemos bien este mar...

Y tú, Delfino, ¿tampoco me vas acompañar?

No tiene sentido arriesgarse por la noche y sin saber muy bien que fue en verdad lo que sucedió, volvió a asumir la intención disuasiva Berman. A mí me parece que este pescador no es de fiar. Creo que deberíamos pedirle que nos contara bien cómo sucedió, porque de seguro está ocultando algo. ¿No se dieron cuenta que primero dijo que el Ingeniero no salió en tres horas y después dijo que lo había estado buscando?

Al tiempo que Berman hablaba, Catalina se acercó a Delfino y se hincó de rodillas. Tomó la mano derecha de él entre las suyas y buscó su mirada: Siempre me concediste lo que te pedí; pero ahora no te lo pido por mí, te lo pido por nuestro Padre celestial, que me ayudes a buscar a este hermano perdido, que cumplas como buen hijo de Dios con las cosas bonitas y verdaderas que dice el Libro azul. Yo no puedo obligarte a hacer lo que tú no quieras. Tiene que salir de ti, de ese foco de luz que está adentro de tu cabeza y te permite distinguir lo que es bueno de lo que es malo. Y ahora, Delfinito querido, la única cosa buena que podemos hacer es ir a cumplir con esta obligación cristiana. ¿Tú crees que si Jesús estuviera aquí con nosotros no iría a buscarlo?

Salieron hacia las diez de la noche. Ananías había desaparecido y Cirenio los ayudó a subir dos tambos llenos de gasolina a la lancha, que estaba atravesada en los linderos de la marea. Llevaban un par de lámparas y agua y un refrigerio de naranjas y galletas y ropa para abrigarse. Delfino manejando en dirección figurada ha-

cia donde suponía que debería estar el barco hundido, y Catalina sentada y sujeta de la mano con firmeza al banco de madera. Él en sintonía con el mandato divino: una prueba más para poder vencer definitivamente a su peor enemigo, el egoísmo; ella prometiéndole a la Madrecita querida la pulsera de oro con cuentas de coral rojo que le tenía apartada a la mujer de Berman, y pensando y repensando que sin el Ingeniero todo se derrumbaba de nuevo.

Poco después de medianoche Delfino detuvo la máquina y dejó que se amplificasen los llamados de Catalina y los flasheos de la lámpara. En el cielo había nubes densas y fúgidas que eran la contraparte sentenciosa del calor excepcional del agua.

¿Qué hacemos?, dijo Catalina al filo de la derrota.

Estoy pensando, dijo Delfino, viendo por momentos las lucecitas de la costa como señales de un mundo lejano y paralelo.

¿En qué?

Bueno, ya buscamos y gritamos y alumbramos lo suficiente por este rumbo. Así que como por aquí no está, sólo hay dos posibilidades: o se quedó abajo o lo arrastró la corriente.

¿Pero para dónde?

Lejos, quizás más lejos de lo que podamos imaginar. ¿Ya viste el arrastre de la corriente?

Sí, nos está llevando para afuera.

Para afuera y para el oeste. Y si calculamos la velocidad de la corriente y las horas que pasaron, suponiendo que haya salido, debe estar ahora a la altura de Astata.

¿Tanto?

Sí no es que más.

¿Y tenemos gasolina suficiente?

Sí, gasolina hay de sobra; pero habría que preguntarle al cuerpo a ver si puede aguantar.

El mío dice que sí, se apresuró Catalina avivada por la posibilidad.

Delfino prendió de nuevo el motor y le dijo que siguiera alumbrando cada quince minutos hacia ambos lados. Pasaron en medio de una llovizna cálida que difuminó hasta la nada las luces de la lejanía. Al voltear hacia Delfino, Catalina encontró la misma expre-

sión inescrutable: un ser de otro mundo trasvolando con la mirada la negrura infinita. De una sola cosa estaba convencida Catalina: con él iría hasta el fin del mundo si fuese necesario.

Después de la lluvia un cansancio invencible se apoderó de Catalina y empezó a dejarse hundir tras leves cabeceos. Con el primer claror a las espaldas les llegó del oeste un ronroneo cada vez más intenso. Catalina se desperezó y apuntó la luz hacia los dos ruidos que alternaban con los golpeteos contra las olas. Al ver la luz las lanchas se abrieron y pasaron como una exhalación diabólica.

¡Ay, si serán hijos de su maldita madre!, profirió Catalina, pasando repentinamente de la esperanza al coraje.

Polleros, dijo con la mirada inalterable Delfino, ya vienen de soltar la carga.

¿Y no lo habrán visto?

¿Esos? Son peor que zopilotes.



Ante la mirada beligerante del mero apretó el gatillo. Estaba casi de frente, a un lado de la puerta de un camarote y la boca belfosa comenzó a abrirse y cerrarse en actitud alertadora. Vio que el único lugar posible era entre los ojos y dejó ir el disparo. Y no fue bueno. El solo impulso del mero al salir lo golpeó contra la plancha de acero y el ruido de los tanques lo puso alerta contra la posibilidad de que el regulador se hubiera dañado. Pero no, y empezó a respirar calmadamente. Enseguida sacó otro cartucho de la manga y lo metió en la lupara. Después quiso seguir el rastro de sangre y anduvo aleteando por la bodega y salió y vio su ensarta con dos medregales más bien pequeños para su ambición, y agradeció que allí abajo no afectara la corriente endemoniada que alcanzaba una franja de poco más de veinte metros desde la superficie.

Antes de completar la vuelta vio en el fondo arenoso cercano al barco las patas de araña del grampín. Aceleró el aleteo y se acercó para tomar con la mano izquierda el trozo de cuerda reventada. Miró hacia los bordes ripiosos del barco y entendió el motivo de la ruptura. Fue a recoger la ensarta y subió hasta las entrañas trituradora-

doras de la corriente para hacer el alto compensatorio. Y esos diez minutos de arrastre implacable fueron poco a poco tiñéndose con la más desolada sospecha.

Lo vio al salir. Estaba como a medio kilómetro hacia la playa, demasiado lejos para que con ese viento pudiesen ser oídos sus gritos y chiflidos. Después de un par de zigzagueos la lancha puso el rumbo definitivo hacia la playa. Y empezó lo que todos los hombres de mar temen. Soltó la ensarta con los pescados y durante varias horas nada más se obsesionó con la manera cómo se alejaba la mancha costera. Al oscurecer un ruido acercante lo puso alerta. Dos lanchas venían casi en dirección a él y levantó la mano que no cargaba el fusil y les hizo señas y les gritó y continuó alborotado hasta que notó que las lanchas no aminoraban la velocidad y amenazaban con pasarle encima. Aleteó con toda su fuerza y experiencia y vio pasar a unos metros la lancha más cercana con múltiples cabezas sobresaliendo por la línea de la borda, y manejada por un tipo que ni siquiera lo miró. Le gritó: ¡Hijo de la chingada, párate! Pero supo que era en vano. Le quitó el seguro al fusil y se puso en guardia, a esa hora y a esa distancia de la costa algún monstruo dentado podría acercarse demasiado. Podía ser otra de las batallas a las que su héroe sobrevivía lleno de gloria y de cicatrices; pero podía también suponer la última lucha de su vida, y desaparecer en medio de esa inmensidad despiadada que hasta ahora le había dado el sustento y las más grandes satisfacciones. No, no le desagradaba la idea de morir en medio del mar, terminar carcomido por el sol, y fundirse con la única realidad que respetaba y admiraba y, en momentos como ese, también temía. Pero morir así, de esa manera tan sola no era una derrota, derrota sería morir sin dar la batalla, o morir sin haber elegido la manera... Casi amanecía cuando un zumbido le llegó del oeste; enseguida fueron dos, que pasaron a toda máquina hacia el este como un kilómetro más cerca de la costa. Y pensó: Seguro los mismos hijos de puta que horas antes casi le habían pasado encima.

Ya con el reblandecimiento de tantas horas en el agua se quitó el visor de la frente, lo besó y dejó que se hundiera. El chaleco y los tanques eran increíblemente molestos, pero a casi cuatro millas de

la costa desprenderse de ellos era enfrentar la derrota segura. Las aletas le tenían ya acalambrados los pies, y empezaba a convencerse de que a esa distancia de nada le servirían.

En la alborada vio que en dirección a la costa se abría la cortina de llovizna para dejar entrever el lejanísimo resplandor de una población grande. ¿Cuál podría ser?, pensó, y siguió pensando cuánto le gustaría estar ahora allí para ya dejar de pensar en el tiempo que aún podría aguantar antes de morir y tantas otras pendejadas que se le ocurrían. Poco antes de salir el sol creyó oír un motor. Metió la cabeza bajo el agua y no pudo distinguir más rumor que el de la corriente. Sacó la cabeza y la sacudió y decidió mandar a la chingada las aletas. Al doblarse, la corriente lo hizo girar y percibió el resplandor que se prendía entre las nubes de horizonte. Se quitó una aleta y la besó y la soltó y luego hizo lo mismo con la otra. Y de nuevo creyó percibir un ruido continuo. El zumbido estuvo acercándose y desapareciendo hasta que por fin se hizo más claro. Venía del este y no le cupo duda de que era un motor fuera borda. Y siguió acercándose en línea paralela a unos doscientos metros hacia la costa. Pasó de largo y desapareció justo cuando empezaba a despuntar la primera llamarada de sol sobre el temblequeo aceitoso de la superficie. Al cabo de media hora volvió a dejarse oír el motor y por fin vio venir la lancha, esta vez a unos cincuenta metros afuera de donde él flotaba. Cambió el arpón de mano para meter los dedos en la boca y chiflar, pero no pudo. Enseguida levantó la mano y la agitó y gritó y la lancha puso la proa hacia el bulto.



Están reunidos en casa de Delfino y en el grupo no hay diferencias que la expectación perciba. Congruente con su papel, Berman escorza la mirada para pasar de lo habitual a lo insólito: La vida, todo lo que se mueve y se reproduce comenzó en el mar hace quinientos millones de años. Afuera la atmósfera era aún irrespirable y adentro se había alcanzado la salinidad necesaria para que los implantes de vida tuvieran el éxito que los portadores cósmicos habían planeado. Así que, aunque parezca una verdad mentirosa, todos somos hijos

del cloruro de sodio, de la pinche sal como dicen ustedes. Para estas siembras de vida se escogieron enseñadas como esta de Chipehua, en aguas poco profundas y cálidas donde los rayos del sol hicieron que los microorganismos vegetales se multiplicaran y después de varios millones de años se transformaran en microorganismos animales. Una prueba viva de esta mutación maravillosa está en esos mohos de limo que todavía los expertos no pueden clasificar ni como plantas ni como animales. De esa época datan las algas que se encuentran en los fondos marinos más estables y las esponjas y los corales. Después, por un inmenso soplo solar, la vida unicelular se diversificó y aparecieron los trilobites que por millones de años dominaron los mares. Miles de variedades de vida primitiva, desde los braquiópodos hasta los crustáceos, como esos pinches cangrejos que corren sobre las rocas, empezaron a competir con los trilobites, que a pesar de todo continuaron siendo los dueños absolutos de los mares. Con una vida sexual miles de veces más activa que la de cualquier animal terrestre, incluyendo por supuesto a los costenos, y al ver que nadie le celebraba la gracia continuó: se dejan arrastrar perezosamente por las corrientes comiendo y reproduciéndose de manera incontrolada. Y pasan otros cien millones de años, y junto con la evolución de los bivalvos, esos mariscos que comemos con limón, empiezan a surgir los moluscos mayores, los calamares y pulpos que llegan a alcanzar más de cinco metros de largo y se comen a los trilobites que hasta ahora dominaban como plaga los mares. ¿Se imaginan ustedes por un instante esos mares tropicales llenos a rebosar de caracoles, almejas, ostiones y mejillones? Cierren un momento los ojos y vean tanta vida creciendo y reproduciéndose sin parar. Y entonces la tierra se acerca más aprisa al sol y aparecen los peces, los primeros vertebrados que aprenden a vivir por igual en agua dulce y salada. Algunos, como los antepasados de los actuales tiburones, pueden medir alrededor de ¿cuántos metros, Ingeniero? El Ingeniero movió la cabeza y Catalina dijo veinte. Casi, continuó Berman. Y sus poderosas mandíbulas terminan imponiendo la ley a pura dentellada. Afuera la atmósfera se ha enriquecido de oxígeno y tras violentas convulsiones la tierra ha ido emergiendo del agua, y se llena poco a

poco de helechos y de bosques silenciosos, con árboles que carecen por completo de hojas. Y de nuevo un acontecimiento ya previsto hace cambiar la flecha evolutiva. ¿Y qué pasa? Nada y todo a la vez: algunos artrópodos transforman las vejigas natatorias en pulmones y entonces aparecen los primeros anfibios. La edad de las ranas, nuestros verdaderos antepasados...

Serán los tuyos, protestó el Ingeniero no pudiendo contener el desacuerdo.

¿No lo crees, eh?, contemporizó Berman, poniendo en la mirada la mayor cantidad de suficiencia.

Puras pendejadas, masculló el Ingeniero.

Deja que siga, dijo Cirenio.

Sí, déjalo, remachó Catalina.

Berman juzga la expresión ceñuda del Ingeniero: un cuervo peludo y con las alas abiertas sobre los ojos más ariscos que jamás haya visto. Una animalidad acerada y dura como un aguijón: la desconfianza de una vida acostumbrada a depredar todo lo que se le ponga enfrente. Después alzó la vista sobre el joven pescador y sobre Delfino y la instaló en la radiantes de Catalina. Esta era la pregunta que justo ahora quisiera hacerle a Delfino: ¿Por qué podía Catalina percibir lo que el Ingeniero no podía? Bien, imagina que tus ojotes de cacao están viendo cómo aparecen y desaparecen millones de vidas y formas, y que los continentes se hunden y vuelven a salir, las aguas se congelan y lo que queda vivo se amontona en tres grandes bolsas térmicas: el Golfo de México, la Bahía del Ganges y la Bahía de Sicilia. Como puedes ver la adversidad se acentúa, ¿y qué pasa entonces? Que vuelve a calentar el sol, dice Catalina. Pues sí, más o menos eso es lo que pasó. Al encontrar en tierra una atmósfera más apropiada, la rana evolucionó y se convirtió en reptil. ¿Y qué es un reptil? Pues el animal que tiene el cerebro más pequeño con relación a su cuerpo. Por eso murieron pronto las serpientes gigantescas de más de diez metros y con un cerebritito que apenas pesaba cincuenta gramos. Y en tierra pasó lo mismo: los reptiles comenzaron a crecer y crecer, y cuanto más crecían de cuerpo menos cerebro tenían, hasta que con la adversidad climática ya no fueron capaces de conseguir la

comida para alimentar tanto cuerpo. Y aquí estamos ante una lección que sólo los muy necios no quieren ver: la edad de los dinosaurios señala el final de la evolución del cuerpo y el inicio del desarrollo del cerebro. Muy pronto, aunque ahora parezca increíble, el cerebro humano alcanzará un tercio más de volumen, mientras que el desarrollo del cuerpo no sobrepasará a los dos metros. Pero regresemos a aquellos reptiles aún lo suficientemente pequeños como para poder sobrevivir sin agobio. Uno de estos animalitos dentones y carnívoros fue el padre del primer mamífero placentario. ¿Cómo sucedió?, ¿cuál fue la causa repentina? Yo lo único que puedo decir es que todo lo que está sucediendo está siendo visto hasta el menor detalle por esa mirada invisible y eterna. Y esa mirada ya sabía que tarde o temprano la indetenible evolución daría forma a un tipo de lémur que se atrevió a caminar erguido sobre las patas traseras y a usar su cerebro como nunca antes ningún otro animal lo había usado. Y llegamos a la tercera mutación, la última y decisiva: los primates. Pero vean nada más qué maravilla el camino doble que siguieron los primates: una rama se fortaleció y evolucionó enfrentando el empuje glacial; la otra huyó al sur y se degradó hasta casi desaparecer con los primates actuales. Así ha sido siempre y así será: lo que no evoluciona desaparece...

¿Y dónde está la mano de Dios en esto?, aventuró Cirenio desde el fondo de su desconcierto.

¿Dónde? Pues en todo. Pero no Dios directamente, sino los arquitectos y los obreros cósmicos. Nada carece de propósito a nivel evolutivo; todo sucede por algo y para un fin preciso, aunque casi siempre sea desconocido para nosotros. La evolución de la vida, desde las primeras algas hasta que apareció el libre albedrío en los primates superiores, ha sido supervisada por los portadores de vida. A partir de ese punto, cuando la criatura ya puede elegir conscientemente entre el bien y el mal, ningún enviado cósmico puede interferir con el curso natural de la evolución, ¿se dan cuenta? ¡Qué sabiduría celestial!

¿Y quién puede decir qué es el bien y qué es el mal?, interpeló el Ingeniero. Había estado a punto de marcharse, pero cuando ya llevaba oídas demasiadas alusiones a ese tipo de cosas imaginarias que

no servían para nada, percibió cómo entraba la frase en la memoria y despertaba murmullos beligerantes: “elegir conscientemente entre el bien y el mal”.

Es muy fácil cuando se aprende a tiempo, difícil si desde el principio te niegas a verlo. ¿Me explico?, y ahora Berman quiso saber cuánto podrían aguantar su mirada y la del Ingeniero antes de que acordaran las paces.

Pero el Ingeniero siguió neceando: Ver qué.

Más que ver es aprender, y la única manera de aprender es por medio de la experiencia. Cuanto más confrontemos las ideas con los hechos, más se ejercitará nuestra mente, y debe quedarnos bien aprendido que si no hay progreso mental no hay progreso espiritual. Si no ejercitamos nuestra mente, se atrofia; y entonces, ¿quién puede decidir qué es bueno y qué es malo? Nuestra mente sabe distinguir perfectamente una cosa de la otra; hay adentro un piloto que conoce perfectamente cada uno de los obstáculos, y ese piloto es la verdadera llama cósmica y su naturaleza distintiva será siempre abrazar la luz y rechazar la oscuridad.

Será por eso que todo lo bueno ocurre en la noche, dijo el Ingeniero incorporándose. Luego le dijo a Moy: Vámonos.

Para Berman no era tanta la derrota. Había aprendido que no iba a ser fácil vencer esa soberbia, y que en tres o cinco sesiones más los baluartes de la negación cederían y la luz podría brillar más tiempo atraída por su nueva perspectiva. Pero me vas a conceder una cosa, le dijo al Ingeniero con una familiaridad retadora antes de que saliera: ¿A poco no conoces los diez mandamientos?

El Ingeniero se detuvo y vio que Moy se levantaba como una sombra torpe y oscura ante las miradas justicieras de los que se quedaban. Luego dijo: Hasta ahora he vivido muy bien sin que nadie tenga que venir a decirme qué es lo que tengo que hacer.

Oh sí, desde luego, ¿verdad que no necesita a nadie?, dijo Berman fijando a Catalina con su mirada más pícara.

¡Ay, pero qué necesidad de ser así!, protestó Catalina con la fuerza necesaria para que el Ingeniero oyera.

Y eso fue lo último que oyó. Siguió caminando bajo el sol aún denso y deslumbrante que magnetizaba el alma y sintió de pronto el

llamado de la playa. En cuanto Moy se le emparejó dijo: Qué gringo loco. Y el Ingeniero dio voz a sus pensamientos.

¿Tú crees que nosotros seamos muy distintos a los animales que matamos?

Depende.

¿Y crees que sirva de algo llenar la cabeza con tantas pendejadas?

No. Eso no.

¿Y que a un pargo o a un mero les interese pensar en algo más que matar y comer?

Bueno, sí. ¿Apoco no tienen que cuidarse para que no los chinguen?

El Ingeniero volteó hacia su interlocutor y asintió complaciente: Ese es todo el secreto de la pinche vida: chingar y que no te chinguen.

Hacía dos semanas que Moy había llegado. Catalina había ido a Juquila a llevar a la Virgen la pulsera de oro que le prometiera, y después había bajado hasta Corralero para entregarle a Moy la nota que el Ingeniero le enviaba. Solamente había un problema: se necesitaba otra cabaña; pero Moy lo solucionó en cuanto vio la enramada de la playa. Aquí me puedo quedar, dijo esperanzado, nomás ayúdenme a emparedarla. Así que cerraron un cuarto de tres por cuatro metros y dejaron afuera un techado más amplio para guardar las hieleras y tender una hamaca, además de la mesa y cuatro sillas que Catalina trajo de Salina Cruz.

Al segundo día de instalado, Moy tuvo una revelación tan verdadera y bella que era ahora el mayor deseo de su vida repetirla. El Ingeniero le dijo quiénes eran y de las ganas que él también les tenía. Sin embargo, la espera había sido en vano para Moy desde ese día. Por eso es que al llegar esa tarde a la cabaña y distinguir a una joven parada cerca de las hieleras dio por repetida la revelación y adelantó el paso al tiempo que decía: ¡Es una de las gemelas!

¡Ingeniero!, dijo la compradora abriendo los brazos. Y el Ingeniero se dejó abrazar mientras sus ojos casi no daban crédito a lo que estaban viendo. La mujer continuó lamentando la desgracia y también enfatizó la suerte que había tenido al salir con vida. Una vez, retozando después de una cogida rendidora, Catalina le había hablado de la Buki, de cómo él se pondría loco viendo tanta belleza y

tanto vicio juntos. Pero en la parte superior de la nueva visión había algo que contrastaba con tamaña opulencia. Tenía el puente nasal ligeramente curvado; no obstante las cejas y los ojos eran los de un felino salvaje y bello que incita a ser domesticado. Vestía un pantalón amarillo y una camisa azulada, ceñidos al límite para que la rotunda redondez de las nalgas y los pechos hicieran imposible la desviación de la mirada. ¿Sabría de verdad esta pinche chava el efecto hormonal que producía?, pensó el Ingeniero sin atreverse a parpadear. Los dos pares de ojos se reconocían ahora en una perfecta réplica de la misma transparencia ambarina; sólo que en unos parecía palpitar la duda y el desconcierto, mientras que en los otros chisporroteaba un fuego demoníaco.

La compradora no dudó en intervenir para cortar el encanto. Ingeniero, le tengo una buena noticia, dijo con el tono meloso y desinteresado con que chismean las tecas; fíjese que me dijeron dónde está el huído. El Ingeniero apartó la cabeza y no dijo palabra. Trabaja en Salina Cruz, prosiguió la mujer, de vigilante en un almacén. No me interesa, masculló el Ingeniero, fascinado por la quietud de pánico de la presa. Y la teca volvió a cambiar de tema, tenía la suficiente robustez de vida y de cuerpo para que a nadie en el Istmo se le ocurriera considerarla perdedora. ¡Ah, mi sobrina!, dijo como si hubiera olvidado lo más importante. Ven, chamaca, saluda como es debido al Ingeniero. Se llama Floricela. El Ingeniero la tomó por la mano y la atrajo con la confianza del que abre la puerta de una casa que está comprando. Le dio un beso en la mejilla y al retirarse ella abrumada, él vio que la piel bronceada se matizaba de un rubor amameyado. La compradora fue entonces al motivo central de la visita: necesitaba para un cliente muy especial quince kilos de filete de primera todas las semanas. ¿Y de qué trabajas?, le preguntó el Ingeniero a la muchacha. La compradora volvió a adelantarse y dijo que estaba estudiando la prepa en Salina Cruz. ¿Y los fines de semana qué hace?, preguntó el Ingeniero. Pues me ayuda o va con su abuelita. El Ingeniero ya no dudó que esa langostita succulenta estaba lista para el gancho. ¿Pueden venir los domingos a recoger los filetes?, preguntó mordisqueando con las ganas los labios pulposos y enmarcados por un bozo aduraznado. Sí, los domingos, dijo agradecida la mujer.



Cayó en la red un mes y dos semanas después del primer tendido. Un mal cálculo o el solo hecho de no prevenir la fuerza y la dirección de las corrientes podía condenar el lance al fracaso. Pero el Ingeniero era un maestro consumado en el tendido de la red, cualquier red: desde la atarraya a la almadraba, y sabía que no existía ningún pez que no pudiera ser atrapado. En el momento crucial, cuando la víctima estaba contra la red boqueando, bastaba con dejar al descubierto la magnitud del arpón para que la indefensión fuese total.

La primera vez no fue un domingo sino un sábado por la noche, y Moy se fue a dormir a la playa. Se apartó lo suficiente para poder estar a solas con las fantasías que protagonizaba con las gemelas, pero hasta allí le llegaron los quejidos y gáñidos orgásmicos que se fueron repitiendo como un ritual maldito a lo largo de la noche. Fue la primera y la última vez, y ni siquiera la tía le quiso creer a Floricela que una simple verga pudiera causar tanto destrozo.

Cuando a Catalina le llegó el chisme de que el Ingeniero había mandado al Centro de Salud a una chamaca de diecisiete años, el destino le tenía deparado otro reto. Ese domingo mientras ella oía la noticia amplificada por boca de la mujer de Berman, el Ingeniero y Moy veían cómo del azul sedeno surgía casi a ras de agua una avioneta y detrás un helicóptero escupiendo ráfagas sobre su presa. El Ingeniero detuvo en las manos los extremos del nuevo cinturón con plomos y fue siguiendo con su mejor vista la caída enracimada de las bolsas. Alguien había abierto la puerta de la avioneta y desde allí salían a dos manos los envoltorios blanquecinos. Sin tener que mediar las miradas, los dos pensaron lo mismo: el Ingeniero tiró el cinturón al compartimento y Moy empezó a jalar el grampín. Al momento de prender el motor, el helicóptero era ya una libélula tras un zancudo.

Recogieron veintitrés bolsas antes de ver que otras dos lanchas se acercaban para hacer lo mismo. El Ingeniero se hizo cargo del timón y enfiló a tope hacia la playa. Justo cuando él varaba sobre la playa, los pescadores de las dos cooperativas bajaban sus lanchas hacia la orilla.

Ni Cirenio ni Catalina pudieron resistir el embate: ahí estaban veintitrés kilos de coca que había que sacar de volada para Oaxaca. Delfino fue el único que pidió serenidad, pero eso era precisamente lo último que el Ingeniero podía poseer. Metieron la coca bajo el pescado y encaramaron las hieleras y las cosas de más valor a la camioneta. Adelante subieron Cirenio y Catalina; el Ingeniero y Moy se acomodaron en la parte trasera y así se fueron hasta Salina Cruz, donde tomaron un autobús para Oaxaca. Atrás, sin que a ninguno se le ocurriese voltear siquiera en pensamiento, quedaba la imagen sombría de Delfino como un hombre virtuoso caído de pronto en desgracia. Esa misma noche, después de poner un poco de orden en las tres casas, caminó huidizo hacia la carretera y de allí pagó un taxi hasta San Mateo. A la mañana siguiente lo despertó una pesadilla: estaba atrapado de manos y pies en una red y el aire se acababa rápidamente. El primer pensamiento fue para Catalina, ¿habrá llegado con bien? Después cerró los ojos y apareció Chipechua, y vio que las entradas estaban tomadas por soldados.

XVI

Finaliza noviembre y ha caído la que tal vez sea la última lluvia de la temporada. Tres días en que el cielo y el mar han estado absortos en un diálogo líquido, enmarcado en una grisura mohosa y fértil. Como siempre sucede después de una depresión tropical, el sol sale con tantas ganas que desentume la apariencia de la vida y el serpollar de la selva llena la visión con los matices casi infinitos de verdor primigenio. Catalina va adelante, espantando con un paliacate la minúscula vida alada que insiste en libar sangre después del ayuno forzado por la inclemencia del tiempo. Desde que salieron de la camioneta, una reluciente Ford roja con apenas una semana de vida útil, Cirenio no ha dejado de resentir en silencio la condición sospechosa de la vereda. Traen el papel con las indicaciones que habían anotado en Juquila y han preguntado también a una cuadrilla de costeños que estaban limpiando la maleza en la plazoleta donde desemboca la vereda. A los veinte minutos oyen graznidos y croares que los ubican al borde de una amplia laguna. A pesar de la desconfianza de Cirenio, Catalina intuye que van bien. Continúan asustando a patos y garzas y gallinetas y por fin ven que la vereda se bifurca y enseguida dan con la tranca y el pozo: un simple brocal de cemento cubierto con unas tablas remanentes de algún naufragio. Cirenio siente curiosidad por ver el pozo, pero la urgencia de Catalina está en otra cosa. Siguen la vereda entre el tupido árbolaje y ven un letrerito pintado en azul y blanco donde dice: Taller Estético y Ecológico del Trópico.

La vereda sube y a mitad del cerro Catalina grita y busca una vara. Siguen subiendo y vuelve a gritar. Se extraña de que ni un ladrillo le responda; y entonces, mientras las dudas empiezan a bullir inquietas en su nido, le llega un olorcillo opulento a pescado frito. Oye voces y ve el humo onduleando entre los árboles y pregunta si muerden los perros. Al final de la vereda aparece la mujer que ya co-

noce y pregunta que a quién buscan, y Catalina la saluda y apresura el paso para ser reconocida.

Al tiempo que le da un abrazo efusivo a la mujer, Catalina ve una casita de piedra con techo de láminas de zinc y enfrente una enramada de paredes de carrizo y techo de lámina de cartón enchapotado que alberga un fogón y una mesa y un molino de nixtamal. En la mesa están comiendo en silencio un adolescente y la niña que todavía trae colgada del cuello la medalla que Catalina le puso allá en Juquila. En una esquina, donde hay una carretilla desvencijada y una batería de auto ya carcomida por el sulfato y un neumático lleno de parches multicolores del que cuelga una red, está el hombre tejiendo una atarraya.

Primero dicen que no, que ya desayunaron. La mujer insiste y les aparta dos sillas de plástico que en otro tiempo fueron blancas y les dice que se sienten. Enseguida les pone a la mesa un atado con tortillas recién hechas y un molcajete rebosante de salsa costeña. Cirenio intenta sacarle plática al hombre, que parece encontrarse a sus anchas con el tema de la pesca. La mujer saca la fritanga de la lumbre y les pone enfrente un plato colmado de sardinillas. A un tiempo Cirenio y Catalina le piden al hombre que los acompañe a comer, pero el hombre dice que al rato, y sin dejar de tejer les va contando la manera tan pendeja cómo enredó la atarraya en los ripios esa mañana. Catalina desprende con suavidad un pequeño trozo de tortilla y lo moja en el molcajete; después, con los dedos índice y pulgar de la mano derecha lleva los pececillos descabezados a la boca y los paladea en medio de la interjección inevitable ¡Ay, qué barbaridad! La mujer agradece la celebración y echa en el sartén parte del contenido de una cubeta que crepita en el aceite con un tono festivo. Cirenio prefiere partir las tortillas por mitad y envolver las sardinas con la salsa en tacos deleitables. Mientras come, está atento a lo que dice el hombre.

Catalina divide la atención entre la niña —¿Te acuerdas de mí?— y la mujer —¿Y es de ustedes el terrenito?— mientras Cirenio sólo interrumpe la plática del hombre para hacer las preguntas que le permitan contornear el mapa de alternativas. Catalina está literalmente obnubilada con la idea de Huatulco: lo limpio que es, la ri-

queza que se ve por todas partes, el lugar ideal para volver a ser la dueña del burdel más chingón de la costa. Pero Cirenio y el Biólogo se inclinan por Puerto Escondido y alegan que Huatulco es demasiado turístico. En rigor era más que suficiente la opinión de Catalina; sin embargo, tuvo un aliado sorpresivo que decidió el rumbo de la búsqueda. Cuando el Ingeniero dijo que él también prefería a Huatulco, Cirenio y el Biólogo lo miraron con extrañeza. Por el contrario, la mirada vencedora de Catalina parpadeaba el acuerdo que acababan de celebrar tras el último refocile en el hotel Marqués del Valle de Oaxaca. Prefiero mil veces el olor del burdel al de las hieleras, dijo ella como si fuera el canto de un ave migratoria en pleno vuelo. ¿Y yo?, preguntó el Ingeniero mientras seguía frotándose la cabeza con una toalla. A ti, mi rey, te voy a poner la tienda más chingona de buceo, y además vas a tener los coñitos más ricos y deliciosos de Huatulco... Por eso había tenido que consentir el Biólogo, conformándose en el límite con una sola condición: Llegar de manera tranquila y silenciosa.

Antes de levantarse de la mesa les quedó claro que toda la zona, con las playas incluidas, era propiedad de FONATUR; y estaban además los señores del Taller Estético que llevaban años intentando que la selva fuese declarada parque. Cirenio vio entonces una oportunidad dorada para darle la puntilla a la esperanza de Catalina. Habló del campamento que pensaban levantar en una de esas playas y de la almadraba que iba a constituir la base de las capturas. El hombre preguntó qué era eso, y al decirle Cirenio que una red, respingó como si estuviera a punto de picarle un bicho. Dijo que la patrona era enemiga declarada de las redes y que estaba duro y dale en la radio y los periódicos locales para que prohibieran su uso en el parque. ¿Cuál parque?, objetó Catalina. Pues que no les estoy diciendo que quieren hacer un parque que abarque tanto el mar como la tierra, concluyó el hombre.

Catalina dio las gracias por la comida y se levantó. Sin mediar reclamo la niña también se levantó y corrió hacia ella. Al tiempo que le daba la mano, Catalina preguntó a qué se dedicaban los señores. Son artistas, respondió la mujer. ¿Y no es posible hablar con ellos?, insistió Catalina. Es por demás, se van a enojar, concluyó la mujer.

Catalina siguió caminando hacia la parte trasera de la casa. En el terraplén había una llanta vieja de auto y un tambo oxidado y vidrios de un garrafón roto y varios montoncitos de latas y basura quemada, que eran como improperios enmarcando el paisaje marino que sublimaba la mirada. Aunque parte del ramaje rompía la visión, podía distinguirse la suficiente perfección en el brillo áurico de la playa y el azul cristalino del mar en calma. Casi al centro de la gran bahía estaba una isla y por atrás de la isla pasaba ahora una lancha. Catalina se dio la vuelta y vio que la casita de piedras sólo tenía en la parte trasera la mínima expresión de una ventana. Qué gente tan rara que prefería vivir de espaldas a una visión tan bella, pensó mientras jalaba con suavidad la manita de la niña. Cirenio, que esta vez no compartía en absoluto las preocupaciones de Catalina, seguía con atención bobalicona el blablaseo del hombre. ¿Y varan lanchas en esta playa?, preguntó Catalina a la mujer. A veces del otro lado cuando está calmadito como ahora, dijo la mujer sin desdibujar su sonrisa plateada. Después Catalina desprendió uno de sus aretes de oro y se lo puso a la niña. Dame un beso le dijo, y la niña le brincó al cuello. Dile que muchas gracias, dijo la mujer. Pero Catalina ya había dejado a la niña en el asiento. Luego dijo: ¿Y no conocerán por casualidad a alguien de confianza que pueda llevarnos en lancha a conocer las demás playas? El hombre remontó la vista por encima de Cirenio y enfocó interrogativo a su mujer. Pues únicamente tío Rana, pensó en voz alta. Y si le pago el día, don Nicéforo, ¿no podría venir usted también para que nos siga platicando de tantas cosas que sabe?



Ni el Biólogo ni el Ingeniero están al tanto de lo que Nicéforo les ha contado a Catalina y a Cirenio. El Ingeniero, que viene en la proa de la MC-1, observa complacido cómo el suave oleaje relame los promontorios que emergen en medio de la tersura esmeraldina, y distingue en los ataques que hacen brincar a las sardinas la manera atropellada con que depredan los jureles. También percibe el torbellino circular del ataque de los barriletes y cómo los agujones se

desvían de la trayectoria de la lancha sin perder jamás su fascinación por la superficie. La mayoría de los peces se hunde instintivamente ante el peligro; los agujones, como los peces vela con los que comparten gustos y hábitos, en vez de hundirse salen disparados por la superficie y brincan acrobáticamente tratando de desprenderse del enganche. Cuando la lancha entra en la bahía seleccionada, el Ingeniero trata en vano de encontrar en el recuerdo algo semejante.

El Biólogo ya conoce el lugar, tal vez el paraje más bello del Pacífico mexicano. Y si le hizo caso a la elección de Catalina es porque sabe muy bien que él y su amigo que está al frente de la Zofemat son los dueños absolutos de esas playas, al menos mientras conserven sus puestos directivos en las respectivas dependencias. La buena relación que mantiene con las dos principales cooperativas de pescadores de Huatulco, la San Agustín y la Santa Cruz, le permiten cavilar que ese campamento puede durar tanto como su propio mandato, al que le faltan aún tres largos años.

El motor lo maneja un pescador libre al que le dicen Juan Singanas, y ni cuando le preguntan algo desvía la vista del infinito hipotético que siempre está observando. Trae en la cabeza una cachucha desleída por el sol y el salitre, y por los bordes se desbandan tupidas matas de un greñero que jamás ha sentido la olorosa seducción de un champú.

Al lado de él viene otro pescador más risueño y fornido que se encargó de subir todo lo que traen a bordo, y que fue el único que tuvo la ocurrencia de darle la mano a Catalina para que abordara. Le dicen Tempranero, aunque no sea un mote sino su verdadero apellido. Su nombre completo es Epímaco Tempranero García: un costeño inusual que parece gozar ayudando. Los dos rondan ya los cuarenta años y al verlos ahora compartir con los ojos la euforia de Catalina, el Biólogo piensa en los cinco pescadores de Chipehua que agarraron con la coca, en las familias que durante diez o quince años estarán al garete, y cuando empieza a poseerlo de nuevo la sospecha de que esta aventura tampoco va a terminar bien, la voz colonizadora de Catalina grita: ¡Ahí no, del otro lado! Y Juan Singanas da vuelta al timón y mide con la vista los casi quinientos metros de playa que separan a la pequeña laguna del rincón que escogió Catalina.

Se trata del remanso marino que tiene fama de tener el color azul turquesa más intenso y cristalino de las nueve Bahías de Huatulco. Una sola bahía con dos playas: una pequeña y lateral con un fondo coralino privilegiado, y otra más grande con un aguaje en un extremo y en el otro un varadero excepcionalmente protegido contra cualquier viento y oleaje. Y aquí, en este remanso de luz tropical, vara la lancha y comienzan de inmediato a levantar el campamento.

La primera vez Catalina y Cirenio se dejaron guiar por Nicéforo y tomaron la embarcación de su pariente Ranulfo en la dársena de Santa Cruz. Y aunque no bajaron en ninguna playa, tardaron más de una hora en ir viendo las posibilidades hasta que llegaron a la bahía de Chachacual. Pero ahora hicieron el camino inverso: dejaron las dos camionetas en San Agustín y, después de echar la primera lancha al mar, llegaron en menos de quince minutos a Chachacual. Descubrir esta nueva opción fue para Catalina la señal que necesitaba, la confirmación de que la Virgencita de Juquila bendecía el hallazgo. A partir de ese día la enramada que poseía una pequeña cooperativa frente a la playa de San Agustín pasó a ser el refugio de la camioneta y las hieleras.

El Biólogo cogió una de las sillas de plástico verde enrejilladas que había comprado Catalina en Oaxaca, y se sentó a ver cómo Tempranero y Juan Singanas descargaban y acarreaban y seguían las instrucciones de Catalina y Cirenio, que eran los que instalaban la lona para la sombra. El Ingeniero se había quitado en la orilla la camiseta, el short y los tenis, y estaba adueñándose gozosamente del mar.

Aunque trataba de aparentar que todo estaba bajo control, al Biólogo le resultaba imposible dejar de pensar en tantas broncas: los periódicos de la capital del estado que le estaban dando demasiada atención a sus descuidos, el palabreo sumiso con el almirante de marina de Salina Cruz para desviar las averiguaciones por el asunto de la coca y recuperar las lanchas, el trance riesgosísimo en que se había metido al acompañar a Catalina, Cirenio y el Ingeniero a conectar en el putero de moda de la capital, el Luna Azul, con un comprador para la coca. Y al final había tenido que reconocerlo: Catalina era una chingona.

Al mismo tipo que le compró un par de pases de coca le dio a probar la que ella traía, y el resultado llegó poco después de las tres de la madrugada, cuando ya las putas y los clientes estaban literalmente hasta la madre. El mero mero se acercó con tres de escolta; era gordo y rubicundo y casi calvo, y con toda la perversión que era capaz de ensayar un vicioso istmeño de cincuenta años. Catalina sintió cómo la mirada del hombre la desnudaba. ¿Eres mushe?, le preguntó señoreando la tensión. Catalina asintió. Entonces nos vamos a entender muy bien, y le tendió la mano.

Sólo Catalina lo siguió a un privado, y al día siguiente, en un almacén de la central de abastos, intercambiaron las maletas: una llena de coca y la otra con doscientos cincuenta mil dólares en billetes de a cien. La quinta parte que le correspondió al Biólogo era demasiado tentadora para fingir el rechazo, y al aceptarla había tenido que asumir también un silencio cómplice que marginaba cualquier posibilidad de reclamo... El Ingeniero lo sacó de su abstracción gritándole para que se metiera al mar. Pero a pesar de tanta belleza no terminaba de acallar satisfactoriamente el murmullo suboceánico de sus preocupaciones. Al vivo sol y enmarinado en sus propios efluvios empezó a sentir cómo la salsa infernal de los huevos rancheros que había desayunado le producía en la panza unos temores volcánicos. Entonces se levantó y dijo que ya tenía que regresar a Oaxaca.

En menos de una semana tres campesinos que Juan Singanas y Tempranero trajeron del Arenal levantaron dos cabañas con paredes de vara y techo de palma real. La palma fueron a conseguirla Catalina y Cirenio cerca de Pinotepa, y aprovecharon el viaje para pasar por Corralero y traerle al Ingeniero a su ayudante estrella. Los tres primeros días el Ingeniero anduvo con Juan Singanas y Tempranero viendo el lugar para la ubicación de la almadraba y conociendo los mejores sitios de buceo. Para la red escogió definitivamente la bahía de Cacaluta: en la punta oriental que era la de las corrientes dominantes; y para el buceo empleó dos días entre la punta de Maguey y el borde exterior de la isla de Cacaluta, hasta que por último se fue a Salchi y descubrió justo lo que quería. Tempranero y Juan Singanas le habían dicho desde la primera salida que Salchi era el mejor pescadero de la zona, y que hasta venían buzos de Acapul-

co para matar los medregales gigantes que allí había. Pero no sólo había medregales y pargos y jureles toro mansos y confiados y en cantidad suficiente para llenar mil hieleras, sino la mayor cantidad de langostas que el Ingeniero había visto hasta ahora. Así que en cuanto llegó Moy, Catalina le habló por teléfono al comprador de Oaxaca y entonces el Ingeniero comenzó a vaciar de vida ese privilegiado fondo marino.

Nueva vida y nuevos gustos. Lo primero que hacía ahora Catalina al bajar de la imponente cama que compró en La Crucecita, era prender la no menos imponente radio casetera que había traído de la ciudad de Oaxaca. Cirenio la había adaptado a una batería de carro y cuando ponía el volumen al máximo podía oírse en toda la bahía como si fuera una celebración celestial. Dos programas cautivaron de inmediato la atención de Catalina: uno a las siete de la mañana y el otro a las dos de la tarde. Fuera de esos horarios y cuando no estaba hamaqueando los efluvios evasivos de la mota, Cirenio tenía plena libertad para buscar en cualquiera de las dos estaciones que había en Huatulco la música que más le complaciera; pero de las siete de la mañana a las ocho y de las dos de la tarde a las tres, nada ni nadie tenía el poder para desviar la atención de Catalina.

El primer descubrimiento fue como una revelación: la respuesta a todas las dudas e incertidumbres que la riqueza recién adquirida le había provocado. Despertó con los filamentos de luz que apenas se filtraban entre las varas y acarició la pelambrera bóveda de Cirenio que estaba aplastada contra sus pechos. Fue directamente al altar y le dio las gracias a la Madrecita y le pidió que la siguiera guiando por este nuevo camino de prosperidad y dicha y que guiara también a Cirenio y al Ingeniero para que los tres se entendieran y quisieran y hubiera mucha pesca y que pudieran seguir en esa playa tan linda hasta que encontraran el mejor lugar para su negocio en La Crucecita y ya pudieran retirarse de esta vida tan incierta y sufrida. Luego puso agua para el café en la lumbre para terminar de despertarse y prendió la radio. Movi6 el dial en FM y entonces una quena andina sonó dulce y volátil como si el sonido recorriese las montañas más lejanas, transportado sin perturbaciones sobre unas alillas frágiles. Y enseguida la sumió en el pasmo la voz más convincente y señorea-

dora que Catalina había oído en su vida. Sin descolgar la atención un solo instante se acomodó en una silla y se mantuvo en vilo durante la hora entera que duró el programa. Era justo el oráculo que ahora necesitaba; una ayudadita segura y experta para ahuyentar la envidia e impedir que a la fortuna se le interpusieran nuevos obstáculos: De corazón a corazón, un programa hecho para hombres y mujeres que luchan por encontrar la paz, la comprensión, la armonía y la felicidad con los dos más grandes consultores y especialistas en la consejería social, las relaciones humanas, la orientación familiar, el sentir y el comportamiento humano: los hermanos Santoyo. Si los buscas, en ellos hallarás salud, suerte, fortuna y éxito; mantén tu fe en ellos; sigue sus buenos y verdaderos consejos y el gran poder de Dios y los grandes poderes sobrenaturales harán que se cumplan tus más grandes anhelos y deseos. Si eres creyente en Dios, en los poderes sobrenaturales y en los hermanos Santoyo, serás salvado y protegido contra toda envidia y todo mal. De corazón a corazón, con ustedes, amigos y amigas, las iluminadoras palabras de los hermanos Santoyo... Nosotros los maestros Santoyo no pretendemos aprovecharnos de los que sufren, tampoco queremos hacer proselitismo. Nuestro propósito es servirles con conocimiento de causa, ya que el conocimiento es indispensable para poder actuar y vencer en la vida diaria. En los momentos difíciles y amargos en que tú te veas, confía en nosotros y escríbenos una carta o visítanos personalmente aquí en Samahua, con el único propósito de poner nuestros conocimientos y capacidades fundadas en el pasado para beneficio de todos ustedes. Muchos son ya los que se han acercado hasta nosotros en busca de orientaciones, en busca de salud, en busca de ayuda contra maldades y envidias, en la casa, en el campo, en la oficina, y esas personas hoy en día gozan la felicidad y nos dicen: Gracias, maestros Santoyo, por habernos ayudado. Díglele usted adiós a la mala suerte para siempre entrevistándose con nosotros lo antes posible; porque nosotros somos una luz en tu triste camino, y queremos ayudarte igual que quiere y puede hacerlo una madre con sus hijos, porque somos los únicos con conocimiento y protección para combatir el mal donde quiera que esté... En estos momentos vamos a dejar lo natural para entrar en lo espiritual, vamos a trasladar nuestras mentes hacia un

mundo de misterios, vamos a penetrar hasta sus hogares y vamos a descifrar el mal que puede haber en su casa y se lo vamos a comunicar enseguida. Pero para esto, queridos amigos y amigas, permítanos pasar a la grafología a través de las cartas de sufrimiento y desesperación que nos envían. Son tantas que nos vemos en la necesidad de ir levantándolas a la suerte. En nuestras manos posa la primera carta; esta carta viene signada con el seudónimo Pato blanco. Querido amigo, le hicimos un concienzudo y profundo análisis a tu carta y quieres que se te hable de una enfermedad, de un quebranto de salud y energía que vienes padeciendo. Y has gastado tus ahorritos y buscado el remedio, tocando aquí y allá las puertas que se te abrieron pero nadie ha podido ayudarte. Y yo te digo, hermano, que no te han ayudado porque no han podido, porque lo que tú tienes es cosa mala; sí, hermano, un maleficio hecho por personas inescrupulosas y desalmadas que desean tu muerte. Por lo tanto tienes que venir urgentemente con nosotros; nosotros vamos a aliviarte; nada más haznos una visita, una sola visita y quedarás curado. Aprovechamos esta ocasión para que todos los hermanos y hermanas que sufren y ya no ven la manera de curarse se dirijan a nosotros en el domicilio que tenemos en la calle principal de Samahua, en la planta alta de los renombrados abarrotos Doña Lupe. Usted ni siquiera tendrá que preguntar, el gentío estacionado en el barandal le anunciará que allí estamos nosotros trabajando... Aquí extraigo otra misiva que nos dice: Estimados hermanos Santoyo, espero que al tomar mi carta en sus manos estén gozando de buena y cabal salud. Después de mis mejores deseos paso a hablarles de mi gran problema que ya no me deja vivir. Tengo una enfermedad desde hace más de diez años, ya he consultado a muchos especialistas, curanderos, yerberos y otras personas como ustedes que dicen que lo curan todo. Con algunos remedios que me han dado he sentido alivio, pero mi enfermedad vuelve a resurgir con más fuerza. Hace un par de semanas que escucho su programa por las mañanas, pero no me había decidido a escribirles. Nada más les pido de favor que si hablan de mí en la radio me nombren el Enfermo que sufre... Pues bien, querido Enfermo que sufre, hemos analizado grafológicamente su carta y en este preciso instante queremos participarle con toda humildad que su mal tiene remedio;

pero no es enfermedad natural; ni enfermedad de Dios. A usted le han hecho maldad con magia negra y por antagonismo. Usted tenía un pequeño negocio, y ese negocio quebró y hasta su casa tuvo que vender y ahorita está pagando renta. Todo lo que usted tenía lo gastó buscando remedio a su enfermedad y por eso ha quedado en la nada. Esta persona que le ha hecho tanto daño, escúcheme bien, no es otra que su propia madre...

¡Ay, Virgen santa, qué barbaridad!, exclamó Catalina como si le hubieran acollado el alma.

Apaga esa chingadera, protestó Cirenio sacando el greñero por el borde de la sábana.

Silencio, que a ti nadie te está pidiendo consejo.

...Sí, querido amigo, es su madre Julia quien lo tiene sufriendo. Ella es una persona egoísta y mala, y a pesar de que es su madre, le ha hecho tanto daño que le ha puesto a este extremo de muerte. Por eso es que nadie ha podido ayudarlo; pero nosotros los hermanos Santoyo sí podemos, porque tenemos la verdadera clave, el verdadero secreto para contrarrestar el daño y destruir el embrujamiento que le ha hecho su propia madre para destruirlo a usted, a su esposa y a sus hijos. Trate de buscarnos personalmente y lo más pronto posible en la dirección que tenemos en la bella y cuatro veces centenaria ciudad de Samahua..."

El segundo descubrimiento radiofónico fue el noticiero de las dos de la tarde. Estaba en la misma estación de los hermanos Santoyo y lo dirigía una voz que era como un arroyo cantarino a esa hora calcinante. Todo cabe en esa hora en que la lengua deambula por la periferia inverosímil del diccionario: Hoy, lunes del año actual, estas son las noticias. Y vámonos de volada con el reporte meteorológico del tiempo. Hay una onda tropical que ya se deja sentir, por eso se recomienda a la navegación marítima y terrestre que extienda sus precauciones frente al Golfo de Tehuantepec, traicionero y rencoroso para quienes no lo respetan. Hoy también lamentamos la pérdida de nuestro querido amigo Juan Bohórquez, el primer periodista de Samahua y que murió hace exactamente tres años de un infarto de microcardio; desde luego que sí, nuestras condolencias al muerto y a toda su respetable familia. Y les comento brevemente

que hay un plan nacional a nivel de todo el país para erradicar la violencia. Dicen que ahora sí que va en serio. Seguro que sí, como si la violencia y la ignorancia pudieran existir sin la pobreza. Ante la inmensa mayoría de necesidades tiene que haber violencia; mas sin en cambio se nos acusa injustamente de fomentar aquí el odio y la desigualdad de clases y no pocas veces nos hablan por teléfono y nos retiran la publicidad para que nosotros ya no podamos también seguirlo comentando. Pero desde luego que seguiremos haciendo causa con los que tienen que sufrir para que otros vivan bien y les sobre de todo, hasta lo que no necesitan. Luego entonces tenemos la obligación de denunciarlo. Soy Fito Callejas y éstas y otras que les diré a continuación son la voz de la noticia en Enlace con Fito. Pero antes vámonos con nuestro patrocinador estrella la zapatería Las Brisas, todo a precio de me lo llevo...



Para Cirenio no era novedad la atracción de Catalina por las extravagancias. Sin embargo, había en la forma ritual con que se entregaba a sus programas radiofónicos un deje de fanatismo e intransigencia que parecía augurar excesos peores. El único que no respingó fue el Ingeniero; para él tanto derecho tenía Catalina a oír sus pendejadas como Cirenio sus boleros y Moy a Rigo Tovar. Por eso apoyó la propuesta de Catalina al reglamentar las noticias, la música y el silencio. Para él sólo pidió dos horas de silencio, mientras releía de cuatro a seis de la tarde la obra de Plutarco. Cirenio escogió el anochecer y Moy tuvo que conformarse con la hora escasa que transcurría desde que finalizaba el programa de los hermanos Santoyo hasta que se iban a bucear.

En el borde de la laguna excavaron un pozo, y allí instalaba Catalina la lavandería dos o tres veces por semana, llenando el ambiente con el perfume sensual del zote rosado con el que también se lubricaba el trasero para que el tolete del ingeniero no la desgarrara. En vano había intentado en varias farmacias de la ciudad de Oaxaca encontrar condones extra largos para semejante talla. En un par de ocasiones, después de sendas mamadas, había aprovechado los pri-

meros efluvios para intentar encasquetárselos, pero los aros de goma apenas abarcaban la cabeza y el Ingeniero terminó encabronándose. Así que para extremar las precauciones higiénicas, Catalina recurrió a su jabón favorito y la espuma del zote rosado se convirtió en el mejor lubricante y desinfectante.

Catalina también cocinaba y llevaba las cuentas, entregándole a cada quien su paga los sábados a mediodía, justo antes de ir en lancha a San Agustín y de allí tomar la camioneta hacia La Crucecita. Su mira estaba puesta en encontrar el espacio ideal para hacer realidad el sueño que ya tenía pormenorizado hasta el último detalle. Ella y Cirenio dormían en un hotelito que estaba frente al parque y regresaban el domingo a mediodía, cuando el Ingeniero iba a San Agustín a entregar la pesca. En tres idas había visto tres terrenos y dos casas, y nada más estaba esperando que la dueña de un terreno baldío que colindaba con una de las casas viniera de Puebla para ultimar de una vez el doble trato de la casa y el lote de al lado. Aprovechaba asimismo las salidas para hacer las compras necesarias y ponerse al tanto del mundo nocturnal en el que pronto iba a señorear de manera incuestionable. El único tugurio que había se llamaba La Entrega, y las putas centroamericanas que allí ejercían infundían más temor que deseo. Preguntando aquí y allá, Cirenio y Catalina se enteraron que en el zócalo de La Crucecita ofertaban sus encantos jovencitas de no más de quince años, que venían de las rancherías serranas atraídas por la vida fácil. Se instalaban en las bancas frente a la iglesia y hacían caso omiso de los reclamos y ofensas que, a través del altavoz, les dirigía el carismático padre Toño. En cuanto las vio, Catalina supo que allí estaba el filón más redituable.

Para el Ingeniero las idas y venidas de Cirenio y Catalina los fines de semana eran una rutina de la que agradecía verse liberado. Odiaba instintivamente las aglomeraciones urbanas y recelaba que en cualquiera de esos autos con vidrios polarizados estuvieran al acecho los mastines de la judicial. Como tampoco tenía más antojo que comer pescado y coger, nunca esperaba a que Catalina pudiera sorprenderlo con un regalo especial. En la segunda ida Catalina había traído una taza de baño demasiado suntuosa para la letrina que

los tres campesinos habían hecho con barro y carrizo. Se la mostró al Ingeniero esperando el beneplácito, pero la respuesta fue cortante: Hace años que no cago dentro de esas peceras. Más tarde, al ver que Catalina seguía enfurruñada, se atrevió a decirle que le daba asco arrastrar su verga contra el fondo de la taza. Pero un domingo, poco después del mediodía, al acercarse a las hieleras con un pargo de casi cuarenta kilos trabado de las agallas, el Ingeniero vio que, además de los pescadores de la cooperativa, que hablaban con Cirenio y Catalina, estaba una muchachita que al instante le alborotó las ganas. Ella también reparó en el pecho peludo y en los ojos felinos, y se colgó por último de la esplendente forma rojiza con una vulnerabilidad pasmosa.

A Catalina no se le iba el menor detalle, y aunque en su rostro no había ninguna contracción de malicia, en su yo más íntimo celebraba el sabor exitoso de la escena que había previsto y diseñado con detallada imaginería. Con el exceso de rojos y azules de aquel rostro bronceado de vestal costeña, no sólo había buscado la maduración de la apariencia, sino también la seducción más violenta: conocía demasiado bien la pasión del Ingeniero por los afeites. El Ingeniero atravesó el pargo sobre la mesa y volvió a sopesar la apariencia inesperada. Le calculó quince o dieciséis años, la plena libertad de un tránsito afortunado de la barbarie a la civilización. La incitación era, no obstante, demasiado obvia y Catalina se apresuró para que no quedase duda de la intención del regalo. Se levantó en dirección al Ingeniero y, mientras jugueteaba con un dedo en el agujero descarnado que el disparo había abierto en la cabeza del pargo, le susurró: Se llama Saturnina, nuestra primera palomita. Es canijilla y reputita, pero aún huele a rancharía. El Ingeniero asintió con la cabeza, viendo y sintiendo al mismo tiempo que para ese defecto montaraz tenía él un remedio más vulgar de sobrada eficacia.

Nina, que fue como quiso que la llamaran, le alivió a Catalina el trabajo doméstico y aprendió con el Ingeniero que dormir entre el cielo y el mar sobre la envolvente tersura de la playa era lo máximo a lo que podía aspirar en su vida. Y ya que se cumplieron dos semanas, el Ingeniero vino a saber cuál era el verdadero motivo del regalo. Catalina y Cirenio no regresaron el domingo al mediodía,

como era costumbre, y la demora matizó la cogida bajo las estrellas con un trémulo brotar de sospechas. Cuando al atardecer del lunes Catalina y Cirenio llegaron en la lancha de Juan Singanas, lo que traían con ellos fue para el Ingeniero la revelación del costo que tenía que pagar por el usufructo de Nina.

Para Catalina el llamado de la curiosidad había ido parejo a la duda; cuantos más casos oía, más quería oír para estar segura. Pero al verse reflejada tantas veces, más dudaba (a decir verdad, se negaba a aceptar) que su mal tuviera remedio. Así que hizo levantar otra enramada y la emparedó con varas macizas. Luego la dividió con carrizos y petates por la mitad y le dijo a Moy que se instalara en una de las dos partes. Un jueves temprano le pidió a Juan Singanas que los viniera a recoger. Después subieron a la camioneta en San Agustín y le indicó a Cirenio que tomara la desviación hacia Samahua. Llegó pasadas las nueve frente al barandal, que en efecto estaba lleno de nativos. La mayoría eran ancianos, aunque había también varias mujeres jóvenes con niños. Esperó en el barandal durante poco más de una hora y al fin la hicieron pasar frente a la voz que la tenía cautivada.

El hombre que la recibió se presentó como el maestro Luciano, el mayor de los hermanos Santoyo. Era alto y delgado, y en sus venas corría un impetuoso torrente de sangre morena. Tenía el pelo crespo y salpicado de largos filamentos blanquecinos y una barba recortada en punta, que era la perfecta complementación de los coágulos de fuego con que escudriñaba a los pacientes. Antes de que Catalina hablara le dijo que ni ella ni él eran lo que aparentaban ser. Después siguió observándola con aquella mirada fundente hasta que el desasosiego la hizo hablar. Él se limitó a oír y asentir y, al callarse por fin Catalina, cerró los ojos y dijo que la causa de tanto fracaso y huida estaba en una maldad que le habían hecho en su infancia. Catalina preguntó quién se la había hecho. Y sin abrir los ojos, el sanador escupió la sentencia: Tu propia madre, porque se consumía con el fuego del odio y de la envidia.

El remedio, con el éxito cien por ciento garantizado, le pareció a Catalina demasiado caro, y al salir al barandal y ver a tanta gente ignorante y necesitada de consuelo, todas las dudas empezaron a

converger hacia la única opinión que podía sacarla de la más oscura incertidumbre. Compró en una joyería de La Cruccecita un bello del-fín de plata con su correspondiente cadena y partió hacia el Istmo con la idea fija de colgársela del cuello al único amigo que jamás le haría daño ni la traicionaría.

Delfino seguía refugiado en San Mateo del Mar, atento a las noticias que corrían sobre el asunto de la coca en Chipechua, y obsesionado con la posibilidad de que un día llegaran por él mientras dormía y lo sepultasen lejos del mar para siempre. Varias noches se había despertado con angustia al verse desnudo entre los reos exhibiendo su órgano largo, rojo y picudo como un aguijón, y que ni siquiera Catalina, a pesar de los múltiples intentos, había visto extendido.

Con su labia seductora, Catalina le habló del Huatulco paradisíaco y del refugio seguro en que ahora vivían; allí podría encontrar los peces que quisiera nadando frente a las playas más bellas que habían visto sus ojos... Delfino ni sí ni no. Estaba empezando a pensar en que había sobradas razones para salir de San Mateo, pero el solo asomo a una futura convivencia con el Ingeniero cortaba de raíz la decisión. Entonces Catalina le habló de los hermanos Santoyo, de la manera tan bonita como hablaban y de la fuerza que transmitían cuando los veías frente a frente. Y le dijo la causa de su mal y cuánto costaba curarlo; por eso es que necesitaba que fuera y los viera o por lo menos los oyera en la radio. Necesito tu luz, Delfinito, dijo tomándole la mano; sólo tu luz puede sacarme de esta duda tan grande que ya no me deja vivir. ¿Te imaginas, hermanito, que por culpa de no querer curarme me vuelva a pasar lo mismo y tenga que salir otra vez huyendo?

Se dieron la mano y se saludaron, pero la impresión que los dos transmitían era más de desconfianza que de alegría. El Ingeniero vio cómo la putilla miraba embobada la rareza de Delfino y se limitó a dar la espalda para no tener que escupir rencor frente a alguien que le había salvado la vida. Porque, al igual que su único héroe, no podía soportar deber algo y mucho menos la vida. Esa noche, mientras Delfino le pedía al Padre celestial que le diera discernimiento para poder reconocer su voluntad y mucho amor para poder perdonar

y ayudar a los hermanos que se aferraban al mal, el Ingeniero se metió desnudo al mar con Nina y, aunque la enjabonó con zote para hacerle lo mismo que hacía con Catalina, los chillidos y los ayes de la muchacha estremecieron las arenas de la playa y se fueron brincando sobre los lomos sedalinos de las olas hasta donde Tempranero, Juan Singanas y Moy estaban anzueleando a la luz de una lámpara de gasolina.

¡De a madre!, dijo Juan Singanas.

Mañana esa pendeja ni va a poder levantarse, añadió Moy.

Mañana lo que va a querer la muy puta es que la vuelvan a trabar, objetó Tempranero.

¿Qué apuestas?, lo retó Moy.

Y de nuevo volvieron a llegar grititos, súplicas y jadeos.

¡Cómo si no la conociera a la reputa!, exclamó Tempranero.

¿La conoces?, preguntó Juan Singanas.

Es hija de la nueva mujer de Sedalio.

Mi pesca contra tu pesca a que mañana esa pendeja se tumba todo el día en la hamaca, dijo Moy.

Sale, dijo Tempranero. Esa canija puede aguantar todas nuestras vergas entrando y saliendo por el resto de la noche.

Y por supuesto que no aguantó. Catalina acudió a auxiliarla a media mañana y al ver el desgarramiento dijo que aquello necesitaba varias puntadas. La muchacha alegó que no podía ni caminar, pero en realidad prefería morir antes de verse en una camilla con las nalgas abiertas frente a la nariz inquisitiva de un médico. Si serás retempeje y tarada para ponerte a jugar así con fuego, le dijo Catalina mientras le untaba pomada de árnica y zábila. Yo no quería por ahí, fue él. Sí, como no, fue él y a ti no te gustó. Bueno, después ya sí. Anda cállate, pendeja, que aún te faltan muchas vergas que aguantar.



La llegada de Delfino en nada quebrantó la rutina. Después de su habitual desayuno en base a pan de dulce y café, el Ingeniero y Moy acompañaban en la MC-1 a la otra lancha, en la que iban Juan

Singanas, Tempranero y tres achichincles de la cooperativa. En la bahía de Cacaluta, que era donde estaba anclada la almadraba, dos de los pescadores se pasaban a la lancha del Ingeniero para ayudarlo a Moy a jalar la red, mientras el Ingeniero dirigía la maniobra. El pescado que caía era de segunda —cocineros, jureles, barriletes, salemas—, y una vez se habían baleado con casi media tonelada de agujones, que entraron en la red persiguiendo a una mancha inmensa de sardinas palillo. Pero la verdadera novedad eran ahora las tortugas que entraban en la almadraba dos o tres veces por semana. Catalina había aprendido en su lejana juventud una receta de caldo de aleta que, sin siquiera sospecharlo, se convirtió en el platillo favorito del Ingeniero. Primero ponía las aletas a asar en una parrilla sobre las brasas, y al día siguiente desmenuzaba la carne y los cartílagos y los hervía en una olla con agua, donde previamente había preparado un sofrito con cebolla, ajo, chile serrano y jitomate. El caldo permanecía sobre la lumbre un par de horas, y al final le añadía un puñito de orégano. Aunque a veces probaba también los filetes entomatados de tortuga que Catalina le hacía especialmente a Cirenio, el Ingeniero dejó en claro que el caldo de aleta y los huevitos tiernos, que les decían coralitos, constituirían a partir de ahora su dieta incondicional. Después de ver si había caído alguna tortuga, que era lo primero que sacaban, entre todos vaciaban el copo; luego los dos pescadores de la cooperativa se pasaban a la lancha de Juan Singanas y el Ingeniero y Moy se iban a bucear.

El fondo de Salchi estaba prácticamente cubierto de promontorios rocosos, y por encima de esa incesante irradiación de nimiedades pululaban langostas y caracoles y enormes aglomeraciones de roncadores y corvinas y parguitos que se abrían repentinamente cuando una vida mayor descendía y rompía a dentelladas la armonía. A excepción de algún mero o pargo que a veces se cruzaba en el camino, las capturas eran por lo general succulentos medregales de entre treinta y cincuenta kilos. El promedio de capturas no pasaba de cinco ejemplares, y había tantos que el Ingeniero ya se había convencido de que allí podría pasar tranquilamente el resto de su vida. Dos o tres veces por semana salían en la noche a enganchar langostas; y ante la fácil afluencia de recursos al Ingeniero ni siquiera se le

ocurría especular sobre el precio hipotético que podían alcanzar los nutridos bosquecillos de coral negro que proliferaban en una franja específica entre los treinta y cuarenta metros de hondo.

Un día después que se instaló en la parte de la enramada complementaria a la de Moy, Delfino fue requerido por Catalina para que le diera su veredicto. Le habló con la primera luz y lo hizo pasar, mientras Cirenio roncaba cubierto con una colcha rosada sobre la que revoloteaba una empalagosa migración de alitas multicolores. Se sentaron a esperar a que hirviera el agua para el café y a las siete en punto Catalina prendió la radio.

De corazón a corazón, un programa hecho para todas las mujeres y los hombres que sufren y lloran sus penas. Que usted no es feliz en el amor, la mala suerte le acompaña, sus hijos no le obedecen, quiere ir de viaje y no puede, fracasa en los negocios que emprende... Visite hoy mismo a los hermanos Santoyo; ellos alejarán de su vida conjuros y hechizos, envidias y maldades, y le traerán suerte y abundancia, paz y alegría. Los hermanos Santoyo lo atienden de lunes a viernes en la calle céntrica de Samahua, en la parte alta de la tienda de abarrotes de Doña Lupe; de nueve de la mañana a cinco de la tarde. Con ustedes las orientadoras palabras de los mundialmente reconocidos hermanos Santoyo. Queridos amigos, nosotros, los hermanos Santoyo, no venimos a embaucar a los ignorantes ni a convencer a los no creyentes. Nosotros los hermanos Santoyo conocemos su pasado y dominamos su presente, y con métodos mentales podemos llegar hasta lo más profundo de su sufrimiento. Queremos darles las gracias por la enorme cantidad de cartas que estamos recibiendo y que nos envían los que confían en nosotros. Estas cartas serán estudiadas minuciosamente a través de la parasicología mental y otras ciencias no reveladas a los que no pueden entenderlas. Sus respuestas las van a escuchar a esta misma hora y en esta misma estación. En estos momentos dejamos lo natural para entrar en lo espiritual; vamos a trasladar nuestras mentes hacia un mundo de misterios y vamos a entrar en sus hogares para descubrir cualquier maldad que haya en su casa y le vamos a decir cómo combatirla. Pero para esto permítanos pasar a la grafología, que es el arte de averiguar el destino de las personas por

mediación de la escritura. Y no importa que usted no sepa escribir; simplemente díctele a alguien sus penas y al final ponga usted de su propio puño y letra tres cruces. Ya con eso nosotros podemos averiguar la causa de sus pesares... Y tenemos ya en nuestro poder la primera carta de las muchas que nos han enviado; y esta carta viene firmada con el seudónimo la Mano temblorosa. Pues bien querida amiga que te ocultas tras esa Mano temblorosa, analizamos tu carta cuidadosamente y nos hemos percatado que tú eres una mujer que ha sufrido mucho en la parte sentimental y en el amor. En tu vida romántica ya ha habido varios fracasos, y tú quieres saber por qué siempre fracasas. Nosotros tenemos que decirte, querida amiga, que sabemos que has tenido muchos pretendientes; y que cuando tú más segura te sientes, ellos se retiran y te dan la espalda sin ninguna justificación. Queremos decirte con toda la franqueza que nos caracteriza, que no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista. Hay envidia, hay maldad que te están haciendo. Mas estas cosas que te hablamos en la radio no son ninguna solución; porque las palabras se las lleva el viento. Nosotros trabajamos con hechos, porque los hechos perduran para siempre. Nosotros tenemos que entregarte personalmente algo a ti para que tu vida cambie, y que ese señor que se te está acercando ahora a ti, y que inclusive te quiere matrimoniar, venga también, y que los dos cambien si hacen lo que les vamos a decir nosotros... Y ahora tengo en mis manos otra carta: esta misiva viene firmada con el seudónimo la Casa embrujada...

Ya puedes apagarle, dijo Delfino con el semblante más risueño que Catalina le había visto desde su llegada al nuevo campamento.

¿Tú qué crees?, preguntó Catalina en tono más bajo.

En el Libro azul los describen como los esbirros de Lucifer.

¿A poco son tan malos?

Los inteligentes que se aprovechan de los ignorantes no pueden ser buenos. Lucifer no era malo cuando lo nombraron príncipe de nuestro sistema planetario; se hizo malo cuando ya no quiso reconocer la soberanía cósmica y engañó a los hombres con falsas libertades. Pero yo no creo que estos embaucadores puedan causar más daño que engañar a la gente y quitarles dinero.

¿Entonces esas cartas son mentiras?

Mentiras grabadas y repetidas en todos los lugares a donde van, para que las oigan los que no saben distinguir el bien del mal.

Ay, corazón, pero los médicos son igual de perros para el billete.

Sí, sólo unos pocos de los que se dedican a curar los cuerpos y las mentes recuerdan las palabras del hombre más grande que ha existido: Se os dio libremente, dad con prodigalidad.

Pero de algo han de vivir, ¿o no?

No engañando y explotando la ignorancia de sus hermanos.

Entonces, ¿qué hago?

Mira, Catalina, ya te he dicho que cada uno de nosotros tiene una conexión con Dios. A través de esa conexión podemos obtener todo.

¿Y cómo?, ¿lo pido y ya?

Más que pedir, hay que dar.

Ay, Delfinito, pero dar qué, ¿dinero?

No, eso es lo que menos importa a la hora de dar. Hay que pedir por los demás, para que nuestro Padre les dé mucha luz a sus mentes y ponga mucho amor en sus corazones; y hay que servir al Padre celestial con humildad y pedirle que se cumpla su voluntad y nada más que su voluntad...

Y tú crees que el Padre me va a oír y va a decir: Bueno, Catalina, hija mía, ya no te preocupes más por andar correteando de aquí para allá; a partir de este momento ya nada ni nadie podrá corretearte...

No quieres entender. A nuestro Padre celestial le tienen sin cuidado las palabras; son los hechos lo que cuenta.

Lo mismito que dicen los hermanos Santoyo.

Sí, pero sus hechos nada más buscan el beneficio propio y engañan a la gente. Los hechos verdaderos son los que están libres de egoísmo y lejos del dinero; sólo ayudando a los demás, vas ayudarte a ti misma. Te guste o no, así son las reglas cósmicas.

¿Y si los demás son unos hijos de la chingada?

Pues tú no tienes porque serlo. Si tú sirves con todo tu ser al Padre y amas sinceramente a tus hermanos, todo te será concedido. Así lo dejó escrito alguien que sabía mucho más que nosotros.

¿A poco tú amas a toda la gente?

No, pero trato de hacerlo.

¿Y al Ingeniero también?

El Ingeniero no quiere amar a nadie, sólo vive para matar.

Tú también matas.

Sí, aunque de otra manera; yo también tengo que pescar para vivir. Cristo mismo fue pescador.

Ay, pues no sabes cuánto le pido a la Virgencita para que tú y el Ingeniero se lleven bien.

Pues pídeselo a nuestro Padre y verás que las cosas van a ir mucho mejor.

Pero a la hora de decidir Delfino no pensó en el amor hacia los hermanos ni en que se cumpliera la voluntad del Padre celestial. Vio la isla de Cacaluta y vio la playa de Cacaluta, y se instaló complaciente en el hallazgo moviendo sólo los ojos por encima de tanta belleza para que ni Juan Singanas ni Tempranero ni los de la otra lancha descubriesen en su reflejo lo que él acababa de descubrir. Después escogió como enlace a Juan Singanas y estableció su guarida cerca de la laguna de agua dulce que estaba en el extremo poniente de la playa. En tan solo un par de días memorizó el mapa marino del lugar y señaló especialmente los lugares donde transitaba la pesca superior. Por todo el borde exterior de la isla había visto manchas de pargos de entre cinco y veinte kilos y también jureles toros y algunos medregales pequeños que podían satisfacer plenamente las necesidades mínimas que ahora iba a requerir.

Cada mañana, después de levantar las capturas de la almadraba, Juan Singanas y Tempranero se acercaban a la orilla próxima a la laguna para recibir la pesca ya limpia que Delfino había capturado la tarde anterior. Al lado de la choza de palma donde dormía improvisó un tapesco e hizo encima una jaula con varas donde metía los pescados sobre un lecho de tules que arrancaba en la laguna, para que ningún depredador nocturno los tocara. A Juan Singanas le encargaba limones, salsa búfalo y pilas para la lámpara, que era todo lo que necesitaba del exterior; aunque, ante su necesidad en permanecer aislado, Catalina empezó a visitarlo llevándole pan de dulce y galletas y una olla y café y azúcar..., cosas que Delfino hubiera despreciado de no ser por el sorpresivo hallazgo.

Y no es que no estuviera sobre aviso de que más pronto que tarde tendría que establecer contacto. Desde donde estaba la almadraba era notoria la casa blanca, y Tempranero le había dicho que en esa casita de la loma vivían los artistas que cuidaban para que no mataran animales.

Nicéforo apareció en la punta de la playa cuando Delfino acababa de salir y estaba limpiando los pescados. Y siguió acercándose con desconfianza tortuguera, como si en cada metro recorrido fuese dejando un rastro de recelos. Delfino percibió la imagen como una ofensa en el paisaje; algo punzante en medio de ese atardecer primigenio en que el último flamear del sol multiplicaba los matices rosáceos como vetas de un mármol sin tiempo.

Buenas, dijo Nicéforo no teniendo ya duda de quien se trataba.

Hola, correspondió Delfino.

No sé si se acuerda de mí, nos conocimos allá en Juquila, con su amiga.

Delfino levantó la vista y percibió que para tener la nariz así de desviada el golpe había tenido que ser muy fuerte, enseguida asintió: Sí, yo también me acuerdo de usted, de su mujer y de la niña.

Buena pesca, ¿eh?

Sí, algo, musitó Delfino, y sacudió la mano ensangrentada con intención de espantar las moscas. Estaba abriéndole la panza a un jurel toro de poco más de diez kilos y al lado destellaban dos pargos de entre quince y veinte kilos.

¿A pulmón los mató?

Delfino asintió señalando con la quijada la sola obviedad del fusil.

Debe de estar duro traerlos desde allá afuera, dijo Nicéforo señalando hacia la punta de la isla con la mano donde traía la cuerda de pescar.

Se acostumbra el cuerpo, ¿y usted vive aquí?

Sí, abajito de la casa blanca que se ve allá en el cerro.

¿Y no vive nadie más en esta playa?

En la playa no, pero hay unos papayeros para adentro.

Delfino siguió luego con un pargo y al abrirle el buche se olvidó de la otra presencia y empezó a pensar en el desgraciado que tendría

que lidiar con esas escamotas incrustadas en la piel como láminas de cuarzo. Arrojó el montón de vísceras hacia la orilla y se dispuso a desbuchar el otro pargo.

Si los va a salar tenga cuidado con los animales.

¿Quiere llevarse uno?, dijo Delfino removiendo el aire con el gesto más natural.

Es mucho, objetó Nicéforo.

¿Por el peso?

Si fuera por el peso me echo al hombro los tres de un jalón.

Agárrelo con confianza. ¿Y cómo sigue la nietecita?

Ahí sigue dando guerra; ahora está en Pueblo Viejo con su abuela. Y terminando de hablar se dobló y agarró al jurel por la cola.

Mejor llévese uno de los otros, dijo Delfino sabiendo lo que un pargo de ese tamaño significaba para un costeño.

No, con este tengo más que suficiente, y levantó un poco más el pescadote para que se notara que ya era dueño agradecido.



Nicéforo se acercó con la intención puesta de rodillas; había hecho ya con Delfino su primera inmersión en los arcanos coralinos del mar de Cacaluta, y los artistas de la casa blanca habían seguido la iniciación con prismáticos desde la terraza. La euforia de Nicéforo ante ese fondo coralino, que se magnificaba a través del visor, rebotó contra las paredes rocosas de la isla y llegó a donde no debía de haber llegado.

¿No es esa la voz de Nicéforo?, dijo la mujer asomándose a la puerta.

Parece, masculló el hombre.

Pero además estaba la prueba menos ocultable: el mosquerío infernal que llegaba a la casa de arriba desde el traspatio de la cabaña de Nicéforo, donde un tupido cruce de cuerdas sostenía varias clases y tamaños de pescados salados.

La Ambientalista terminó sacándole cuántos eran, de dónde venían y dónde acampaban, y por último, ante la indefensión de Nicéforo, le lanzó un reto:

¿Y a usted qué impresión le dan?

Nicéforo se atrevió a mirar por un instante los ojos inquisitivos de la mujer. Luego dijo: Esa gente tiene que pescar para vivir.

Mire, Nicéforo, usted sabe muy bien cuántos años hace que vinimos luchando para que toda esta franja bellísima de mar y tierra se conserve como un parque. ¿Y qué hemos recibido a cambio? Odios, envidias y difamaciones. Los campesinos y los pescadores huatulqueños quisieran que todo siguiera como antes y que cada quien fuese libre de cazar y pescar todo lo que aún está vivo en el mar y en la tierra. Por otra parte, los inversionistas y especuladores quieren abrir caminos y construir fraccionamientos exclusivos en las playas y los cerros de la supuesta reserva ecológica. Y por último están los académicos y ecologistas que creen que la naturaleza debe permanecer intocable para que ellos puedan hacer sus estudios e investigaciones. ¿Se imagina la bronca en la que tanto usted como nosotros estamos metidos?

Pues todos coludos o todos rabones, escupió Nicéforo.

Sí, así debiera ser: para todos parejo. Pero, ¿sabe usted quién va a brincar y se va a poner como loco cuando se entere? Como Nicéforo no quiso responder la mujer siguió imperativa: Pues el dueño de estos terrenos; y nos guste o no, ese señor de origen dominicano que dirige FONATUR, y a quien nadie quiere en Huatulco, es, mientras no lo corran o termine el sexenio, el dueño absoluto de estas tierras.

Bájale, dijo el hombre desde la hamaca.

Bueno, él dice que lo es y hasta ahora ha actuado como si lo fuera... Y mire, Nicéforo, mientras estas tierras no sean declaradas parque, nosotros no podemos hacer más que vigilar y mandar informes. Ni mi esposo ni yo en lo personal tenemos nada contra los buzos y los pescadores; la bronca la van a tener con FONATUR...

Al día siguiente, antes de que Delfino saliera con la pesca, Nicéforo se metió y fue a su encuentro. El buzo lo descubrió a mitad de camino entre la isla y la playa, y no quiso que Nicéforo se acercase demasiado. A pesar de los tres o cuatro metros que lo separaban, Nicéforo metía la cabeza una y otra vez para ver cómo ese ser prodigioso se desplazaba jalando la cuerda de los pescados con tal destreza y

facilidad que parecía lo impulsaba una fuerza misteriosa. Delfino se adelantó y salió antes de que Nicéforo llegase a la orilla.

Esta vez nada más había capturado dos sierras grandes y un par-go mediano y acababa de arrastrarlos playa arriba cuando Nicéforo salió jadeando.

¡Cómo me gustaría aprender a nadar así!, dijo con las pupilas iluminadas.

Poco a poco, dijo Delfino.

Por un momento Nicéforo se quedó embobado viendo cuánta diferencia había entre ese hombre y todos los demás que él conocía. El color de las uñas y de la piel y de los ojos, el tamaño del tórax y, sobre todo, la cabeza alargada y el rostro bruñido y dinámico...

La voz de Delfino le cortó el pismo: Hace como una hora pasó afuera una panga a toda máquina.

Sí, son los polleros que vienen de Guatemala.

¿Y aquí no bajan?

Bajaban, pero ya no, porque los artistas de la casa blanca se molestaron por la basura que dejaban, dijo Nicéforo ocultando con maña todo lo que le había pasado por ayudar a los indocumentados.

Parece que son muy delicados esos señores.

Algo. Aunque si no fuera por ellos ya todo se lo hubieran chin-gado.

¿Y qué dicen de la almadraba?

Por lo que me platicaron el problema no es tanto la red ni la arponeada.

¿Entonces qué es?

Que al director de FONATUR no le gusta que acampen en estas playas.

Habían visto la lancha un par de ocasiones. Estaba pintada de blanco para que el logotipo y las letras impresas en azul resaltaran con más fuerza. Las dos veces había recorrido lentamente la orilla de la playa haciendo un alto intencionado frente al campamento. Después se había alejado a plena máquina. Pero esta vez venían varias cabecitas bajo el toldo de seda blanca y la proa de la lancha enfiló desde la entrada de la bahía hacia el campamento. En cuanto vio bajar la comitiva, Catalina sintió un estremecimiento que le dejó en la boca

un sabor a ceniza. Cirenio saltó de la hamaca donde acababa de fumar el primer cigarrillo de mota del día y se paró al lado de Catalina.

Los tres personajes parecían poseídos por un conjuro de oscuros anhelos. Eran dos hombres y una mujer morena y garbosa que traía en la mano una carpeta con papeles. El hombre que se adelantó a tenderles la mano a Catalina y Cirenio tenía las manos pintas por alguna enfermedad de la piel y en su expresión era claro el disgusto que la situación le producía. Se identificó como jefe de personal de campo de FONATUR y enseguida presentó a la ejecutora del juzgado y al representante jurídico de FONATUR. Ninguno de los dos presentados expresó la menor muestra de simpatía. Sin más preámbulos, la mujer extrajo una hoja de la carpeta y preguntó quién era la persona responsable del campamento. Catalina dijo que era ella. Y entonces la ejecutora le pidió, con la misma frialdad con que se dicta una condena, que le diera su nombre y que le mostrara alguna identificación vigente.

¿Para qué?, respingó Catalina.

Para que se cumpla con los requisitos legales y se dé por enterada de la demanda, dijo la ejecutora.

¿Cuál demanda?

La demanda de desalojo que contra ustedes presenta FONATUR por invasión ilegal de estos terrenos que son de su propiedad.

Yo no voy a firmar nada, alegó Catalina ya brava.

Mire, dijo el jurídico con voz aguardentosa, firme o no de todas maneras vamos a proceder. Sólo hemos venido a avisarle.

Cirenio hizo entonces un ademán desmañado para recoger el papel.

¡Déjalo!, cortó Catalina. Nosotros tenemos un permiso para estar aquí sin molestar a nadie y que nadie nos moleste.

El jurídico volvió a afirmar: Nadie puede acampar en estas playas sin autoridad expresa de FONATUR.

Catalina remiró con asco la horrorosa quemadura que tenía carcomido el cuello de ese burócrata sin alma.

Pues díglele al que los mandó que ya nos dimos por enterados.

Del otro lado del teléfono el Biólogo le dijo que los mandara a la chingada, que FONATUR no tenía ninguna autoridad sobre

las playas. Pero Catalina insistió: Me dijeron que el director de FONATUR es capaz de mandarnos a la judicial. Y el Biólogo se vio obligado a tranquilizarla diciéndole que él mismo iría en unos días a resolver el problema.

Así que cuando el Biólogo y el representante de la Zofemat (Zona federal marítima) fueron introducidos después de media hora de espera sobajante en la oficina casi congelada en que estaba garrapateando unos papeles en pose mostrenca el director regional, ya se habían informado que ese dominicano llamado John Sinobras era el personaje más odiado de Huatulco y, por lo que se rumoreaba en los corrillos de poder locales y estatales, vinculado con un cártel de narcotraficantes de Miami. Frunció la nariz en cuanto le llegó el vaho de la loción del Biólogo y en un tono arrogante hizo la exposición de su gran proyecto turístico para Huatulco. Habló de los grandes inversionistas norteamericanos que él personalmente estaba invitando para que se sumaran al proyecto y, después de un poco más de un cuarto de hora de perorata, terminó arremetiendo contra esa gentuza que invadía las playas y asustaba a los posibles clientes.

Esa gentuza, como usted le dice, no ha invadido ninguna playa;; están ahí debidamente autorizados, lo interrumpió el Biólogo.

Autorizados por quién si nosotros somos los únicos propietarios de estas tierras expropiadas, respingó el director.

Autorizados por la Delegación de pesca del estado, que yo me honro en presidir, y por la representación de Zofemat en la costa, a cargo del Lic. Omar Aparicio, aquí presente.

Ustedes deben saber muy bien que el mandato de FONATUR es federal, por lo que debe ser acatado y respetado.

Nosotros, ingeniero Sinobras, lo único que sabemos es que estamos en el estado libre y soberano de Oaxaca, y que aunque FONATUR haya expropiado estas tierras, no tiene ninguna autoridad en toda la franja de playa que abarca hasta veinte metros más arriba de la marea más alta.

¿Quiere decirme que ustedes están del lado de los delincuentes?

Es usted quien los llama delincuentes. Para nosotros son ciudadanos respetables que han solicitado sus permisos de pesca confor-

me a la ley, y que por lo mismo tienen todo su derecho de pescar con sus redes y acampar en la playa.

Pues a ver qué dice el gobernador cuando se entere de que ustedes facilitan las invasiones en el proyecto turístico.

Sí, coménteselo, y saludelo mucho de nuestra parte.

No obstante, Catalina contrató un abogado en La Crucecita para dar respuesta a los requerimientos de la demanda. Se llamaba Andrés Guardado, un experto en chanchullos e invasiones de tierra que estaba obsesionado con revocar el decreto de expropiación dictada a favor de FONATUR por la Secretaría de la Reforma Agraria en 1984. El Biólogo se cansó de las molestias que le ocasionaban las peticiones de documentos por parte del Abogánster, como le decían en el pueblo, y trató de convencer a Catalina de que lo corriera, que la demanda no podía proceder por carecer de fundamento jurídico. Pero Catalina pensaba más en su futuro negocio que en la demanda de desalojo, por eso es que toleraba el limosneo descarado de ese personajillo ladino y encimoso que había conocido en el juzgado.



Hacia finales de febrero comenzó a arribar el pulpo como si fuera una plaga, y así se mantuvo la arribazón durante un par de meses, hasta que los rebales pusieron fin a la abundancia desbordada.

Entre el Ingeniero y Moy sacaban diariamente alrededor de noventa kilos, y Delfino, al que ahora acompañaba Nicéforo jalando un neumático parchado de colores con una red amarrada para meter las capturas, no bajaba de los cincuenta kilos.

Poco a poco, con su modo suave y conciliador, Nicéforo se había ido ganando la confianza de Delfino, y éste terminó despreocupándose de las cosas extrañas que Nicéforo pudiera ver en él. Pero el cuidador de la reserva no sólo guardó el asombro de lo que veía ante las preguntas sesgadas de sus patrones, sino que empezó a gozar de los cebiches que preparaba Delfino y de sus pláticas cósmicas y abisales con una naturalidad inobjetable. Después de comer el pulpo ablandado a golpes contra las rocas y sazonado con limón y salsa Búfalo, los preparados por su mujer Crisálida ya no le sabían igual.

¿Y por qué no te gusta como antes, pues?, le preguntó un día Crisálida extrañada de que su hombre ya no prefiriera el mojo de ajo. Pero la respuesta que obtuvo fue igual de inapelable que la manera como Delfino hundía la punta del gancho entre los ojos del pulpo para matarlo: es que al hervirlos pierden el sabor a mar.

Catalina compró por fin la casa y el terreno a su nombre y le explicó al arquitecto que le presentó el Abogánster cómo quería que remodelaran su negocio. Después hizo una comida con el Abogánster para que convenciera al Ingeniero de la forma de sociedad que más les convenía. En rigor, fue una celebración de puro trámite, pues ya Catalina le había pormenorizado al Ingeniero cómo iba a ser la nueva movida en la que también pensaba incluir a su mejor amigo. Sin embargo, Delfino dijo que no, que el dinero que estaba ahorrando ya lo tenía destinado para otra cosa. ¿Para qué?, quiso saber Catalina. Luego, cuando ya esté más asentada la idea, te digo. Fuera pretexto o verdad, lo cierto es que ya nunca más habría oportunidad para volver sobre el tema.

Envueltos en el fuego temblorino de principios de mayo los albañiles acometieron la remodelación del negocio. Catalina estaba reviviendo sus mejores tiempos y Fito Callejas la había invitado en directo a su noticiario de las dos de la tarde gracias a una cadena de mediaciones: de Delfino con Nicéforo y de éste con el periodista. Al igual que Catalina, Nicéforo era fanático de Fito por lo que había hecho por él y lo que hacía por los desposeídos.

Cirenio había tenido que bajarle la euforia. Le dijo que al principio parecía una teca vendiendo pescado, y que ya después había logrado asentar un poco más las palabras. Catalina le replicó que tendría que haber estado allí para ver cómo imponía la presencia de Fito con su sonrisa señoreadora y la facilidad con que daba las noticias y cómo le respondía a la gente que hablaba por teléfono y cómo floriteaba las notas con esas muletillas tan propias y que nadie podía igualar: Aquí en la costa asesinan a un presidente municipal con su familia, ¿es por el narco? Claro que sí: enseguida le diremos dónde, cómo y los posibles motivos. Desde luego, sólo aquí en Enlace con Fito... Y continúan perdidos los pescadores que aún no se encontraron. Seguro que sí, y también desde luego tendremos aquí en

el estudio a una microempresaria injustamente agredida por el coco de Huatulco, el extranjero que odia a los Huatulqueños. ¿De quién estamos hablando? Por supuesto que ya todos lo saben: el que quiere hacer de Huatulco otro Miami de corrupción y vicio. Desde luego que sí, sólo aquí en Enlace con Fito... Y ahora sí que buen provecho para los que están comiendo y también, ¿por qué no?, para los que aún no quieren o no pueden comer. Y vámonos con las noticias...

Durante las lluvias la vida empezó adquirir una actitud cerrada e insumisa y el tiempo pareció dejar de existir. Únicamente los pargos se acercaban al rompiente en busca de algún peñasquero que la ola arrancara de las rocas. Las tormentas que comenzaron a venir desde el temido Golfo de Tehuantepec pusieron un límite drástico a las salidas de los buzos. Y lo poco que ahora entraba a la almadraza apenas daba para algo más que para la gasolina y unas cervezas. Sin embargo, conforme se fue embraveciendo el mar, empezaron a entrar más tortugas en la red y al Ingeniero se le ocurrió que la carne y los huevos del quelonio podían ser un sustituto para incrementar los ingresos mientras duraba la temporada de lluvias.

El Biólogo oyó la sugerencia por teléfono y desvió el tema consciente del peligro que esa conversación suponía. Ante la insistencia del Ingeniero no se le ocurrió más salida que sugerir que recogieran la red hasta que terminaran las lluvias. Pero el Ingeniero siguió neceando y al final, al decirle si tenía idea de la chinga que era quitarla y volverla a poner, logró que al menos la red permaneciera anclada en la bahía. Sólo en una ocasión tuvo el Biólogo que reconocer por teléfono que el Ingeniero tenía razón: cuando cayó en la almadraza más de una tonelada de peces gallo de entre diez y veinte kilos. Fue la última vez que insistió para que levantara la red. Después lo repetiría como su excusa más socorrida: Nadie aprende en cabeza ajena.

Así las cosas, el Ingeniero decidió plantearle a Catalina y a Cirenio que había que buscar un comprador seguro para la piel y las aletas de las tortugas. Catalina asintió por no llevarle la contraria; pero Cirenio, que ahora se entregaba de tiempo completo a una excelente mota verdelimón que le había conseguido Juan Singanas en Copalita, dijo que con él de plano no contarán. Después, aplastados por el bochorno de la noche temporalera, Catalina le dijo a Cirenio

que de loca ella se metería en tamaña chingadera; pero que no tenía caso contrariar al Ingeniero; nada más había que darle largas hasta que llegara de nuevo la temporada de pesca. Cirenio le extrajo unas notas a la guitarra y enseguida añadió como si estuviera acompañando los acordes: Tanto simular me mata.

Y de pronto, y sin explicación pausable, dejaron de aparecer tortugas en la almadraba. Juan Singanas le dijo al Ingeniero que tal vez se debiera al cambio de corrientes. No, esto es obra de un buzo chingón que entra y las saca, y que además conoce muy bien nuestros movimientos, dijo el Ingeniero sintiendo cómo el coraje alejaba los caldos de aleta hacia el pasado. ¿Pero quién?, preguntó Tempranero. Ojalá no sea quien yo sospecho, porque le parto la madre, escupió el ingeniero. Pues vamos a ponerle espía, sugirió Juan Singanas.

En los próximos días la lluvia y el mal tiempo no impidieron que el Ingeniero se llevara a Moy para inspeccionar la almadraba. El propio Ingeniero se sumió con visor y aletas para no encontrar absolutamente nada. Este hijo de la chingada ya nos tiene tomada la medida y seguro viene por la noche, escupió el Ingeniero ya arriba de la lancha. Yo creo que son varios, musitó Moy, seguro esos trasmalleros que vienen de Santa Cruz. El ingeniero permaneció en silencio unos instantes hasta que vio algo que atrajo su atención. Jaló con violencia el cordel del motor y enfiló hacia la parte media de la playa. Al aproximarse a la orilla reconoció al hombre y al muchacho que estaban borrando los rastros sobre la playa. Nicéforo se detuvo y los saludó con la mano en alto. Está borrando los rastros de las tortugas que salieron a poner, dijo Moy. El ingeniero asintió y comentó por lo bajo: Tortugas hay, y como encuentre al hijo de puta que las saca de la almadraba lo amarro como carnada allá abajo. ¿Pero quién podrá ser?, pensó Moy en voz alta.

Siguieron hacia la parte de afuera de la isla y el Ingeniero le dijo a Moy que mantuviera la máquina prendida mientras él bajaba a ver si arponeaba algo. Se puso las aletas y el visor y saltó con el fusil en alto atrás de un roquerío donde rompía con fuerza el oleaje. En cuanto lo vio hundirse, Moy metió reversa y se retiró para poner la proa hacia el oleaje. Abajo todo era un bullir de pequeñas partículas en

suspensión que parecían ahuyentar cualquier forma de vida. Vio el paso fugaz de un par de loras, que desprendieron sus deyecciones antes de perderse en la negrura. Mierda, voy a tener que matar la primera chingadera que se me ponga a tiro, pensó mientras salía a la superficie. Vio que Moy estaba a unos treinta metros hacia fuera y volvió a sumirse. Esta vez se acercó más al roquerío y vio a un lado una vieja de un par de kilos. Enseguida pensó en los deliciosos filetes que de allí saldrían y se dispuso a soltarle el disparo. Pero más al fondo, en una hendidura del acantilado, vio comiendo a una tortuga de buen tamaño. Y de inmediato los filetes al mojo de ajo fueron categóricamente desplazados por el caldo. Ante la urgencia de aire buscó con rapidez la mejor posición para el disparo, y agradeció que la tortuga se separara de las rocas y se lo quedara viendo como si dudara de estar frente a un enemigo o un semejante. Apuntó justo al ojo y apretó el gatillo. La flecha se incrustó en el cráneo y la tortuga salió disparada hacia la turbulencia. Mientras subía, el Ingeniero aseguró con fuerza el extremo de la cuerda, y apenas estaba tomando aire cuando sintió un tremendo jalón y enseguida notó la distensión de la cuerda. La jaló con rapidez y vio al final que se había desprendido el anillo que unía la cuerda a la flecha. Le hizo señas a Moy para que se acercase y subió en silencio. ¿Qué pasó?, le gritó Moy desde el motor. El Ingeniero movió la cabeza y masculló: Vámonos, que tenemos a todos los elementos en contra.

Tres días después, tras el paso de la tormenta tropical que había abierto las bocabarras de la costa, vieron con extrañeza cómo pasaban grandes parvadas de pelícanos hacia el noroeste. Si era raro encontrar pelícanos en esta época en que casi toda la vida marina había migrado hacia las aguas más frías, más extraño era aún que vinieran del Istmo en tal cantidad. Estuvieron pasando durante varios días, puro pelícano enflechado, ningún zopilote en su vuelo de papel, y dejaron de prestarle atención cuando se enteraron de la causa a través de la radio.

Nicéforo encontró a Delfino recogiendo sus cosas.

¿Qué pasó?, preguntó extrañado.

Hay que moverse, dijo Delfino sin dejar de acomodar algunos alimentos sobre el tapasco. Si te sirven puedes llevarte estas cosas.

Y ponte a resguardo con tu familia, porque lo que viene va ser muy fuerte.

Aquí nunca pegan de frente, dijo Nicéforo señalando con gesto experto hacia la marejada que se estaba encrespando afuera.

Siempre llega el momento, y ahora ya llegó.

Esos pájaros no son señal segura, objetó Nicéforo en alusión a los pelícanos que habían estado pasando.

¿Y qué dice el monte?, ¿no me contaste el otro día que habías sido cazador?

Nicéforo recordó el bullicio atropellado en las bocas de los hormigueros y lo bajo que las calandrias habían hecho sus nidos. Luego añadió: De que este año va a llover fuerte es seguro.

Si hubieras ido al monte en lugar de andar por la playa verías que todos los animales se alejan de la costa.

¿Tanto así?

Y lo mismo sucede en el mar.

¿Y entonces cómo explicas que estén saliendo tantas tortugas?

Porque aprovechan estos momentos en que el fuerte oleaje aleja a sus depredadores.

Mientras veía cómo Delfino le quitaba la punta de acero al fusil y la guardaba en una cajita plateada donde tenía otras aún no usadas, Nicéforo se atrevió a dar salida al pensamiento que le había estado cosquilleando el deseo mientras borraba los rastros en la playa: Yo no creo que sea malo sacar unos huevitos o comer una tortuga...

No, lo malo es traficar con ellas, dijo Delfino reojando el morral que el chamaco traía colgado del hombro.

Es lo que yo digo: todos los animales que Dios creó son para que nos alimentemos. ¿No has probado la tortuga allá en el Istmo?

No, yo no como tortuga.

¿Ni los huevos?

Ni los huevos.

¿Y hay alguna razón en especial para que no la comas?

Pues sí, es como si comiera a un pariente.

¿A poco la tortuga piensa y siente como nosotros?

No, ni tampoco tiene alma; pero hace muchos millones de años tuvimos el mismo antepasado marino, y es como un hermano del

mar que no nos hace ningún daño y que nos puede enseñar muchas cosas.

¿Cómo cuáles?

A ser pacientes y constantes y voluntariosos...

Pues la verdad es que yo pensaba llevarme unos huevitos ahora que no hay pescado, dijo Nicéforo con un deje culpable.

Con esos que llevas ahí, y señaló con la barbilla hacia el morral del muchacho, no le haces daño a nadie.

Nomás son un par de docenas. Entre ayer y hoy salieron a poner ocho.

Delfino terminó de meter la colcha y el mosquitero en la mochila y se la echó al hombro. Ya me voy, y espero que algún día pasen a verme allá en San Mateo.

¿A poco no piensas regresar?

Va a ser más seguro que me encuentres en el Istmo.



Estaban comiendo Catalina, Cirenio y el Ingeniero una fritanga de lisas que este último había agarrado con la atarraya en la desembocadura de la laguna de Chachacual. Catalina les acababa de decir que justo anoche, en un sueño, había visto el local ya acabado y con un letrerote, como una luciérnaga, que decía El Casino. El ingeniero sonrió y nada más se apartó para que Nina dejara otra ración de lisas sobre el platón que estaba al centro de la mesa. Al arrimarse para alcanzar el recipiente, las nalguitas pulposas se le subieron de una manera tan natural e incitante que el Ingeniero empezó a verse ya en la playa oscura y retumbante, extasiado por el aroma y el efecto del zote rosado.

¿Por qué ese nombre tan poco poético?, preguntó Cirenio.

Pues porque en esa palabra estamos los tres: Ca-Si-No, Catalina, Sirenio y el Ingeniero.

Que yo sepa, Cirenio se escribe con C, dijo Cirenio.

Ay, mi amor, qué importa...

Pero la voz de Fito Callejas ya no la dejó seguir. Entró al aire con unas ganas y una seriedad que nunca le habían oído: Y de en-

trada el parte meteorológico del tiempo. Pues ahora sí que parece que nos va a tocar la de malas. Se llama Paulina y hoy mismo, hace apenas unas horas, se convirtió en huracán de segunda categoría. Repito, para que no digan que otros lo dijeron primero: es ya un huracán y está aquí, frente a nosotros, ahora sí que con vientos de más de ciento veinte kilómetros por hora. Desde luego que esto no se queda así, por el contrario, esto es algo que no se puede predecir y que va a seguir creciendo. Así que no se despegue de la radio, y vaya ahora mismo a comprar pilas y bolsas de plástico y latas de conserva y agua y arroz y frijoles... Lo que usted quiera y necesite lo encontrará en nuestro patrocinador estrella El lavadero: el único súper que en casos de emergencia, como el que ahora vivimos, mantiene unos precios de risa. Pues sí, que venía, que no venía, que en Huatulco nunca habían entrado; ahora sí que aquí lo tenemos, señoras y señores. Sí, aquí viene el huracán Paulina a punto de ponernos de rodillas y rezar... No se separe: Soy Fito Callejas y estamos en Enlace con Fito. Regresamos después de oír brevemente nuestras grandes ofertas publicitarias.

¿Y qué hacemos?, dijo Catalina centrando al Ingeniero.

Se ve por el oleaje que va a pasar afuera, quiso despreocuparla el Ingeniero. Viene sesgado, los de las noticias se crecen asustando a la gente.

Lo único que les interesa es vender más, musitó Cirenio.

Ay, tenemos que ir a avisarle a Delfino, añadió Catalina con desasosiego.

Lo que deberían es ir a levantar la red, puntualizó Cirenio.

Vayan, barboteó el Ingeniero.

A mí me vale lo que pase con la red, se desentendió Cirenio.

Entonces para qué estás chingando, subió la voz el Ingeniero.

Ya, ahí muere, cortó Catalina subiéndole el volumen a la radio.

...Pues bien, regresó la voz de Fito, si decimos que viene el lobo es porque ahora sí que lo estamos viendo desde la ventana. Según los expertos, a medida que pasen las horas las rachas irán aumentando y entonces nos agradecerán por haberles avisado a tiempo de lo que nos esperaba. Bueno, más bien de lo que nos espera...

Apaga a ese pendejo, gruñó el Ingeniero.

Pero Catalina no le hizo caso. Para ella Fito era mucho más que un pendejo, y siguió al pie de la radio el resto de la tarde y parte de la noche, mientras el huracán giraba sin decidirse en el mismo punto formando una espiral que en su momento máximo llegaría a alcanzar casi mil kilómetros de ancho.

Apenas amaneciendo, y ante la creciente adversidad del tiempo, Catalina fue a rogarle al Ingeniero para que la acompañase a avisarle a Delfino. Aún enfurruñado, el Ingeniero le habló a Moy para que se alistase y los tres salieron cubiertos con impermeables para protegerse de la lluvia. Como la lancha no pudo varar, estuvieron gritando un rato hasta que la figura bamboleante de Nicéforo salió a la playa como un hijo del infortunio acostumbrado a sobrellevar las derrotas.

¡No está!, gritó ahuecando las manos alrededor de la boca.

¿A dónde fue?, preguntó con igual ímpetu Catalina.

¡A su tierra!

El Ingeniero torció entonces el motor y puso rumbo hacia el otro extremo de la playa donde estaba la almadraba.

Vio las boyas flotando sobre las crestas desbordadas y vio también las explosiones de agua y espuma que subían por la playa como si una fuerza cósmica las arrojase a cubetadas. Y mientras el motor crepitaba y la embarcación subía y bajaba con la impredecible fragilidad de un corcho, el Ingeniero maldecía en silencio la urgencia con que Catalina lo había levantado y que le había hecho olvidar traer el equipo de buceo o siquiera su cuchillo.

¡No va a aguantar!, se lamentó Catalina.

El Ingeniero ni la oyó. Torció el timón y puso rumbo a Chachacual.

Cuando llegaron Cirenio estaba juntando lo más valioso para que Tempranero y Juan Singanas lo acarreasen hacia la lancha. Les dijo que Fito estaba anunciando que ahora sí ya había dejado de girar y empezaba a moverse hacia tierra y que había que desalojar las playas y las riberas de los ríos.

Mientras la lluvia enrachada azotaba la playa, apenas se oía el desquiciamiento de voces. El Ingeniero y Moy, embutidos en sus trajes de buceo, se habían hecho cargo de la difícil maniobra de mantener la lancha firme casi en el límite del oleaje. Echaron un grampín al

agua y un amarre a tierra a la pata de un horcón de la cabaña; y así, el Ingeniero manejando la cuerda del grampín desde la proa y Moy la de tierra desde la popa, tiraban y aflojaban de las cuerdas para que Juan Singanas le pasara las cosas a Tempranero y éste se las diera a Moy, que las metía con rapidez en los compartimentos.

Afuera, en la ventana delicuescente que se abría al fondo de la lluvia, el Ingeniero vio las cuchillas blancas del oleaje que cada vez enfilaban más derecho hacia tierra. ¡Apúrense, pendejos!, restalló su voz como un latigazo. Una vez que todos subieron, le dijo a Juan Singanas que arrancase y se acercara a donde estaba la otra lancha fondeada. Ante el bailoteo de las dos embarcaciones, Moy prefirió ponerse las aletas y saltar con el visor en la mano. Pero el Ingeniero dio un brinco espectacular con sus implementos de buceo en las manos y fue a caer en el compartimento delantero.

Catalina, que barruntaba la locura de tamaña empresa, les gritó que no fueran, que si se perdía la red luego la repondrían. Pero el Ingeniero ni volteó a mirarla. Catalina siguió rogándole que se fueran juntos, que no había ninguna necesidad de arriesgar la vida por tan poca cosa, hasta que Cirenio la tomó del hombro y le dijo que no tenía caso tratar de convencer a una cabeza tan terca. Catalina se quedó mirando hacia la otra lancha en silencio, y por último se aferró al banquillo donde iba sentada para no sucumbir al desánimo que a todos embargaba.

Las dos lanchas salieron casi al mismo tiempo de la bahía. La que manejaba Juan Singanas parecía dialogar con el oleaje buscando el desplazamiento ventajoso en vez de la confrontación; pero la del Ingeniero rugía y brincaba sobre las olas aceptando el reto sin la menor indecisión. Una puso rumbo a San Agustín y la otra hacia Cacaluta.

El Ingeniero extrajo con la mano libre el cuchillo de la funda que tenía amarrada a la pierna y se lo tendió a Moy para que lo afilase con la piedra que para ese fin siempre llevaban en la lancha. Ante la insistencia del Ingeniero, Moy siguió afilando el cuchillo mientras veía cómo el agua del mar y de la lluvia comenzaba a encharcarse en el piso de la lancha. Cuando ya lograron meterse entre la isla de Cacaluta y la playa, Moy vio que el agua tapaba sus pies.

¡Hay que achicarla!, gritó al rostro impávido del Ingeniero.

¡No, sigue afilando!

Llegaron junto a la boya exterior de la almadraba y el Ingeniero le gritó a Moy que le diera el cuchillo, tirara el grampín y que fuera luego a la punta de la lancha para aguantar la cuerda. Con la escena ya repetida en la memoria, el Ingeniero se puso las aletas y el visor y saltó al mar con una rapidez que dejó a Moy confuso y desamparado ante el cabeceo gemebundo de la lancha. Algo parecido a un graznido le llegó desde tierra, y al levantar los ojos de la fisura por donde acababa de desaparecer el Ingeniero vio allá arriba, en el trasfondo angustioso de la escenografía, dos figuras ridículas aspeando los brazos mientras gritaban desde la terraza.

El Ingeniero casi se topó con dos tortugas que estaban aprisionadas entre las mallas. Cortó los tres amarres del primer muerto y se disparó hacia la superficie. Al sacar la cabeza comprobó que la lancha se había desplazado más de diez metros hacia la playa.

¡Me está arrastrando!, gritó Moy preso del pánico.

¡Prende el motor y vente!, dijo el Ingeniero antes de volverse a hundir.

Otra tortuga aún viva estaba enredada entre las cuerdas, pero el Ingeniero empezó a cortar los amarres sin importarle que el animal pudiera darle una tarascada. Al cortar la segunda cuerda, la red se desprendió por el ímpetu del oleaje y se le vino encima como un atarrayazo mortal. Abrió los brazos para evitar la inmovilidad y aleteó hacia la superficie como un delfín que busca con desesperación el oxígeno. A pesar del arrastre de la red, pudo asomar la cabeza para pedirle ayuda a Moy, que jalaba una y otra vez de la cuerda del arranque mientras la lancha subía ya las últimas crestas antes del abismo. Con una furia digna de su héroe trágico, el Ingeniero comenzó a romper la red, pero como el peso era cada vez más doblegante, decidió que la única opción era hundirse con rapidez e ir a lo más hondo para librarse del atrape. Fue su último gesto de guerrero marino: sintió que la hebilla de una aleta se trababa en la red e intentó zafarse con un esfuerzo postrero. Después empezó a flotar en un espacio armonioso y burbujeante y supo que esa iba a ser la buceada más bella de su vida.

ÍNDICE

I/3

II/15

III/41

IV/61

V/73

VI/99

VII/119

VIII/131

IX/153

X/165

XI/181

XII/199

XIII/215

XIV/237

XV/263

XVI/283



EDITORIAL AVISPERO
2021

EDICIÓN CONMEMORATIVA Y DEFINITIVA

En el Istmo oaxaqueño un excepcional buzo, conocido como el Ingeniero, promueve el proyecto de su sencilla pero ambiciosa vida: tirar en el mar una almadraba para la pesca. Una red particular que entraña especiales dificultades, pero que garantiza ganancias importantes. La propuesta se complica al entrar en juego numerosos intereses: la costa donde se tirará la almadraba es un paradero obligado para traficantes de droga y de indocumentados, zona de trabajo de varias cooperativas de pescadores y el centro de una disputa ecologista. Da Jandra consigue obsesionar y asombrar al lector en esta novela poblada por seres antiheroicos en permanente huida, donde la costa es apenas la nostalgia de un paraíso perdido. *La almadraba* cierra la Trilogía de la costa, y es, sin duda, la novela del mar en la literatura mexicana.

